

HERMANOS Y REYES

Carlos Aymí Romero

W



OCEANO PROFUNDO

KARAK

HONORIA

Behodón Ediciones

PARIA

ARCANIA

HERMANOS Y REYES

Carlos Aymí Romero

HERMANOS Y REYES

HERMANOS Y REYES

Primera edición: diciembre de 2013

Segunda edición: junio de 2014

Tercera edición (versión libre): noviembre 2021

© De la obra: Carlos Aymí Romero

Se permite la reproducción total o parcial de este libro, su incorporación a un sistema informático, o su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, con el permiso previo o por escrito del autor.

PRÓLOGO

Después de tanto dolor, de tantas muertes, cómo no volver los ojos hacia la serenidad, hacia la armonía, hacia las estrellas. Así no debiera resultar extraño comprenderme, entender que tras la Guerra y tras el período bautizado como El Ciclo Profético, me afanara, en el tiempo que me han dejado mis obligaciones, a contemplar y estudiar nuestro planeta Karak, los movimientos de Lucero y Vespertina, o la miríada de astros que pueblan nuestras noches.

De las largas horas de estudio, gracias a la biblioteca de la Montaña, por los manuscritos de incalculable valor que encontré en las profundidades de sus grutas y, por los conocimientos que algunos de los más sabios arcanos me han otorgado, he podido descifrar claves como el diámetro de Karak, con poco más de 3500 km, la órbita exacta de nuestro planeta circumbinario alrededor de su sistema biestelar, que este posea diecinueve planetas de los cuales el nuestro es el más pequeño, o que estemos perdidos dentro del vasto universo, en una galaxia llamada Andrómeda por nuestros antepasados de la Era Inmemorial, de quienes tanto, pero también desgraciadamente tan poco, hemos podido descubrir.

Lo dicho hasta ahora corresponde sin embargo a esos años posteriores del Ciclo Profético, en los que investigué cuanto pude para tratar de olvidar precisamente mi dolor, y mi pequeño papel en la Historia reciente de Karak, marcada por la sangre, el fuego, y los

reyes. Pero el pasado vuelve una y otra vez cuando no quieres escucharle, cuando lo único que deseas es olvidarlo, y así, este no te abandona nunca, y te atormenta siempre.

Es por ello que finalmente decidí hacer frente a mi pasado, y escribí este libro, es para ponerme en paz con mis recuerdos por lo que de nuevo recorrí mi Paria natal en busca de testimonios, por lo que crucé el Estrecho de la Encrucijada para llegar hasta Sacerdocia y sus documentos, por lo que viajé hasta Honoria escudriñando archivos, diarios, y hasta canciones de taberna, y por lo que finalmente revisé de arriba abajo Arcania en busca de más datos, de más pruebas, de más explicaciones.

Debo preguntarme ahora si tras tanto trabajo y tras tanto camino recorrido por las áridas tierras de Karak, me encuentro más liberada, y lo que puedo contestar es que al menos sé que estoy orgullosa. Karak tenía tantas versiones de lo ocurrido en el Ciclo, como narradores aparecieran, y tal vez yo tan solo sea una más, pero tengo la certeza de que he tratado de ser justa con todas las partes, y que lo que escribo se acerca a lo que realmente ocurrió. He aquí el relato que lego a las futuras generaciones, espero que sea suficiente para que además de orgullosa, pueda al fin encontrar el descanso que tanto anhelo.

CAPÍTULO I: SACERDOCIA

—¿Comenzamos de una vez? —preguntó el anciano mirando al Sumo Guardián de la Fe, quien parecía mostrar, para sorpresa de los padres, una incertidumbre que ayudaba a incrementar la angustia de estos últimos. Suficientes dudas abrumaban a los príncipes como para que el máximo representante del Dios Padre, quien debía ejecutar el Sacrificio, quien les había convencido para continuar con todo aquello por un mandato divino que traería la gloria a dos de los tres niños, mostrara la menor indecisión.

El Sumo Guardián reaccionó ante la voz de su longevo ayudante. Se ciñó el cingulo púrpura, colocó la estola verde sobre sus hombros, y borró por fin toda vacilación del rostro. Podía llamársele también anciano, pero su apariencia era robusta y fuerte a pesar de la edad y, de una cierta curvatura de la espalda, tal vez causada más por la responsabilidad de su cargo que por el peso de los años.

—Secretario, lleve a los niños al altar —ordenó conciso y claro.

El anciano, pequeño y fibroso, tomó a los niños que dormían plácidos en brazos de sus padres, y obedeció. Ivar, príncipe de Honoria e hijo del rey Gunnar el Prudente y de su bella y segunda esposa Bera, dejó de sostener a un niño y a una niña de tan solo tres ciclos de vida, mientras que la princesa Alysia, hija del rey arcano Dorion, entregó temblorosa al pequeño de los trillizos.

Los niños fueron colocados por el anciano sobre una amplia y labrada piedra de basalto, levantada en mitad del Templo erigido con forma octogonal y situado al sur de Onar, la capital de la isla de Sacerdocia. El basalto brillaba iridiscente a pesar de la negrura de las paredes de mármol negro, pero gracias a la luz que traspasaba las vidrieras de colores y a la magnífica cúpula transparente. El Sumo Guardián palpó en varias ocasiones, como si esperase que finalmente no estuviese allí, el cuchillo que llevaba bajo la casulla azul. Lo estaba, y se encaminó hacia el altar con un gesto de mano que aconsejaba a los padres no acercarse, pues tal vez no pudieran soportar la presión si permanecían demasiado cerca. A los príncipes no les costó entender el mensaje y quedaron a unos diez pasos.

Los niños dormían serenos cuando El Guardián y su ayudante se apostaron en torno al altar. El primero comenzó a musitar unas oraciones mientras el segundo prestó atención a los relieves laterales que narraban la creación de Karak, y de cómo el Padre, harto de las constantes ofensas de sus criaturas mortales, había decidido delegar temporalmente el control del Mundo a sus también insidiosos hijos divinos. A Zarrk, dios de la Guerra, y a Danadanial, diosa de la Magia. Sería un escarmiento para todos, mortales e inmortales, enseñando a estos la dificultad de gobernar sobre los seres frágiles, volubles y traidores que pueblan Karak, y a aquellos, demostrándoles su clemencia en comparación con la de sus Hijos. Los relieves no olvidaban narrar que Él volvería, y que al hacerlo reclamaría lo que le pertenecía por derecho. Esa reclamación sería llevada a cabo por Su Elegido. Un Elegido que unificaría Karak y, que al decir de la Profecía si todas las señales habían sido interpretadas correctamente, se encontraba en esos momentos tumbado sobre la fría piedra de basalto, junto a sus otros hermanos, cuya suerte sería dispar.

Cuando el Sumo Guardián terminó las oraciones iniciales, pasó a declamar la Profecía. Los padres se abrazaron y se estremecieron:

Llegará el ciclo señalado por el Ocaso repentino de Las Dos Estrellas Diurnas, en que nacerán príncipes trillizos de un vientre de Arcania, y la semilla de Honoria. Habrá de descender entonces de nuevo sobre Karak la Mano del Padre, reencarnada en el Sumo Guardián de la Fe, para mancharse con la sangre del más pequeño de los tres nacidos, consagrando a los otros dos para que su destino quede sellado a su Voluntad. Ellos crecerán primero como hermanos, y pronto como enemigos. Ellos reinarán sobre los territorios de mis Hijos, y finalmente, mi Voluntad les enfrentará en Guerra por la unificación de Karak. Quien venza, regirá mi Obra bajo el mismo cetro, bajo una misma corona, sobre el mismo trono, y le concederé el don de una descendencia real y hereditaria.

Tras pronunciar la Profecía y con las lágrimas mudas, pero ya desatadas de los padres a su espalda, El Sumo Guardián realizó rápidos movimientos con los dedos, recitó dos oraciones más, sacó el cuchillo ceremonial, y con un preciso tajo en el cuello acabó con la vida del pequeño de los trillizos, aquel que al decir de la Palabra del Padre debía morir para que sus hermanos, a través de la sangre y la guerra, pudieran alcanzar la gloria, llegaran a enfrentarse como reyes, y terminaran por cambiar la Historia.

Sus hermanos, que debían cargar sobre sus hombros con tan pesada carga y con tan pesado honor, no podían ser conscientes aún, y siguieron dormidos y quietos sobre la losa del altar, sin despertarse siquiera tras el pequeño y único grito que exhaló su hermano, quien murió sin apenas protesta, bajo un denso hilo de sangre que poco a poco se fue depositando sobre la losa iridiscente de basalto.

La madre, en ese momento, devota desde pequeña de Sacerdocia y de la Fe al Padre gracias a la clandestina instrucción de su aya, una antigua novicia de la isla que llegara al Reino de Arcania bajo la vitola de ser la mejor institutriz de todo Karak, y quien aleccionó en la Fe a la pequeña a pesar de la expresa prohibición del rey Dorion, pareció perder la fe de su acto, y de inmediato el control. A las lágrimas se le sumaron las convulsiones y a estas los gritos en los

que se acusaba de haber cometido una locura, pidiendo quitarse la vida cien veces si con ello se le devolvía a su hijo. No tardó tampoco la princesa, lejos de cumplir su segunda década y más lejos aún del autocontrol y devoción que había mostrado hasta pocas horas antes del Sacrificio, en comenzar a desgarrarse la cara con sus uñas, tras haber hecho lo propio con su vestido.

Fue cuando el príncipe Ivar, mucho menos devoto que su amada, pues su fe en el Padre nació y se sostenía en Alysia, empleó toda su fuerza para lograr que esta no se desfigurase. Se habían conocido un año antes en un viaje diplomático del príncipe por el reino de Arcania, y mientras la princesa en aquel estado se olvidaba de todas las promesas realizadas, el príncipe parecía precisamente querer cumplir con aquella que se habían dado cuando dijeron sí al Sacrificio: la de protegerse el uno al otro ante las adversidades que sobrevendrían por su terrible decisión.

Y fue también entonces, por los lamentos de la madre, cuando los niños se despertaron y comenzaron a llorar.

La situación llevó al Sumo Guardián a un desconcierto del que no supo reaccionar hasta que su ayudante se acercó a la princesa, inmovilizada en el abrazo de Ivar, y susurrándole algo al oído la tranquilizó. De inmediato el anciano impuso sus nervudas manos sobre la cabeza de ella y esta cayó dormida profundamente. Acto seguido el viejo encaminó sus pasos hasta el altar, y repitiendo ante la mirada incrédula del Sumo Guardián el gesto y los movimientos anteriores, durmió también a los dos bebés.

El Templo quedó bajo un silencio sobrecogedor. Justo antes de que el Sumo Guardián recobrara la compostura, el anciano aún decidió cerrar los ojos de la víctima inocente, quien hasta entonces parecía mirar sin comprender qué le había ocurrido, e incluso desde la acusación, de acuerdo a los rostros de su padre, del anciano, y del Guardián. Este último recuperó al fin su seguridad, y ordenó a Ivar que se llevara a la princesa a sus aposentos para luego regresar a por los dos niños. El Príncipe de Honoria, con la cara descompuesta, obedeció al instante.

Cuando el honorio llegó a la puerta cargando en sus brazos a la inconsciente Alysia, se giró, y dirigiéndose al Sumo Guardián, preguntó:

—¿Merece la pena lo que acabamos de hacer? ¿Hay Gloria o Profecía que justifique esto?

—No se trata de merecer o no —contestó el Guardián de la Fe con total firmeza—, sino de cumplir con la Voluntad del Padre, y la gloria, las hazañas, la inmortalidad que estos hijos os supondrán a vos y a la princesa, así como el dolor del sacrificio, no es lo importante. Príncipe, no siempre podemos entender al Padre, y tampoco debemos pretenderlo.

Ivar, indeciso y con Alysia en sus brazos, dirigió la mirada por un momento al niño que nunca más volvería a ver, y salió del Templo.

—Encargaos del pequeño —ordenó el Sumo Guardián a su ayudante—, yo esperaré a que el príncipe vuelva a por sus hijos... vivos. —Y tras unos instantes añadió—: Debo decir que he hecho bien en traeros como me pedíais, habéis mantenido la calma incluso mejor que yo. Al principio reconozco que titubeé y deseé que fuese mi hermano el encargado de tan duro cometido, aunque creo que no fue tanto la piedad por el niño como la falta del hálito del Padre sobre mi mano. Pero al final su aliento llegó, y me sentí pleno y seguro a pesar del terrible acto al que se me obligaba.

Y tras otro silencio en esta ocasión más pronunciado, el Sumo Guardián volvió a dirigirse a su ayudante, quien ya estaba envolviendo al bebé en una tela color escarlata mientras sus hermanos seguían dormidos e inocentes de cuanto ocurriera:

—Esa forma de dormir a la princesa y a los Elegidos... no es propia de un viejo y desmañado como vos queréis siempre aparentar. Algún ciclo tendréis que contarme vuestro pasado, ese del que nunca habláis. Estoy seguro de que me sorprenderé.

El Sumo Guardián de la Fe no pudo imaginar cuánta verdad encerraban sus palabras.

CAPÍTULO II: PARIA

Todo forastero que no acredite convenientemente ser arcano u honorio, se verá obligado, si así se lo solicitara el burgomaestre de cualquier región de Paria en virtud de su condición de autoridad judicial, a informar de su nombre, condición, y motivo por el cual se encuentra en sus tierras. Si el forastero se negara a ello, o bien no convenciera al burgomaestre, se le abriría un proceso en vistas a desvelar la información solicitada, para tomar la decisión oportuna al respecto.

Paria rechaza acoger proscritos de Arcania o de Honoria, tampoco quiere asesinos, maleantes, ni vagabundos. Paria no tiene la grandeza de los dos Reinos, ni la autonomía de Sacerdocia, Paria no tiene Rey, pero somos honrados y leales, y haremos lo posible porque así siga siendo.

Extracto de, Leyes, usos y costumbres de Paria, Volumen II, Entrada 58.

Veintiún años más tarde del sacrificio profético del que muy pocos en todo Karak tenían conocimiento, se desató una tormenta en las afueras de Toscan. Esta era una de las muchas villas de la región de Paria, situada a cientos de kilómetros de la isla de Sacerdocia.

La tormenta resultó un buen presagio para la joven pareja que escapaba de la villa, pues tanto Godo como Marina sabían bien que los truenos ahuyentaban a las fieras, y también a las alimañas más peligrosas

de todas, los cada vez más numerosos salteadores de caminos. Además, pensaron felices, los relámpagos les servirían para iluminar la oscura senda en una noche encapotada y sin estrellas.

Empapados pero contentos de que la primera parte de su plan hubiese sido un éxito, llegaron a la cabaña de adobe prevista, refugio de pastores y peregrinos, que sin embargo en esta estación húmeda del año se encontraba deshabitada.

La huida hacia Capitolia, ciudad principal de Paria, continuaría al amanecer, en cuanto asomara Lucero. Calculaban llegar en tres o cuatro jornadas de intensas caminatas, y allí esperaban poder escapar de la ira de sus familias, las cuales rechazaban la unión de los jóvenes por una vieja disputa sobre unos cerdos castrados que el padre de Godo, supuestamente no habría pagado al de Marina tras caparlos. En tal desavenencia todo parecía depender de los testigos borrachos a los que se preguntara, y como en la noche en la que se pagó la deuda o se dejó de pagar, había bastantes de ellos en La pulga, la taberna de la villa, nunca hubo modo de aclararlo. Lo único claro de todo aquello era que el rencor permanecía, y contra él se habían rebelado Marina y Godo, que no entendían de trifulcas familiares, menos aún desde un año antes a esta tormenta, cuando ella con quince años y él con dieciséis, se atrevieron a besarse por primera vez en secreto, con promesas y palabras de futuro y familia.

Las manos de Godo, el mejor aprendiz a herrero de Toscan, manejaron la yesca y el pedernal para encender un fuego en la chimenea de la cabaña. Mientras, Marina contó los sueldos de bronce que habían conseguido reunir; ella robándolos a su padre, y él, como parte del botín por haber pertenecido a La Banda de los Cinco, de la que se marchó cuando comenzó a verse con Marina, condición que ella le impuso. La anda, capitaneada por Alvar, el hijo del burgomaestre de Toscan, empezó dedicándose a cobrar impuestos abusivos a los más incautos de la villa, pero poco a poco habían aumentado sus impunes actividades, hasta llegar a varios asaltos en caminos de los alrededores de la aldea. Marina se había puesto firme, y Godo, tuvo que elegir entre ella o *La Banda*. El herrero sufrió con la decisión sobre todo por tener que alejarse de

Suer, su amigo de la infancia, con el que al menos había podido seguir emborrachándose de vez en cuando, siempre a escondidas de Marina.

La cena, a base de pan duro, un par de trozos de carne en salazón, y vino aguado, calmó los estómagos y la sed, y dejó paso a las carantoñas que no tardaron en convertirse, bajo las sombras cambiantes de la cabaña producidas por el fuego, bajo el estrépito de la tormenta, bajo el nerviosismo y la esperanza de un futuro soñado, en caricias, y finalmente en un sexo nervioso y primerizo que les llevó a gozar por un momento de una felicidad que desconocían. Así llegaron a las confidencias, y al miedo.

—¿Qué es lo que has hecho, botarate? —gritó de pronto Marina.

—Nada, mi cielo —contestó con creciente inseguridad el herrero—, solo le dije a Suer hace un par de ciclos en la taberna... que me iba a fugar contigo a Capitolia.

—¡Nada, dices! ¿Sabes cuánto habrá tardado el gordo de tu amigo en ir con el cuento a Alvar? ¿Acaso no te he dicho que ese hijo de mala madre no me deja en paz desde que somos unos críos? ¡Por el Padre! Si supieras lo que me dijo ayer... pero si sabía lo nuestro, entonces... ¡Vámonos ahora mismo, rápido, recoge el morral y vámonos!

—Pero mi cielo, ¿no crees que exageras? Esta parte del camino no la conocemos como la primera, apenas veremos nada y podemos perdernos, esperemos hasta mañana como teníamos pensado. Alvar no va a venir, Suer es como un hermano para mí y no habrá dicho... ¡Ah!

Marina le pellizcó con fuerza en el brazo.

—¿Acaso me he fugado con el más tonto de Toscan? Parece mentira que hayas pertenecido a La Banda. He dicho que recojas, mientras, haré una antorcha con la manga de mi vestido, esperemos que nos dure bajo la lluvia.

Cuando estuvieron listos para abandonar la cabaña y salir de nuevo a la tormentosa noche, vieron acercarse a través de un ventanuco tres destellos lejanos.

—No pueden ser ellos —comenzó a decir Godo agitando nervioso su cuerpo enorme, algo que desde luego no tranquilizó a Marina — Suer no me haría esto, Ramir que entró para ocupar mi puesto es apenas un niño, los hermanos, Alvar...

— ¡Huyamos! — fue toda la respuesta que le dio Marina, en su voz había miedo.

Los destellos pronto fueron inconfundibles antorchas que se acercaban por el camino del sur, lo que significaba que no venían desde el norte, desde Toscan. Pero eso, lejos de tranquilizar a la pareja, les ponía en un problema.

—No podemos marchar hacia Capitolia porque sean quienes sean nos cortan el camino — dijo Godo — y tampoco podemos volver a Toscan, ¿qué hacemos?

— Vayamos a la montaña — contestó Marina rotunda —. Escondámonos en alguna de sus cuevas.

— ¿En Dima, y los lobos, y las historias del mendigo que cuentan los críos?

— ¡Ay! Mi madre siempre decía que el amor mata más que el odio, y empiezo a entender lo que quería decir — contestó exasperada Marina —. Me dan mucho más miedo esos lobos entorchados de ahí afuera. Y no me creo las estúpidas historias de esos mocosos de Toscan, ¿dónde se ha visto que nadie pueda vivir entre lobos tan tranquilo? O él no existe, o no hay lobos en las cuevas.

Y callando se adentró en la oscuridad, cubriendo la débil luz de su antorcha con el cuerpo y la otra manga de su vestido, rezando al Padre para no ser descubierta por aquellos que se acercaban, pues fuesen quienes fuesen, despertaban angustia en su pecho. Godo salió tras ella inmediatamente y sin rechistar.

Durante media legua marcharon con dificultad pero esperanzados por el sendero que conducía a la montaña conocida como Dima. El camino era cada vez más pedregoso y estrecho, y pronto dejó de estar desbrozado. La antorcha además se le apagó a Marina al poco de abandonar la cabaña, pues la lluvia le obligaba a acercarse mucho la llama y a pesar de que sus ropajes de lino estaban calados, estuvieron a

punto de salir ardiendo, por lo que tuvo que alejarla provocando que las rachas de viento y el agua apagarán la llama. Se guiaron entonces por intuición y por los relámpagos que hendían la noche. Pero no evitaron los tropiezos. Poco le importaba sin embargo a Marina recibir cortes en las piernas por la jara del camino, o romperse las albarcas al tropezar con afiladas piedras, mientras pensara que había despistado las antorchas. Tal ilusión se le escapó de golpe cuando precisamente un relámpago rompió su protección.

— ¡Mirad, allí están, ya les tenemos! — Escucharon tras ellos—. Y al girarse con pánico vieron tres antorchas recortar el fondo negro y lluvioso de la noche.

Godo creyó reconocer la voz de Ruy, uno de los hermanos. Si era así, se trataba finalmente de La Banda de los Cinco. Prefirió no decir nada, y por primera vez pareció sentir más miedo de lo que les pudiera pasar si eran atrapados por sus antiguos compinches, que por dirigirse hacia las cuevas de la montaña.

Desesperados echaron a correr tropezando casi a cada paso, y lo único que permaneció firme en la huida fueron las manos de él protegiéndole a ella, aunque tal vez ocurriese al revés. Pudieron llegar hasta el pie de la imponente montaña, pero no intentaron alcanzar las cuevas, ya no pudieron hacerlo. No porque estuvieran exhaustos, o porque Marina sangrara en sus pies tras perder las albarcas y tras tanto tropiezo, sino porque finalmente las antorchas perseguidoras les dieron alcance y les rodearon. Por primera vez en aquella inclemente noche, Marina confirmó sus temores, y por mucho que conociera aquellas caras, o precisamente por eso, tembló como la niña que aún era. No había nada agradable en sus rostros; ni la cruel sonrisa de Alvar, ni las expresiones hurañas de los hermanos Nuño y Ruy, ni el rostro ansioso y granulado del adolescente Ramir, ni la expresión de culpabilidad del jadeante y grueso Suer, que tardó en reunirse con todos los demás.

La Banda estaba pertrechada como si fuera a dar un golpe. Todos llevaban espadas colgadas al cinto, y todos excepto Suer se cubrían con cotas, si bien la de Alvar era de malla, y el resto vestía con una

de cuero, aunque resultaba fácil apreciar que las de Nuño y Ruy eran de calidad, mientras que la de Ramir, lucía andrajosa, gastada, y se le ajustaba mal. Suer, por su parte, parecía conformarse con haber encontrado un gambesón blanco a su difícil y oronda medida. Las tres antorchas las llevaban en ese momento los dos hermanos de miradas hoscas, y el jovencísimo Ramir, impaciente por sacar su espada. No todos mostraron la misma prisa.

—Vaya, vaya, vaya, ¿pero a qué corderitos tenemos aquí? —dijo Alvar, el más alto de los cinco, con una voz de triunfo—. Si es la feliz pareja que no ha querido despedirse de unos viejos amigos. Eso está pero que muy, muy, muy mal. Suerte que os hemos alcanzado para despedirnos de vosotros.

—¿Qué, qué queréis, Alvar? —preguntó Godo intentando aparentar tranquilidad con escaso éxito— no os debo nada, al salir de La Banda me llevé la parte que me correspondía.

—Pero qué tono más seco mi querido herrero —contestó Alvar con sorna— acaso piensas que hemos hecho este esfuerzo por los cochinos sueldos que te llevaste, pero qué inocentón has sido siempre, vas a acabar pero que muy mal por ese camino. Para mí, tienes algo que vale mucho, mucho, mucho más, me extraña que ella no te haya confesado que me pertenece.

Marina palideció entonces y escupió a Alvar. Acto seguido abrazó a Godo y escondió el rostro en el fuerte pecho de él, quien la protegió con su manaza acariciando la melena cobriza de ella. Entre sollozos, Marina le rogó que no hiciera caso de lo que dijera el hijo del burgomaestre. El herrero se quedó mirando sucesivamente y con gesto de incompreensión a Alvar, Suer y Marina. Finalmente se armó de valor y dijo:

—Alvar, no sé de lo que habláis, pero Marina es mi prometida y os pido que os marchéis. —Y mirando a Suer, añadió—: ¿Por qué tuviste que decir nada?

—Me, me debo al juramento que hice —contestó Suer aún resolpando, y con resentimiento añadió—: No deberías habernos abandonado por esa fresca.

—Pero qué os pasa muchachos —intervino Alvar limpiándose el escupitajo al tiempo que miraba a la asustada muchacha—. Pero si el gordo y el herrero erais la mejor pareja de Toscan. Qué pena que esta tuviera que romperlo... más cuando me había prometido que sería mía...

—¡Eso fue cuando éramos unos niños, lunático! —gritó enfurecida Marina.

—Con menudas pamplinas nos andamos —interrumpió con voz áspera Ruy, mientras Nuño, su hermano mayor, agregó mirando torvamente a la muchacha—. Al menos nosotros dos estamos hartos de esta maldita lluvia. No nos gustan estas piedras ni sus cuentos. Vinimos a por un botín y vamos a cobrarlo en coño o en sangre.

Godo pareció comprender al fin de qué iba todo aquello y reaccionó con impulsividad y valor. Alejó a Marina de un empujón hacia unos pinos que se erguían al pie de la montaña, sacó un cuchillo de su sayo, y se enfrentó con tanto arrojo como lentitud a los dos hermanos, más pequeños sí, pero mucho más habilidosos que el herrero, y quienes con espadas de acero templado jugaron con Godo hasta que se cansaron de agujerearle de poco a poco, y le hirieron de un tajo mortal a la altura del pecho.

Su cuchillo cayó inútil al camino sin haber rozado siquiera la piel de sus antiguos compañeros. El herrero se tambaleó y logró llegar hasta la aterrorizada Marina. Se abrazaron y de inmediato, sin palabras de consuelo ni de despedida, Godo murió.

Un inmenso relámpago lleno de ramificaciones hendió la noche, su trueno fue ensordecedor. Suer volvía a jadear aunque esta vez no era por cansancio. Había contemplado la escena con la boca abierta, y se atrevió a utilizarla para reprochar a los hermanos que eso no había sido lo acordado, que habían prometido que dejarían con vida a Godo, que por eso les contó lo de la fuga, que no debía morir nadie y mucho menos el herrero, tan solo dar una lección a la muchacha.

Alvar no tardó en romper aquellas quejas, ni tampoco el último abrazo de los enamorados. Mandó callar a Suer, y agarró a Marina

alejándola del cadáver de Godo. Mientras desgarraba su vestido y golpeaba su rostro para que dejara de resistirse, le gritaba que eso es lo que ocurría cuando se tomaban decisiones equivocadas.

— ¡Te dije ayer junto al lavadero que tenía una sorpresa para ti muy, muy, muy grande, y no me creíste pues pensabas que no me ibas a volver a ver! ¿Verdad? ¡Pero qué error... tanto como cuando te tomaste a juego nuestro compromiso, tal vez fuésemos unos niños, pero yo ya hablaba en serio y ahora te toca pagar tus burlas!

Alvar arrastró a la muchacha que se resistió cuanto pudo, hasta una zona de la orilla del camino donde crecían unos frondosos helechos. La violó tras golpearla en repetidas ocasiones dejándola semiinconsciente. Cuando el líder de la banda acabó y se alejó de la desgraciada, ajustándose de nuevo la cota y atándose los pantalones, Ramir, con sus granos de niño pero con la misma mirada torcida con la que había contemplado la escena, se acercó hasta Marina.

— Ni se te ocurra pensarlo — dijo escueto el hijo del burgomaestre. No hizo falta más para que Ramir, farfullando, olvidara sus intenciones.

La tempestad, suavizada un tanto desde que asesinaran al herrero, arreció de nuevo con fuerza.

Las antorchas incluso impregnadas en brea y puestas a cubierto del viento y de la lluvia bajo los pinos al pie de la falda de la montaña, comenzaron a peligrar. Nuño despertó con rudeza a su hermano, pues Ruy se había quedado dormido a pesar del aguacero, y preguntaron a Alvar por lo que hacer llegados a ese punto.

— Esta noche no nos queda más remedio que buscar una cueva ahí arriba — contestó el líder de la banda señalando la montaña —. Ya volveremos mañana a Toscan con la boquita pero que bien, bien, bien cerrada. No quiero que el idiota de mi padre se entere de nada, él hace la ley, y yo la trampa. Suer, Ramir, cargad con la damisela, aún no sé qué vamos a hacer con ella. Nuño, revisa los bolsillos de nuestro viejo amigo.

— ¿De qué crees que me ocupé mientras ayuntabas con la moza? El herrero no tenía más que el cuchillo con el que trató de pincharnos,

unos miserables sueldos, y las botas de las que ya ha salido y que tal vez pueda revender, para nosotros son demasiado grandes. El resto se queda para los cuervos.

Al escuchar que el cuerpo de su amigo quedaría para la carroña, Suer se atrevió a protestar de nuevo y sugirió que deberían enterrarle, pero la risa generalizada y el hecho de que todos comenzaran a marchar montaña arriba, le dejó clara la respuesta. Por si acaso, Alvar se dio la vuelta tras unos pasos y se lo aclaró.

—Si no cargas con ella y comienzas a subir... voy a pinchar ese ridículo gambesón que llevas hasta dejarte desinflado.

Marina no se resistió cuando Suer cargó con ella, no tenía fuerzas más que para susurrar como en letanía las palabras que su madre le repitiera tantas veces: «El amor mata más que el odio».

De las tres antorchas, la que llevaba el joven Ramir se apagó al inicio del ascenso. No supo protegerla convenientemente de la lluvia, ni de las rachas de viento que recorrían silbantes el desfiladero hacia las cuevas. Tales cuevas no quedaban demasiado lejos pero su acceso era difícil, pudiendo estar además habitadas por lobos, hienas, o incluso por algún oso. Aunque si se hacía caso de las historias de pastores y zagales que se acercaban a los alrededores, en los últimos años, moraba un mendigo que había amaestrado a las fieras, tras pelearse con ellas y sobrevivir, al parecer malherido. Por supuesto, Alvar hacía poco caso de aquellos cuentos y contaba con las armas y con el fuego para lograr pasar la noche en una de las cuevas sin ningún tipo de problema.

Marcharon bien pegados a la pared de la montaña y atravesaron pasos estrechos y traicioneros. Nuño encabezaba el grupo con una antorcha y Ruy se situaba en medio con la otra.

Durante una hora de subida por un suelo resbaladizo apenas habló nadie salvo el imberbe Ramir, quien decidió olvidarse de relevar a Suer a la hora de cargar con la muchacha, y quien aseguró con firmeza que su hermana pequeña había visto al mendigo, pues junto a otros chiquillos de Toscan ella había estado vigilando las cuevas con sed de aventuras. Junto a las palabras de Ramir, tan solo el

viento, el sordo llanto de Marina, y el tarareo de una canción obscena de taberna por parte de los hermanos, rompieron la monotonía del ascenso.

Finalmente y tras perder también la llama de la antorcha de Ruy, cruzaron una garganta que desembocó en una pequeña depresión bifurcada en varios senderos. Eligieron el que quedaba más a la izquierda, porque un relámpago les hizo ver la entrada a una cueva relativamente cercana, y se encaminaron hacia ella.

No les habían engañado sus ojos y se plantaron a escasa distancia de una abertura en la montaña que les dejó boquiabiertos. A pesar de la escasa luz observaron que no se trataba de una simple oquedad en la roca, ya que la entrada quedaba labrada con runas y relieves. Fuese lo que fuese ante lo que estaban, prefirieron seguir haciéndose preguntas una vez que se hubieran resguardado de la lluvia.

—Desde que comenzarais a hacer ruido al pie de mi montaña —les sobresaltó de pronto una voz que no provenía de la gruta—, me preguntaba si vuestros pasos se sucederían uno tras otro hasta conduciros aquí. Y así ha querido el destino que fuese, siempre caprichoso. Sin embargo no sois bienvenidos, y debéis marcharos.

Alvar fue el primero en reaccionar, cogió la antorcha que portara Nuño y la dirigió hacia la voz. Provenía de la derecha de la cueva, a unos quince pasos, y apenas pudieron distinguir una figura cubierta por una capa de color pardo.

—¿Pero acaso no sabéis lo que es la hospitalidad, insolente? —comenzó a decir Alvar seguro de sí mismo mientras se acercaba unos cinco pasos, echándose la mano derecha que le quedaba libre al cinturón—. ¿Vais a negarle el cobijo a un grupo de viajeros muy, muy, muy exhaustos, que solo quieren guarecerse de la noche y de esta condenada tormenta? ¿No seréis vos el mendigo del que hablan las viejas y los críos? Quizá os convenga saber que yo soy Alvar, hijo del burgomaestre de Toscan, y que por tanto no solo puedo exigir os hospitalidad, sino también los motivos por los que os encontráis en nuestros dominios, de modo que si no respondéis convincentemente, podría haceros azotar de acuerdo a las leyes hasta que lo escupierais.

—Hacéis tantas preguntas que supongo no queréis que se os conteste —respondió la figura, que no se movió del lugar y que al romper de un nuevo relámpago, pudo vérselo encapuchado al borde de un precipicio, de espaldas a este, y de cara a La Banda. Segundos más tarde, cuando el rayo llegó, Marina se zafó de Suer y comenzó a correr sin demasiado sentido hasta el encapuchado, pero apenas si dio unos pasos, puesto que Alvar con un rápido movimiento la alcanzó, y la tiró sin miramientos contra el suelo.

Nadie dijo nada, nadie se movió, solo Marina se incorporó un tanto. Sus lágrimas se mezclaron de nuevo con la lluvia, su llanto fue apenas perceptible. Por fin, Nuño y Ruy rompieron el silencio pidiendo a Alvar permiso para acabar con el desconocido, fuese el mendigo o no, y fuese o no, una respuesta de un mal huésped. El hijo del burgomaestre se saltó los pasos jurídicos que había mencionado antes, y concedió permiso para que le mataran, si bien cierta desconfianza hizo que les dijera a Suer y a Ramir que se unieran a los hermanos. El primero estaba aterrado y no pudo, o no quiso moverse, el segundo en cambio pareció entusiasmado, excitado ante la idea de poder demostrar su valía, y vino a desenvainar una vieja espada oxidada.

Pronto los hermanos alcanzaron la posición adelantada de Alvar y Marina, e instantes después fue Ramir quien les superó, ansioso y con la espada firmemente sujeta por las dos manos. Otro relámpago sirvió para evitar que el muchacho tropezara contra una roca. Marina, que se decidió a mirar la escena, pensó que aquella figura misteriosa al borde del abismo no tenía mucho que hacer, tal vez pudiese con Ramir, al menos ella se conformaría con esa pequeña venganza, pero los hermanos eran otra cosa. Recordó que se contaba en Toscan que incluso habían matado a un honorio proscrito tras una pelea de cartas.

Ramir no esperó a los hermanos y nadie esperaba a Suer. El muchacho lanzó unas primeras estocadas al encapuchado que este pareció esquivar con dificultad y en el último momento, como si con un poco más de rapidez y precisión por parte del chico, su enemigo

no pudiera escapar. Nuño y Ruy, al ver la situación, se tranquilizaron y dejaron que Ramir intentara acabar el trabajo, podría servirle para coger experiencia.

El desconocido no sacó ningún arma, y apenas si se ayudaba con los brazos cubiertos por la capa para equilibrar sus movimientos. Solo la cercanía parecía permitir ver lo suficiente a los contendientes, pues la antorcha que sostenía Alvar quedaba a sus espaldas y demasiado lejos. El líder de La Banda se percató de esta situación y se adelantó unos cuantos pasos más para detenerse a la altura de los hermanos, a escasa distancia del combate.

Ramir seguía lanzando estocadas pero cada vez parecían más inútiles. Su resuello iba en aumento mientras que el encapuchado parecía haber estado jugando con la situación, pues se movía tranquilo y no aparentaba estar cansado. Alvar se cansó de la escena, agitó la antorcha, y ordenó a los hermanos que intervinieran. Ramir escuchó la orden y, picado en su joven orgullo intentó un ataque tan torpe como desesperado. Su golpe frontal de arriba abajo con una mano hizo reaccionar con rapidez asombrosa al desconocido, quien agarró por la muñeca a Ramir al tiempo que le propinaba un brutal rodillazo en el estómago. La vieja espada cambió de manos y el muchacho quedó en el suelo, doblado.

—Hasta ahora tuve paciencia —comenzó a decir el encapuchado mientras con la espada en guardia cubría un posible ataque sorpresa— pero estoy empezando a hartarme. Marchaos ahora y vivid para contar que el mendigo de Dima no quiere ser molestado, o morid esta noche si no me dejáis más elección.

—¡Insolente! —Fue la respuesta de Alvar, quien sacó de inmediato su espada larga cuyo acero refulgió levemente a la luz de la antorcha—. Vais a descubrir lo que es el dolor a manos de La Banda de los Cinco. Tal vez os dejemos agonizar por ciclos, hasta que prefiráis estar muerto, muerto, muerto, hasta que grites que por qué tuvisteis que nacer.

El mendigo esbozó una sonrisa amarga sin bajar la defensa.

—Deberíais saber, que ya he gritado por eso.

Y acercándose la espada herrumbrosa, pasó la mano derecha a lo largo del filo oxidado. Inmediatamente se desprendió de él un brillo azul intenso que iluminó la noche empalideciendo la antorcha de Alvar.

— Si vais a morir — añadió —, que al menos veáis el rostro de quien os dio muerte.

La luz azulada bastó para que Marina, boquiabierta, y Alvar y los hermanos también sorprendidos, se pudieran percatar de que el mendigo mantenía el ojo izquierdo tapado por su párpado, atravesado este de arriba abajo por una gran cicatriz, por lo que parecía ser tuerto; o que su ojo sano refulgía con un verde intenso; o que podía ser algo mayor que Marina o Ramir, pero no mucho más que Alvar, Suer, y los hermanos, todos ellos rondando los veinte años; o que manejaba la espada azulada con la izquierda, mientras que a la diestra, colocada en equilibrio en una posición de defensa, le faltaba el dedo meñique, cercenado desde el nudillo.

— ¡No puede ser un mago! — gritó Alvar a sus compinches —. La luz es un truco barato, pues todos lo sabemos, o la espada o la magia, pero nunca, nunca, las dos ¡Entre todos acabaremos fácil con él y con sus trucos de juglar!

Y lo intentaron. Las palabras de Alvar infundieron fuerza al grupo que inició un ataque difícil de salvar teniendo en cuenta que ellos eran tres, aunque no cinco. Suer seguía paralizado sin ninguna prisa por sumarse al ataque, y Ramir aún se agarraba el estómago como si le hubieran reventado las entrañas.

El mendigo cruzaba su espada con habilidad pero parecía encontrarse en una situación harto complicada, pues apenas tenía espacio para maniobrar tan cerca del abismo como se hallaba, y sobre todo, porque los hermanos y Alvar no eran unos aprendices como Ramir; no habían nacido en Honoria, pero sabían manejar la espada con destreza. Con todo, el mendigo consiguió mantenerles a raya con estocadas precisas y movimientos ágiles sirviéndose de la ventaja de que a él no parecía darle miedo bailar sobre el precipicio.

La noche y la tormenta continuaban su curso junto al choque de los aceros, donde el brillo azulado del arma del mendigo se quedaba

adherido por breves momentos a las hojas rivales tras cada choque. Pero ni Alvar ni los fieros hermanos perdieron el orden de sus ataques. Todo vino a precipitarse cuando Ramir recobró las fuerzas suficientes como para sacar un cuchillo de la caña de su bota, e intentó sorprender al encapuchado lanzándose contra él.

Un amago del mendigo, la inercia del muchacho, y un golpe de codo del primero en la espalda del segundo, bastaron para que Ramir se despeñara por el abismo tragado por la oscuridad. El grito del desventurado aún resonaba cuando Ruy intentó sorprender al encapuchado rompiendo su propia defensa y la cobertura que le ofrecía su hermano mayor y Alvar. El mendigo no se dejó sorprender, esquivó una estocada lateral y con un habilidoso giro de muñeca atravesó el cuero de Ruy a la altura del vientre. El bandido no solo cayó encogido de dolor y herido de muerte, sino que de inmediato comenzó a arder, convirtiéndose en una antorcha humana con un fuerte destello azulado que infundió una imagen terrible.

Nuño no pudo mantener la calma ante la agonía de su hermano e intentó apagar las llamas, consiguiendo tan solo prenderse a su vez con aquel fuego mágico de color índigo. Ruy no tardó en morir mientras que Nuño, con el extraño y presuroso fuego traspasando la cota de cuero, intentó acabar con el mendigo. La agonía del hermano mayor también se acabó pronto; ardiendo, desesperado y asumiendo un riesgo imperdonable, no fue rival para el mendigo que con una rápida finta a la izquierda y un ataque lateral le decapitó de un tajo certero y seco. La cabeza que rodó algo lejos del cuerpo, no se consumió bajo el fuego mágico.

Alvar apenas se había movido desde que Ramir se precipitara por el abismo, y con este desaparecido, Ruy calcinado, y la cabeza de Nuño cerca de él, el hijo del burgomaestre maldijo al mendigo, maldijo a su banda, y maldijo a Marina. Trató de huir mientras que su maldito principal, no hizo nada por impedirlo.

Sin embargo en sus primeros pasos se topó con Marina, quien había contemplado la lucha tras alejarse unos metros. Alvar levantó su acero con ánimo inequívoco ante la aterrorizada muchacha, pero él solo tuvo

tiempo de sentir su pecho atravesado por la espada hechizada. Las llamas comenzaron a surgir como lenguas azules que con presteza le consumieron. El mendigo había lanzado el arma a modo de jabalina, y había acertado de pleno; el líder de La Banda de los Cinco había elegido mal por última vez. La antorcha que aún llevara cayó al suelo pedregoso y se apagó, cerca de él, quedó también su espada.

Alvar no debió escuchar ya cómo el encapuchado se le acercaba con calma, ni cómo tras bajarse la capucha, le decía que sí, que algo maldito sí que debía estar. Tal vez lo último que vio antes de caer al suelo envuelto en llamas, fue a Marina alejarse temblorosa para que el fuego azulado no la rozara.

La tormenta continuó aunque la oscuridad comenzaba a disiparse porque Lucero, la estrella de la Mañana, empezaba a perfilarse por el oeste.

El mendigo miró a Marina con cierta indiferencia, no se hablaron. Acto seguido, se encaminó hacia Suer, inmovilizado desde que Alvar le diera la orden de atacar, y aterrado desde poco después. Cuando el tuerto llegó junto a lo último que quedaba de La Banda, Suer se hincó de rodillas doblando su mole y tiritando, y comenzó a pedir clemencia entre balbuceos y lágrimas. Ni siquiera al mismísimo Padre le habría rezado con mayor piedad.

— Calmaos — ordenó el mendigo con serenidad —. No tengo intención de mataros. Prefiero que regreséis a vuestra villa y contéis parte de lo que aquí ha ocurrido, como por ejemplo, que los tuyos me obligaron a matarles. Pero tened cuidado en contar cómo lo hice, pues si decís que usé la magia y la espada, os buscaréis problemas como ya sabréis. Querrán saber cómo es eso posible, y si pensaran que mentís, os harían cosas que no os iban a gustar. Así que inventad lo que queráis pero con cuidado de no excederos de sincero.

»Y puestos a decir quiero que advirtáis también a los toscanos que no quiero volver a ver a sus impertinentes pequeños vástagos mero-dear por mi montaña. Decid a vuestro burgomaestre que Dima es la casa del mendigo, que Dima son mis dominios y no los suyos, y que si la villa me deja en paz, yo también dejaré en paz a la villa. Pero si

no es así, entonces nadie saldrá ganando, pero no seré yo el que más pierda.

»Y por si al burgomaestre le entrara sed de venganza por su hijo... decidle que yo le he ofrecido justicia. Llevaos a la campesina y explicadle lo que hayáis hecho con ella.

»Por supuesto podéis no hacerme caso pero no os lo aconsejo, me terminaré enterando más pronto que tarde y entonces os buscaré por todo Karak hasta que os encuentre. Y ahora hacedme un gesto de afirmación con la cabeza si habéis entendido todo lo que tenéis que hacer. Así me gusta ¡Pues largaos y no regreséis jamás!

Con el inminente amanecer la tormenta también pareció comenzar a remitir. El mendigo se dirigió entonces hacia la cueva. Suer, consiguió incorporarse y se dispuso a andar hasta Marina, pero fue ella la que puesta en pie en un doloroso esfuerzo, llegó hasta el último miembro de La Banda. Se encontraron y él empezó a balbucear pidiendo perdón. Incluso dijo algo de que tal vez podrían casarse para que ella no quedara deshonrada. No terminó sin embargo sus perdones porque Marina le atravesó con la espada que perteneciera a Alvar. Lo hizo con tanta fuerza que el acero entró en el gambeson con facilidad y logró asomar la punta por la espalda.

—Esto por tu viejo amigo Godo —dijo Marina a un sorprendido Suer, quien la miró con los ojos desorbitados, tras un grito. Y apretando aún más la empuñadura, la muchacha añadió —Y esto por mí, malnacido, espero que los demonios te desinflen gramo a gramo.

Los dos cayeron de rodillas, uno agonizando, ella deshecha.

El mendigo se había dado la vuelta al oír el grito de Suer, y tras un gesto de hartazgo se encaminó rápido hacia ellos. Cuando llegó, Suer ya estaba muerto.

—Ahora, muchacha —comenzó a decir molesto el mendigo— tendréis que ser vos la que cuente en vuestra villa sobre esta maldita noche.

Marina comenzó a reírse histérica pero aún encontró fuerzas para responder.

—Parece que sabéis matar con mucha habilidad —dijo ella—, pero si creéis que regresaré a Toscan para contar esto, es que sois idiota.

Me matarían después de la muerte del hijo del burgomaestre, por una historia que nadie creería, por haber sido violada, y hasta por estar viva. Así que haced conmigo lo que queráis, no me importa, nada me importa ya. Preferiría arder como lo han hecho esos cerdos, a tener que volver a Toscan.

El mendigo la miró en silencio, su ojo verde se dilató, la muchacha tenía heridas en los brazos, en las piernas, en el labio, su vestido color canela, el más bonito que hubiera tenido nunca, era un gran jirón cubierto de barro y sangre.

— Está bien — dijo finalmente — . Haced lo que queráis, siempre y cuando os marchéis, huid donde creáis conveniente. Capitolia está a poco más de tres ciclos de aquí a pie, y seguro que sabéis llegar, no creo que haya más bandidos que os molesten con este tiempo. A mí, con que no estéis aquí cuando despierte, me basta.

El mendigo no añadió más, se giró y se marchó a la cueva. Marina se quedó en el suelo, sollozando. Se durmió allí mismo a los pocos minutos, justo cuando cesó la lluvia del todo, justo cuando el disco amarillo de Lucero se dejó ver en su totalidad.

CAPÍTULO III: PARIA

Dima siempre me fascinó. Se trata de una de las montañas más altas de Karak, a pesar de no formar parte de ninguna gran cordillera. Se entrelaza con dos hermanas mucho más pequeñas, atravesadas por una normalidad tal, que hace si cabe a la hermana mayor, aún más misteriosa.

Pero no me fascina porque sea la montaña más alta de la Región de Paria, o por su intrincado y enorme sistema de cuevas, o porque nadie, al menos hasta la fecha y que yo sepa, haya coronado la cima, o porque las nieves perpetuas comiencen en unas cotas realmente altas, ni tampoco, porque a lo largo de la montaña se puedan encontrar prácticamente todos los minerales conocidos de nuestro pequeño planeta, desde el carbón o el hierro, a la plata y el oro, llegando hasta el diamante con el que elaboramos nuestra preciada moneda diamantina, y a la anarcanita, nuestra piedra más temida por ahogar nuestras capacidades mágicas. Y finalmente, la fascinación y el misterio tampoco radica en el hecho de que ni Honoria ni Arcania, se hayan despedazado por tomar posesión de la montaña, y muy al contrario, la ignoren.

No, el mayor de los misterios que late en Dima, y que tal vez explique parte o todo de lo anterior, es la fuerza que noto, es la fuerza particular y extraña que anima y emana de la Montaña. Y esa «fuerza» es lo que trato de desentrañar una vez más con esta nueva expedición. En la anterior, intenté adentrarme en sus profundidades hasta que topé con barreras naturales que me impidieron continuar; lo intentaré esta vez marchando hacia la cima, a la espera de hallar las respuestas que busco.

Parte de las notas del famoso aventurero arcano Giles, fechadas en el 886 de Nuestra Era, y que fueron halladas por un pastor en una galería de Dima en el año 1057. Sobre Giles nunca más se supo tras partir de la ciudad de Luz, capital de Arcania, en su cuarta expedición a la montaña que tanto le obsesionó. Actualmente la nota transcrita se encuentra en el archivo histórico de la ciudad de Capitolia.

Tuvieron que pasar más de tres años, más de tres órbitas completas de nuestro planeta alrededor de Lucero y Vespertina, para llegar al momento que se relata en este capítulo. Muchos son los ciclos y los hechos que se omiten, pero ya lo hice anteriormente con períodos más amplios, y me temo que volverá a ocurrir, ya que si quiero hacer avanzar con pulso firme lo que relato, me veo obligada a ciertas elipsis que espero sean perdonadas por la benevolencia de los lectores.

Marina terminó como cada mañana de ordenar y limpiar los enseres de la cámara principal de la cueva, que se encontraba al cruzar el umbral del arco labrado con runas y relieves, donde no llegara a entrar ningún miembro de La Banda de los Cinco, en la ya lejana fecha de su desaparición.

La cueva poseía un espacio natural, amplio, que apenas había sufrido más modificación arquitectónica que la de picar algunos salientes para dotar al lugar de una regularidad casi ovalada. El techo calizo era alto, de al menos quince pies, liso, y sin apenas inclinación. La luz inundaba la estancia desde el amanecer hasta la puesta de Vespertina, la Estrella de la Tarde, y convertía durante las horas de claridad, a las ocho teas de llama blanca que permanecían siempre encendidas, pero sin consumirse, además de en un misterio, en un adorno.

Marina se encontraba fatigada y con sueño tras su tercera noche de pesadillas ininterrumpidas, justo desde que el mendigo se marchara a Capitolia, según le dijo, por unos ciclos como ya había hecho en otras ocasiones.

La joven, libre ya de su única rutina, volvió a lo que podía llamarse como su habitación, un pequeño espacio al que se accedía por una oquedad lateral de la cámara mencionada. Tan solo pensaba en abrazar a su hija, e intentar dormirse y descansar el mayor tiempo posible que le dejaran las pesadillas y los recuerdos. Se acercó a la cuna de nogal buscando en el rostro plácido y feliz de su niña lo que ya no encontraba nunca en sí misma, y tuvo que comprobar que la pequeña, una vez más, se había escapado de la cuna.

Marina puso los brazos en jarra, más en gesto de exasperación que de susto, y comenzó a gritar:

— ¡Damara, Damara, dónde diantres estás esta vez!

Pero la niña, tras aprender a corretear en un tiempo inusualmente breve, no apareció. La joven tomó de la pared una tea de llama blanca que colgaba en su habitación, antorchas que junto a su pequeña era lo único que en aquella montaña le transmitía paz, y se dispuso a buscar a Damara por la red de cuevas que comprendían Dima, y que había tenido que empezar a conocer una vez que a su hija le diera por las exploraciones.

Desde que Marina supo que estaba encinta al poco de su noche más desgraciada, no había querido plantearse la pregunta de quién era el padre, y hacía todo lo posible por huir del típico «este rasgo de mi pequeña me recuerda a»... pero en ocasiones como esta le asaltaban de manera súbita y terminaba por llorar desconsoladamente, puesto que su niña era especialmente atrevida y resuelta, y no se podía decir que fuesen rasgos que destacaran en el herrero.

La muchacha se secó las lágrimas y se consoló pensando que al menos no tendría que soportar los gruñidos del mendigo, a quien le molestaba sobremanera que ella o la cría, le vieran ejercitándose con la espada, meditando, o si sencillamente se cruzaban con él, más allá de lo estrictamente necesario. Y es que parecía que el joven, ya por naturaleza malhumorado, no se perdonaba la debilidad de haber dejado que finalmente aquella pobre desgraciada se quedara en su montaña, teniendo además que añadir con el tiempo la molestia de una criatura que el mendigo no sabía cuándo era peor, si cuando tan

solo lloraba, cagaba y dormía, o a esas alturas donde podía cruzarse por cualquier parte, a pesar de haberle construido una cuna, no lo suficientemente alta como para que no pudiera escapar de ella cada ciclo.

El mendigo, quien pudiérase decir que en todo ese tiempo había tenido tan solo dos gestos afables desde que Marina se quedara en la montaña —el primero cuando al verla desolada por el embarazo le ofreció la posibilidad de abortar a través de una infusión de hierbas que ella finalmente rechazó, y el segundo, cuando le asistió con bastante pericia durante el parto— percibía con creciente irritación que las condiciones impuestas para que madre e hija permanecieran allí, eran quebrantadas una y otra vez. Él les exigía silencio y que no anduvieran libremente por las galerías de Dima, pero desde que la niña comenzara a escaparse de la cuna y de la vigilancia de la madre, el joven advertía con gran enojo justo lo contrario.

Marina de hecho, no podía evitar pensar desde hacía varios ciclos, que aquel joven extraño al que aún no sabía muy bien cómo llamar tras convivir con él durante tres años, quien apenas hablaba más que para quejarse de ellas, y quien no parecía tener más interés que el de dominar la espada y la magia, tal vez en esta ocasión les hubiera abandonado a su suerte para siempre.

Marina examinó la sala ovalada, miró tras los enseres y los cestos donde se podía haber escondido la niña, y descartó la opción más sencilla. A Damara lo que le gustaba era investigar las cuevas más profundas que ofrecía Dima, justo lo que aterraba a su madre, tanto por la oscuridad, como por los ruidos inquietantes que llegaban desde esas galerías, hasta el punto de haber sufrido en los últimos ciclos alucinaciones donde creyó ver ruidos, y escuchar sombras.

No obstante, si seguía viva después de todo lo que había soportado, era solo por su pequeña, así que se armó de valor, aferró con fuerza la tea de luz blanca, se recogió un tanto la falda verde que vestía, y se encaminó a las profundas galerías de Dima.

La joven madre inspeccionó primero tres pequeñas cavidades, oscuras y secas, que servían para almacenar víveres y vestimenta.

Al principio Damara se conformaba con estos espacios poco alejados de su cuna, se escondía tras algún cofre de ropa, o detrás de las tiras colgantes de carne y pescado en salazón, y esperaba con una sonrisa traviesa a ser descubierta por su abnegada madre. Sin embargo, la niña pronto quiso ampliar horizontes, y empezó a esconderse en rincones cada vez más lejanos.

Fue durante esas búsquedas cuando Marina comenzó a saltarse las reglas del mendigo. Así descubrió unos meses atrás, la enorme sala de entrenamiento del mendigo donde este se encerraba durante horas para practicar la esgrima. En una ocasión, durante una de las expediciones de la cría, Marina se había quedado absorta contemplando desde la entrada de la sala las extrañas piruetas que el joven era capaz de ejecutar al tiempo que blandía la espada. Por unos instantes Marina se había olvidado de la búsqueda de su hija, y cuando el mendigo se percató de su presencia, ella balbuceó el motivo de que estuviera allí plantada con tan poca convicción, que ni ella misma se lo creyó. Por suerte fue la propia Damara quien la sacó del aprieto, pues apareció a la espalda del mendigo, tras colarse en sus propias narices sin que este se diera cuenta. En ese ciclo Marina, ruborizada por la situación, por la semidesnudez con la que se ejercitaba el joven, y por contemplar tan a las claras las terribles cicatrices y marcas que asolaban el cuerpo del mendigo en su espalda, en su rostro, y en su mano, creyó percibir también, cierto rubor en su introvertido compañero de montaña.

Desde hacía un par de semanas a esta parte, la niña profundizaba cada vez más en los corredores de la montaña, y era así como había llegado hasta la biblioteca del mendigo, con diferencia la cámara más grande que Marina había encontrado en las entrañas de Dima. Se trataba de un espacio perfectamente rectangular, seco, e iluminado completamente por las misteriosas teas de llama blanca que no se consumían pero que tampoco prendían fuego. Los libros llenaban las numerosas estanterías, y cuando Marina contempló por primera vez el lugar, sintió tanta pena y tanto dolor por no saber leer, que se prometió así misma, que no le

ocurriría lo mismo a su pequeña, y que conseguiría reunir el valor suficiente como para pedirle al mendigo, y rogarle si hiciera falta, que enseñara el misterio de la lectura a su hija.

La niña sin ninguna duda parecía predispuesta a ello. Desde su primera incursión a la biblioteca se había convertido en su lugar favorito. Aquí además no pretendía esconderse, sino alcanzar siempre los libros que por otra parte le quedaban demasiado altos. Pero Marina en esta ocasión no encontró a Damara en la biblioteca, y su preocupación fue en aumento.

Marina se vio obligada a profundizar más que nunca en las galerías. La llama blanca de la tea no alejaba de sí toda la oscuridad que ella hubiera querido, y mucho menos sus miedos, pero la creciente preocupación aceleró sus pasos por el corredor, que para ella tuvieron una única dirección: al fondo, siempre al fondo de la montaña. Así llegó hasta una abertura lateral por la que accedió tras agachar la cabeza.

Nada más entrar en la sala, de forma irregular, pequeña, sintió la humedad como una bofetada. Poco a poco la oscuridad pareció alejarse a los rincones a causa de la tea. Pudo entonces asombrarse de las puntiagudas y larguísimas estalactitas que se cernían sobre su cabeza, colgando de un techo cuya altura no pudo alcanzar a distinguir. En la amenazante estancia, la muchacha buscó a su hija con inquietud, pero lo único que encontró fueron extraños símbolos dibujados en el suelo con azul, rojo y negro, que estampados en extrañas formas geométricas, le parecieron moverse. Tras comprobar que Damara tampoco se hallaba en aquel extraño lugar, no se quedó para comprobar si había tales movimientos o eran imaginaciones suyas.

Marina no podía estar ya más preocupada, y comenzó también dudar. Tal vez su hija no se encontraba en aquellas oscuras entrañas, sino que había quedado a su espalda, escondida mejor que nunca, o tal vez había decidido salir de las cuevas desde la sala ovalada sin que ella lo hubiese notado. Con todo, decidió seguir adentrándose en Dima, siguiendo el corredor que ahora se estrechaba y cuyo techo también se empequeñecía.

Por si fuera poco, una corriente de aire hizo que temblara de pies a cabeza al tiempo que instintivamente protegió la tea de luz blanca, que de haberse tratado de una antorcha normal se habría apagado, pues la llama se dobló y agitó con violencia a causa de la ráfaga. Aún tiritando, decidió darse ánimos diciéndose que al menos no escuchaba los aullidos, los gruñidos, y los inquietantes susurros que por las noches ascendían hasta su lecho, llenándola de pesadillas. Durante un tiempo se había librado de esos malos sueños cuando sin poder aguantar más, había llorado al mendigo para decirle lo que le ocurría. Este apenas le devolvió un par de palabras desgastadas, pero desde entonces Marina no había vuelto a sufrir terrores nocturnos, o al menos no, desde que tres ciclos atrás el mendigo le explicara que se marchaba a Capitolia, que regresaría pronto, y que a la vuelta quería encontrarlo todo en su sitio.

Marina siguió adelante a pesar del miedo, aquel corredor debía tener fin, o bien convertirse en algo suficientemente tenebroso como para asustar a su pequeña, que se daría entonces la vuelta en busca de los brazos protectores de su madre.

El pasadizo se estrechó aún más y tuvo que empezar a caminar agachada, por momentos a gatas, arrastrando la falda hasta enloderarla en la humedad del suelo. La tea era lo único que aún le infundía cierto control de sí misma, pero vino a perderlo cuando encontró un pañuelito que Damara llevara los ciclos previos en la muñeca. Entonces ni la tranquilizadora llama pudo lograr que su corazón comenzara a golpearla hasta hacerle daño.

Marina anduvo y gateó tan rápido como pudo, dejándose la piel de las rodillas. La galería de pronto se agrandó, pero el problema entonces fue que se bifurcaba en tres direcciones, por lo que saber qué pasadizo debía elegir se convirtió en una zozobra que la paralizó casi por completo. Sin embargo, en mitad de la encrucijada, creyó escuchar un llanto por el corredor de la izquierda y no se lo pensó dos veces.

Corrió cerca de ciento cincuenta pasos por el nuevo corredor, tan oscuro como todos, si bien con un techo relativamente alto, aunque

las paredes fueran estrechas, y se paró en seco al desembocar en una cueva amplia, iluminada por la luz del día, y plagada de lobos.

Los animales no se percataron de Marina, ocupados como estaban en rodear en semicírculo algo que ella no pudo ver en un primer momento. Sin embargo no tardó en descubrir que ese algo era su hija, y al hacerlo, se le escapó un grito de horror al tiempo que se le caía la tea al suelo, para llevarse finalmente las manos a la boca. El grito sirvió para llamar la atención de la manada. Una manada que pasó de mirar con curiosidad a la niña, quien no lloraba como pensara Marina sino que reía, a prestar atención a la madre.

Hacía una hora que las dos estrellas diurnas dominaban el cielo raso de un azul intenso, cuando un joven lleno de cicatrices por todo el cuerpo y tuerto del ojo izquierdo, se levantó desnudo de uno de los camastros del burdel *La Esperanza*, en la ciudad de Capitolia. Iba pulcramente afeitado, y su pelo, negro como la turba, le caía liso hasta los hombros. Comenzó a vestirse con un jubón de colores llamativos y unos pantalones de piel de cordero que le identificaban con el gremio de los mercaderes, aunque por sus hechuras, los pantalones le quedaban cortos y el jubón estrecho, y por su mirada de fiera dañada, no resultara del todo convincente a los ojos de los demás. Poco le importó molestar con toses y maldiciones, que parecían indicar una mala resaca, a su compañera de noche, quien intentaba dormir arrebujándose bajo las sábanas. Esta agradeció que al fin el joven se marchara de la habitación.

Bajó por las escaleras de madera desde la segunda planta del burdel, y sorteó para poder pasar, a prostitutas y clientes que desde la noche anterior habían caído dormidos, a saber por cuál de las múltiples causas que ofrecía el prostíbulo. Salió a la calle. El golpe de luz le cegó su único ojo por un instante, y le hizo exclamar maldiciones contra todos los dioses, que hubieran ofendido incluso a blasfemos e irreverentes. Se dirigió a las caballerizas de *La Esperanza* y allí recogió a su mula de carga, Pizca, tras pagar un cuarto de sueldo al mozo que se encargaba de las monturas. El joven se encaminó al gran mercado.

Capitolia era como un queso redondo, con dos circunferencias concéntricas, y dividida en sectores. La primera circunferencia comprendía el perímetro de la ciudad delimitado por su ruinosa muralla, de las que no se había ocupado en mucho tiempo ningún Gran Burgomaestre, la principal figura administrativa, no solo de la ciudad sino de toda la Región de Paria, y el encargado máxime de negociar con los reinos temas como los tributos y las servidumbres. La segunda, lo constituía la plaza del mercado, situada en el centro mismo de la ciudad, y que como el resto de Capitolia se repartía en zonas, en este caso con el mercado Alto, el Medio, y el Bajo. Entre ambos límites, la ciudad quedaba dividida en sectores más o menos regulares: los distintos barrios.

El supuesto mercader tomó el camino empedrado del sureste, y atravesó el barrio de los comerciantes acomodados. Al norte quedaba la zona más rica de la ciudad, habitada por banqueros, prestamistas, y traficantes de esclavos. Al sur, se levantaba el Arrabal, lleno de tullidos, pobres, y maleantes de poca monta que sin embargo no suponían demasiado peligro, vigilancia, ni gasto para las arcas de la burgomaestría, como sí lo representaba, su barrio aledaño, el de los proscritos y criminales libres. Sin duda por esto la cárcel y la milicia, la única que los dos reinos de pleno derecho de Karak dejaban formar en todas las ciudades de Paria, se encontraban pegados a este barrio lleno de pependencias y mortandad.

Poco a poco el joven mercader del jubón de colores vivos se fue haciendo a la algarabía de la mañana. El camino empedrado, vía principal para dirigirse al centro de la ciudad y por tanto al mercado, se encontraba como siempre a esas horas y casi a cualquiera, concurrido. Según se acercaba se llenaba todo de voces que echaban cuentas, y de olores nada frescos y variopintos. Cuando el joven entró por el arco del mercado Medio, ya le costaba moverse. Por suerte para él, Pizca demostraba bien a las claras que era una mula con malos humos, haciendo ver que no tendría demasiados problemas en soltar una cox si algún despistado le agobiaba en exceso, o si algún pícaro intentaba acceder a sus alforjas.

Pescaderos, carniceros, panaderos, armeros, vendedores de hierbas, de minerales, de esclavos, curanderos, profetas, celestinas, mercenarios, libreros, fruteros, orfebres, artesanos, sastres, aguadores... y prácticamente todo lo que se puede comprar o vender en Paria, se daba cita en aquel gran mercado y en sus tres variantes: la gama alta, la media, y la baja. Aquel aparente caos tenía su orden y su lugar, y dependiendo del tamaño del bolsillo, se podían comprar salmones más caros que siervos, anarcanita de gran pureza, o libros casi olvidados más valiosos que muchos palacios.

Por cosas como las descritas, hasta el gran Mercado se acercaban honorios y magos, siendo esta la razón por la que nos encontrábamos en uno de los pocos lugares de Paria donde podían correr junto a los sueldos de bronce, espadines de plata o de oro de Honoria, y los preciadísimos triángulos de diamantino de Arcania. Y por todo lo dicho no resultaba de extrañar, que Capitolia contara con milicia propia, la única ciudad de la súbdita Región a la que los reinos se lo permitían.

El mercader recorrió pacientemente sus puestos habituales. Cada cuatro o cinco meses, este llamativo joven se dejaba caer por allí. En apenas una hora recorrió el Mercado Bajo y se hizo con víveres, con ciertas plantas medicinales, con otras venenosas, y con alguna incluso desconocida para el propio vendedor. También compró un libro que describía la fauna y la flora del profundo y tupido Bosque Espeso, el cual se extendía desde el fin de la Gran Cordillera Central, hasta casi la costa del noreste, que permitía navegar hacia Sacerdocia. No se atrevió sin embargo a probar ninguna de las armas que le llamaron la atención, pues no quiso atraer miradas indiscretas, conformándose con un análisis visual, que descartó arriesgar más de lo necesario en unos aceros que no lo merecían.

Tras dedicar otra hora al mercado Medio sin compra alguna, se disponía a entrar en el Alto con la intención de escuchar posibles noticias y novedades sobre Honoria y Arcania, cuando un traficante de esclavos, que había conseguido levantar un puesto algo

alejado del resto del bullicio y que con siete jaulas, de las que ya dos se encontraban vacías, se había hecho con un espacio apreciable, comenzó a llamarle con un tono entre grave y sibilino, para que echara un vistazo a su género.

—Mi joven señor —dijo el esclavista, que aparentaba unos cuarenta años y que poseía una gran espalda, unos hombros cargados, y un látigo de cuero en su mano derecha—, acérquese a ver mi producto y le aseguro que no se arrepentirá en invertir en cualquiera de mis bellezas.

—Hacéis mal en opinar sobre los arrepentimientos ajenos —fue la hosca respuesta del mercader, que apenas desvió la mirada y siguió camino del Mercado Alto.

—Perdone mi joven señor, simplemente supuse que preferiría gozar a su merced de alguna de mis beldades, en lugar de tener que recurrir a otras caras esperanzas cada vez que quiera colmar su natural y justa lujuria.

Ante aquellas insinuaciones, el mercader reaccionó con una notable velocidad por la que en pocos pasos se plantó a la altura del traficante, sorprendiendo no solo a este, sino también a un viejo de enorme barba que se encontraba dormitando en una jaula mísera y pequeña, y que se desperezó casi tan raudo como el joven se había movido, aunque al anciano nadie le prestó atención.

—¿Quién sois vos y qué sabéis de mí? —preguntó el mercader tratando de contener parte de su tono amenazante, cosa que no logró porque ni su voz ni su mirada tuerta, resultaron agradables.

—Nadie, nadie mi señor —se apresuró a contestar el esclavista —oh bueno, un humilde traficante que se gana su dinero de manera honrada, y que como a mi señor, le gusta gastárselo con la misma humildad, aunque claro, en menor cantidad, por lo que pude observar anoche, ¿no se acuerda de mí?

El joven dilató su ojo y relajó su expresión.

—Anoche estuvisteis en La Esperanza, en un rincón del fondo, bebíais de una gran jarra de cerveza mientras hablabais con la madame, al menos nos cruzamos una vez en la escalera, yo ya iba borracho,

vos sonreísteis con condescendencia y me mostrasteis esos dientes de oro que dicen poco de vuestra humildad... sí que me acuerdo y... sigue sin interesarme nada de lo que podáis enseñarme — terminó por añadir en un tono ya completamente tranquilo.

— O quizá sí — dijo una voz estentórea y firme que salió de la mísera jaula donde se encontraba el anciano.

— ¡Calla, viejo andrajoso, o probarás mi látigo! — Y el esclavista hizo restallar el cuero contra la jaula para dar contenido a su amenaza.

Sin embargo el joven mercader sintió interés y sin saber muy bien por qué se acercó hasta el anciano. A unos pasos uno del otro, comenzaron a escrutarse. El primero como ya se apuntó no parecía un simple mercader, pues todo en el joven indicaba que la vida de negocios no había sido su única escuela. El segundo en cambio sí que parecía un pobre viejo cuya mala fortuna le había confinado en un triste final. Su rostro estaba lleno de arrugas, sus manos eran secas y venosas, su barba descuidada y larga andaba entre el gris y el blanco, y lo único que parecía mantenerse con viveza en aquel cuerpo, que aun estando encogido por el reducido tamaño de la jaula se atisbaba pequeño, eran unos pequeños ojos de un azul profundo e intenso.

— Mi señor — dijo el traficante sin poder resistir por más tiempo el silencio de aquellas miradas que se cruzaban — este viejo insolente no vale ni para alimento de buitres. Llevo muchos meses con él, y resulta evidente que el miserable se morirá pronto.

»Mis fieles empleados lo capturaron sin esfuerzo en la norteña ciudad de Plata del Reino de la Guerra, y desde entonces he recorrido más de medio Karak con él sin que le descubriera ni una sola utilidad, salvo la de servir de estorbo y gasto. Al principio traté de venderlo como criado o consejero, pues me pareció que debía saber muchas cosas por su edad. Sin embargo, delante de los buenos clientes siempre abría la boca para mostrarse grosero e inculto. He terminado por llegar a pensar que le gusta estar en su jaula, que desea morir en ella... y voy a satisfacerle. Lo que aún no entiendo es por qué le ha molestado, ya que por iniciativa propia nunca habla.

El mercader se ajustó el pantalón a la cintura, y tras escuchar atentamente la historia del traficante de esclavos, no dejó de mirar al anciano hasta que finalmente le preguntó:

—¿Y qué es lo que me podría interesar de un saco lleno de años y de huesos? ¿Qué me puede ofrecer un esclavo insolente al que no le pueden quedar ni demasiadas fuerzas, ni demasiados ciclos?

El anciano, tal vez picado en su orgullo, contestó:

—Os puedo ofrecer buena insolencia jovenzuelo, y además, soy un buen amo, podría mandaros muy bien.

Antes de que el joven mercader encajara las palabras, el traficante de esclavos, al grito de necio, restalló el látigo contra el anciano con la precisión de colar por entre las rejas la punta que se encaminó hacia el rostro. Sin embargo el viejo movió su mano izquierda con tal rapidez y agilidad, que cazó al vuelo la punta del azote, enrollándose esta con violencia en torno a la mano venosa, para venir a pulverizarse el cuero instantes después, ante la atónita mirada del esclavista.

Ahora fue el mercader quien rompió el incómodo silencio.

—Definitivamente me interesa este viejo. Lo compraré a precio de comida de buitres y no se hable más. ¿O tiene algún inconveniente, mi traficante? —Añadió con toda la sorna de la que fue capaz.

—No, no, no —balbuceó el esclavista— que miraba aún sucesivamente al viejo y a su látigo medio deshecho, como si no se creyera todavía lo que acababa de ocurrir.

La transacción efectivamente se realizó por una miseria de tres sueldos. Nunca el esclavista había vendido a nadie por tan ridícula cifra. El viejo, salió de la jaula donde había pasado los últimos años de su vida, y estiró todo su cuerpo con parsimonia y método. Se irguió cuan largo era... y aún así el joven le sacaba más de dos cabezas.

Tras estirarse, las primeras palabras del anciano sorprendieron tanto al joven como al traficante, pero sobre todo pasmaron a las cinco esclavas que en silencio no se habían perdido nada de lo que allí había ocurrido, y que aunque apenas hubieran tenido trato con el anciano, siempre les había dado pena, por su edad, por llevar mucho más tiempo que ellas, y por hacerlo en unas condiciones deplorables de comida y espacio.

—Quiero lo siguiente —comenzó a decir el anciano—, que me prestéis el cayado que sobresale de las alforjas de vuestra mula, que marchemos al mercado Alto para hacerme con una túnica decente en lugar de esta tela andrajosa, y por último, quiero que le compréis a mi buen y antiguo amo, todas las esclavas que tiene a la venta. Y por supuesto, ahora no seréis tan roñoso como conmigo, ni en él asomará ningún rastro de avaricia.

Tras unos segundos en los que el joven pareció sacudirse la sorpresa, dijo sonriendo:

—Veo que efectivamente sabéis mandar muy bien... Pero viejo, os excedéis un tanto en vuestras funciones, pues con el dinero que me queda, conformaos si consigo para vos un sayo en el Mercado Bajo. Y es más, aunque tuviera el dinero que se precisa para lo que pedís...sobre la túnica podríamos hablar, pero de las esclavas, olvidaos. No tengo ninguna intención de formar una compañía de circo, ni un burdel ambulante, ni nada que se os pase por esa ocurrente y trastornada cabeza, según me dejáis ver.

—En cuanto al dinero —contestó al instante el anciano antes de que el esclavista pudiera decir nada, quien parecía ansioso por intervenir e intentar sacar tajada de alguna manera—, olvidáis mirar bien en los bolsillos internos de vuestro jubón. Y en cuanto a las esclavas, las compraréis no para que se unan a nosotros, pues para eso me habéis comprado a mí, pero no a ellas. A ellas les vais a comprar la libertad, para que puedan elegir hacer con su vida lo que les plazca. Tal vez quieran seguir siendo esclavas, tal vez acaben en cualquier burdel, tal vez terminen por asesinar a un rey, a un pordiosero, o tal vez conciban a uno u a otro... pero que sean ellas quienes deciden, y no mi querido amigo y sus buenos clientes, por muy bien que las trate, en comparación a cómo me trataba a mí.

Y mientras el joven se llevaba las manos instintivamente a los bolsillos internos de su jubón, encontrando lo que no esperaba, espadines y triángulos en cantidad suficiente como para hacer saltar los ojos del esclavista cuando los vio, dijo al viejo controlando bien su sorpresa ante el hallazgo:

—Extraños sucesos, viejo, parece que pasan siempre a vuestro lado, no sé si mi corazón aguantará mucho teneros cerca, más que nada, porque puedo soportar mucho y variado, pero desconfío sobremanera y hasta la enfermedad de la bondad gratuita.

—Si es eso lo que os preocupa —contestó el pequeño anciano con una sonrisa, mostrando que su dentadura no había sucumbido a la adversidad de los años—, descuidad, porque descubriréis muchas facetas en mí, pero no la bondad. Y ahora, pagad a mi buen amigo antes de que le dé un ataque por mirar y no tener esos espadines ni triángulos. Y claro, para que podamos marcharnos a por la túnica.

—Me dejáis sin género, mi joven señor —dijo el esclavista con los ojos aún desorbitados por el negocio y mientras comenzaba a abrir las jaulas—, pero no puedo negarme por la simpatía que me producís.

—Guardaos el dinero, y sobre todo vuestra simpatía —fue la respuesta del joven.

Las cinco esclavas, ya libres y que habían seguido la escena con total incredulidad, no sabían muy bien qué hacer, y cuando una de ellas que parecía provenir de las costas del suroeste de Paria por el color pálido de su piel, se inclinó ante el joven para prometerle obediencia ciega, el resto la siguió, salvo la esclava más bella, quien debía ser natural del orgulloso norte de Honoria, o del costero este de Arcania, y que mirando desde unos hermosos ojos tan negros como su piel, dijo plantada cerca del anciano:

—Me metieron por la fuerza en una jaula, no saldré de ella para arrodillarme voluntariamente.

Mientras todo esto ocurría, el puesto había atraído numerosas miradas y curiosos, que empezaban a preguntarse los unos a los otros qué era todo aquel revuelo. El joven no podía estar más molesto, el traficante más atento a sus nuevas monedas comprobando con fruición que eran auténticas, y el viejo más enigmático con una media sonrisa. Finalmente el joven se dirigió a las esclavas manumitidas:

—Largaos de mi vista, no os quiero volver a ver a ninguna, nunca. Ya habéis oído al viejo, ya no tenéis amo, solo libertad, así que espero que esta os sepa dar de comer.

Esta vez las cinco obedecieron la única orden que el joven les diera. Primero la mujer orgullosa, que no tardó en desaparecer entre la algarabía, por último la pálida, que no dejó de mirar atrás mientras se marchaba, como si pidiera clemencia y ayuda, como llorando por no saber qué hacer, con su nueva condición.

—Larguémonos nosotros también de una vez —dijo el joven mercader al anciano, mientras sacaba de las alforjas de la mula Pizca el cayado que este le pidiera a aquel, y lanzándoselo, añadió—. Las preguntas quedarán para cuando no haya tantas orejas escuchando.

—Tal vez —dijo el anciano agarrando al vuelo el cayado con agilidad— ya no haya forma de quitaros ciertos ojos de encima. Tal vez tengáis que sajarlos.

Tales palabras irritaron aún más al joven que inició la marcha mientras el anciano siguió sin dificultad el paso lento que Pizca, y el mercader pudieron marcar, a causa del alboroto y el gentío.

Cuando la mula, el mercader, y el anciano, desaparecieron tras la ostentosa puerta del Mercado Alto, el esclavista comenzó a calcular las posibilidades de aumentar sus posibles ganancias, si relataba a las autoridades adecuadas todo lo que en su puesto había ocurrido.

La cueva donde Marina encontró a su hija y a la manada de lobos era otra entrada en las caras de Dima, y he ahí el motivo por el que la joven no solo había desembocado al peligro, sino también a la luz, haciendo innecesaria la tea que desde el suelo arrojaba una llama apenas visible.

Fue un lobo enorme de pelaje gris el que primeramente rompió el semicírculo que rodeara a la niña. Parecía el líder por su tamaño, y comenzó a acercarse a la madre con paso lento, sin dejar de gruñir, enseñando los colmillos.

Marina estaba paralizada y el único movimiento que pudo hacer mientras se acercaba el lobo fue temblar. El animal se detuvo a unos diez pasos de distancia, dejó de gruñir y se contrajo para saltar sobre su presa.

En ese momento un extraño y zigzagueante rayo verde llegado de atrás impactó contra el morro del lobo. Este empezó a gemir y a saltar dando vueltas sobre sí mismo con evidentes muestras de desconcierto que fueron a más cuando notó que, desde el hocico y hasta su lomo, se extendía una mancha verde oscura que coloreó parte de su pelaje y de sus belfos. El resto de la manada tras observar lo ocurrido abrieron el semicírculo hasta romperlo, y Damara, de cuya manita izquierda salía un ligero humo, caminó sonriente hacia su madre.

La joven logró reaccionar y corrió hasta su hija pasando por delante del gran lobo que empezó a aullar lastimeramente, cambiando los saltos por revolcones y por intentos de rascarse el hocico con las patas delanteras. Mientras, el resto de la manada miraba sin apenas moverse y sin interferir en el reencuentro.

Marina abrazó a su hija entre la ternura, el reproche, y el asombro por lo que la niña acababa de hacer. La mano de Damara dejó entonces de humear. Madre e hija, esta casi sofocada por el abrazo, y aquella con mucha prisa por alejarse de los lobos, se cruzaron con el aullante animal que seguía sin preocuparse de nada que no fuera su mancha verde.

La joven tuvo la serenidad de agacharse a recoger del suelo la tea de llama blanca, y regresó a la gruta por la que había desembocado en aquella entrada. No miró atrás ni una sola vez y decidió no querer saber nada de lo que acababa de ocurrir. Solo se concentró en apretar fuerte a su hija y en que las lágrimas y la tensión no le equivocarán el camino de vuelta.

El misterioso anciano, ya vestido con su nueva túnica, y el hosco joven, llegaron a los pies de Dima al caer Lucero, quedando Vespertina como única reina de la tarde. Habían pasado dos ciclos desde el encuentro de Marina y su hija con los lobos, y tres desde que el joven comprara la libertad del anciano. Este marchaba descalzo vistiendo una magnífica túnica turquesa que le llegaba hasta los pies, con bordados de motivo floral en la pechera y en las mangas. El joven por su parte había guardado su colorido jubón en las alforjas de la mula

Pizca, y se cubría con una vieja y raída capa marrón. Había vuelto a su vestimenta de mendigo, y de nuevo se dejaba crecer la barba. El viejo en cambio se la había afeitado toda, sin recuperar por ello ningún aspecto de juventud aunque sí de cordura.

Durante el camino de regreso a Dima, apenas si hablaron, pues la locuacidad insolente del anciano se esfumó al salir de Capitolia. Había prometido contar su historia una vez que el falso mercader le llevara a su hogar, y desde luego se ceñía a su promesa, sin soltar una palabra hasta entonces. Mientras, el carácter orgulloso y adusto del joven, le impedía preguntar con sinceridad, posponiendo siempre sus dudas para cuando llegaran a la montaña. Estaba seguro de que a su lado caminaba un poderoso arcano, tal vez peligroso, pero no sentía excesiva ansiedad por anticiparse a los secretos de aquel supuesto mago. Ni tampoco demasiadas dudas, y esto último le extrañaba, por encaminarle hasta Dima, su refugio en los últimos años, lo más parecido a un hogar que había tenido nunca.

En el primer tramo del ascenso a los dos pareció que se les dulcificara el rostro. El joven sin duda por su vuelta a casa, sorprendiéndose a sí mismo cuando se oyó exclamar feliz: «He vuelto». El anciano, sin motivo aparente, recuperando además el ánimo perdido durante los tres ciclos que duró el viaje. Parecía intuir cada ruta, cada sendero, cada atajo de la montaña. Tampoco en esta ocasión necesitó pedir descanso, pues a pesar del largo camino y del alto ritmo que impuso el joven, no se quejó ni una sola vez apoyándose como iba siempre en el cayado que el mendigo le diera tras manumitirle, y si tuvieron que parar, fue para que la pobre Pizca pudiera recuperar resuello bajo el calor que aún imponía la estrella de la tarde, una vez que se quedara sola en el firmamento.

En su marcha llegaron al mismo punto donde hacía unos tres años, decidieran su mala suerte los miembros de *La Banda de los Cinco*, al optar por el camino que les condujo al desastre. Allí vio ahora la extraña pareja algo que no supieron interpretar. En el sendero opuesto que debían coger, y a cierta distancia, divisaron una

manada de unos quince lobos que daban buena cuenta de una presa, probablemente una cabra, aunque a esas alturas del festín resultaba imposible precisar. Pero no era aquello lo insólito, sino el hecho de que el lobo más grande poseyera una enorme mancha verde que se extendía desde el hocico hasta el lomo, encontrándose retirado del grupo, como marginado y a la espera de que le dejaran algún resto.

Los dos miraron a la manada y en especial al lobo verde durante un rato, con parsimonia, como embobados por el espectáculo y sin ningún tipo de miedo. La manada a su vez se percató también de aquellas dos figuras, pero perdieron pronto el interés y volvieron al festín ya exiguo. Excepto el manchado, que gruñía lamentándose mientras les miraba.

Al poco de reiniciar la marcha llegaron a la entrada de la cueva y pasaron sin preámbulos bajo su labrado arco y sus runas para acceder a la sala ovalada, de techos altos, espaciosa, iluminada en parte por Vespertina, que estaba a punto de entrar en su ocaso, y en parte por las teas de llama blanca. El anciano no perdía detalle desde sus profundos ojos azules de cada recodo, de cada adorno, de cada abertura, y estaba acucillándose para tocar el suelo cuando una muchacha se asomó temerosa desde una oquedad lateral. Era Marina que medio desvaída llevaba a Damara en brazos.

—¿Por fin habéis vuelto, señor? —preguntó sin mucho sentido.

—Ya lo veis. —Fue la seca respuesta del mendigo. Y tuvo que ser el anciano quien preguntara.

—¿Qué es lo que ocurre muchacha? Estáis pálida y parecéis enferma.

—Tal vez lo esté —dijo agotada—, llevo dos ciclos sin dormir para evitar que mi pequeña se marche de mi lado, y se pierda por esta maldita montaña.

Y en ese momento dejó en el suelo a Damara, que sin dudarlo y sonriente, correteó camino de los recién llegados.

—¡Pero qué preciosidad tenemos aquí! —exclamó el anciano con voz de júbilo. ¿Cómo no me habíais dicho nada de vuestra compañía?

— ¿Qué hay que decir? — contestó el joven contrayendo el rostro en una fea mueca —. Son mis dos grandes molestias desde que contra mi voluntad se quedaron y no fui capaz de echarlas. Y ahora empiezo a sospechar que con vos las molestias ascenderán a tres. Voy a tener que invertir mi tiempo en aprender a decir «¡No!», y en cumplir mis amenazas, en lugar de tanta espada y de tanto libro.

— Vaya, vaya — contestó el anciano —. Madre, hija, joven, y viejo... ¡Pero si parecemos toda una familia! Aunque está claro que el papel de gruñón no le corresponde al abuelo.

— Dejaos de sandeces — le cortó el joven, que secó en un instante la primera sonrisa que Marina esbozara en más de tres años sin ser la causa su hija —, y recordad la promesa de contarme vuestra historia una vez que os llevara a mi hogar. Yo he cumplido, cumplid vos ahora.

— Lo haré — dijo el anciano, levantando sin ningún esfuerzo a la risueña Damara, a la que por un instante escrutó de un modo extraño, para de inmediato hacerle dar varias vueltas en el aire antes de volverla a dejar en el suelo —. Pero primero debemos cenar y dar descanso a esta pobre madre. Y además — añadió apoyado ya en su cayado ante el amago de queja que preparara el joven —, antes de que conozcáis bien mi historia, querido Elmer, es preciso que vos contéis primero la vuestra.

El anciano, tras hablar y descolocar al joven hasta desencajar su rostro, golpeó con el cayado en el suelo dos veces, y todas y cada una de las teas de llama blanca se apagaron, dejando la cueva en la casi total oscuridad, ya que el ocaso estaba a punto de ser completo. Si bien, a los pocos segundos y ante otros dos golpes del cayado que manejara el anciano, las teas volvieron a prenderse, aunque esta vez desprendiendo una luz rojiza, más que suficiente para reflejar la cara de alegría de la niña, la de sorpresa de Marina, y la de total incredulidad del joven.

CAPÍTULO IV: HONORIA

*La mano del piadoso nos quita siempre honor;
mas nunca ofende al darnos su mano el lidiador.*

*Virtud es fortaleza, ser bueno es ser valiente;
escudo, espada y maza llevar bajo la frente;
porque el valor honrado de todas armas viste:
no solo para, hiere, y más que aguarda, embiste.*

*Que la piqueta arruine y el látigo flagele;
la fragua ablande el hierro, la lima pula y gaste,
y que el buril burile, y que el cincel cincele,
la espada punce y hienda y el gran martillo aplaste.*

Proverbio conservado de la Era Inmemorial junto a las siglas de su autor, A. M., y que se convirtió ya desde sus orígenes en uno de los Himnos de Honoria, cantado en la mayor parte de las tabernas, fiestas, y celebraciones del Reino de la Guerra.

Se lo reconozco al paciente lector, hasta ahora la historia avanzó con grandes saltos, pero si así lo hice, fue en mi intento de hacérsela más amena, omitiendo datos y acontecimientos que o bien se irán aclarando poco a poco, o bien no los consideraré necesarios. Sin

embargo ese ritmo ya parece calmarse, y en adelante lo que sí nos encontraremos serán brincos geográficos por la pequeña Karak, que nos llevarán por sus distintos reinos y regiones, razón por la cual, nos vemos aquí llevados de Paria a Honoria, tan solo unos ciclos más tarde de lo narrado en el capítulo anterior.

Reika se levantó de la cama a pesar de encontrarse agotada. Necesitaba alejarse del calor que desprendía Hakon así como de su tierno abrazo. Al hacerlo estuvo a punto de enredar sus pies en el dosel arrancado minutos antes de su forjado de hierro a causa de la pasión, y caer de bruces de un modo poco refinado. Sin embargo, un movimiento grácil le hizo salir del apuro valiéndole la admiración en una media sonrisa de su amante.

Completamente desnuda, tras resolver el percance y pisando primero su blusa de algodón blanco, y luego la suntuosa alfombra que describía un motivo de caza, se encaminó hasta el ventanal de arco apuntado que dominaba las vistas de la zona noroeste de la Ciudad de Espada, capital de Honoria, Reino de la Guerra. Corría una suave brisa que ayudó a Reika a despejar un tanto sus ideas. Atardecía con parsimonia.

El Palacio se levantaba sobre la Loma de la Gloria, a suficientes pies de altura como para que nadie pudiera distinguir desde las calles de la ciudad, la figura desnuda que se recortaba contra aquella ventana del dormitorio real, aunque lo cierto es que a Reika nunca le había importado exhibirse. Mientras perdía su vista por el horizonte, pudo sentir cómo Hakon miraba extasiado sus piernas, su culo, su espalda, su cuello, su cabello. Un escalofrío recorrió a Reika de arriba abajo.

—Preciosa, regresa a la cama —dijo él con un tono entre la súplica y la orden—, y olvídate de preocupaciones. Mañana será para uno de nosotros, pero hoy, hoy es para los dos. Sencillamente disfrutemos.

Reika no dijo nada, pero tampoco obedeció ni supo alejar las preocupaciones que la envolvían, pues pensaba que después de todo

Hakon lo tenía mucho más fácil que ella. Inquieta desde la ventana, analizaba cómo se le había complicado todo con ese estúpido sentimiento que se había permitido alojar en su corazón en los últimos meses. Caminó por la alfombra para llegar hasta una bandeja de oro y servirse una copa de vino. La derramaría en parte sobre la escena de caza que pisaba. Restregó su pie sobre el gran oso bañado en el alcohol carmesí que se revolvía ante las lanzadas de los cazadores, y regresó a la ventana.

En el lejano horizonte se levantaban las Montañas de la Vida, con sus eternas cumbres nevadas. «Qué sencillas resultan las cosas que no varían», musitó Reika para sí, bajando a continuación sus ojos hasta los dos portones de la zona noroeste de la ciudad que cabía contemplar desde la altura del Palacio. Pudo apreciar a los centinelas empequeñezidos por la distancia, en sus aburridas guardias sobre las murallas superiores.

Mucho más cercano a sus ojos quedaba el anfiteatro, que junto al Palacio-Fortaleza imprimía el sello más característico e imponente de la ciudad. Reika repasó con calma su forma ovalada, y pareció escalar sus más de cincuenta metros de altura, contemplando sus gradas y su aforo de cuarenta mil espectadores, sonriendo con tristeza al ver el edificio ya engalanado para el duelo que tendría lugar en unas horas.

Ella apenas sabía gatear cuando Hakon se coronó rey en aquel mismo escenario, hacía más de veinte años, tras derrocar a Gunnar *el Prudente*, el abuelo de Reika. Había sido un duelo magnífico, escuchó decir durante su infancia. Y si la balanza se decantó al final por el entonces pretendiente de la corona, fue al parecer porque Gunnar había perdido facultades a causa del dolor y la pérdida de su único hijo, Ivar, padre de Reika, quien, tras enamorarse de la princesa arcana Alysia, desaparecida tras no se sabía muy bien qué horrible suceso, se sumió en una vorágine de desdicha que le llevó a morir borracho en un sucio callejón tras una pelea de taberna.

Reika decía a menudo sarcástica cuando el vino soltaba su lengua, que un padre borracho y una madre evaporada era todo lo que le

había tocado en suerte. Pero de lo que nunca hablaba era del legado profético al que sus desventurados padres le habían destinado.

Hakon no tuvo demasiadas dificultades para imaginar hacia dónde perdía su mirada Reika y, aunque no pudo adivinar su pensamiento, trató de consolarla una vez más.

—¿Por qué no olvidáis ya la batalla de mañana, y volvéis aquí para continuar nuestra guerra de hoy?

Por segunda vez Reika desoyó la invitación de regresar a la cama, aunque esta vez su cuerpo pareció rebelarse. Y bien por la imagen que se compuso en su cabeza tras las palabras de Hakon, o bien por la brisa que recorrió sus pequeños pechos, el caso es que sintió erizarse sus pezones hasta ponerse tan duros que le dolieron.

Decidió darse la vuelta para mirar al rey, que completamente seguro de sí, sonreía y quedaba tendido sobre la cama mostrando su cuerpo fornido, tan desnudo como el de ella.

—También Hakon *el Hermoso* —dijo Reika, y tras apurar la copa de vino, la arrojó por la ventana con visible irritación.

»Me molesta veros tan confiado, y si estáis disfrutando de este encuentro no es porque sepáis apreciarlo como me queréis hacer ver, pues vos no sois capaz de separar presente y futuro... sino que estáis convencido de que en unas horas, seguiréis ahí tumbado y me tendréis de nuevo, tras haber vuelto a ser Hakon *el Gran Rey, el Magnífico, el Hermoso, el Benevolente, el Fuerte, el Sabio*.

»Mi rey piensa que me herirá en una pierna o en un brazo, o que tal vez tenga que romperme un par de costillas con su escudo, o abrirme una ceja con el pomo de su espada, si me pongo tozuda. Pero al final, al final me veis echada en vuestros brazos y pidiendo clemencia, que me concederéis a cambio tal vez de que me case con vos, y con seguridad, con la exigencia de que modifique algunos aspectos de mi conducta.

—Como por ejemplo arrojar copas de plata desde mi dormitorio —interrumpió el rey con un tono dulzón.

—Como por ejemplo eso —continuó Reika con un suspiro, llegándole en la inspiración siguiente el aroma dulce del vino derramado en la alfombra. Y después del silencio de ambos, preguntó:

—Dime mi rey, ¿cuántos Retos por la Corona habéis vencido, en cuántos pasasteis si no miedo, al menos duda?, y por último, contadme si vuestra condescendencia fue en alguna ocasión más insufrible que la que ahora estáis mostrando conmigo.

—Perdóname pero sois completamente injusta, pues nunca estuve enamorado de mi rival, y sois vos quien ha forzado esta absurda situación de petición de Duelo que ha descolocado a todos.

»¡Maldita sea, sé perfectamente lo bien que sabéis luchar! ¡Pero si aún me excito cuando os recuerdo en la ciudad de Hierro rodeada de enemigos! Allí me enamoré de vuestro cuerpo de serpiente capaz de los movimientos más elásticos, y sé que podríais vencer a casi cualquier caballero de Honoria... pero no a mí. Sois tenaz y rápida, pero demasiado joven, e impulsiva, y...

—¿Y débil, y mujer? —Reika interrumpió en tono vibrante y acusador.

—Y pasional iba a deciros, pero sí, también sois mujer. La mujer más bella que conozco, y que por alguna extraña razón se ha obsesionado con que quiere gobernar Honoria, un mundo de nobles, de soldados, y donde apenas ha habido reinas a lo largo de su historia... con un resultado poco loable, por cierto.

—Desde luego mi rey demuestra no ser tan sabio, pues aunque conoce muy bien nuestra Historia, parece que solo ha leído a ciertos historiadores. Pero sobre todo, demuestra poco buen juicio cuando me llama bella. Quizá mañana yo debería pelear con una venda en los ojos para compensar vuestra ceguera.

Reika se miró de arriba abajo con un gesto ceñudo.

—Mis pechos son demasiado pequeños, y además el derecho más grande que el izquierdo. Soy demasiado alta, más que la mayoría de La Guardia Real de los Nueve, y casi tanto como vos. También soy demasiado flaca según se comenta, y estoy de acuerdo con tales comentarios, pues cualquiera diría que han puesto a secar mis brazos y mis muslos. Qué decir de mi espalda, curtida de cicatrices por el duro entrenamiento y por ser el lugar preferido para mis rivales, pues su marca se cubría fácilmente con la ropa y evitaban así la ira

contra ellos de mis tutores. En cuanto a mi cara, lo reconozco, no es fea, si acaso puede ser tenida por bonita, pero nunca por bella, demasiado pómulo, nariz pequeña, labios finos... solo mis ojos me salvan de la mediocridad, solo ellos están a la altura de mi espíritu.

— Vista vuestra testarudez, que no la descripción, quizá yo no sea Hakon el Sabio, pero ni siquiera vos podríais arrebatarme la estima que os tengo y el amor que os profeso.

— Y os lo agradezco, mi rey, pero eso no cambia que en vuestros sentimientos hacia mí haya una admiración que no me convence. No ser bella me da un poco igual y bien sé que vuestro amor y vuestra pasión son sinceros, pero yo me hubiera enamorado más de vos, si lo que sentís hubiera girado no hacia mi inteligencia o mi ausencia de convencionalismos, sino hacia el respeto por cómo uso la espada. Algo que mañana habréis de lamentar con verdadero dolor.

Pero si me hubiera enamorado un poco más de vos —añadió Reika tras un largo silencio que esta vez Hakon no rompió—, entonces, mi rey, no habría podido pronunciar el Reto por la Corona, y mañana me sería imposible mataros.

— Reika —el rey miró con cierta súplica los profundos ojos azules de ella—, vuestros dos tutores me son esquivos pero creo que no comparten vuestra decisión, he hablado con los pocos amigos que tenéis y confiesen no entender nada, y tampoco lo hacen vuestros antiguos amantes, que si acaso esbozan teorías que vos misma me habéis desmentido.

»Si es verdad que no tenéis nada contra la reina, que si ha dicho algo contra vos ha sido movida por los celos y por saber que su posición depende de una palabra vuestra. Y si es verdad que no tenéis sed de venganza porque matara a vuestro abuelo el rey Gunnar en justa lid, tras demostrar que yo era el mejor rey posible. Entonces, si no es por nada de esto ni por nada de lo que os he planteado hasta ahora, decidme por favor, qué os ha movido a retarme.

— Veis mi rey como vuestro orgullo no me respeta, ¿tanto os cuesta entender que a pesar de lo que pueda sentir, me considero como vos en el momento en que desafié a mi abuelo, como el mejor rey, en este caso reina, de Honoria?

»Nací para reinar, no para ser una mera reina consorte. Mi mano regirá Honoria... y mi espada doblegará Karak.

Hakon supo esconder en su rostro la sorpresa de aquellos ambiciosos planes, y con un tono sosegado contestó:

—Altos vuelos contempláis. Vuestra idea supondría una guerra que nadie desea, la idea de una guerra que le valió el trono al rey Durs *el Fuerte* a manos de vuestro abuelo Gunnar, quien salvó Honoria de una sangría que le habría costado muy cara, y a la que hoy, como ayer, Karak entera se opone.

—Nací para volar mi rey, y para hacer volar a los míos. No soy como mi abuelo, tal vez heredara la inconsciencia de mi padre, y lo único que lamento de verdad como una gran llaga en el corazón, es la Ley, pues os impedirá ver mi grandeza y la de Honoria, ya que mañana y en virtud de mi candidatura, me obligará a mataros.

—Por suerte el rey —dijo Hakon con suma tranquilidad— dispone de la Clemencia, y mañana cuando os derrote, cortaré vuestras alas pero no vuestra vida, pensando que al hacerlo, evité que os estrellarais y condenarais nuestro reino. Cuando os recuperéis de esa herida, volveré a pedir os caséis conmigo, y estoy convencido de que entonces, vuestra respuesta será «sí».

—Mi rey —dijo Reika con un tono suave mientras abandonaba el ventanal para encaminarse de nuevo a la cama— dejémonos de imposibles, ni yo seré vuestra esposa, ni vos me tendréis por reina, asumamos el destino cruel y disfrutemos del tiempo que este nos dejó juntos.

Y por unas horas, mientras moría la tarde con un rojo ocaso y se adentraban en la noche, ya no hubo palabras sino jadeos, ya no se lanzaron más reproches sino caricias, ya no se desgarraron el corazón, sino la espalda.

CAPÍTULO V: HONORIA

Pueblo mío, fue al enfrentarme a mi primogénito en mi ya lejano sexto Reto defendiendo la Corona, cuando lo tuve claro: moriría rey, lo haría en un gran escenario, y lo disfrutaría toda Honoria.

Por lo tanto, el Palacio como escenario y los nobles como espectadores que secularmente habían contemplado el Reto, ya no me servían, y convoqué a los sabios del Reino para exigirles una solución. Fue un joven arquitecto que desgraciadamente no puede ver contemplada su obra, quien me convenció para construir este gran recinto que por fin hoy, en mi decimotercer Reto y ante uno de mis nietos más queridos, me glorío de inaugurar.

Antes de dar paso al ministro de guerra para que oficie el inicio de la Ceremonia, quisiera contaros, leal pueblo de Honoria, cómo me convenció el joven constructor para elegir su idea de entre todas las propuestas presentadas. Lo hizo asegurándome que el proyecto que en este ciclo ve la luz y en el que os encontráis acomodados a la espera de sangre, honor y rey, le hubo sido inspirado en sueños por el mismo Zarrk.

Al parecer, el sueño del joven constructor hecho hoy realidad, y que él bautizara como «Anfiteatro», le llegó con tal detalle que ni siquiera tuvo que pensar las medidas, el aforo o los materiales, sino tan solo apuntar lo que nuestro Dios de la Guerra le dictó al punto. Desde entonces tuve claro que el dios Zarrk quería verme combatir en este grandioso escenario antes de que la muerte me llevara con él.

Por último y antes de que el ministro tome la palabra, quisiera pedir os que no olvidéis que Zarrk también os contempla en este señalado ciclo, así

que alegrémonos de esta fecha, y seamos todos dignos de cumplir con nuestra más sagrada Tradición, la del Reto por la Corona, la elección del mejor rey posible.

Discurso inaugural del Anfiteatro Snorri II a cargo del propio rey Snorri II. Los espectadores abarrotaban las gradas y el rey conservó la corona en su décimo tercer Reto contra su nieto Egil, perdonándole la vida tras amputarle el brazo de la espada en el año 517 de Nuestra Era. A fecha de hoy, los historiadores albergan dudas sobre la veracidad de lo relatado por el rey acerca del arquitecto, así como sobre el origen de los planos del anfiteatro.

Todo estaba dispuesto y la expectación era máxima. Lucero estaba radiante y se esperaba la salida de Vespertina para que el duelo comenzara.

Lo que hacía apenas un mes se concebía como un momento histórico agridulce, por no creerse que tuviera lugar el Reto por la Corona, algo que sí venía ocurriendo ininterrumpidamente cada trienio desde hacía más de un siglo, se había transformado en la mayor movilización que se recordaba tras el inesperado desafío de última hora de Reika, la amante reconocida del rey Hakon.

El rey, durante más de veinte años de reinado, se había ganado el corazón de la mayoría y el respeto de todos, hasta el punto que se pensara que en esta ocasión obtendría el derecho a regir el siguiente trienio de Honoria sin ser desafiado. Pero no solo no iba a resultar así, sino que iba a enfrentarse en la arena a quien menos hubiera esperado.

El inopinado Reto había provocado que el gran anfiteatro Snorri II de Espada se encontrara a reventar. Ni los más ancianos recordaban un duelo donde conseguir una localidad costara tantos espadines de oro. Se hablaba en los mentideros de miles de empeños y de varios endeudamientos escandalosos por conseguir una entrada, y esto bajo la idea de que el combate sería corto, quedando el interés y el morbo

en saber si Hakon perdonaría la desfachatez de su amante, si la mataría con honor, o si en cambio le cortarían la cabeza sin miramiento alguno.

La duda estaba servida, el rey era temido por su destreza, pero tenido en alta estima por su compasión, como había demostrado en sus anteriores defensas de la corona, en las que había perdonado la vida a sus rivales. Sin embargo, en Honoria, donde se valoraba sobre todo el orgullo, casi por unanimidad la opinión que recorría el reino era que Reika había humillado al rey al presentarse como candidata siendo su amante, por lo que Hakon debía restituir su honor con algo más que una victoria.

Nadie, o digamos para ser más exactos, casi nadie, apostaba un sueldo por Reika. De ella se conocía poco a pesar de su regio origen. Entre lo que se sabía, estaba el hecho de que seis años atrás, cuando apenas sumaba diecisiete, se había mostrado fiera y valerosa en la sofocación de Las Revueltas de Hierro, donde había luchado a las órdenes de Hakon, y donde este se había quedado prendado de la alta y flaca muchacha. Pero por lo que se rumoreaba todavía no iniciaron allí su idilio. Según unas lenguas porque el rey acababa de empezar su tercer matrimonio con la hermosa Iscar, belleza al lado de la cual Reika quedaba empequeñecida a pesar de su altura. O tal vez, apuntaban otras voces, porque la propia Reika había rechazado ya entonces las insinuaciones del rey por preferir la espada al lecho de Hakon. Y eso que nadie discutía que tras el acero, la cama y el vino eran las otras grandes pasiones de la candidata, como podían atestiguar con y sin rubor muchos caballeros de Honoria, entre los cuales se encontraban varios de Los Nueve.

Como queda dicho y a pesar de que nadie dudara de las habilidades con la espada de Reika, no se pensaba que tuviera posibilidades frente a Hakon, pues el rey se encontraba en plenitud, nunca había demostrado debilidad, y no se le conocían puntos flacos. Y en definitiva, porque era considerado la mejor espada del reino como había demostrado una y otra vez en los Retos por la Corona y en los torneos festivos.

Así, ante el inquebrantable monarca quedaba Reika. Demasiado joven e inconstante, quien había derrotado a rivales fuertes y habilidosos, pero también cosechado derrotas poco dignas. Y eso, si no atendíamos a la opinión generalizada sobre su debilidad principal: la de ser mujer.

Ni Hakon ni Reika pisaban aún la arena cuando se cerraron las puertas del anfiteatro, llamado Snorri II por el legendario rey que mandara construirlo hacía poco más de diez centurias, y del que los anales cuentan que reinó durante cincuenta y cuatro años, defendiendo su corona con éxito en dieciocho Retos, lo que establecía una marca casi imposible de igualar.

El bullicio y la algarabía sacudían el ovalado anfiteatro desde las primeras gradas y los dos palcos, el real y el de autoridades, hasta las filas superiores, donde se apelmazaban los honorios más insignificantes, y los extranjeros de Paria más pudientes pero sin gloria. A nadie le pasaba tampoco desapercibido, que dentro del recinto, mejor o peor dispuestos, se podían encontrar unos pocos arcanos e incluso religiosos de Sacerdocia — al margen del consejero de Reika conocido por todos —, pero también a estos y aunque con recelo, mientras guardaran sus magias o sus piadosas palabras, se les permitiría ver el acontecimiento histórico.

Vespertina comenzaba a levantarse por el horizonte con toda la fuerza de su disco rojo, cuando el ministro de guerra apareció por la celda norte para officiar el Reto por la Corona número cuatrocientos noventa y seis de la Historia de Honoria. Con paso lento y unos ojos abiertos en una minúscula rendija, el ministro llegó hasta el centro de la arena apoyado en su inseparable cayado.

Se llamaba Oddi y Eterno era su apodo desde hacía veinte años, cuando cumplió cuarenta al cargo de su ministerio. Se calculaba que al menos sumaba noventa, una edad difícil de alacanzar en Honoria, y por ello y su dedicación, resultaba imposible negarle ciertas excentricidades, como su vestimenta estrafalaria.

Para la ocasión había elegido una toga verde que le caía hasta los tobillos y que se ceñía a la cintura con un cingulo de cuerda de oro.

No había olvidado su tocado característico, una pesada mitra dorada, y se apoyaba en su magnífico báculo de madera negra labrada con misteriosas inscripciones blancas. El ministro siempre había narrado que ese cayado se lo arrebató a un poderoso arcano en las Escaramuzas de Bosqueespeso, hacía sesenta años. Algunos dudaban de su versión, pero resultaba claro que aquellos hechos le habían convertido en un honorio extraño al quedar interesado por los libros y las costumbres de Karak en general, y de Arcania en particular, si bien a nadie le cabía duda alguna de su honradez y fidelidad a Honoria.

Al fin Vespertina se dejó ver en su plenitud y las celdas este y oeste del anfiteatro se levantaron. El primero en aparecer fue Hakon, que dirigió sus pasos al centro de la arena donde aguardaba Oddi. Con total soltura el rey miró y sonrió a su esposa Iscar que se hallaba en el palco real junto al hijo de ambos, de tres años. El niño jugaba indiferente con unos soldados de madera. Mientras, la reina consorte devolvió a su marido una mirada cargada de desprecio que no ocultó a nadie, que a nadie pasó desapercibida, y que para algunos, ya justificó el pago de la fortuna que habían acometido con la entrada.

Hakon portaba su armadura más famosa, una reluciente defensa de doble aleación compuesta de acero y anarcanita, que acabada en azul celeste bruñido, arrancaba destellos y contrastes por doquier a los juegos de luces que ofrecían Lucero y Vespertina. Se trataba de una armadura completa, de placas, con refuerzos externos y acolchados internos, que sin embargo reducía considerablemente su peso por el uso de la liviana anarcanita, sin perder por ello un ápice de la resistencia que ofrecía el acero.

Quedaba claro con aquella elección, que el rey no quería la más mínima sorpresa, y que había elegido sin duda la mejor de sus armaduras. Para muchos honorios, se trataba sencillamente de la defensa perfecta al servir por su composición, resistencia y distribución del peso, para enfrentarse a cualquier rival, ya fuera en un combate cuerpo a cuerpo, ya en la guerra, contra un enemigo diestro y rápido, contra uno contundente, o contra un arcano.

Sin embargo algo sorprendió en las gradas y fue el hecho de que saltara a la arena sin el yelmo bajo el brazo. Sobre su cabeza, ceñía la corona del reino.

No había llegado Hakon al centro de la arena junto al ministro, cuando Reika apareció bajo la celda oeste acaparando rápidamente todas las miradas, incluida la del asombro generalizado ante la elección de su armadura. La aspirante hizo caso omiso al ruido sordo de su aparición. Parecía entre concentrada e indiferente, y se saltó el protocolo al pararse a mitad de su camino, buscando con la mirada a su maestro de armas, Solvi, y a Heriho, su consejero desde niña. El primero era el único honorio de todo el reino que confiaba en la candidata para derrotar al rey. El segundo, era un sacerdocio que había llegado a la capital del reino junto a Reika cuando esta era una niña.

La candidata les localizó sin esfuerzo, estaban en la segunda grada. Les saludó con un gesto reverencial que ellos devolvieron de la misma manera, y retomó su marcha ante la ira del ministro, quien no podía creer la desvergüenza contra las formas protocolarias.

Reika había elegido para el combate una armadura de cuero endurecido y teñido de negro, tan liviana como poco protectora, a pesar de ser completa. Era ajustable mediante cordonado en su parte delantera y del costado, y tenía una sobredefensa en los hombros que llegaba hasta el antebrazo. En su conjunto se juzgó como una elección errónea por su baja defensa y porque aunque fuera flexible y le dotara de rapidez, no sería suficiente ante la armadura de Hakon, que no era ni tan pesada ni tan rígida como para escapar de las acometidas a las que le sometería el rey.

Por si no bastase, Reika tampoco había salido con yelmo, por lo que parecía rechazar la ventaja que el rey le ofreciese, quien sabía si no con desdén.

La candidata llegó al centro de la arena y el anciano ministro la recibió con una mirada de censura que ella devolvió con altivez. Hakon no pudo contenerse.

—Menos mal que no voy a dejar el reino en tus manos, serías capaz de demolerlo en poco tiempo a base de soberbia.

El tono de ternura de las palabras del rey hizo enrojecer de estupor al anciano, mientras que Reika también lo hizo, pero de ira. Sin embargo ninguno de los dos pronunció respuesta alguna y el acto pudo continuar. Hakon se desciñó la corona y la entregó ceremoniosamente al ministro, quien la recogió con la devoción que acostumbraba desde hacía tantos años. Se giró hasta el palco real como mandaba la liturgia, y mirando hacia Iscar, la única que en todo el anfiteatro asistía al acontecimiento con desdén y ganas de que acabara, pronunció las condiciones de la Ley del Reto. El anfiteatro enmudeció.

—Un trienio más —habló con voz potente y clara a pesar de su edad—, nos encontramos ante el Reto por la Corona. De nuevo, se dilucidará por la Ley, sobre la arena, y a través de la sangre, quién es la mejor cabeza para regir los designios de Honoria y ceñir su corona al menos durante los próximos tres años.

»Recordemos la única Norma que domina la Ley: el rey tiene derecho a ejercer su Clemencia si resultara vencedor y así lo decidiera, no ocurriendo lo mismo con el candidato —Reika bufó por la omisión de su sexo—, quien en caso de victoria deberá acabar con la vida del rey, irremediabilmente.

»Sobre la arena no hay más reglas ni mayor limitación que la de vencer por medio de las armas. Si antes, durante, o tras el combate, se guardaran sospechas y se confirmara que uno de los contendientes ha recibido ayuda de cualquier tipo a través de superchería, poción, veneno, o engaño, la Ignominia caerá sobre él, y el tormento le perseguirá hasta su último aliento, y más allá.

»Ahora, si los contendientes no tienen nada que decir, que pasen sus escuderos con las armas elegidas para que finalmente pueda dar comienzo el Reto.

Hakon y Reika no tuvieron más que decirse que una larga mirada llena de palabras, pasión, silencios, imposibles... pero nunca de odio.

Al tiempo se presentaron los escuderos, pasando bajo la misma celda que hicieran sus señores. El escudero del rey se llamaba Thorvald, era

un muchacho que sumaba dieciséis años, corpulento y hermoso, del que decían que era un estupendo espada y que con la formación idónea, tal vez estuviera dispuesto en unos cuantos años a disputar el trono. La admiración que el joven sentía por su rey era calificada por algunos como de pasión, y hasta de enamoramiento por otros, lo que provocaba en el joven un torrente de rubor ante cualquier insinuación al respecto, que más bien parecía confirmar esas observaciones.

Thorvald caminó circunspecto y serio, y cuando llegó a la altura de su rey, se arrodilló con vehemencia y gratitud hacia él, levantó las manos para entregar las armas, y tras ser liberado de su peso y responsabilidad, se marchó raudo hacia el lugar que le correspondía en las gradas.

A nadie sorprendió la elección que hiciera el rey. Hakon había decidido enfrentar el Reto con su gran escudo rodela de bronce remachado en su centro por un semiorbe de anarcanita, y con su legendaria espada a una mano, admirada por los grandes herreros a causa de su temple, sus perfectas acanaladuras, sus filos revestidos de anarcanita, y los gavilanes de la cruz en forma de pico de águila. Muchos fueron quienes durante los primeros años acusaron a Hakon de anacrónico por usar pesadas armaduras junto a un pesado escudo, pero siempre demostró que por un lado se lo podía permitir debido a su gran fuerza, y que por otro, usaba sus escudos más como armas ofensivas que defensivas, por lo que no tardó en ganarse el respeto hasta de los más críticos maestros de armas. En cuanto a su destreza con la espada nadie la cuestionaba, y al empuñar tal acero, considerado como una de las tres mejores hojas de todo Honoria, dudar de que Hakon tuviera todas las posibilidades de vencer, parecía de loco, infeliz, o principiante.

Por su parte el escudero de Reika se había presentado a la arena con menos solemnidad, y Vilburg, que así se llamaba, tras entregar dos espadas a la candidata, se marchó con paso engreído y pose ufana, siempre en un claro mensaje para quien quisiera verle, de que allí había todo un gentil joven. Con su pomposa aparición los caballeros

más señoriales confirmaron que se trataba de un perfecto zoquete, mientras que muchas damas, la mayor parte esposas de los anteriores, pensaban en su atractivo y sus prestaciones bajo las sábanas.

De nuevo Reika sorprendió a los asistentes como ya hiciera con la elección de su armadura. Decidió en primer lugar, una combinación extraña de espadas, bastarda y estoque. Y en segundo, prescindir de escudo cuando su blindaje era tan débil. Así y según la opinión de la mayoría, la previsible estrategia defensiva de Reika pasaba de arriesgada a locura, pues protegerse únicamente con el cuero y su velocidad significaba que el mínimo error decidiría el combate a favor del rey. En cuanto a las espadas, la bastarda exigía al menos mano y media para su perfecto uso, salvo que se dispusiera de una enorme fuerza, que no era el caso, por lo que parecía existir cierta incoherencia en la elección, al faltar cuanto menos media mano. Incluso hubo comentarios en el gradetrío sobre la pobreza de las armas, pero estos fueron minoritarios y se debieron a la ignorancia, pues aunque de ornamentación sencilla, se trataba en cambio de estupendos aceros que habían sido alabados en numerosas ocasiones por diversos maestros herreros, debido a la precisión de sus medidas, de su temple y de su pragmático acabado.

Por fin todo estaba listo y el anciano Oddi se encaminó desde el centro de la arena hasta su asiento en el palco real, junto a la reina consorte Iscar. Su deambular con el cayado de madera negra fue todo un suplicio para la impaciencia que imperaba en las gradas, y cuando por fin el ministro alcanzó su objetivo e hizo el gesto de mano necesario, con la palma hacia arriba y los dedos extendidos, el público pudo al fin liberar su tensión, y comenzó a gritar poseído por el inicio del combate que daría origen a un nuevo trienio.

En los primeros compases del duelo, tanto Reika como Hakon intercambiaron sonrisas mudas y miradas suspicaces que analizaban recíprocamente el ritmo y los movimientos de cada uno. A esto le siguieron lanzadas de algunos golpes de tanteo que perseguían probar los flancos y los reflejos, y sobre todo calentar los músculos.

Pronto llegaron acometidas más serias iniciadas por Hakon, quien se movía de derecha a izquierda trazando un círculo que completaba su rival. La respuesta defensiva de Reika fue cruzar sus aceros contra el escudo y la espada del rey, pero no tardó en sorprender por tercera vez a todo el mundo, incluido Hakon, cuando decidió prescindir del estoque clavándolo a la tierra.

Los pies de ambos cobraron velocidad, la arena comenzó a salpicar por doquier y la grada dejó sus jaleos iniciales para pasar poco a poco a comentar lo que se veía, y a apostar por lo que creían. La Guardia Real de los Nueve estaba de acuerdo por unanimidad debido a sus convicciones previas y a lo visto en esos primeros compases: el rey sería el vencedor y Reika seguiría viva, pues Hakon lanzaba sus golpes descubiertos con el escudo y no con la espada, en la intención de romper sin matar. Para ellos, pronto un violento golpe de escudo alcanzaría a Reika en las costillas, o en la cadera, o tal vez en el rostro, y el combate acabaría con una rendición.

Una opinión similar mantenía la mayoría del anfiteatro pues Reika se mostraba rápida pero apurada, y daba la impresión de que si Hakon aceleraba un poco más su ritmo, ya la tendría bajo su merced.

El rey comenzó a cargar por el lado izquierdo tras diversos amagos con ambas armas, y aunque incrementó velocidad y precisión, Reika siguió escapando de los ataques. A veces los esquivaba, y otras los paraba con su espada.

—No está mal cariño —dijo el rey dando al combate su primer resuello, pero Reika no hizo el menor caso y la lid continuó.

Lucero se encontraba en su cénit y Vespertina asentada, cuando el Reto se endureció. A Hakon ya le recorría un copioso sudor por su bello rostro, a causa del bochorno estacional, del esfuerzo, y del peso y el calor sobreañadido de la armadura, cuando pareció cambiar de estrategia intercambiando y combinando golpes de espada y escudo menos previsibles. Ante esto Reika, pareciera que empeñada en asombrar, actuó al revés de lo que se hubiera previsto, pues se ocupó de parar con la bastarda al escudo, y de esquivar la espada del

rey, siendo lo natural al contrario, para no recargar de más sus músculos y articulaciones.

A estas alturas, quedaba claro en cualquier caso que Reika no podía ser acusada de permanecer a la defensiva, ya que constantemente buscaba, tocaba y golpeaba, la armadura de Hakon, que sin embargo no se desgastaba ni parecía sufrir rasguño alguno, a diferencia de la espada de Reika, que se mellaba con cada choque. Tras el enésimo embate el rey volvió a hablar:

— Realmente no está nada mal, pero como ves, o te decides por mi cabeza, o no tendrás manera de derrotarme.

— Si llegara el momento, mi rey, asegurad vuestro cuello — dijo Reika pendiente de trazar los pasos adecuados de su defensa.

— Veo que has mejorado desde tus últimos enfrentamientos — continuó Hakon ofreciendo un respiro tanto para ellos como para la grada, aunque ni unos ni otros bajaban la guardia.

— ¿Qué enfrentamientos mi rey? La verdad es que vos realmente solo me habéis visto luchar una vez en vuestra vida, y fue cuando os enamorasteis de mí, en aquellos sangrientos y felices ciclos de las revueltas de Hierro. Desde entonces solo me habéis visto en pantomimas de torneos y justas, a los que acudí con fuertes resacas, donde usaba tácticas con poco sentido, o para los que elegía armas que no me convenían. Y aún así, gané no pocas veces.

»Así que mientras todos os hacíais una idea errada de mí, vos os exponíais la mayor de las veces inútilmente, exhibiendo vuestras muchas virtudes, pero también unos pocos errores, que una y otra vez durante ciclos, semanas y años, he examinado junto a mi maestro.

Si lo que pretendía Reika era desestabilizar y sorprender al rey, no pareció que lo lograra, y este, sin bajar la guardia y lanzando alguna que otra estocada, respondió sereno y sin turbarse, como si quisiera despejar los fantasmas de una posible traición.

— Si fuera verdad lo que dices, si solo me hubieras utilizado y engañado desde que me fijé en vos, ¿por qué lo arriesgas todo descuidando tu cabeza, y por qué me cuentas esto cuando aún no has vencido?

—No os falta razón mi rey, y supongo que he fallado en algo que estaba lejos de imaginar, pues sí que os amo, sí que me he enamorado del honorio al que debo matar. Pero mi rey, ambos sabemos que por encima de la inteligencia está el amor, pero por delante de este queda el orgullo, y si vos ofrecéis vuestra cabeza, yo no seré menos. Aunque en el fondo, nuestros orgullos no son tan importantes, pues nada queda más alto que el destino. ¡Y yo estoy destinada a la corona de Honoria!

Fue Reika quien reanudó el combate lanzando sucesivas combinaciones de golpes, que la mostraron llena de recursos y plena de energía a esas alturas. De este modo asomó una rabia, una furia y una velocidad inusitada que acabó por alcanzar coraza, guardabrazo, espaldar, y hasta la gola de la armadura de Hakon, y con tal fuerza que el estrépito de los golpes llegó hasta las gradas superiores, donde sería sofocado por los murmullos y el asombro.

No pareció sin embargo que la brutalidad de los golpes afectara al rey, pues movió con soltura el brazo alcanzado. La unanimidad en las gradas ya no era tan evidente, y los argumentos cruzados de los Nueve así lo mostraban. El joven comandante Bersi parecía fascinado por la pericia de la aspirante, y el capitán Ari exhibía un rostro más ceñudo y serio de lo que le hubiera gustado.

El combate entró en una gran intensidad, a base de intercambios más feroces que rápidos por parte de Hakon, y más rápidos que feroces para Reika. El primero se mostraba más concentrado que nunca, y si no hacía sangrar a su amada era por la asombrosa habilidad de ella, y no desde luego, porque el rey no lo intentara al máximo. De hecho, todo estuvo a punto de terminar cuando Reika trastabilló en un quiebro defensivo y maquinalmente agachó la cabeza, si el movimiento hubiera sido hacia delante en lugar de hacia atrás, el tajo que se encaminaba hacia el pecho en lugar de cortar el aire lo habría hecho con la cabeza. A nadie se le escapó que Hakon podía haber intentado parar el golpe, pero no lo hizo y si falló, no fue sino por el azar del movimiento instintivo de ella.

Tras ese lance Reika dijo:

— Bien hecho mi rey, veo que ya no os ciega ni la prepotencia ni el amor. Sin duda sois digno de regir Honoria.

Ambos volvieron inmediatamente a la carga. Reika siguió alcanzando en repetidas ocasiones y en diversos lugares la defensa de su rival. Codos y rodillas eran sus objetivos principales castigando las articulaciones y buscando los puntos débiles de esa armadura hasta entonces inexpugnable, que mostraba múltiples abolladuras pero ninguna grieta. Por su parte, Hakon ponía cada vez en mayores aprietos a su rival, la cual vino a sufrir cortes superficiales en su pierna derecha y en su costillar izquierdo, ante dos certeros tajos que Reika no pudo evitar convenientemente, y que el cuero protegió pero no salvó.

Las gradas a estas alturas del enfrentamiento ya celebraban el hecho de haber asistido a combate tan memorable, que recorrería sin duda alguna todos los caminos y las tabernas de Honoria, y que sobreviviría a todos ellos en versos, canciones y leyendas.

La única que una vez más no mostró tal apasionamiento fue la reina consorte Iscar, que indiferente a la posibilidad de ser oída por Oddi, aburrida ante la duración del combate, y molesta por la fijación con la que su hijo prestaba atención, le dijo al niño con perfidia: «No pierdas detalle, pues, quien gane será nuestro enemigo, aquel que deberás derrotar por la espada, el veneno, o la intriga. Los dos nos han humillado, y los dos pagarán con su vida y con su muerte».

En cuanto a los Nueve, cada vez más escindidos en sus previsiones de para quién sería la victoria, y en las consecuencias que de ello se pudiera derivar, mostraban acuerdo en la asombrosa capacidad de Reika para esquivar y atacar una y otra vez sin apenas cometer el más mínimo error. Alabaron así su defensa y se preguntaban de dónde sacaba tal fuerza y convicción para no cejar en su ritmo, compás y destreza.

Por su parte, impasibles permanecían los dos únicos espectadores del anfiteatro que desde el principio tuvieron fe ciega en la victoria de Reika. Uno de ellos era Heriho, su consejero sacerdocio, que permanecía con sus anchos brazos cruzados sobre el pecho.

El otro, era en apariencia un viejo honorio cualquiera, muchas gradas más arriba, que no llamaba la atención de nadie y aparentaba ser un caballero venido a menos, engalanado con su vieja armadura, y endeudado como tantos otros para poder decir que había estado en un momento tan histórico.

Al lado de Heriho permanecía Solvi, el maestro de armas de Reika, del que no se podía decir que estuviera tranquilo, pues no paraba de hacer aspavientos y de soltar maldiciones cada vez que Reika no ejecutaba a la perfección un movimiento o un golpe. Tenía fe en su pupila, pero no era una fe ciega como la del sacerdocio. Además, no podía dejar de sufrir por apreciar a Reika como la hija que no tenía, mientras que Heriho la consideraba como un instrumento del Dios Padre. Y el Único, pensaba el sacerdocio, aún tenía mucho que hacer a través de ella.

De vuelta a la arena, al sudor, a los quiebros, a las armas cruzadas una y otra vez... debe decirse que el cansancio ya era notable en Reika, mientras que Hakon parecía sencillamente agotado, y prescindió de su escudo lanzándolo contra su oponente. No alcanzó su objetivo, pues la aspirante siempre tenía un requiebro que ofrecer.

En esos momentos ambos abrían ya sus defensas en sucesivos descuidos, pero ninguno de los dos supo aprovecharlo de manera definitiva ya que las fuerzas no lo permitían. Nadie de los presentes, ni siquiera el ministro Oddi, recordaba un Reto por la Corona que se hubiera dilatado tanto ni que hubiera resultado tan memorable.

Vespertina se lanzaba a por su cénit mientras Lucero y su disco amarillento habían caído de su trono y comenzaban a ocultarse. Así, el tramo final del combate se produjo bajo la preeminencia de la luz rojiza.

Fue en esas condiciones de arena batida por el interminable combate, donde Reika desconcertó nuevamente a casi todos, tomando el estoque que clavara al principio. La espada suponía en ese momento un peso sobreañadido y menos contundencia aún para la bastarda, pues solo podría esgrimirla a una mano. Y eso al margen de la aparente inutilidad del estoque, pues solo podía punzar ante una armadura que se había mostrado inquebrantable.

La aspirante y el rey aún se mostraron capaces de asombrar al público lanzando golpes imposibles para aquellas alturas de combate, Hakon ya únicamente con su espada, y Reika combinando bastarda y estoque. En cuanto al orgullo con el que ambos habían iniciado la lucha y por el que habían decidido salir sin sus respectivos yelmos, parecía haberse esfumado, lanzándose ambos estocadas por encima de las golases.

Y sería tras un intento del rey por seccionar la yugular de su amada, seguido de una hábil finta sobre sí mismo y de un ataque de arriba abajo, cuando Hakon alcanzó de lleno la hombrera derecha de Reika, haciéndole hincar una rodilla en tierra a la par que le arrancaba un grito de dolor que recorrió todo el anfiteatro. Si ese golpe hubiera llegado antes, o si la armadura de la candidata al trono no hubiera tenido reforzada su defensa precisamente en ese punto, con seguridad Hakon habría seccionado el brazo del tronco.

Pero no fueron así las cosas y ese golpe que en otro momento de mayor ímpetu hubiera resultado decisivo, no tuvo la fuerza necesaria, provocando un corte profundo pero insuficiente. Y ahí estuvo el error fatal de Hakon, pues en esos instantes dejó descubierta su axila izquierda, accesible para Reika desde la posición de rodilla en tierra en la que se encontraba, de modo que casi al mismo tiempo que terminaba el golpe descendente del rey, se inició el ascendente de la candidata, que por medio del estoque consiguió atravesar esa parte blanda de la armadura. Llegó a lucir la hoja su afilada punta por arriba del hombro, dos palmos, partiendo clavícula, segando la cabeza del húmero, y dejando el lado izquierdo de Hakon críticamente herido.

El anfiteatro enmudeció de golpe mientras Iscar murmuraba: «Por fin, ya era hora», lo que ruborizó al anciano Oddi dejando constancia de que sus sentidos estaban en plenas facultades.

Reika, que se había reincorporado con el propio golpe, retrocedió tres pasos tambaleante cargando su cuerpo hacia el lado herido. Hakon, que por cierta inercia seguía en pie, contemplaba estupefacto e incrédulo el estoque que le atravesaba de abajo arriba. Incapaz de

seguir agarrando el pomo de su espada, abrió la mano y el acero cayó a la arena. Una arena que empezó a recibir la sangre. Primero recorrió el brazo de la armadura, luego llegó al guantelete, y al fin con un ritmo cada vez mayor, como si la sangre tuviera prisa por abandonar el cuerpo del rey.

Hakon era consciente de su derrota y de que carecía de fuerzas para sostener la espada con su brazo sano, pero aún así lo intentó. Al agacharse a por el arma las piernas se le doblaron y cayó de rodillas. Tampoco logró levantarse, pero al menos consiguió desprenderse de la gola para tomar algo de aire.

—En cierto modo —comenzó a decir con dificultad mirando a Reika arrodillado—, me alegro de este final, pues una vez escuché y así lo creo, que uno debe morir allí donde ha sido feliz, y yo siempre lo he sido en esta arena donde alcancé la gloria y la corona, y donde la he mantenido más y mejor que muchos reyes de Honoria. Veinte años me han dado para mucho, para tanto, que incluso al final, te encontré a ti. Así, me alegro de morir donde debo...y a manos de quien amo.

Y tras unos instantes en los que pudo apreciar las únicas lágrimas que la futura reina derramaría en toda su vida, continuó:

—Sin embargo Reika, me voy con una preocupación, y es que temo por tu infelicidad. Serás reina pero no amada, y serás reina pero... ¿por cuánto tiempo? Honoria es lo que es y esa mentalidad no la podrás cambiar, nuestra corona no está hecha para ser ceñida por una mujer, y si no me crees, contempla el anfiteatro mudo, que por primera vez en dos siglos se plantea el hecho de ser gobernado... por una reina. Están asustados, y pronto estarán nerviosos... y deberás cuidarte de los Nueve. Por eso no se jalea a la vencedora, por eso no te piden que acabes conmigo aunque sea lo merecido, aunque sea lo justo, aunque es lo necesario según la Ley.

Reika paseó la mirada por las gradas y efectivamente vislumbró en los rostros de los presentes las dudas, el rechazo hacia lo que se avecinaba, las intrigas, pero no se asustó y sin dejar de llorar se despidió de Hakon.

—Todo está bien mi querido rey. Y asumo que si no puedo ser amada, entonces seré temida, e incluso odiada. Pero ten por seguro que seré la corona más importante que todos estos idiotas puedan recordar jamás.

Y la inminente reina, que pudo acabar con Hakon el Magnífico, el Hermoso, el Sabio, el Benevolente, de cualquier otra manera más honrosa, decidió hacerlo de un tajo lleno de rabia que le cortó la cabeza en un claro mensaje hacia el pueblo que Reika estaba a punto de regir.

Cuando el ministro de guerra Oddi llegó hasta el centro de la arena para concluir el Reto, poniendo la corona sobre la cabeza de quien era proclamada nueva reina, Reika ya había recuperado el dominio sobre sí misma, y se guardaba sobremedera en dejar escapar cualquier lágrima. Permitió una cura de urgencia sobre su hombro que presentaba un aspecto horrible, pero no quiso retirarse ni un solo instante de la vista del caído Hakon.

La ceremonia de coronación realizada en el palco real resultó de lo más incómoda. En primer lugar debido a la presencia de Iscar, reclamada por el protocolo y que asistía a su último acto como reina consorte. En segundo porque Reika ordenó que el cuerpo y la cabeza de Hakon no fueran retirados de la arena, pues dijo querer encargarse ella de hacerlo. Y en tercero y como pronosticara el decapitado rey, por la propia coronación de una mujer como reina de Honoria. Todo ello provocó que por suerte para algunos y desgracia para los más morbosos, la ceremonia aunque incómoda, fuese realmente breve.

Tras la finalización del acto Reika se mostró tajante y exigió que el anfiteatro fuese desalojado lo más pronto posible. Esto ocurrió al caer Vespertina mientras un último hecho extraño no pasó desapercibido para la nueva reina. El ministro era de los pocos que aún faltaba por marcharse, y se disponía a hacerlo con su lento caminar, cuando su báculo negro estalló en mil pedazos dando con los huesos del anciano en el suelo. Fue el escudero Thorvald, aún conmocionado

por la muerte de su rey y, renuente a abandonarle, quien levantó al anciano. Este no estaba herido pero sí pasmado y confuso, y así es como se marchó, sin comprender y sin su más preciado tesoro desde hacía cuarenta años, cogido de la mano del pobre muchacho que finalmente debía abandonar a Hakon.

Nadie escuchó a la reina pronunciar «insolente», mientras con sus profundos ojos buscaba en las gradas, a quien no encontró. La armadura del rey decapitado, así como su escudo con el orbe de anarcanita, cercanos a los restos del báculo, dejaron de emitir un pálido destello azul.

A la mañana siguiente y a las afueras del anfiteatro, un niño honorio jugaba con una realista máscara de anciano, asustando con ella a todos sus amigos.

Antes, durante la apacible noche anterior, sobre la arena del Anfiteatro Snorri II, y bajo un manto de estrellas, Reika, bautizada ya como la Terrible, había velado el cuerpo en dos de su querido Hakon, en una despedida dolorosa, que le sirvió como transición al nuevo tiempo que le tocaba regir.

CAPÍTULO VI: ARCANIA

Una familia arcana tipo, se compondrá la mayor de las veces por tres miembros; la madre, el padre, y un único vástago con ligeras preferencias de género hacia una fémina.

Será costumbre que los progenitores pugnen por no renunciar a su independencia tanto en el campo sexual como en el intelectual, encontrándose a menudo un equilibrio que los mantiene unidos al menos hasta el desarrollo completo de la etapa evolutiva del niño arcano, que alcanza la segunda década más uno.

La iniciática educación parental se produce desde los primeros meses de vida hasta los siete años, donde serán las maestras y maestros en las Escuelas, quienes empezarán a tomar las riendas de su formación vital y mágica.

A los catorce años es habitual que en el niño se produzca la primera emancipación, o semiautonomía, al comenzar una intensa etapa de estudio y autoconocimiento de uno mismo y de la naturaleza, guiado por las enseñanzas del preceptor o tutor elegido, pero manteniéndose aún un fuerte vínculo con los progenitores, que le sustentarán de todo lo necesario, al menos para su formación.

Al fin de esa etapa de semiautonomía, y al llegar a completarse la evolución del niño que como se reflejara llega hasta los veintiún años, se producirá como norma, la segunda emancipación o autonomía definitiva, donde los progenitores, a menudo, darán por concluida su labor social, cortando entre ellos los lazos emocionales que hasta ese momento los unían.

Por supuesto las excepciones existen con familias de varios vástagos, con emancipaciones más tardías o más prematuras, con desequilibrios sexuales por ambos sexos...

De lo que queremos dejar constancia es, que la típica composición familiar arcana, al compararse con la atrasada de Honoria y con la primitiva de Paria, descubre consecuencias relevantes a la hora de comprender el desarrollo y la evolución de las sociedades...

Extraído de, Estudio sociológico de las distintas composiciones familiares en el planeta Karak, escrito en el 676 de Nuestra Era, por el sabio arcano Comto.

Mientras en Sacerdocia el ánimo del Sumo Guardián de la Fe andaba revuelto, mientras en la región de Paria los caminos se poblaban de bandidos, y en la montaña de Dima sus moradores intentaban convivir, mientras en Honoria, Reika acometía sus primeros días de reinado con dificultades ya visibles. Mientras todo eso y más ocurría en los lugares de Karak que ya he descrito, en Arcania, Reino de la Magia, también bullían los acontecimientos.

Era noche cerrada cuando Tabalt cruzó las solitarias calles del barrio noreste de Luz, camino de la Magna Biblioteca, la que fuese el antiguo alcázar de la capital del Reino. Un cielo nublado en forma de manto negro cubría las estrellas y, hacía reinar la oscuridad puesto que aquella parte de la ciudad no se iluminaba ni por faroles, ni por hechizos, si bien las tinieblas tampoco suponían mayor inconveniente para las pupilas del joven mago. Olía a humedad.

Después de cruzar el puente del brazo sureste del río Venal, Tabalt llegó a la entrada principal del edificio, y llamó con la aldaba, cuya forma era una cabeza de ratón. Tras unos minutos de insistencia, el bibliotecario apareció por la puerta bostezando, y maldijo en nombre de todos los dioses.

—Muchacho, ¿cuándo me dejarás dormir una noche entera, acaso piensas que los libros van a salir volando, acaso no has estudiado a uno de los treinta y tres sabios inmemoriales, diciendo que la virtud está en el término medio?

—Me acuerdo querido Sofronio de haberlo leído, pero también recuerdo que se trataba de un consejo escrito para su hijo... y yo ya no soy un niño, ni siquiera un muchacho por más que vos se empeñe. Y eso sin tener en cuenta que el propio sabio hacía depender el término medio de la capacidad de cada uno, de modo que en tanto que no es la misma mi capacidad que la de un escarabajo, no puede, querido bibliotecario, esperar que necesitemos de la Biblioteca del mismo modo. Por lo que termine de protestar, deme las llaves de la sala cuatro, avíseme como le he enseñado si vienen a buscarme, regrese a dormir hasta entonces si quiere, y déjeme que vaya a comprobar si algún libro levantó el vuelo o no, sin mi permiso.

Tras la conversación cada uno se fue a su faena, Sofronio a dormir hasta que amaneciera y tuviera que abrir oficialmente las puertas de la Magna Biblioteca, y Tabalt a estudiar hasta que le dejaran, algo que había previsto que no iba a ser por demasiado tiempo.

El joven mago se orientó sin problemas por el alcázar biblioteca, un edificio de planta cuadrada, sobrio, funcional, inmenso. Tras unos minutos llegó a la estancia deseada donde se disponían algunos de los volúmenes y pergaminos más antiguos, y para muchos más inútiles, no ya de Luz o Arcania, sino de todo Karak. Al entrar, batió una sola vez las palmas, y la sala, en penumbra un instante antes, se iluminó con decenas de faroles en una claridad desbordante que sacudió las pupilas de Tabalt, cegándole por un momento.

Al hacerse a la luz se dirigió al aguamanil de plata relevado con motivos florales que se encontraba sobre una mesita cercana, y se lavó las manos y la cara, más por sentir el frescor del agua perfumada que por despejarse. Atravesó luego varias hileras de largas estanterías que componían la pieza, y llegó hasta una zona circular, no muy grande pero despejada de anaqueles. Se agachó y, tras sacar una tiza negra de entre las vueltas de su toga color crema, dibujó un perfecto hexágono de lectura.

Cuando acabó se introdujo dentro, juntó las palmas de la mano tocando su recta nariz con los dedos índices, cerró los ojos, y murmuró un hechizo que le hizo entrar en un plano alternativo de realidad.

Instantes después un libro se desprendía de una estantería para llegar hasta donde se encontraba Tabalt. Se abrió por la página sesenta y nueve a la altura de su cabeza. Se trataba de la extraña obra *Astronomía contra Astrología: de la formación de los mundos posibles y de los imposibles*. Uno de los seis lados del hexágono se había iluminado con una fosforescencia negra. Inmediatamente después se iluminó otro lado adyacente, coincidiendo con otro volumen que voló hasta el mago, que se colocó a la misma altura del primero, y que se vino a abrir por las últimas páginas. Se titulaba *Historia marginal de Karak*. Un tercer lado del polígono de lectura se iluminó entonces y un tercer libro se dispuso en forma de triángulo equilátero sobre la cabeza de Tabalt. En esta ocasión era la controvertida e inconclusa *Teorías excéntricas del origen de la magia*, un manual que el arcano se sabía de memoria, como por otra parte muchas de las obras de aquella sala.

El joven pareció conformarse con aquellos tres libros que flotando a la altura de su cabeza, pasaban páginas y páginas, la mayor de las veces hacia delante pero en ocasiones también hacia atrás, como corroborando una idea o una palabra olvidada. No se iluminaron más lados del hexágono y ningún otro libro sobrevoló la estancia.

Pasaron las horas y amaneció. Las nubes sobre la ciudad se abrieron un tanto y dejaron a Luz con riesgo de tormenta pero sin la aparente certidumbre de horas atrás. Sofronio se despertó y empezó a recibir a los pocos arcanos que con amenaza de lluvia y tan temprano, acudían a la Biblioteca. Todos ellos en cualquier caso se congregaron en las salas principales, lejos del joven. Mientras, Tabalt permaneció concentrado en sus lecturas hasta que tal como había previsto le fueron a buscar.

Cuando el bibliotecario Sofronio confirmó al mensajero que el joven se encontraba en el mismo lugar de los últimos meses, primero

dejó que el emisario se marchara a buscarlo, y luego sacó una pequeña campana de hueso que sacudió con fuerza. El badajo al golpear no emitió allí mismo ningún sonido, y sin embargo, retumbó con estrépito en la sala donde se encontraba Tabalt, que inmediatamente regresó a este plano de realidad, hizo que los tres libros volaran raudos a su lugar, y esfumó el polvo de tiza del hexágono. Al llegar el mensajero a la sala cuatro, el joven le esperaba con una sonrisa en los labios, los brazos cruzados, y guardados bajo la toga.

— Esperándome como siempre, enigmático Tabalt — fue el saludo del mensajero.

— Buenos días a vos también, mi puntual y respetado Taros — contestó el joven.

Si en ese momento alguien se hubiera encontrado junto a ellos, no hubiera necesitado de mucha perspicacia para sentir la frialdad y la enemistad que los tonos de cada uno encerraban.

Frente a frente, los dos magos representaban un cuadro digno de admirar. Eran considerados por muchos como los dos seres más hermosos del Reino, debido a sus portos y a las perfectas proporciones de sus rostros, si bien las diferencias entre ellos eran notables, sobre todo en cuanto a lo que pretendían aparentar.

Tabalt era unos veinte años más joven a pesar de su mirar cansado, de su frente algo arrugada, y de algunas canas que contrastaban con su encrespada mata de pelo negro. Además se dejaba crecer la barba, siempre de un modo cuidado, pero con la intención de añadirse años.

Por su parte, Taros había rebasado con creces las cuatro décadas, pero con sus guedejas rubias, sus limpios ojos azules, su piel tersa y sus ropajes de corte juvenil, parecía, cosa extraña en Arcania, no querer envejecer, y el resultado sin duda era óptimo.

Un silencio incómodo siguió al saludo. Taros perseguía adivinar con rápidos vistazos a la sala lo que Tabalt hubiera estado leyendo, y este, tras dejarle hacer, se ofreció amable:

— Si queréis que os recomiende alguna de las lecturas en las que estuve trabajando, no tenéis más que pedírmelo.

—Gracias Tabalt, pero no es necesario, en todo el reino se sabe que no se puede estar a la altura de vuestras lecturas. Supongo que estaréis al tanto de que sois conocido como el Lector de Extravagancias.

—La verdad, se me ocurre un millón de peores calificativos por el que llamarme, y conociendo las pérfidas lenguas de nuestro gremio, me daré por satisfecho. Y bien, Taros el siempre Joven, supongo que vos vinisteis para...

—Claro, perdona. Como os habréis imaginado, nuestra reina me manda para daros aviso y para que os acompañe hasta el Consejo Real, pues hay nuevas que desea tratar en sesión.

—No perdamos más tiempo entonces —se compuso la toga Tabalt— y acudamos a Palacio. Dime, mi respetado Taros, ¿nos honrarás en esta ocasión con vuestra presencia?

—No podrá ser posible, mi enigmático Lector, pues su majestad me encargó que os condujera a Palacio, no fuerais a perderos, y que me ocupara después de otros asuntos urgentes que precisan que no me demore.

—Seguro que es así —contestó el joven mago mientras ya recorrían los pasillos, y lo hizo con un tono tan neutro y tan alejado de la mofa, que a ninguno de los dos le cupo la menor duda, que había que entenderlo como tal.

Cuando salieron de la Biblioteca llovía con intensidad. Taros decidió conjurar un clásico hechizo por el que una especie de cúpula transparente y móvil, se situaba por encima de su cabeza protegiéndole del agua. Por su parte, Tabalt optó por mojarse ya que la lluvia le gustaba, si bien quiso que a su alrededor las gotas se paralizasen a dos palmos del suelo, para comenzar a elevarse instantes después hasta la altura de su cabeza. Generaba así en torno a él un confuso espectáculo de lluvia en ambas direcciones. A pesar de su aparente candidez, se trataba de un hechizo bastante técnico, de segundo orden, lejos del alcance de muchos arcanos.

Durante el lluvioso trayecto no se dirigieron la palabra. Subieron en silencio el paseo del malecón del brazo sureste del Venal, y llegaron al céntrico Palacio desde donde se organizaba y distribuía

no solo el asombroso río en sus tres brazos —ejemplo perfecto de la comunión entre la ingeniería, la magia, y la simetría que gobernaba Luz—, sino toda la ciudad, que con su forma y estructura de triángulo, representaba un orgullo para todos los arcanos desde su fundación, hacía tan solo cinco centurias, tras la destrucción de Tierra, la antigua capital.

Todo niño arcano desde su iniciática educación parental era instruido en historia, y por costumbre la primera lección versaba sobre la antigua capital. Esta había sido devastada tras la pérdida del control de las fuerzas telúricas que trató de utilizar el rey Vetis, el Infame. Vetis se propuso lograr un arma definitiva contra Honoria, pero lo que logró fue arrasar a su propio pueblo durante la IV Guerra entre los Reinos.

En aquel infausto ciclo no solo la histórica y majestuosa ciudad de Tierra se cubrió de escombros, sino también de cadáveres, pereciendo mil trescientos tres de sus mejores magos. La moribunda Arcania se vio obligada a capitular, y pasó de tener franca la guerra, a aceptar las generosas condiciones que impuso el rey Dark el Clemente, por las que Bosqueespeso pasaba a estar en su totalidad bajo el control de Honoria, cuando previamente había sido controlado por ambos reinos, y por las que Paria, quedaría distribuida como un territorio en usufructo al cincuenta por ciento, cuando desde la III Guerra, era del dominio de Arcania. Desde aquel armisticio la paz había sido casi completa, si exceptuamos varios intentos menores y fracasados por parte de reyes de los dos reinos, de levantar en armas a sus súbditos. Pero dejemos aquí las lecciones de Historia, y volvamos a los dos arcanos camino del Palacio Real.

Taros y Tabalt, tras subir el empedrado y arbolado paseo del río, llegaron al pórtico del majestuoso y marmóreo Palacio, y allí, bajo la larga columnata se despidieron con la misma frialdad que marcaba el desabrido ciclo. Taros se encaminó entonces con todo el orgullo que fue capaz de atesorar en dirección al mercado, y Tabalt marchó al suntuoso y abigarrado salón del Consejo. Al llegar, la colosal puerta de plata permanecía abierta. Le estaban esperando.

—Disculpadme majestad —dijo el joven nada más entrar al salón de techo alto con su gran lámpara central, y realizó una exagerada reverencia— pero a pesar de la eficiencia de su emisario, me demoré más de lo debido, por lo que pido perdón a sus excelsas señorías por mi retraso.

Cada una de sus pomposas palabras fue tenida en cuenta por cada uno de los miembros del Consejo de los Cinco. Tal Consejo quedaba conformado, además de por la hermosa y despótica reina Aglaia, y de por el joven Tabalt, por el ecónomo Damon, por la ministra de Guerra Evadne, y por el anciano Karsten.

El ecónomo resultaba ser un astuto y eficaz septuagenario encargado de la administración material del reino desde hacía décadas. La ministra, una robusta arcana sin apenas experiencia pero de ascendencia noble, que estaba enamorada perdidamente de Aglaia, y que delegaba todas sus funciones en subalternos poco competentes. Y el consejero Karsten, acumulaba tantas décadas que ya era más viejo que sabio, ocupándose paradoja o no, cada vez más de sus asuntos carnales, especialmente los referidos a la herencia que debía dejar a su prole.

Tabalt no era el único que tenía clara la falta de seriedad de aquel cónclave, donde la reina ostentaba el Cetro Real desde hacía veinticinco años, más por el hábil manejo de los hilos políticos, por su perenne belleza, y por su retorcido instinto, que por su capacidad mágica o su sabiduría, como debería ser, según reflejaban los idealistas Principios Fundamentales de Arcania. Donde la ministra de Guerra prefería dejarse llevar por su apasionado amor. Donde el papel de sabio era ocupado por un viejo ya timorato e inútil. Donde el único miembro honrado resultaba ser el encargado de los impuestos. Y donde Taros, quien fuera por varios lustros el consejero más útil y fiel de la reina, había sido cesado por un supuesto capricho de Aglaia, para nombrar en su cargo a un joven inexperto, el propio Tabalt, del que todos los miembros del Consejo, albergaban dudas sobre su fidelidad.

La reina, quien llevaba un vestido largo azul cielo con cola de capilla, bordado en diversas sedas entrelazadas mágicamente, de modo

que la prenda desprendía destellos multicolores con el movimiento, se sirvió un vaso de extracto, su bebida favorita compuesta a base de vino, sidra y miel. Se acomodó entonces en el sitial del salón del Consejo, una milenaria pieza realizada en retorcidas pero cómodas raíces de caoba, y tras pasarse con parsimonia la mano derecha por su larga y brillante cabellera rubia, dio inicio a la Sesión con sus palabras de costumbre:

— Escanciaos el extracto de las cráteras, y comencemos.

Y mientras ordenaba lo anterior, hizo que un lejano escabel acolchado se acercara levitando hasta llegar a sus pies, usándolo para apoyar y estirar sus esbeltas y blancas piernas.

— Os he mandado llamar a todos — continuó mientras contemplaba su copa — para que me informéis sobre la tal Reika, la nueva reina de Honoria, que desde hace una semana rige los designios de nuestro bárbaro y al mismo tiempo, tranquilo enemigo. Decidme, consejeros, ¿creéis que tenemos algo que temer y por lo que preocuparnos, o ella también apostará por el equilibrio de las últimas centurias y se dedicará a jugar con sus espaditas?

— Mi Majestad — tomó Evadne la palabra para hablar con firmeza — mis informadores me aseguran que no tenemos nada que temer, y si acaso, que debemos permanecer atentos ante el posible corto reinado que se avecina, pues los honorios no parecen muy dispuestos a ser gobernados por una mujer, y se rumorea que se están preparando varias intrigas.

— Y sin embargo, mi encantadora Evadne — Aglaia sacó con el calificativo los colores de la ministra — estas intrigas se dan a pesar de que la tal Reika cortó la cabeza a nuestro amigo Hakon, el rey honorio más poderoso y sabio que recuerdan las crónicas recientes, y que por tanto, estamos ante una corona más que merecida según sus propios cánones.

— Así es mi majestad — empezaría a concluir Evadne confiada de lanzar una argumentación lapidaria —, pero parece ser que en la anquilosada Honoria no prestan demasiada atención a sus propios Principios y Leyes, y prefieren ser regidos no por el mejor posible, sino por el mejor de entre los que tengan polla.

Evadne dio tal sonoridad a la palabra que hacía referencia al miembro viril, que Karsten se desperezó de su sueño ligero con un gesto demasiado delator, algo que la reina no quiso desaprovechar.

—Y bien, mi sabio y lozano consejero —dijo Aglaia clavando sobre el anciano sus almendrados ojos verdes—, ¿consultando con el dios del sueño la respuesta?

—Disculpe majestad —se excusó con sencillez, y con un hablar lento cuyo sonido se enmarañaba en su profusa barba blanca, ofreció su opinión—, pienso del mismo modo que la ministra y no creo que tengamos que preocuparnos demasiado de esa tal Reika, si consiguiera sofocar los prejuicios de su propio pueblo, se conformará con ello y podremos seguir con las buenas relaciones. Y si fracasa, le sustituirá otra cabeza y será entonces cuando habrá que ver los pájaros que hubiera en ella, y si estos son o no, de vuelo peligroso para nosotros.

—Mi eficiente Damon, ¿qué tenéis que decir al respecto? —preguntó la reina sirviéndose una segunda copa de extracto mientras los demás apenas habían comenzado a beber de la primera.

—Qué quiere que le diga majestad, mi consejo por ahora le será de poca ayuda. Mi función es recaudar y aumentar la riqueza del reino generando con ello más rentabilidad que conflicto, y salvo que Honoria hiciera nuevos movimientos impositivos y recaudatorios en las zonas limítrofes y comunes de Paria, mi cometido no se verá alterado.

—Tan aburrido e insoportable como siempre, mi buen Damon —dijo la reina bostezando, y añadió tras mirar con una sonrisa malévola al resto, que volvió luego a él—: Y si no fuera porque sois el más competente de mis consejeros, probablemente os habría mandado encerrar hace mucho tiempo, para que no contaminarais Arcania con vuestras cuentas y vuestro tedio.

—Le doy las gracias —contestó Damon impasible y circunspecto— por su enrevesado elogio, pero elogio al fin y al cabo.

Tras un nuevo trago de Aglaia, esta fijó su mirada en Tabalt instándole a hablar con un gesto de su mano.

—Debo decir majestad, que discrepo de las opiniones vertidas hasta ahora, y creo que sí deberíamos preocuparnos. Según ciertas informaciones que me han llegado, la reina de Honoria en los pocos ciclos que lleva en el trono, ha comenzado a movilizar parte de su perezoso ejército, ha mandado realizar levadas por toda Honoria, y ha aumentado el ritmo de trabajo en las minas de anarcanita al oeste de Espada.

—Qué bien informado parecéis Tabalt —dijo la reina Aglaia con melosas palabras cuando el joven mago terminó.

—Majestad, bien sabe que solo trato de serle útil. Y si pregunta por el origen de mis informaciones, seguro que no las desconoce, pues fue el propio Taros quien me las proporcionó hace unos ciclos. Está claro que prefiere seguir cumpliendo con su deber para con Arcania, y especialmente con su reina, aunque para ello deba servirse de su sustituto.

—Mi joven consejero —replicó Aglaia con sibilantes palabras que hizo agachar las miradas del resto — ¿acaso estás cuestionando mi autoridad, o es que insinúas algo que no os atrevéis a decir?

—Cómo iba yo a osar tal cosa majestad —fue la breve respuesta del joven, con un tono neutro, seco y confiado.

Tras un silencio incómodo, Aglaia dejó pasar el pulso y quiso terminar con el asunto por el que había mandado reunir al Consejo.

—Evadne, quiero que se confirme la información que presenta Tabalt, si es falsa vendréis a comunicármelo en persona y os recompensaré, ya que vos estabais en lo cierto, pero si es falsa... más os vale que cambiéis de informadores.

»Mi eficiente Damon, vigila si hay cambios en los cobros e impuestos que ejecutan los honorios, y tenedme informada.

»Venerable Karsten, sigue haciendo lo que se suponga que tenéis que hacer... ¡y desapareced de mi vista! Damon, acompáñele, no vaya a ser que no sepa encontrar la salida. Evadne y Tabalt, quedaos pues quiero hablar con vosotros a solas —la reinaapuró la copa.

Cuando los consejeros decanos se marcharon del Salón del Consejo, Aglaia se levantó del sitio de caoba, se sirvió de nuevo otra copa de extracto, comenzó a pasearse sin decir palabra arrastrando la cola de su vestido azul, y después de unas cuantas vueltas, se acercó a la pelirroja Evadne, a la que acarició el rostro con el dorso de su blanca mano.

— Dime mi encantadora consejera, por qué siempre vuestro cuerpo se tensa cuando me acerco a vos, ¿acaso os pongo nerviosa, acaso me despreciáis? — Y cambiando a un tono más duro, añadió —: ¿Acaso no podéis dispensarme la mirada de indiferencia que me procura Tabalt cada vez que le colmo de atenciones?

»Es él con su frialdad cubierta y no vos con vuestras pasiones a flor de piel, quien realiza un buen trabajo por Arcania — la reina bajó la mano desde el rostro de la ministra hasta sus pechos — ¿acaso se está turbando vuestro juicio y cae este en la dejación de sus funciones, mi querida amiga? ¡Cuánto me decepcionaríais!

— Pero mi majestad, mi soberana — contestó balbuceante la ministra sintiendo la mano recortada contra su túnica plisada de color verde — ¿cómo puede preguntar si la desprecio, cómo puede jugar así conmigo y con mis sentimientos? Sabe perfectamente que moriría en tormento por vos... y si lo que me pide es frialdad para cumplir mejor mi cometido, así lo intentaré. ¡Pero no me aleje del Consejo como ha hecho con Taros, no creo que lo soportara!

La reina quitó de súbito la mano del pecho de Evadne, contestó que estaba bien, y le ordenó que se marchara, pues quería quedarse a solas con Tabalt. La ministra de guerra obedeció no sin antes dedicar una furibunda mirada al joven, quien respondió en esta ocasión, retirando sus ojos negros de la consejera.

Cuando se quedaron solos, ni el joven ni la reina rompieron el tenso silencio hasta que Tabalt no lo soportó más y con vehemencia comenzó a decir:

— ¡Por Danadanial mi reina! ¿A qué juega con todos nosotros y en especial conmigo? Ya tuve bastante con Taros. ¡Pero si yo ni siquiera quería entrar en el Consejo! Y ahora se dedica a mandarle que me dé

informaciones para ver qué hago con ellas, ¿esperaba acaso que me callara los nuevos movimientos de Honoria, o creía que no revelaría la retorcida fuente para apuntarme el tanto ante vos? Y por si fuera poco, este numerito con Evadne que me supone su odio incondicional... si no lo tenía ya. Pero, ¿qué es lo que queréis de mí?

Aglaiá se acercó con paso lento hasta su crátera de extracto, ya a la mitad, y tomando dos copas de fino cristal, pues Tabalt había abandonado intacta la suya hace ya mucho, las llenó, tendió una al joven, y dijo con parsimonia exquisita:

— Vuestro interés. Después de todo, sois el único súbdito que me ha rechazado, el único que no está subyugado a mí de una u otra manera, el único con un pasado oscuro, y el único que me deja leer en sus pensamientos... hasta donde os interesa. Sois joven y bello y no tengo vuestro cuerpo, sois extrañamente poderoso y no tengo vuestra fidelidad... ¿Cómo queréis que no os preste atención?

— Mi reina, no pedí estar en el Consejo de los Cinco, el cual me proporciona una información que no deseo para mí. Es verdad que no quise acostarme con vos, pero sabéis que no lo hago con nadie. Y si no dejo que leáis en mis pensamientos, es por orgullo, no por traición.

— Perdóname Tabalt que me pregunte — contestó Aglaiá con rapidez sin dejar espacio en esta ocasión para un trago — si la información del Consejo no la quieres, o es que no la necesitas, perdona que tenga dudas sobre si se trata de orgullo, traición, o estrategia, y permítame que no comprenda una vez más que no me quieras follar.

Tras decir esto la reina se desprendió con dos rápidos movimientos de su vestido azul cielo, quedándose totalmente desnuda frente al joven.

Frente a frente clavaron sus miradas el uno en el otro, las pupilas negras de Tabalt contra las verdes de la hermosa reina, y apenas si por un instante se dieron el descanso de parpadear. Finalmente el joven dio un paso atrás, miró su copa de extracto, y la dejó caer contra el mármol rosado de la Sala del Consejo.

—Majestad, no cederé a su capricho —dijo el joven tras la explosión en mil pedazos de la copa de cristal.

Y dándose la vuelta comenzó a marcharse sin esperar la orden de Aglaia. Esta terminó su copa con sosiego, y cuando Tabalt todavía no había alcanzado las hojas de la puerta de plata, la reina alzó la voz para ser oída.

—Si me hubieras follado aquí y ahora, no me cabría ninguna duda de que eres un traidor y pretendes el Trono de Ébano. Al no hacerlo, sigo albergando casi todas las sospechas.

Tabalt, ya bajo el vano salpicado de un resplandor de plata, se paró un segundo. Estuvo a punto de volverse y de hablar, tal vez para despejar las dudas de la reina, pero finalmente decidió contenerse, y salió del Salón del Consejo.

CAPÍTULO VII: ARCANIA

La IV Guerra entre los Reinos nos lega la ruina de Arcania, la destrucción de su capital, y la muerte de nuestros mejores. Seguimos a un rey y a una idea equivocada: gobernar los designios de Karak, imponer nuestro báculo sin pararnos a pensar en las consecuencias que las prácticas más peligrosas de la magia pueden acarrear.

Y estos escombros sobre los que ahora buscamos, si no justicia, al menos una explicación y un intento de que lo ocurrido no se vuelva a repetir, son la prueba evidente de nuestro yerro.

Sí, es verdad, el ahora odiado rey Vetis fue el culpable de convocar unas fuerzas telúricas que le sobrepasaron y que nos destruyeron, pero no olvidemos que tenía nuestro beneplácito, y que fue bajo la idea de que humillaríamos a los honorios, como convocó el mal que nos destrozó.

Lo repetiré, Vetis el Infame fue el culpable de la destrucción de nuestra amada Tierra. Y tal vez expió parte de su culpa muriendo de un modo atroz tras la pérdida del control de su energía mágica. Pero también nosotros somos partícipes y cómplices de la tragedia por estar de acuerdo con sus principios y sus fines. Y a diferencia de él, estamos vivos y debemos pagar el error.

Llegamos así a la acuciante pregunta que no podemos dejar de plantear, ¿qué hacer ahora? O peor aún, ¿qué nos dejarán hacer ahora nuestros enemigos, cuando hace apenas unas horas los teníamos de rodillas, y en estos momentos solo podemos agachar la cerviz ante lo que decidan?

Parte del alegato final que la sabia Arendto, histórica detractora del desaparecido rey Vetis, pronunció tras la destrucción de Tierra, en el 777 de Nuestra Era, durante el juicio celebrado en las ruinas de la antigua capital contra el mencionado rey, pero también contra la connivencia y la responsabilidad de la mayoría de los arcanos.

El joven mago se detuvo por unos instantes bajo el pórtico del Palacio Real, se encontraba demasiado excitado y enfadado consigo mismo como para centrarse en el estudio, por lo que decidió no regresar de momento a la Biblioteca. Mientras realizaba profundas respiraciones junto a una de las marmóreas columnas, tres figuras encapuchadas y con largas túnicas pasaron a su lado. No reconoció a ninguna pero le resultaron extrañas. La que marchaba en primer lugar dejaba entrever una perilla blanca y unas cinco décadas en su rostro semicubierto, las otras dos, se escondían aún más bajo sus capuchas, pero su fornida constitución traicionaba su enmascaramiento; difícilmente podían ser arcanos.

Tabalt pronto los olvidó porque no se quitaba de la cabeza a Aglaia jugando con él durante la Sesión del Consejo. El joven era consciente de que a la reina le había faltado poco para apuntarse una victoria absoluta haciéndole reconocer, que por supuesto, aspiraba a arrebatarle el Trono de Ébano. Por una extraña suerte, pensaba Tabalt, había conseguido controlarse sin caer en la trampa de la provocación, y eso sin considerar, que también estuvo a punto de hundirse bajo la tentación de la carne, algo que le perturbaba aún más. Tras unos minutos consiguió serenarse un tanto y ver el asunto con suficiente claridad: todavía era demasiado pronto como para mostrar sus cartas, aún demasiado débil para su siguiente movimiento.

Había dejado de llover y las nubes estaban en franca retirada. El joven pensó que si no fuese porque él habría percibido mágicamente la infracción a la ley, según la cual se prohibía conjurar hechizos meteorológicos de tercer grado sobre la ciudad y sobre la cordillera en forma de anillo que rodea Luz, cabría pensar que algún

arcano se hallaba manipulando el cielo, de tan extraña que resultaba la mañana. Con el tiempo más aplacado que él, decidió hacer una visita a la Escuela Norte.

Una sombra se puso en marcha tras el joven a una distancia prudencial.

El arcano anduvo con parsimonia. Buscaba un estado de ánimo relajado; forzó su respiración, se concentró en sentir el ligero viento, los rayos cruzados de las dos estrellas diurnas, las piedrecitas que despuntaban del suelo y se le clavaban bajo sus sandalias. Al llegar a la escuela de magia, era plenamente dueño de sí.

La Escuela Norte presentaba el mismo aspecto desolador que de costumbre. Como toda escuela de magia en Arcania, consistía en un amplio rombo al aire libre, delimitado por un suelo de baldosas marmóreas blancas. Sin embargo en este caso la dejadez era notoria, y existían numerosas losas deslucidas o quebradas, que dejaban crecer entre los huecos y los agujeros malas hierbas que ensombrecían la academia. A esto había que sumarle la escasez crónica de alumnos, pues casi todos los padres decidían educar a sus hijos en la Escuela Sur, dominada en su mayoría por magas, en contraste con la mayoría de magos de la Norte.

La opinión dominante marcaba que la Escuela Sur obtenía resultados más notorios y prácticos. Allí se ceñían en exclusividad a la magia de elementos, y la mayoría de los padres elegían pagar una fortuna por una educación exitosa, a tener que escuchar en labios de sus hijos, los discursos fatuos de los maestros de la Escuela Norte. Tampoco ayudaba a frenar el descrédito de estos el uso de métodos puestos en entredicho desde hacía centurias.

Y en esta decadente escuela era precisamente donde impartía clases el que fuera preceptor de Tabalt, acusado por algunos arcanos, de lo mismo que el resto de sus colegas de academia, es decir, de impartir bagatelas y de usar métodos desfasados. El joven por su parte, no disentía en exceso con respecto a la opinión generalizada sobre la academia, pero no lo estaba en lo concerniente a su tutor, Diometres el Matemático.

Ya en el Rombo, Tabalt atravesó las distintas zonas en las que se subdividía el espacio, y donde se distribuían los distintos maestros. Cabía decir que a pesar de lo desapacible que se había levantado el ciclo, algunos preceptores como Arion, Arsen o Raisso, contaban con hasta tres y cuatro pupilos, a quienes inculcaban magia de sumisión y adivinatoria. Los maestros que por su parte no tenían ningún discípulo, se paseaban por sus zonas con sus togas ajadas, y lucían miradas furtivas y furibundas para con sus compañeros, y para con alguno de los pupilos, pues resultaba habitual entre estos últimos, pasarse de unos maestros a otros en la búsqueda de algún resultado tangible.

Tabalt encontró a Diometres y para la mayor de sus sorpresas, este, situado al final del Rombo desde donde cabía apreciarse el Foso Abismal que constituye la mayor defensa de Luz, se encontraba en pleno discurso y no haciendo solitarios cálculos. Su antiguo maestro tenía un discípulo. Se trataba de un niño de unos siete años, la edad mínima para empezar con la primera enseñanza mágica. Llevaba el pelo más allá de los hombros, desacostumbradamente largo para los cánones de Arcania, tenía una marcada nariz aguileña, unas orejas demasiado grandes para su rostro, y vestía pobremente con una túnica parda deshilachada. Se quedó mirando al joven mago en cuanto se apercibió de su presencia, desde unos aviesos ojos azules, con aire retador.

—No será este, maestro —dijo el niño con aplomo y un discurso impropio a su edad, sin apartar la vista del recién llegado—, de quien me habla en ocasiones como el mejor y al tiempo, el peor pupilo que tuvo nunca. Sinceramente, a simple vista tan solo parece el peor.

Y mientras Tabalt ponía los ojos como platos y pensaba que en este ciclo le vencían nuevamente en insolencia, una de sus especialidades, Diometres, desde una amplia sonrisa desdentada, le dijo:

—Daos prisa en cumplir vuestro destino, mi querido Tabalt, pues este niño es más precoz y deslenguado que vos, pero también más aplicado, más atento, y menos rebelde, y temo que os arrebate aquello que los dioses os hayan reservado.

Tabalt adoptó entonces un tono amenazador mientras conjuraba un hálito de oscuridad que envolvió al niño bajo una mirada ominosa, y contestó:

—Gracias tutor por vuestra advertencia, cuando adquiera el poder al que aspiro, cuando mi gloria eclipse a Lucero y a Vespertina, buscaré a vuestro excelente pupilo, y tendrá entonces que repetirme eso de que solo advierte en mí lo peor. Hasta entonces —y disipó en ese instante el hálito mostrando a su vez su sonrisa perfecta— me ofrezco a ser su fiel y humilde servidor, y a enseñarle aquellas tristes artes de las que dispongo.

Y sin darle al niño derecho a réplica, que aún salía del sobrecogimiento del hechizo que le había calado los huesos, Tabalt le removió el pelo con la mano con toda la intención de hacerle rabiarse, abrazando acto seguido al maestro.

Cuando las presentaciones estuvieron hechas, el niño era un huérfano llamado Dymi que no tenía donde caerse muerto, y que había sido recogido por Diometres, sin duda el arcano con menos recursos materiales de todo el reino, decidieron marcharse del Rombo, llegar hasta el cercano Foso, y dar allí una pequeña lección teórica de repaso.

Algunos ciudadanos y unos pocos centinelas que custodiaban el puente móvil norte, vinieron a cruzarse con aquellas tres figuras tan dispares. Llegaron pronto a la desembocadura del brazo superior del río Venal, al borde del Foso que corría paralelo todo el largo de los lados limítrofes triangulares de Luz. El Foso contaba con una anchura de diez metros y una profundidad insondable, que hacía perder, en un ligero rumor, el caudal del Venal que caía al abismo, así como la esperanza de todo enemigo de tomar aquella ciudad en apariencia inexpugnable. Aunque también era cierto, que en sus cerca de ocho centurias de historia, nadie había puesto a prueba tan magnánima obra de defensa e ingeniería.

Una vez que Diometres, Tabalt y Dymi, se apostaron al borde del Foso protegido exclusivamente por una ligera baranda, el maestro, mesándose su barba pelirroja y descuidada, retomó la clase.

— Veamos mocosos, recuérdale al mocosos mayor los tipos de magia y sus grados.

— La magia — comenzó a recitar inmediatamente el niño con una voz modulada y segura de nuevo impropia a su edad — presenta múltiples clasificaciones dependiendo de la corriente que se siga. Yo, seguiré una variante ecléctica y clásica para hacer una descripción sucinta de sus tipos, y por huir de favoritismos. Así y tras señalar un segundo criterio taxonómico de orden alfabético, recordaré a su antiguo pupilo, por si acaso lo olvidó, que la magia se clasifica en; adivinatoria, elemental, gnoscente y de sumisión.

»De la primera no entraré en las múltiples discusiones que se plantean al respecto sobre su existencia real, ni en las consecuencias ontológicas de una y otra posibilidad, pero sí advertiré que la mayoría de magos rechaza realizar este tipo de artes, aunque precisamente en nuestra Escuela Norte, ha estado históricamente muy arraigado, factor principal para muchos de su decadencia.

»De la magia elemental señalaré que se basa en el dominio de los que para algunos son los principios regidores no ya de Karak, sino de todo el universo: aire, tierra, fuego, agua.

»La gnoscente será aquella que pretende el conocimiento por el conocimiento, que busca el porqué de las cosas, que anhela encontrar la causa primera de todo, la esencia, y que para hacerlo se sirve de leyes, principios y conceptualizaciones fisicomatemáticas. Añadir que tiende a carecer de pragmatidad al menos en su base teórica, que por ello suele ser rechazada, y que por supuesto, su máximo exponente es el gran Diometres.

»Finalmente la magia de sumisión se fundamenta en el control de un sujeto por parte de otro, entendiéndolo en un sentido laxo, es decir, que se puede dar un dominio del corazón, de su conciencia, de su voluntad, o una mezcla de varios, o incluso de todos.

»En cuanto a los grados de la magia señalaré en primer lugar, que no presentan tantos problemas clasificatorios, pero sí alguno en la delimitación de donde acaba uno y comienza el siguiente. En cualquier caso, Arcania usa históricamente los criterios de intensidad y

complejidad para tal clasificación. Así tenemos magia de primer orden para lo más sencillo, de segundo para magia ya bien elaborada, y de tercer orden para hechizos y conjuros complejos e intensos que requieren de un verdadero maestro, para resultar efectivos, así como para que no se descontrolen o se vuelvan contra su ejecutor.

Tras el largo discurso el niño calló y dio por terminadas sus explicaciones. Miró entonces a Diometres, quien se acariciaba su incipiente calva. Dymi buscaba la aprobación del maestro y este no se la negó al reconocerle su brillantez con un gesto de cabeza. El silencio lo rompería Tabalt, quien felicitó al orador remarcando que para un niño de siete años, no estaba nada mal su capacidad teórica. Acto seguido le puso a prueba al preguntarle por el modo de realización de la magia.

—Nada más fácil de contestar —empezó a decir el resabiado niño—, la magia es posible gracias al método, como es evidente. Y este método consiste en el lenguaje mágico, conformado por palabra, tono y gesto. El método mágico no es sino un lenguaje conectivo, un puente entre el sujeto que ejecuta, y el objeto que padece. Debo señalar también siguiendo una pura y sencilla lógica, que cuanto más se conozca y más se profundice en el lenguaje mágico y en las combinaciones que se terminan volcando en el hechizo o conjuro, más se conecta con el objeto, sea este elemento, ser vivo, conocimiento puro, o materia inerte, y más posibilidades por tanto de uso o manipulación se producen.

—Sinceramente tutor —dijo Tabalt con una clara sonrisa— empiezo a creer en su advertencia, y ya me preocupo por mi futura gloria, alegrándome de la diferencia de edad y de que a su prometedor pupilo, futuro maestro sin duda, aún le quede un tiempo hasta que pueda iniciarse en los primeros aspectos prácticos de la magia.

Y para sorpresa del joven, fue el niño quien habló tras sus palabras.

—Espero para entonces no perderme en vanos caminos de investigación... como le ha ocurrido al prometedor Tabalt.

Tales palabras provocaron que la sonrisa de Tabalt se borrara de golpe. Se dirigió primero con un tono tenso a Diometres, y luego con animadversión al niño.

— Mi querido maestro, nunca podré reprocharos nada y os estaré eternamente agradecido por todo lo que me ha enseñado, pero tal vez debería reconsiderar cuanto debe hablar delante de un crío que anda lejos aún de llegar a su primera década de vida.

»En cuanto a ti, mocoso, espero que no ofrezcas siempre tan a la ligera tus opiniones ni tus insolencias, pues debes saber que para llegar simplemente a mi edad, además de talento y suerte, necesitarás prudencia.

»Pero dime de todos modos — Tabalt conjuró rápidamente bajo una letanía, un murmullo, y unos rápidos movimientos de dedos, una pequeña bola mágica de agua, encima de la palma de su mano izquierda, que presentaba una extraña tonalidad amarilla y un ligero zumbido constante —, si lo que ves aquí te parece un ejemplo de mi camino vano, y si es así, atrévete simplemente a tocar esta esferita.

Durante unos segundos el niño quedó paralizado, pero finalmente y para sorpresa de Tabalt, el orgullo del pequeño pesó más que su miedo, y tuvo que ser el maestro quien retirara los dedos de Dymi de la bola mágica, cuando el niño estaba a punto de tocarla.

— Ya es suficiente, Tabalt — dijo Diometres cargado de severidad —. Vemos que vuestro método no es vano, y que conjuráis con extrema rapidez agua que quema y fuego que moja. Magia tan interesante como tal vez innecesaria, pero atended ahora si alguna vez, aprendiste algo de mí; cuidaos de ciertas prácticas y recordad que forzar el método supone una gran liberación de energía, cuyas consecuencias pueden ser terribles. Y ahora, si os parece bien, quisiera continuar con mis humildes lecciones, y salvo que os apetezca asistir a una sencilla clase de cálculo, os pediría, joven maestro, que nos dejarais a solas a mí y a mi pupilo.

— Está bien tutor — contestó el joven sin manifestar enojo y con la bola mágica dominada sobre la palma de su mano —, me marchó ya,

pero no porque no me apetezca recordar una de sus clases, que serán siempre para mí momentos inolvidables y felices, y sin cuyas enseñanzas bien poco podría haber conseguido. «Sin cálculo no hay nada», me decía vos a menudo en el Rombo, y aunque entonces albergara mis dudas, bien sé hoy, de la certeza de tales palabras.

Tabalt movió entonces la bola con un gesto de mano hasta la mitad de la anchura del Foso, y la dejó caer en las profundidades del abismo, que se fue iluminando al paso de la esfera. Acto seguido se despidió de su maestro y del niño, a este removiéndole nuevamente el pelo, y a aquel, con un abrazo que intentó ser efusivo, pero que resultó más bien frío.

El joven mago pensó mientras caminaba que el reencuentro con su maestro Diometres, a quien llevaba meses sin ver, le había dejado un sabor agrídulce. A lo largo del ciclo su ánimo había sido zaran-deado en direcciones que no esperaba, y se imaginó una noche larga en la que tendría mucho trabajo por relatar en su pormenorizado diario. No se equivocó, máxime si tenemos en cuenta que antes de hacerlo, le sucederían otros intensos encuentros.

Tras despedirse de su maestro a orillas del Foso, Tabalt decidió atravesar buena parte de la ciudad para visitar a su consejero Thomar. Este vivía al suroeste, más allá del mercado de la ciudad, cerca del tercer brazo del río, en una casa llena de luz, de techos altos, acristalada al estilo de las viviendas de Sacerdocia, y en oposición a las de Arcania. En el Reino se preferían las casas de piedra y se rechazaba el uso del cristal, debido a las inestabilidades que este podía provocar en algunas ocasiones durante la conjura de hechizos.

Durante el trayecto, la sombra que seguía los pasos del joven, se mantuvo a distancia.

Thomar era sin duda uno de los personajes más atípicos de Luz. Destacaba por el contraste de comportamiento con respecto al resto de arcanos, por su extraño pasado, y por su todavía más extraño presente. Thomar el Negro, llamado así por el color de su piel ya que su madre procedía de la región más al este de Arcania, pegada a las costas del Mar Durmiente y habitada por los llamados arcanos negros,

contaba con poco más de cinco décadas. De esas cinco décadas cerca de tres las había pasado en Sacerdocia, de donde había adoptado sus costumbres y su fe, algo ya de por sí poco habitual para un arcano, pero prácticamente inconcebible si se tenía en cuenta que hacía casi dos, había regresado de Sacerdocia para establecerse en Luz. Desde aquel momento, Thomar no había vuelto a cruzar el Estrecho de la Encrucijada, pero tampoco había cejado en su fe isleña.

Lo cierto es que son muy pocos los arcanos que alimentan la fe de Sacerdocia, pues raramente los magos deciden cambiar el monoteísmo benévolo de la diosa Danadanial, sus costumbres morales laxas, y una vida llevadera, por el Dios Padre de la isla, celoso, estricto, y lleno de sacrificios. Y en aquellos casos donde se da el paso, será para no abandonar el gran claustro que representa Sacerdocia en sí misma, salvo que se realicen viajes de peregrinación o captación de fieles.

Sin embargo, el patrón anterior lo había hecho saltar Thomar por todas partes. Se decía sin saber con certeza, que este semisacerdocio, semiarcano, había nacido en la isla, después de que su madre, embarazada de un novicio sacerdocio en peregrinación por la costa este de Arcania, decidiera convertirse a la fe isleña y cruzara el Estrecho. Pero lo verdaderamente extraño de su historia llegó cuando a sus tres décadas, Thomar decidió abandonar Onar, la capital de Sacerdocia, y establecerse en Luz con un niño traído bajo el brazo que no era otro que Tabalt.

De esto hacía diecisiete largos años, y si entonces se le dejó establecerse en la capital de Arcania, fue porque Thomar aceptó unas estrictas condiciones donde destacaba la prohibición de intentar convertir a su fe, a ningún arcano. Algo que para sorpresa de todos había cumplido con verdadero celo, hasta el punto de que el propio Tabalt parecía no profesar la fe isleña, pues entre otros detalles, resultó educado en la magia por uno de los maestros más heterodoxos de todo el reino, Diometres el Matemático.

En resumidas cuentas, poco se sabía en Luz de Thomar el Negro, pero menos aún de Tabalt, y a pesar del tiempo transcurrido, ni siquiera quedaba claro si aquel era el padre de este, y aunque algunas

lenguas decían que sí, el contraste de sus pieles gritaba que no. Y por supuesto, todo ello ponía nerviosa a Aglaia. Pero volvamos a las calles de Luz.

El largo camino transcurrió bajo un cielo despejado, aunque con una ventisca que resultó agradable a Tabalt, a quien le gustaba caminar por permitirle concentrarse o despejarse según necesitara. Finalmente llegó a la entrada sin puerta de la casa de Thomar. Desde el atrio se podía contemplar al sacerdocio rezando en el centro de la única habitación techada de la casa. Quedaba sentado, con las piernas cruzadas y con las manos tocando el suelo con el dorso. Al percibir la presencia de su ahijado se levantó con agilidad, se sacudió el manto y la túnica blanca que vestía, y se encaminó hacia el joven. Se abrazaron.

—¿Qué nuevas vienes a contarme hijo mío? Tus ojos me dicen que llevas un largo ciclo a cuestas.

—¡Qué lejos ven tus ojos, consejero, qué difícil resulta ocultaros nada... y qué cálido es siempre vuestro recibimiento! Me alegra saber que al menos aquí soy bienvenido, y que recibiré sabios consejos.

—¿Cómo no iba a recibir con calidez al hijo del destino? —añadió Thomar, mientras mostraba a Tabalt con el brazo, que salieran al jardín.

—Puede que sea tal cosa —replicó Tabalt ya en el hermoso jardín plagado de manzanos; más allá de los frutales se dejaba entrever el Foso— pero hay ciclos que no lo tengo tan claro, y desde luego, hay otros en los que me gustaría poder desenmascaramme y acelerar los acontecimientos para que suceda lo que tenga que suceder, sea la gloria o la miseria, pero ya.

El joven estiró la mano hasta coger una manzana roja del árbol, y tras darle un bocado, volvió a hablar:

—Hoy Aglaia siguió poniendo a parte del Consejo en contra mía, en esta ocasión a la ministra de guerra, y lo que es bastante peor, estuvo a punto de hacerme reconocer que pretendo el trono. Y desde luego, al paso que va conseguirá juzgarme como traidor apartándome de toda posibilidad en la Elección, saliera limpio o no del juicio.

—Os he dicho siempre, hijo mío, que no la subestimarais, que no reina desde hace un cuarto de siglo solo por su belleza y engaños, y cuando os propuso como uno de los cinco Consejeros, realizó una gran maniobra. Aceptar os comprometía a no ser candidato para la próxima Elección, y alargaba la ausencia de la misma por falta de candidatos; rechazar el cargo, le daba a Aglaia la convicción de vuestras pretensiones y demasiado tiempo para quitaros de en medio. Hicisteis lo correcto y aunque estéis en su telaraña, aún no os ha comido, aún podéis escapar de ella y enredarla vos en la vuestra. Paciencia, fe, e ingenio.

»De momento dejad que la reina se consuma en la duda, que lea vuestra mente hasta donde vos le dejéis, manteneos fiel, informadla puntualmente de los movimientos de Reika, y planteaos si debéis o no, ceder a alguno de sus caprichos.

—Vaya —dijo Tabalt con sorpresa atragantándose con la manzana— no esperaba vuestro último consejo, Thomar el Negro, Thomar el Casto.

—No debería extrañaros tanto, yo solo os he inculcado la obediencia a vuestro destino, el modo en que lo alcancéis, será secundario. Además, ya habéis demostrado en alguna ocasión que mis consejos no os son sagrados, como demostrasteis ya tan de pequeño, cuando os convertisteis en contra de mi opinión en pupilo de Diometres.

—Sabed, mi querido Thomar —dijo Tabalt haciendo desaparecer el centro y las semillas de la manzana, para hacerlas materializarse cientos de metros más adelante, sobre el Foso, donde se perdieron en la caída abismal— que soy quien soy, por vos y vuestra protección, tanto como por mi nacimiento. Y que la libertad que me dejasteis en mis rebeldías no deben pesaros, sino más bien al contrario, pues por un lado nos ocultaron desconcertando a los ojos más desconfiados y peligrosos, y por otro, me pusieron en la senda correcta.

»Y ahora, mi consejero, creo que debo volver a la Magna Biblioteca, pues cada vez estoy más cerca de comprender y dominar el método que elaboro... cada vez estoy más cerca de alcanzar la esencia de la magia. Y cuando alcance el Cetro de Arcania, el trono de Ébano,

cuando unifique Karak, impondré por fin un reino de sabiduría y de justicia como nunca antes se había imaginado.

—Y de fe, hijo mío, espero que también de fe. Pero aún os queda mucho camino por recorrer y espero que en el trayecto, no os abandone el beneplácito de El Único. Mientras tanto, tampoco olvidéis a nadie de quien hizo posible vuestro pasado, vuestro presente y vuestro futuro.

—Y no lo hago —dijo algo irritado Tabalt por el tono que acababa de emplear Thomar.

—Vuestra madre no debe pensar lo mismo si atendemos al tiempo que lleváis sin verla —Thomar no abandonó su tono sosegado y de consejo.

—Mi madre... —Tabalt decidió callar lo que pensaba decir. Abrazó a su consejero, a quien el joven sacaba más de una cabeza de altura, le prometió que haría la visita sin falta, dijo que seguiría sus consejos con respecto a Aglaia, y se marchó camino del Barrio del Sur, para hacer caso al reproche de Thomar.

El ciclo continuaba con sus vaivenes y de nuevo las nubes se adueñaron del cielo cuando Tabalt, camino de la casa de su madre, anduvo junto a la bulliciosa Escuela del Sur. No pasó entonces desapercibido para los numerosos pupilos ni para las preceptoras, que como ya se señalara, eran amplia mayoría en este Rombo.

Como una fulgurante mecha se fueron transmitiendo de boca en boca, y de oreja a oreja, numerosas habladurías de los y las pupilas, al paso del joven, desde las esplendorosas baldosas de mármol de la Escuela: «Mirad, Tabalt el Hermoso»; «¿Sabéis que se ha convertido en el Consejero Real más joven de la Historia de Arcania?»; «Se rumorea que domina los elementos mejor que nuestras maestras»; «Yo lo que he oído en cambio es que tiene un perfecto dominio de la sumisión»; «Pero qué decís, seguro que son todo mentiras y exageraciones»; «Yo no lo creo, pero no puedo comprobarlo porque mi padre no me deja ser discípulo de Diometres el Matemático, si no, no estaría aquí sino en la Escuela del Norte»; «Pero por Danadanial y su cayado, dejad ya de cuchichear...»; «Diometres no tiene nada

que ver, Tabalt el Lector es autodidacta y pasa su vida en la Biblioteca»; «Va, qué queréis que os diga, yo prefiero nuestra vida relajada a la suya de sacrificio»; «Pero qué dices...». Y el joven mago se alejó de la Escuela sin querer prestar mayor atención a los rumores que los alumnos vertían sobre él, y que pudo escuchar perfectamente gracias a un conjuro de amplificación de sonido tan simple como ingenioso, desconocido para arcanos.

La sombra no andaba lejos.

Durante unos minutos ya de molesta ventisca, Tabalt reflexionó sobre si le halagaban o le repugnaban exhibiciones de popularidad como la que acababa de producirse, y no sacó nada en claro puesto que aunque nunca había buscado la adulación, y su principal arma para evitar este punto había sido el desprecio, sin embargo notaba cómo en los últimos meses, poco a poco caía bajo el embrujo de los constantes halagos por ser tenido como el mago con más talento que se recordaba.

Tanto talento, que los arcanos pensaban en su mayoría que la reina Aglaia le había hecho Consejero Real por eso mismo, a pesar de su juventud, y aunque para ello tuviera que haber destituido al honorable y poderoso Taros. Pero a muchos tampoco se les escapaba el hecho de que el referente más cercano que aunara juventud, belleza y poder, era la propia reina, y estos se preguntaban en qué derivaría la superposición de ambos poderes.

Finalmente Tabalt llegó al empedrado y resguardado Barrio del Sur. Tras andar por callejones y recovecos que le introdujeron en una zona humilde, llegó a la casa de su madre. Para entonces, Vespertina se había apoderado del firmamento desbancando a un cansado Lucero.

Tabalt llamó a una puerta de madera desconchada y ajada usando el herrumbroso aldabón. Esperó. Tras dos largos minutos por fin apareció en el umbral una anciana gastada en años. Con un candil en la mano le dio la bienvenida y le invitó a entrar tras reconocerle.

—Su madre no le esperaba, joven —dijo la anciana con voz temblorosa.

— Mi madre nunca lo ha hecho — contestó Tabalt sin poder reprimir el reproche.

El joven siguió a la criada por un pasillo en penumbra de una casa tan grande como ruinoso, y tras este desembocaron en un salón algo mejor iluminado, donde destacaba un sillón en el que se sentaba una mujer, dominada por una quietud pavorosa. Su aspecto combinaba demasiado bien con el resto de la casa, pues a pesar de no contar con demasiados años, no conservaba ni un ápice de una juventud y de una hermosura que antaño fueron renombradas.

— Hola madre — dijo mohíno Tabalt, y elaboró un discurso que no carecía de sorna, ni de tristeza — . ¡Cuánto me aflige venir a veros! Pues he oído tantas veces de vuestra antigua vitalidad y de vuestra hermosura, que aún sueño con que un ciclo os levantéis de esa pesada silla y me habléis, y me abracéis, y me beséis, y me digáis, ¡oh hijo mío, perdona a tu vieja y muda madre! A partir de ahora volveré a ser la princesa Alysia, la madre que siempre debí ser y que nunca he sido. Y entonces me pensaré si perdonaros o no, y yo, Tabalt, rey de Arcania, rey de Karak, finalmente diré ¡Sí! Y algo mejor que las promesas del destino, se habrá cumplido.

Sin embargo la respuesta de la princesa Alysia no llegó, no supo mover los párpados, siguió sentada en la silla, su pelo blanco y ralo no recuperó su antiguo brillo ni color, sus profundas arrugas no se estiraron, su voz permaneció muda, su cuerpo inerte, su corazón, latiendo pero sin sentir.

— He venido madre — continuó el joven — , para comunicaros que vuestra hija ya es reina, que Reika se ha dado más prisa que yo en satisfacer vuestro deseo. Pero debéis tener un poco de paciencia para que yo también cumpla con mi papel ¡Qué pena que dos hijos vivos y elegidos para la gloria no os bastara, qué pena que el agujero del corazón de un hijo muerto que ni siquiera llegó a tener nombre os tumbara, qué pena que no supierais aceptar el sacrificio que se necesitaba!

Y tras retener una lágrima que estuvo cerca de escapársele, recobró el tono firme y seguro con el que había empezado la mañana, y dijo a su madre:

—Princesa Alysia, siempre olvido el provecho que me infunde el venir a veros, y es que vuestra enseñanza es la de mayor valor para mí: «¡Huye de la debilidad!». Parecieras gritarme cada vez que miro vuestros ojos inexpresivos. Gracias por volvérmelo a recordar en estos momentos de incertidumbre.

Tabalt, sin decir nada más, permaneció por unas horas junto al cuerpo vivo pero inerte de su madre, sin apenas moverse tampoco, hasta que como un muelle se incorporó de golpe, besó a su madre sonoramente en las mejillas, y se marchó sin pedir la guía de la criada, que ya se sentía incómoda por la presencia de un hijo tan atípico, para una madre tan castigada por el dolor.

Afuera volvía a llover con intensidad. La noche pronto comenzaría su reinado. Tabalt pensó por un momento que desde hacía muchas horas tan solo se había comido una manzana. Decidió mojarse cuanto fuese necesario. Eligió la ruta de los callejones oscuros y solitarios de una parte del Barrio Sur, y pensó en regresar a la Biblioteca. Pero lo haría tras solventar la cuenta pendiente que aún le quedaba.

El joven musitó unas palabras y su contorno se fundió con la oscuridad del callejón. Esperó en absoluta quietud, pero sobre el empedrado sonaron pasos que parecían alejarse poco a poco. No tardó en aparecer la sombra que al pasar junto al invisible Tabalt, quedó paralizada. Instantes después, la sombra y el joven se hacían visibles.

La sombra que dejó de serlo resultó ser un agente espía, y cayó de rodillas bajo la fuerza y el efecto que le produjo la mano de Tabalt sujetándole la parte posterior de la cabeza. El espía no tardó en revelar mentalmente toda la actividad de sus últimas horas. Le había estado siguiendo desde que saliera del Palacio y trabajaba para las órdenes de Evadne.

Bajo la lluvia, Tabalt decidió trabajar la mente de aquel desgraciado borrándole tan solo este encuentro y el de la visita a casa de su madre. Muy pocos en Arcania sabían que el joven mago era el hijo de la otrora esplendorosa princesa Alysia, quien tras una misteriosa

desaparición, había regresado meses más tarde, pero encamada y con una profunda catalepsia de la que nunca se había recuperado. De esto hacía más de dos décadas. Thomar, que fue quien trajo a Luz al hijo de la princesa siete años más tarde del triste regreso de esta, nunca había estimado oportuno descubrir públicamente los lazos entre madre e hijo, y Tabalt, cuando tuvo oportunidad de opinar, siguió la misma línea. Hasta la fecha, mejores espías que el que quedaba ahora a sus pies, le habían seguido y habían intentado descubrir sus misterios. Pero tenía claro que si agentes de Aglaia y de Taros no habían resuelto nada, tampoco lo haría este de la ministra Evadne. Tabalt no tenía ninguna intención de que se pudiera tirar del hilo más de la cuenta, y se llegara hasta Sacerdocia y hasta la Profecía, antes de tiempo.

Cuando en la cabeza del espía no quedó ni rastro de lo que le interesaba a Tabalt, el mago soltó su mano y se encaminó a la Magna Biblioteca por calles bien iluminadas, transitadas, y que se llenaron de murmullos a su paso.

El espía pronto recobró su sentido y continuó su trabajo sin ser consciente de lo que le había pasado. Cuando informó a Evadne del recorrido que hiciera el joven y de todos sus movimientos, se guardó con dificultad su opinión de que merecía mayor recompensa que unas simples monedas, por haber conseguido burlar totalmente las defensas del que muchos decían, ser el mago más prometedor de toda Arcania.

CAPÍTULO VIII: SACERDOCIA

El sacerdocio Macondus, a la postre primer Sumo Guardián de la Fe, impuso finalmente su criterio en el tercer Concilio celebrado en el 325 de Nuestra Era. Helo aquí: la palabra del Padre, constituida en El Libro de la Ley, no puede estar al alcance de cualquier profano, y ni siquiera de unos pocos doctos sacerdocios, sino tan solo de aquel a quien el Padre elija como mano carnal. Es decir, la palabra del Padre solo puede ser comunicada al Sumo Guardián de la Fe, quien custodiará El Libro de la Ley, con su vida y espíritu. Toda otra posibilidad, se acordó en ese tercer Concilio, terminaría por pervertir la palabra de Dios, daría lugar a espúrias interpretaciones, nos alejaría, al poco, de Él.

Texto introductorio al V Concilio, celebrado en el 525 de Nuestra Era.

El mar se volvía más azul según la embarcación se acercaba a la costa. Heriho, erguido sobre la barca con sus robustos brazos cruzados, clavó su mirada en la sagrada ciudad de Onar, cuyos templos se recortaban en el horizonte.

El barquero no necesitó atracar en la orilla. El sacerdocio, sin miramiento alguno por su túnica negra, saltó al agua en cuanto calculó que esta no le rebasaría las rodillas. El barquero, ya sin el tripulante, dio media vuelta sin dificultad y remó de vuelta al Puerto de la Encrucijada. Heriho se quedó solo.

Al llegar a la playa de fina arena besada con suavidad por las olas del Mar Durmiente, el consejero se clavó de rodillas y comenzó a rezar al Padre, agradecido por habersele otorgado el don de regresar a tierra sagrada. Pensó, escribiría más tarde en sus diarios, que diecisiete años eran demasiados sin volver al hogar.

Miró la posición de las estrellas diurnas y comprobó que aún le quedaba tiempo para el reencuentro con Thomar, su antiguo amigo y condiscípulo, y con el Sumo Guardián de la Fe, máxima autoridad de Sacerdocia, a pesar de que muchos señalaran a Agrustin como la primera voz de la isla. Continuó arrodillado y evocó alguno de sus recuerdos infantiles. También pidió al Padre para que no tardara en cumplir sus designios, ni en derramar su gracia por todo Karak. Con sus manos apretó fuerte la arena mojada cuando sus peticiones se concretaron bajo el reinado de su protegida Reika, por quien pidió perdón, a causa de alguna de sus impiedades.

Dos horas más tarde, Thomar el Negro y Heriho el Fervoroso, se abrazaban con cierta frialdad en un reencuentro no demasiado emotivo. El Sumo Guardián no quiso darle mayor importancia entre otras cosas porque una preocupación acuciante le robaba casi toda su atención. Decidió que las palabras importantes fueran dichas en el Templo Octogonal, en torno a la pila de basalto donde hacía veinticuatro años había comenzado a gestarse la voluntad del Padre, sancionada con el Sacrificio. Ninguno de los tres sacerdocios habló mientras atravesaban las calles empedradas de pizarra de Onar.

Fue Heriho quien, una vez habían entrado en el Templo de mármol negro, comenzó a dar su informe sobre la reina Reika al Sumo Guardián:

—La elegida, como bien sabe, no solo ha conseguido ceñirse la corona de Honoria, sino que ya ha comenzado con los preparativos que conducirán a la V Guerra por la que el Padre, impondrá la gracia, la fe, y la paz en todo Karak. Ahora solo falta que su hermano no demore el plan divino.

—No os preocupéis tanto por Tabalt —contestó inmediatamente Thomar el Negro picado en su orgullo— y hacedlo más bien porque

vuestra protegida consiga mantener la cabeza sobre los hombros el tiempo suficiente, algo que como bien sabemos todos, no está claro que pueda lograr.

—¿Cuánto hay de verdad Heriho —terció con voz glacial el Guardián, casi tan alto y robusto como su interpelado, a pesar de la inclinación de la espalda y de los años— en los rumores sobre una posible traición a nuestra reina?

—Los informadores —Heriho se mostró firme— recogen parte de la compleja situación que atraviesa Honoria desde que Reika asumió el poder, pues parte de sus ciudadanos se niegan a admitir a una reina en el trono a pesar de la Ley, y desde luego, no faltan cabezas y brazos que aspiran ilegítimamente a sustituirla, pero esos mismos informadores, participan del prejuicio, son incapaces de analizar correctamente la situación, y desconocen la fortaleza y astucia de Reika, que al cabo es la elegida.

—Esperemos que sea como decís —contestó con deje burlón Thomar, quien no se amedrentó ante la mirada de su antiguo amigo—, para que cuando Tabalt llegue al trono de Arcania tenga rival a la que enfrentarse. Por el momento necesitamos más tiempo, y querer acelerar el proceso no sería nada inteligente por nuestra parte.

—Estaría bien —quiso resarcirse Heriho de las pullas de Thomar— que vuestro protegido se cuidara de indiscreciones peligrosas, como la de pasearse disfrazado de caballero por Honoria, o la de quebrar por medio de la magia cayados de ministros en momentos desde luego nada apropiados.

—Heriho el Fervoroso, por qué no os encargáis vos de la impiedad de vuestra protegida, más que de la astucia del arcano, pues...

—¡Basta de reproches! —interrumpió el Sumo Guardián—. No os hice regresar para ver cómo os peleabais, ni necesito de vuestros informes para estar al tanto de lo que ocurre en Honoria o en Arcania. Os he hecho venir, os traigo hasta el Templo, hasta el altar sagrado, porque he recibido noticias preocupantes.

»El que por un tiempo fue mi secretario, ha vuelto a reaparecer. Tenemos a varios testigos que afirman haber visto en Capitolia, en pleno mercado, a un misterioso anciano que puede concordar con nuestro desaparecido. Y lo que es peor, aseguran que se marchó en compañía de un extraño mercader... joven, del que nada se sabe, pero del que mucho empiezo a sospechar.

—Sumo Guardián —dijeron al unísono los dos consejeros— no estará insinuando...

—De momento no insinúo nada. Pero me preocupa que el viejo no solo no se muriera, como quise creer una vez le soltamos del calabozo para seguirle y perderle, sino que tras años sin dar señales de vida, se dedique de repente a llamar la atención en pleno mercado de Capitolia ¿Por qué? Tal vez porque ha encontrado lo que buscaba, el motivo de nuestras sospechas y de sus obcecados silencios.

El Sumo Guardián calló, pareciera que de repente su espalda se hubiera curvado aún más. Los consejeros no se atrevieron a preguntar lo que les quemaba la garganta, pues temieron la confirmación de unas sospechas nada agradables. El Guardián se alejó de la pila de basalto, narradora de la historia de Karak en sus relieves, y con paso cadencioso se acercó hasta las vidrieras de uno de los lados del Templo Octogonal para ser bañado por una luz azul, una naranja y una verde. Se dio la vuelta para mirar de nuevo a Thomar y a Heriho.

—Pondré a mis mejores espías a trabajar sobre la pista del viejo secretario y del joven mercader. Cuando les encuentren y averigüen todo lo posible, los eliminarán. Si mis temores son ciertos, el Sacrificio no se llevó a cabo correctamente, y la Profecía corre peligro mientras no se ejecute a quien se debe.

Ni Heriho el Fervoroso ni Thomar el Negro se atrevieron a preguntar a quién se había sacrificado entonces. El Guardián regresó de nuevo hasta el altar, esta vez con paso presuroso.

—En el calabozo tenemos a varios testigos que afirman haber contado todo lo que saben sobre lo ocurrido en el mercado de Capitolia,

quiero que desenterréis vuestras viejas destrezas y les interroguéis de nuevo. Empezad por el lloroso esclavista. Luego regresad a vuestros reinos...

Tras unos instantes donde el Sumo Guardián pensó con disgusto que a continuación le tocaría informar de todo aquello a su hermano Agrustin, terminó de hablar:

—Que Reika conserve la corona y continúe con los preparativos de guerra, que Tabalt no se entretenga y alcance pronto el cetro de Arcania... Y que desaparezcan nuestras dudas respecto a los autores del incidente de Capitolia. Esas son mis órdenes, esa es la voluntad del Padre. Él confía en todos nosotros.

CAPÍTULO IX: PARIA

Este Tribunal de la ciudad de Capitolia, tras consultar a los máximos responsables judiciales de la sagrada Onar, la honorable Espada, y la ilustrada Luz, quiere condenar y condena, al acusado Kaethe y a la acusada Gaea.

Tras juicio justo ordenamos que los condenados cumplan la pena, y sufran las siguientes expiaciones:

Morir ahorcados por poner en duda, tanto por escritos como por discursos, la infinita Bondad del Padre.

Ser pasto de los cuervos, y quedar sus cuerpos sin sepultura, por intentar corromper a los espíritus más débiles que escucharon sus corruptos mensajes.

Sus seguidores serán perseguidos e igualmente juzgados, si no renuncian a ideas tan peregrinas y blasfemas, como la de negar la sustancialidad superior de arcanos y honorios, frente a los súbditos parios.

Los descendientes de los acusados, fugados hasta el momento, serán maldecidos hasta la octava generación, si no se arrepienten y reniegan de las ideas de sus progenitores.

Acta del tribunal de Capitolia, en el año 1445 de Nuestra Era.

Llovía con fuerza sobre Paria, con furia sobre Dima, y con indiferencia la recibía Elmer. El joven estaba inmóvil, de pie y al borde del abismo que se precipitaba a escasos metros de la cueva, a la que durante seis años había considerado su hogar, sin saber ahora si seguir haciéndolo.

Tan solo vestía un pantalón oscuro a lazo cruzado en la cintura. El agua resbalaba por su espalda y su pecho desnudos, cubiertos de cicatrices. Los pies se le hundían ligeramente en el barro. Había querido salir a la tormenta para quemar su rabia y sus dudas, pero como le ocurría desde que conociera su origen, terminaba con el cuerpo paralizado. Los pensamientos en cambio le bullían.

Su ojo sano, perdido en el precipicio, permanecía semicerrado para evitar que el agua le cegase. Su pelo negro como el carbón chorreaba. El recuerdo de su conversación con el viejo luchaba por surgir de nuevo pese a la autocensura que trataba de imponerse.

Finalmente perdió la batalla, y la conversación que mantuviera con el anciano en la que descubrió quién era realmente, afloró en su recuerdo una vez más.

Nadie que estuviera vivo conocía su pasado, a nadie le había contado su historia, y sin embargo, aquel viejo que tres ciclos atrás era carne de esclavo, que le había acompañado en un silencioso viaje de regreso a casa, y que hacía un momento había apagado la luz blanca incombustible de las perennes teas, para transformarla en una llama rojiza y natural, le forzaba a narrar su vida y su pasado. Y tendría que hablar delante de esa molesta mujer que se le había acoplado sin él quererlo, y que por si fuera poco, había dado a luz a esa criatura pequeña e incómoda que nunca dejaba de sonreír. Y lo haría, narraría su vida de arriba abajo ante aquella audiencia que tan poco le gustaba, porque el viejo parecía saber demasiado, porque había vuelto a escuchar por segunda vez en su amarga existencia, el nombre de Elmer, y porque prefería la angustia y la incertidumbre de conocer sobre su vida cosas que tal vez no le gustaran, a la indiferencia de no saber.

— Está bien viejo, satisfaré su curiosidad por mi pasado, a cambio de que luego vos cumpla con su parte del trato de una maldita vez, y a su historia, le añada el porqué me llamó Elmer.

Todos se sentaron sobre las pieles curtidas que daban calidez a la cámara.

—Mi padre fue un volatinero y lanzador de cuchillos —el joven distendió su único ojo hasta dejarse llevar a la infancia, mientras que su audiencia, la niña incluida, entró en un silencio absoluto—. El mejor que haya visto jamás.

»El primer recuerdo que tengo es de mi padre, pegándome. Él quería evitar mis temblores cuando entrenábamos su número de lanzarme cuchillos, y no parecía conocer mejor modo para calmar mis nervios. Creo que tenía tres años.

»Crecí bajo los nombres de Andrajoso y de Mierdecilla, y viajé por todo Karak poniendo a prueba el pulso y la puntería de mi padre, que por suerte no se emborrachaba, casi nunca, antes de las funciones. Hubo alguna excepción claro, como se puede ver en mi mano derecha, o mejor, por no verse ahí mi dedo meñique. En otra de esas excepciones, y para regocijo del público en una villa de Paria que reía y anhelaba que perdiera una oreja, o un ojo, o lo que fuese con tal de animar el espectáculo, mi padre me confesó su nombre, algo que nunca me había dicho hasta entonces, al grito alcohólico de: «¡Yo soy Drastan de Cobre, Mierdecilla, dime quién eres tú, tan solo un miserable que me trajiste la ruina! ¡Malditos hijos!». Por suerte para mí en aquella función, y en la mayoría, los pueblerinos se quedaron sin saborear la sangre.

Desde el interior de la cueva cabía apreciar que la noche, moteada por un cielo estrellado, se había adueñado de las lindes de la montaña.

—Pero a pesar de todo quise a mi padre, y estoy seguro de que él, a su manera, también me quiso a mí. Su modo de demostrármelo fue educarme en el difícil arte de sobrevivir. Me enseñó a blandir la espada, sus destrezas... y si en alguna lección se perdió en excesos, en la mayoría de ellas fue buen maestro. Pronto tuve claro que aunque no me hablara nunca de su pasado, él no había sido siempre un saltimbanqui, sino tal vez un soldado, un digno honorio, como me gritó en esa borrachera.

»Tras su muerte visité la ciudad de Cobre, pues mi padre siempre la había evitado en nuestros itinerarios. Pero pude concluir poca cosa,

si acaso que su nombre no decía nada, aunque algunos, los más viejos, creían recordar a un muchacho temerario con el nombre de Drastan, que había abandonado hacía muchos años la ciudad, para seguir a un personaje extraño.

»Otra muestra de que mi padre no había sido siempre un simple volatinero, la encontré en el hecho de que a los siete años, y como atravesado por un fervor inverosímil para alguien de su condición, me enseñó a leer y a escribir, y aunque su método educativo también fue el de que el golpe educa, reconozco que sus enseñanzas me trajeron solo ventajas, sobre todo una vez llegado a Dima.

»Pero no quiero adelantarme, y recordaré las palabras con las que mi padre me animaba sobre los ocho años: « Me tendría que haber librado de ti, Mierdecilla, pero la verdad es que eres bueno llenando las plazas y los mercados, y si aprendes a recitar, el negocio todavía puede ir a mejor, así que estudia y aprende a leer y a escribir». Para entonces yo ya sabía que no se necesitaba de tales artes para cantar y recitar, y con los años he llegado a pensar que era su forma de ser tierno conmigo.

El joven siguió recordando bajo la luz rojiza. Su peculiar audiencia seguía absorbida por lo que escuchaba.

—Y aún me enseñó otras muchas cosas por las que debo estarle agradecido. Me enseñó a desconfiar de todo, a diferenciar entre un simple fanfarrón de un tipo verdaderamente peligroso, a calcular el precio exacto de las cosas, a sobrevivir con un mendrugo de pan, y a orientarme en mitad de una tormenta o perdido en un bosque.

»Sin embargo a los diecisiete años le perdí. Para entonces mi padre y yo, que no me había vuelto a decir su nombre, nos parecíamos mucho. Juntos nos emborrachábamos, juntos nos gastábamos en burdeles y juergas el dinero que sacábamos de las funciones, y juntos sangrábamos en peleas, contra otros o entre nosotros. Él era para mí, Papá, y yo para él, Hijo, y no necesitábamos más para ser extrañamente felices.

»Le perdí, o más bien me lo arrebataron, cerca de aquí, en el Paso Dulce de la Gran Cordillera Central. Llegaban las primeras nieves y abandonábamos las villas del norte de Paria, buscando las prósperas ciudades de Honoria. Entonces nos atacaron por sorpresa.

»Si no hubieran sido tantos, si no nos hubieran prestado atención como de costumbre por no tener apenas nada que robarnos, o si hubieran tenido un poco menos de precaución, quizá mi padre no habría muerto. Cuando el ataque terminó, él yacía moribundo con dos flechas en el pecho, yo había perdido mi ojo, y la mayoría de ellos habían muerto.

»Sé que no conté mal, y de los diez que tomaron parte en el asalto, tres lograron huir cuando las cosas se les habían torcido mucho más de lo que esperaban. También recuerdo perfectamente las últimas palabras de él, de quien me había salvado, de quien entre estertores llegó a decirme: «No soy tu padre... Elmer es tu nombre... lleva siempre mi cayado... ve a la montaña Dima». Y con eso murió en mis brazos.

»Después de enterrar a mi padre —sus últimas palabras no harían que dejara de serlo—, de malcurar mis propias heridas, y de colgar los siete cadáveres de los bandidos, fracasé en mi intento de dar caza a los fugados, y terminé rindiéndome cuando sin rastro alguno, y ante el peligro de morir por frío, por hambre, o a causa de una infección si no me daba descanso, abandoné mi ansia de venganza. Fue entonces cuando marché a la ciudad de Cobre, pero como ya dije allí no logré resolver ninguna de mis dudas. Unos meses más tarde andaba de regreso por el Paso del Este. Rondaba las faldas de la Gran Cordillera, y cuando la necesidad apretaba iba hasta las aldeas cercanas, donde vagabundeaba un poco de comida, donde recibía desprecio, y donde no alzaba la voz.

»Por un año esquivé la idea y me acostumbré a vivir resguardándome del frío en pequeñas grutas, o en abandonadas majadas de pastores. Pero finalmente, cuando se cumplió un año de la muerte de mi padre, me decidí a marchar a Dima. Lo hice a pesar de mis dudas, de mis miedos, y de las historias que había oído, como la de que en la montaña habitaban extraños monstruos.

Marina cayó en la cuenta de que su hija nunca había sido capaz de estar tanto tiempo quieta. La madre le hizo entonces una carantoña a su hija, le dio un tierno beso, y siguió escuchando el relato del joven.

—Lo que encontré fue lo que menos me esperaba, un hogar... a su manera. Y lo hice a pesar de un comienzo difícil, ya que no di con esta cueva hasta pasado un tiempo, y porque al ascender por primera vez sus desfiladeros, me topé de bruces con una manada de lobos. Aún recuerdo cómo el corazón comenzó a latir hasta dolerme, bajo la mirada de la manada, que sin embargo decidió retirarse sin más, como me ha ocurrido desde entonces en numerosas ocasiones.

»Pasé mis primeras semanas en una cueva sin apenas moverme por el miedo a los lobos, bajo la sensación de haber dado un nuevo paso errado en mi vida, tal vez el último. Sin embargo, la arremetida de las nieves y la necesidad de proporcionarme alimentos, me decidió a investigar los pasos, los desfiladeros, las cañadas, las caras, y las galerías de la montaña. Tal vez muriera, pero mejor era morir haciendo algo, que no hacerlo hambriento y congelado como un estúpido cobarde.

»Y en esas exploraciones di con esta cueva del modo más insólito. Resultó que al desembocar del repecho que conduce hasta la terraza que ofrece el abismo a un lado, y la boca de la cueva al otro, solo me encontré con el primero, pues no había boca sino piedra y pared. Sin embargo, sí que existía el llamativo dintel en forma de gran arco labrado con unas runas cuyo significado, a pesar de mis esfuerzos en la biblioteca, aún desconozco. Me acerqué entonces para observarlo lleno de curiosidad, y al hacerlo, la pared se transformó poco a poco con estruendo, y se convirtió en dos hojas de una puerta de piedra que se terminaron por abrir lateralmente, cada una crujiendo hacia un lado, introduciéndose, devorándose dentro de la propia roca de la montaña.

»Tras varios minutos paralizado, me decidí a cruzar el umbral que de la nada había aparecido ante mí. Aún me golpeé para saber si soñaba, y cuando puse un pie en el interior de la cámara, se hizo una luz blanca que disipó la oscuridad y la niebla.

El ojo sano del joven, perdido hasta entonces en los recuerdos, pareció regresar al presente, para clavarse con firmeza en el anciano. Aquel continuó su historia.

—Decenas de incombustibles teas se habían prendido misteriosamente con una llama nívea, y desde entonces no se apagaron ni por un solo instante... hasta que vos hace unos minutos dijerais mi supuesto nombre, y batierais el suelo con el cayado que perteneciera a mi padre, y que me reclamasteis en Capitolia. Y debo reconocer, que el desconcierto ha desatado mi lengua como nunca antes me había ocurrido.

»Podría seguir hablando de mi estancia en la Montaña. De las horas que pasé de estudio en la biblioteca, o aprendiendo magia en una sala extraña de altos techos y puntiagudas estalactitas, o de las veces que recorrí las profundas y misteriosas galerías, o de cómo hace ya más de tres años se truncó mi feliz soledad, por la llegada de esta mujer que por una vez sabe tener quieta a su hija. Pero —el ojo del joven se reconcentró aún con mayor fuerza sobre el anciano— creo que ya es hora de que por mi sinceridad, por comprar vuestra libertad, y por la palabra que me habéis dado, empecéis a contar por qué me llamó Elmer, el mismo nombre que usara mi padre al morir.

»Y doy por descontado, que me aclarará quién es vos, pues nunca conocí a esclavo tan singular, capaz de convertir un bolsillo vacío, en uno lleno de monedas, o un duro látigo, en polvo.

En ese momento, el viejo sonrió, hizo el gesto de mesarse una barba que ya no tenía, y levantó su cayado señalando con la punta a una sorprendida Marina.

—¿Qué haré con vosotras? —dijo entonces—. Este gruñón no para de quejarse de ti y de tu hija, pero no te ofrece la posibilidad de que te marches lejos, ni te lo exige como podría haber hecho. Yo sin embargo, te doy a elegir, ya conoces de él más de lo que deberías, y ahora estás a punto de escuchar si te quedas, más de lo que nunca has imaginado. Si lo haces, debes saber que no seré yo quien tal vez te exija sacrificios, sino la propia montaña a la que quedarás atada y comprometida, de un modo inextricable, con unos nudos que no podrás comprender, y que ya no serás capaz de cortar. Sin embargo, puedo ofrecerte un sueño reparador, o una luz confortable

para que puedas preparar una cena con la que deleitarnos. Hagas lo que hagas, tu hijita estará contigo sin alejarse de tu lado ¿Qué decides?

La muchacha dudó qué hacer, miró con ternura a su hija y le tendió la mano. Damara la cogió entre sus manitas y la madre apretó con fuerza. Le dio un beso, y finalmente le hizo un gesto con el dedo para que siguiera callada. Estaba cansada, muerta de sueño, tenía hambre y algo de miedo tras las palabras del anciano que no había terminado de entender, pero la curiosidad venció. Se acomodó sobre las pieles con su hija en el regazo y Marina habló. Intentó aparentar seguridad:

— La cena y el sueño pueden esperar, lo siento por vuestras barrigas.

— Está bien — dijo el viejo apoyando las dos manos en el cayado —, me gusta que todos hayamos elegido lo que queremos hacer. Parece que ya no me queda otra opción que desvelar alguno de mis secretos a tan peculiar audiencia, y con esto, jovencito, tendrás las respuestas que buscas, aunque ya veremos cómo las tomas.

»Mi nombre, aunque parezca que llevo marcado el de viejo, es Athan, y si a lo largo de tus breves años, has sido llamado mendigo, mercader, volatinero, o mocososo, yo, en mi dilatada vida fui un poco de todo, y en mis últimos tiempos, esclavo, peregrino y secretario. Parece que tenemos en común el hecho de que nuestros nombres nos rehúyan, pues casi nunca soy llamado Athan como tú no eres llamado Elmer. Sea pues una de nuestras tareas, reconquistar nuestros nombres, aunque haya quien se empeñe en negárnoslo.

»Lo repetiré una vez más joven, tu nombre es Elmer, que en la lengua hoy muerta llegada más allá de las aguas del Mar Durmiente, significa redivivo. Dejadme que explique a vuestros rostros confusos que su significado no os pertenece plenamente, pues nunca llegaste a morir.

Las primeras palabras del anciano, llegadas con una cadencia sosegada, helaron a Marina, haciéndole dudar todavía más de su decisión. Aún así, no se levantó y prefirió quedarse sentada abrazando a su hija que no mostraba la menor inquietud. Como el joven y el anciano, ellas

eran envueltas por el juego de sombras que producían las teas ardientes a lo largo de la cámara, en contraste con la oscuridad que se colaba desde el exterior. La madre cerró su abrazo mientras la niña esbozaba una leve sonrisa, y el joven se mostraba impertérrito y serio como una tumba abierta, expectante ante su próxima víctima.

—Pero si aún sigues vivo —continuó el viejo Athan sin elevar el tono ni afilar sus acentos—, me lo debes primeramente a mí, como tu nombre. Pues yo fui quien eligió sacrificar otra sangre en lugar de la tuya, quien te bautizó, y quien te puso en manos de Drastan, al que puedes seguir llamando padre si así lo quieres, aunque no lo fuese, y aunque no cumpliera nada bien su cometido, como descubrirás en breve.

»Lo diré de una vez, eres hijo de príncipes. Nacistes del vientre de una princesa de Arcania tras depositar su fruto un príncipe honorio, como reza la Profecía que te quiso quitar la vida, y que aún te condena y condenará hasta que seas sacrificado, o más bien asesinado, porque a estas alturas ya no estarán para diferencias sutiles. Y es que tu muerte parece designio necesario del Padre, para que uno de tus hermanos, se pueda convertir en rey único de todo Karak.

»¿Sorprendido jovencito? Pues ves asimilando que por tus venas corre sangre profética, ya que si para algunos no supone nada, para otros lo supone todo. Como por ejemplo a tus dos hermanos, que no tardarán en descubrir que no deben enfrentarse solo entre ellos como les había deparado el destino, sino que también les ha salido un borrón en sus predestinados planes a causa de un Sumo Guardián un tanto inepto que no supo acabar con la vida del bebé que debía. Y supongo que cuando se enteren, usarán del peso de su fuerza para acabar con ese borrón. A lo que debemos sumar sin duda, el inepto peligroso mencionado, y el aún más peligroso hermano, que como no acertaron con tu cuello a la primera, sin duda tratarán de corregir su error en cuanto te descubran. Y vaya si te van a descubrir.

»Cierra esa boca y escucha. Seguiré abriendo el círculo de sangre que sobre ti se cernió al venir al mundo, y que sin embargo convertí en espiral.

El joven cerró efectivamente la boca. Se llevó su mano derecha al rostro, y pasó sus dedos por la larga cicatriz de su párpado.

—Al nacer fuiste el último de los trillizos de tus padres, y eso te convirtió en el elegido... para el Sacrificio. Cierto que tuviste mala suerte; la Profecía, el origen de tus progenitores, los astros conjurándose en tu contra por medio de un eclipse, y tú saliendo el último del vientre de tu madre.

»¿Cómo el Sumo Guardián de la Fe y su hermano Agrustin no iban a pensar que el Padre había puesto en marcha la Profecía, y cómo ellos no iban a secundar la voluntad de Dios? El paso era duro pues al fin y al cabo se interponía la sangre de un inocente, pero estaba destinado y una vez hecho, el resto sería esperar a que se cumpliera la vieja Profecía de la Unificación de Karak, por la que todos abrazarían la fe del Padre. Así que ejecutaron todo lo necesario... salvo que el cuchillo segó la vida de un bebé todavía más inocente que tú, y cuya muerte recaerá en mi conciencia hasta el fin de mis ciclos.

En ese momento Athan dejó de hablar, se levantó, y empezó a pasear por la cueva ovalada cargada de penumbra.

Llegó hasta la pared del fondo y posó su mano en la llama rojiza de una de las teas. No tardó en retirarla con un pequeño gesto de dolor mientras decía: «Pocas cosas hay ya que me duelan». Regresó. Le observaron moverse en silencio, en el juego de sombras cambiantes que ofrecía la noche y las llamas de las teas. Se sentó junto a la madre y la hija. Elmer le miraba intentando no dejar traslucir duda o creencia en lo que estaba escuchando, pero algunas muecas inconscientes le traicionaban.

—No pienses Elmer —dijo el anciano clavando sus pequeñas pupilas azules en el joven—, que quiero descargar mi culpa. Tampoco que hemos acabado con esta historia, pues tu corazón, que se remueve bajo ese rostro de piedra que se resquebraja, todavía debe seguir escuchando. Mi culpa seguirá, sí, pero decirlo de una vez relajará mis viejos músculos: el niño que fue sacrificado, el niño que ocupó tu lugar, era el hijo de Drastan.

»Quieres preguntarme y no te atreves, verdad. Bueno, trataré de ayudarte. Las respuestas podrían ser varias, te podría decir que se trataba de necesidad, de política y de paz, de una cuestión de fe y de falta de fe, incluso cabe el castigo, la venganza y hasta la verdad, la mía claro. Pero de momento deberás conformarte con saber que necesitaba un niño que ocupara tu puesto en el ritual, que Sacerdocia no rezuma bebés precisamente, y que no tuve mucho tiempo para prepararlo todo.

»Resultaba que Drastan por esas fechas, infiltrado a mis órdenes en Sacerdocia como sacerdote de la ciudad de Onar, me había confesado que esperaba un niño concebido con una devota de la ciudad. Nunca supo toda la verdad sobre su pecado, y ahora no es el momento de contarlo, pero le hice entender a través de la culpa, que tenía la obligación de entregarme a su hijo. A cambio, le prometí que tú quedarías a su cargo una vez acabara todo, y que él sería el encargado de sacarte de Sacerdocia en el mayor de los secretos.

El anciano seguía con su mirada fija en el joven, y escrutaba cada leve gesto de este.

—Hasta ahí los planes siguieron su buen curso, pero la cosa se desbordó a partir de entonces, y después de lo que contaste jovencito, empiezo a encajar las piezas del puzzle que me faltaban. Drastan sabía cómo y dónde debía producirse cada paso de tu educación, y era consciente de que solo te tendría hasta los siete años, fecha en la que debía llevarte a Dima para que yo me encargara de tu cuidado. Sin embargo, parece que los remordimientos pronto le sumieron en el alcohol, que este ahogó su fe, que sin fe olvidó sus obligaciones, y que sin estas, decidió seguir contigo una vez que cumpliste la edad acordada.

»Yo por mi parte, durante tus primeros años permanecí de secretario ritual en la isla, sabiendo que un movimiento en falso y antes de tiempo, habría podido resultar fatal. Pero cuando iban a cumplirse siete años de la desaparición del devoto sacerdocio Drastan bajo circunstancias no esclarecidas, también desaparecí, haciendo saltar el instinto y las alarmas de Agrustin y del Sumo Guardián.

»Una vez llegué a Dima y comprobé que no estabais, todo se tornó oscuro. Comencé a buscaros por cada rincón de Karak, y aunque pude seguir en varias ocasiones vuestra pista, siempre os escapabais finalmente por resultar falsa, o por la incoherencia, tal vez diseñada entre borrachera y borrachera, que Drastan seguía con su itinerario. Terminé por estrechar el círculo a cambio de una indiscreción que me costó cara. Las preguntas me expusieron y finalmente me apresaron los siervos de Sacerdocia, muy interesados en saber quién era realmente yo, y detrás de quién andaba. Pude haberme defendido y escapado con facilidad, pero eso hubiera sido como gritar que seguías vivo... y otras muchas cosas.

»Desde los calabozos de Onar traté de seguirlos el rastro a través de mis artes, pero ni carceleros ni torturadores me sirvieron de mucho. Tampoco a ellos les sirvió demasiado su arte conmigo, y durante diez años permanecí encerrado, pero sin revelarles nada. El Guardián y su hermano Agrustin cambiaron entonces de estrategia y fingieron apiadarse de un pobre viejo que durante años había sufrido tortura, tal vez sin merecerla. Me soltaron, y sus secuaces empezaron a seguirme de inmediato.

»De nuevo volví a buscaros pero esta vez sin acercarme a Dima, pues no creí que estuvierais en la montaña. Un error más ya que tú por esas fechas te encaminaste hacia aquí. Os busqué hasta moler los pies de mis perseguidores, que supongo no darían crédito a mis fuerzas, y que no sabían qué, ni a quién estaba buscando. Entonces me enteré de la emboscada que narraste, que Drastan estaba muerto y que tú habías quedado malherido. Estuve a punto de olvidarme de todo y regresar aquí, pero finalmente me convencí de que seguías vivo y no me rendí. Como ves, la suerte me era esquivia.

»Harto de perseguir una sombra que además parecía haberse esfumado una vez que vuestra carrera de saltimbanquis se extinguió, decidí aprovechar la oportunidad que se me presentó en la ciudad honoria de Plata. Allí me crucé con el esclavista que conociste, y que pensó que podría sacarme unas buenas monedas convirtiéndome en su mercancía. Me dejé emborrachar, capturar, y meter en una jaula que para mí ya era costumbre. De este modo conseguí desembarazarme

de mis perseguidores, pues no supieron seguirme hasta mi nueva condición de esclavo, y pude viajar por los mercados y ciudades de Karak buscando tu pista. Casi cuatro años fueron precisos para que la pista se cruzara delante de mí, en Capitolia, cuando mi esperanza estaba marchita.

»Así que ya sabes quién eres y algo de quién soy yo, si bien todavía queda mucho por aclarar, como por ejemplo, qué espero de ti.

Elmer, el mendigo, el mercader, el elegido para el Sacrificio, se mostró entonces incapaz de pronunciar una sola palabra cuando Athan hizo un alto a la espera de preguntas. Fue Marina en cambio quien con los ojos muy abiertos acertó a inquirir con cierta firmeza para sorpresa de todos:

—¿Pero quién sois vos realmente, por qué esta montaña una y otra vez, y cuál es la fe que profesáis, y que parece queréis enseñarle a él... a Elmer?

Athan la miró entonces con respeto, con ternura, con una mirada que la sufrida Marina no sentía desde hacía mucho tiempo, y ella bajó su rostro ruborizada.

—Muchacha, preguntas con la fiereza de una princesa. Está bien, supongo que para que el silencioso Elmer pueda creerme en algo de lo que cuento, deberé dar aún alguna explicación más.

»Soy Athan de Paria, y de Honoria, y de Arcania, pues nací en la Gran Encrucijada hace ya tanto tiempo, que es difícil de recordar cuándo. Lo que no quiero olvidar es que fui educado feliz y en libertad por mis padres en aquel pequeño páramo donde confluyen todas las fronteras. Allí crecí junto a mi hermano rodeado de enseñanzas y de palabras que me mostraron la Historia de Karak, sus costumbres, sus dioses, sus poderes, sus miserias, y mucho más. Conocí astronomías secretas y maravillosas leyendas de otros mundos donde habitan otros seres, a veces parecidos a nosotros hasta el detalle, a veces completamente distintos, pero siempre, igual de torturados y en guerra por el odio, igual de torturados y en guerra por el amor.

»Sed buenos y no me obliguéis a recordar todo lo que mis padres hicieron por mí y por mi hermano, pues no creo que queráis ver llorar

a este viejo. Conformaos con saber que el justo Kaethe y la amorosa Gaea fueron asesinados por sus supuestas ideas heréticas. Se les condenó a la horca tras una farsa de juicio. Antes y después del crimen sus dos hijos permanecieron fugados. Mi hermano eligió su camino, y yo elegí el mío.

»Fundé una hermandad que seguía parte del ideario de mis padres, pero llevándolo al extremo, y me trasladé a Dima huyendo de la persecución que se producía sistemáticamente contra nosotros en las tierras donde predicábamos nuestro mensaje. Aquí horadamos algunas cuevas convirtiéndolas en confortables estancias, hasta aquí trasladé la biblioteca familiar, el mayor de los tesoros que poseeré nunca, aquí estructuré la organización, y aquí en definitiva, pudimos establecerlos. Logramos escondernos de nuestros perseguidores gracias en buena medida a nuestra cautela, pero sin duda, mucho hizo la propia Montaña y sus secretos. Secretos que de ser conocidos por los Reinos o por Sacerdocia, ya habrían desencadenado la guerra por su control.

»Pero dejaré ahora a Dima al margen, y diré algo sobre la Hermandad. Buena parte de nuestro éxito y también de nuestro fracaso, se debe al número de nuestros miembros, que nunca ascendió a más de diez. Bajo esa circunstancia, la sombra y la cautela son nuestros escenarios habituales, y no me habría expuesto de no ser por la Profecía. Pero ella es precisamente lo contrario a la Hermandad, y no podíamos permitir permanecer impasibles ante su consumación.

Elmer giró el cuello levemente pero siguió sin abrir la boca, resultaba difícil interpretar sus emociones, Marina supo contenerse sin preguntar, la pequeña se quedó dormida en los brazos de su madre. Athan continuó tras un breve parón.

—Somos conocidos como La Secta de los Impíos, o Los Infieles, y nos parece un nombre acertado. Se nos conoce así porque no respetamos ni al Padre, ni a sus hijos Zarrk y Danadanial, y si no lo hacemos no es porque dudemos de su existencia, sino porque rechazamos sus actos. Karak es nuestro y no suyo, de los karakianos y no de los dioses, de todos los nacidos y no de unos pocos que lo hicieron en una cuna privilegiada. Sacerdocia quiere imponer al Padre, el Reino de la Guerra

luchará por Zarrk, y Arcania lo hará por Danadanial. Nosotros rechazamos a los tres. Sabemos que apenas se nos tiene en cuenta, pero si los dioses quieren nuestro respeto, que vengan hasta nosotros y nos expliquen por qué tuvieron que introducir en nuestros corazones la semilla del odio, de la enfermedad, de la crueldad, y de la estupidez.

»¿Acaso Elmer no ves lo que representas? — preguntó de pronto Athan con entusiasmo, brillándole sus pequeños ojos azules — ¡Lograrás el fracaso del Padre! Sacerdocia prepara una guerra para imponer su fe a todo Karak, anhela el ascenso de sus profetas, y vencerá si eso llega a ocurrir, pues el Padre, que ahora carece de control más allá de la isla y de sus fieles en Paria, coronará al Elegido si la Guerra llega. Gloria para el Padre y para el hijo que venza, y miseria, muerte y sumisión, para todos los demás. Representas mucho, Elmer... pero basta ya de hablar, también yo estoy agotado.

Elmer continuaba sin moverse, de pie y al borde del precipicio. La tormenta arreciaba. Aún rescató de sus recuerdos las pocas conversaciones que ciclos atrás mantuviera con el anciano; sobre la Hermandad, sobre las persecuciones que la secta había sufrido a causa de sus ideas, o sobre cómo Athan, al abandonar Dima tras no encontrar al joven ni a Drastan, había invocado un conjuro para que la montaña supiera reconocer a Elmer en la esperanza de que este finalmente apareciera.

Una palabra retumbaba en su cabeza una y otra vez bajo la tempestad: «elegido». Elegido para vivir por y según Athan, y elegido para morir por y para los dos Reinos y Sacerdocia. Le resultaba difícil asimilar el peso de su nueva vida, habiendo pasado de la noche a la mañana, de mendigo, a señalado por los dioses y el destino.

Desde que descubriera su pasado, apenas comía, apenas entrenaba, apenas era capaz de moverse. Se notaba agotado, poseído por una rabia que se transformaba en impotencia y abandono. Abandonado por sus padres, por Drastan, por los dioses, y hasta por el viejo, pues tampoco este parecía mostrarse demasiado preocupado por él. Casi no se veían, y Athan no le buscaba ni le aconsejaba absolutamente nada.

Tras desvelar al joven su origen y su nombre, Athan pasaba casi todo su tiempo en la biblioteca, o con la pequeña Damara, con quien jugaba durante horas. Mientras, él, torturado y agobiado por su infortunio, no paraba de preguntarse qué debía pensar, qué debía sentir, qué debía hacer. El viejo mientras tanto, tan solo le decía: «Asimila, asimila y decide, y cuando hayas decidido, ven y cuéntamelo. Entonces te diré si tu decisión la llevaremos a cabo juntos, o si debemos separarnos». Y ya estaba. ¿Para eso le había salvado del Sacrificio? ¿Para eso había elegido Athan años de tortura en un agujero y otros cuantos como esclavo? ¿Acaso a eso se refería cuando hablaba de la libertad de los mortales frente al destino que imponían los dioses?

«¿Qué hacer, qué pensar, qué sentir?» Su ojo estaba cerrado.

La lluvia torrencial, los relámpagos, y los truenos, le seguían siendo indiferentes cuando Marina, la muchacha que desde su llegada a la Montaña había mostrado pavor ante la más ligera llovizna, apareció a su lado y empezó a hablarle. Luego le gritó. Pero él no se movía, él no entendía nada, tampoco sentía nada.

Cuando la mano de ella se posó en su hombro, tampoco bastó para sacarle de su ensimismamiento, si bien una sacudida pareció traerle de vuelta, y vino a abrir su ojo cuando escuchó, «por favor». Empezó a moverse cuando distinguió un temblor y las lágrimas de ella a pesar de la tormenta, recordando entonces que aquella muchacha, que tenía pocos años menos que él, odiaba la lluvia tal vez por asociarla a su llegada, al momento que le arrancaron su felicidad, que la maltrataron hasta hacerla quebradiza, que la violaron provocando que desconociera al padre de su hija.

Y sin embargo ahí estaba, temblando y llorando pero de pie, violada y humillada pero orgullosa de su niña. Y de pie, de pie para gritarle: «¡Maldito testarudo! Entra que ya está la comida, entra que vas a coger frío». Y él, viéndose y escuchando cómo daba una contestación hosca porque no sabía hacerlo de otra manera, quiso pedir perdón pero no supo hacerlo porque nadie le había enseñado a hacer tal cosa, y sintió bajo aquella tormenta su propia mirada retorcerse hacia

él, y le desagradó profundamente, y escuchó sus propias palabras y se desagradó profundamente: «Vete, ahora iré». Pero Marina no se fue, sino que tras girarse se clavó en el suelo y abrió sus ojos negros almendrados de par en par a pesar del agua, de las lágrimas, del miedo, de lo que vio, y de la orden. Y la contumacia de su gesto provocó que Elmer se girase también, y al hacerlo, vio a una niña por el sendero que ascendía hasta ellos, y que en los últimos tiempos tantos cambios traía.

Se trataba de una chiquilla de unos doce años que para mayor sorpresa de Elmer, de inmediato tuvo nombre. Marina, con los ojos desorbitados a pesar de la lluvia y de que apenas veía, dejó de temblar y preguntó llena de asombro: «¿Esmera?». La niña entonces se paró por un momento, y al siguiente comenzó a gritar: «¡Corred, corred, venid, os lo dije!». Y donde hacía un instante había una niña, aparecieron uno, dos, tres, y hasta quince parios armados, y momentos después una mujer de piel negra y otra de piel pálida, y de inmediato media docena de perros fieros sujetos por un perrero que con sumo empeño controlaba sus correas. Y finalmente apareció un gordo engalanado, con la lengua fuera por el esfuerzo. A este último parecían obedecer los recién llegados, pues todos le miraban. Y fue este quien miró a Marina, y luego a Elmer, como preguntándose, «y ahora qué». Y Marina que no terminaba de creérselo, y que preguntó: «¿Anvar, burgomaestre?».

Y este, conociera o no a Marina, fuera o no Anvar, fuera o no burgomaestre, dijo alto, claro y preciso a pesar de su falta de resuello, y a pesar de la estruendosa tormenta:

—¡Milicianos! ¡Detenedles!

Y los parios sacaron sus espadas, y la tal niña Esmera que saltaba sobre un charco, y una de las mujeres que gritó: «¡No!», mientras que la otra no dijo nada, y Marina que se paralizó, y Athan sin aparecer por ningún lado, y Elmer que tensó su cuerpo y regresó al mundo que conocía, aquel en el que si se sentía amenazado, era capaz de muchas cosas.

CAPÍTULO X

Paria no tiene rey y no podrá constituirse por tanto como reino. Los burgomaestres de villas y aldeas serán la principal figura jurídica de cada comarca. Todas ellas estarán supeditadas bajo el gobierno y el control del alcalde de Capitolia, quien a su vez, tendrá que someterse a los dictados que le demanden en última instancia Arcania y Honoria .

Parte II, cláusula político administrativa, artículo 2.

Paria queda bajo la supervisión y cumplimiento impositivo de las leyes económicas que imponen los reinos vencedores de la guerra.

Parte III, cláusula financiera, artículo 4.

Los parios podrán ejercer libertad de culto, siempre y cuando esos cultos sean sancionados como aceptables bien por Sacerdocia, bien por Arcania, bien por Honoria.

Parte V, cláusula religiosa, artículo 7.

Los parios y las parias reconocen la sustancialidad suprema de los ciudadanos y las ciudadanas de Arcania y de Honoria, quedando terminantemente prohibido, la mezcla de sangres. Parte IV, cláusula racial, artículo 1.

Recopilación de varios artículos del Tratado de Paz de Amaranto. El tratado se firmó en el 319 de Nuestra Era, en la villa de Amaranto, donde el ejército insurgente Pario, sublevado tres años atrás contra Arcania y Honoria, fue masacrado.

Seguían los truenos y los recién llegados parecían agradecer que, ocurriese lo que ocurriese, al menos fuese bajo techo y dentro de aquella extraña cueva.

Nunca, ni siquiera en los ciclos de máximo esplendor de la Hermandad, la cámara ovalada se había encontrado tan llena. Ni mucho menos tan cargada de tensión, miedo y dolor.

Tres milicianos que se enfrentaron a Elmer siguiendo las órdenes recibidas, quedaban malheridos en un rincón, sus lamentos generaban angustia en el resto. El anciano acababa de atenderles, cubriendo las heridas con emplastos de plantas medicinales que de inmediato redujeron el tono de su queja.

Tras la cura Athan se dirigió al gordo que Marina llamara Anvar:

— He llegado a tiempo y esos infelices se salvarán.

Y para que le oyeran todos, también Elmer, añadió en alto:

— Los muertos innecesarios complican las cosas, y nosotros haremos lo necesario para que no haya complicaciones.

El anciano, quien parecía ser la figura más alta y decidida de cuantos abarrotaban la cueva a pesar de su tamaño y de su aparente fragilidad, volvió a centrarse en los maltrechos milicianos. No se pudo apreciar más que una imposición de manos sobre los heridos, pero pareció bastar para que estos se calmaran, cayendo bajo un sueño de apariencia reparadora que destensó el ambiente. De todos modos, nadie, ni siquiera Elmer, parecía dispuesto a dar un paso sin que lo ordenara Athan, no después de lo que había ocurrido ahí afuera.

Los soldados restantes, doce parios vestidos con tabardos largos deslucidos y bipartitos en color verdeazulado, se mantenían muy juntos. Estaban asustados, con la piel erizada, y cerca de sus compañeros heridos. La mayoría de ellos temblaba, aparentemente debido al frío

y a los ropajes empapados. Y todos, parecían agradecer con letanías al Padre, las teas que colgaban de la pared iluminando la sala y dando calor.

Marina y Elmer entretanto se encontraban enfrente de los milicianos, pero a bastantes pasos, todos los que permitía el largo de la cueva. Quedaban junto al acceso a la pequeña habitación de la madre y la hija. Marina apoyaba desde atrás las manos en los hombros del joven, en un gesto cercano y tranquilizador que ella no se hubiera atrevido horas atrás y, que Elmer no habría permitido ni por asomo hasta entonces. Él parecía respirar con calma, pero mantenía la guardia ante lo que pudiera acontecer, y luchaba consigo mismo para no dejar aflorar su orgullo herido ante Athan. Tampoco reaccionó cuando la muchacha le acarició el rostro con la mano, para retirarle el pelo que le caía por el párpado cicatrizado.

El burgomaestre por su parte, una vez que se había peinado con las manos su escaso cabello, y recolocado su chaleco y sus pantalones, miró con desconcierto el techo calizo, las teas, y la pulcritud del lugar. Junto a él se hallaba el perrero con la jauría, los animales gruñían bajito y con el rabo entre las piernas, y las dos mujeres que habían llegado junto al resto y se le hacían familiares a Elmer sin saber bien por qué. Todos ellos se encontraban cerca de la entrada.

Finalmente las niñas rompían la quietud del grupo yendo de un lado para otro sin parar. La recién llegada al principio quiso permanecer junto al burgomaestre, pero Damara se había empeñado en darle la mano, y una vez que Esmera aceptó, la pequeña hizo de anfitriona llevando a su nueva amiga de acá para allá, aunque sin salir de la cámara donde se encontraban todos. Al principio Marina se mostró preocupada, más aún por las aviesas miradas que le dedicaba de vez en cuando la nueva compañera de su hija. Pero Athan le advirtió que no ocurriría nada malo, y la madre estaba dispuesta a creerle en lo que hiciera falta, más después de ver lo que había visto, más después de que el anciano evitara un río de sangre, más después de que lo evitara como lo evitó.

— ¡Milicianos! ¡Detenedles! — ordenó quien Marina acababa de llamar burgomaestre y Anvar. Estaba obeso, medio calvo, y aún jadeaba por el esfuerzo de la subida. Comenzó entonces a ajustarse sus pantalones bombachos y a intentar abrocharse los botones de un chaleco gris que le quedaba muy ajustado.

— ¡Parece claro — gritó bajo la tormenta — que los niños llevaban razón! Les juzgaré y si son culpables pagarán por sus crímenes.

Los milicianos, que no portaban escudos ni cotas de malla sino que se pertrechaban únicamente con viejos tabardos y unas espadas que dejaban mucho que desear, se mostraron convencidos y marcharon en formación de tres hacia Elmer y la muchacha. Tal vez pensaron que lo único que les quedaba por hacer antes de tomarse un merecido descanso, era apresar a una frágil descarriada que había huido de la villa hacía años, y a su acompañante, un mendigo desarmado, semidesnudo y tuerto, quien eso sí, se permitía mirarles con una extraña frialdad.

Cuando la milicia se dirigió hacia Elmer y Marina el joven reaccionó. Dejó sus tribulaciones al margen y tensó su cuerpo. En segundos transformó la sensación de impotencia que le ahogaba al sentir su vida manejada por otros, en furia.

Elmer empujó sin ninguna delicadeza a la muchacha y la sacó de la dirección de los soldados. Marina, quien había entrado en estado de pánico tras oír la orden de su antiguo burgomaestre, trastabilló varios metros hasta caer al suelo, sobre un charco. Su pesadilla parecía que volvía a repetirse.

El mendigo caminó tranquilo al encuentro de los soldados agachándose un momento para recoger una piedra del fangoso suelo. A escasos seis pasos de sus enemigos, se la arrojó al soldado que se encontraba en el centro de la primera línea de tres que se le enfrentaría inmediatamente. La piedra, del tamaño de un puño, no iba con fuerza, y ni siquiera en línea recta sino en parábola. Esto hizo que el soldado solo tuviera que levantar la espada para evitar que la piedra le golpeará, parando el impacto con suma facilidad y con una sonrisa de triunfo. Pero ese fue el tiempo que Elmer precisó para dejar su paso tranquilo,

y convertirlo en un latigazo que cubrió en un instante la distancia que les separaba. Justo cuando la hoja paraba la piedra, Elmer llegó hasta el soldado, le golpeó el rostro con un codo, le arrebató la espada, y le lanzó al suelo de modo que en la caída, la espada recién empuñada probó el tabardo a la altura del pecho, rasgando acolchadura, camisa, y carne.

— Tabardos pésimos y espada mediocre — dijo Elmer poniéndose en guardia frente al resto —. Bastará para vosotros.

Eran inexpertos pero no estúpidos, y no hizo falta más para que el resto de la milicia se diera cuenta de un modo tan rápido como los movimientos que acababan de observar, de que no estaban ante un simple mendigo.

Eran muchos, seguían órdenes, y uno de sus compañeros aullaba en el suelo de dolor, así que Elmer no tenía intención de malgastar saliva en intentar convencerles para que se marcharan. Tampoco tenía ganas de que lo hicieran. La frustración de los ciclos anteriores tras conocer su pasado, y la impotencia de no saber qué hacer ante lo venidero, venían a morir en esta lucha, por fin se rompía su cerco y se sentía liberado, aunque fuese a base de una cólera que no le dejó pensar en utilizar la magia.

La presentación de Elmer y los tajos que soltó inmediatamente, hicieron que la milicia no se atreviera a cerrar un círculo en torno a él, aunque sí se desplegaron. Parecía que cada uno de ellos temía ser cortado en dos, si se adelantaba valiente a sus compañeros, por lo que ninguno tomaba la iniciativa.

El burgomaestre tomó entonces cartas en el asunto para el regocijo de la niña que se encontraba a su lado. Viendo el cariz que tomaba el enfrentamiento, cambió la orden y gritó a sus soldados:

— ¡Matadle! ¡A él no le quiero vivo! ¡Ya demuestra con sus actos su culpabilidad! ¡Con apresadla a ella será suficiente!

De inmediato Anvar se encaminó hasta donde se hallaba el pebrero y las mujeres, para decirle al primero que azuzara a los grandes mastines que componían la jauría contra el mendigo. Sin embargo, la mujer de piel pálida sacó un cuchillo de la caña de su bota, y lo

puso en el cuello del perrero, desaconsejándole seguir la orden. La otra mujer permaneció impasible. El burgomaestre abrió la boca sorprendido, pero dejó que las cosas siguieran su curso.

Un soldado mostró al fin algo de decisión y se enfrentó a Elmer. El resultado fue que la espada de aquel, tras el violento cruce con la del mendigo, voló hacia el precipicio, que el soldado fue rajado longitudinalmente a la altura del pecho, y que cayó al suelo, vivo aún porque el corte no había sido lo suficientemente profundo, debido a la mala calidad de la hoja que el joven blandiera.

En ese momento se oyó una voz a la espalda de Elmer que tronó por encima de la tormenta. Era la del anciano. Salía de la cueva junto a la pequeña Damara, a la que daba la mano, mientras en la otra sostenía el cayado que recuperara en Capitolia.

— ¡Arrojad todos las armas al suelo! — gritó.

— ¡No! — contestó Elmer sin darse la vuelta pero bajando la guardia. — Van a morir todos, viejo.

Los soldados tampoco prestaron demasiada atención al anciano. No se asustaron de las palabras de Elmer y viéndole con la guardia baja atacaron varios a la vez. Elmer pudo defenderse gracias a sus reflejos y a su habilidad instintiva, pues en esta ocasión la mera fuerza no le habría bastado. El combate parecía entrar en una nueva fase al ver los milicianos que todos juntos y sin miedo, podían acabar con su enemigo. Una mano fue amputada inmediatamente como respuesta, pero ya no fue suficiente para hacerles retroceder o asustarles.

Athan frunció el ceño. Observó a todos los presentes por unos instantes analizando su posición y su número. Apretó con fuerza la mano de la pequeña. Levantó el cayado con la otra, y pronunció un conjuro corto pero con intensidad. Casi al momento un rayo lejano perdido en el cielo, se quebró y adquirió una nueva trayectoria encaminada hacia el cayado. Con el nuevo rumbo, el rayo estuvo a punto de atravesar el orondo cuerpo del burgomaestre ya que se encontraba muy cerca de la inesperada trayectoria, pero no lo hizo. Los soldados y Elmer vieron cruzar el destello de luz cerca de sus cuerpos,

pero aún así continuaron el combate, mientras que las tres mujeres, las dos niñas, los perros y su amo, no terminaban de creerse lo que estaban viendo, hasta el punto de que Damara, tan cerca del cayado que ahora rebosaba luz y energía, quiso tocarlo.

Lo anterior ocurrió en un instante. En el siguiente, Athan descargó el rayo que había apresado en el báculo, en dirección a Elmer y la milicia. El rayo impactó en el suelo casi bajo los pies del joven y de sus rivales. Todos fueron despedidos hacia atrás con violencia. Pareció un milagro que ninguno se despeñara por el precipicio. Pero no solo ellos sufrieron la brutal descarga de energía, pues salvo el anciano, Damara y Marina, quien ya se encontraba en el suelo tras el empujón de Elmer y quien no se libró de convulsionar, todos fueron derribados.

Segundos después del impacto el cayado aún brillaba. El anciano no había querido descargar toda la energía y esta parecía revolverse inquieta por dentro del báculo. Athan apuntó entonces al cielo tormentoso, y un rayo surcó el aire de abajo arriba.

El anciano esperó un par de minutos en absoluto silencio y quietud mientras el resto se rehacía mejor o peor de la descarga recibida. El burgomaestre fue el primero en levantarse con el poco pelo de la cabeza que conservaba completamente erizado. Parecía haber tenido más suerte que la mayoría al no llevar ningún elemento metálico de consideración que hubiera ejercido de conductor eléctrico. El segundo fue Elmer, quien miró torvamente al anciano mientras estiraba y contraía con esfuerzo la mano con el dedo amputado. Poco a poco todos, salvo los heridos previamente, se fueron levantando. Los lamentos de los peor parados y los gruñidos llorosos de la jauría comenzaron a resonar con fuerza. Finalmente el anciano tomó la palabra, haciéndose escuchar por encima de la tormenta y acallando hasta los perros. Su tono era tan indiscutible como la primera vez, pero a estas alturas había demostrado que lo mejor era hacerle caso.

— Ahora, vais a ayudaros los unos a los otros a entrar en mi morada, y cuando todos nos hayamos calmado, hablaremos.

La orden fue seguida sin contratiempos y hasta los mastines se acomodaron en la cueva. Fue entonces también cuando el anciano atendió a los heridos más urgentes, salvándoles de morir y de su dolor más acuciante. Fue también cuando la cueva se sintió más abarrotada que nunca, y cuando Elmer permitió el gesto de ternura y complicidad al que se atrevió Marina mientras él hacía lo posible por enterrar su orgullo ofendido. Fue en definitiva en esos momentos, cuando Athan consideró que las cosas estaban lo más tranquilas que podían estar.

— Bien — dijo el anciano con su tono más dulce, mirando en dirección a Elmer y Marina — como buenos anfitriones que somos en esta montaña, dejaremos que los invitados nos expliquen su visita.

Athan hizo un gesto inequívoco y tanto los anfitriones por un lado, como el burgomaestre por otro, se reunieron con el pequeño y nervudo anciano situado en el centro mismo de la cámara. A la invitación de Athan el burgomaestre comenzó a hablar. Trató de aparentar seguridad y aplomo, si bien algunos gallos y temblores de su voz, así como el irrisorio aspecto que presentaba su pelo, arruinaron su propósito.

— Me llamo Anvar y como sabe la moza aquí presente, hace veinte años que soy burgomaestre de Toscan. Desde el primer día de mi mandato he intentado impartir justicia, siempre con el mayor esfuerzo y sabiduría de los que soy capaz. Y no lo habré hecho tan mal, digo yo noble anciano, cuando los toscanos, a pesar de los bandidos que diezman nuestro ganado y nuestras cosechas, y a pesar de los excesivos e injustos impuestos con los que nos gravan los reinos, y con los que nos hacen estar al borde del desastre, y a pesar aún de otras desgracias cotidianas, siempre me votaron para que les represente.

»Pues bien noble anciano, hace ya casi cuatro años que ocurrió un incidente que vino a ensombrece los corazones de la villa. Sucedió que algunos de los mejores jóvenes de la comarca desaparecieron — a Marina le ardieron los ojos y si no interrumpió a Anvar tras la palabra «mejores», que sonó por otra parte temblorosa, fue porque algo que no pudo identificar se lo impidió, y así continuó ocurriendo

en otros momentos hasta que el burgomaestre terminó de hablar —. Y entre estos jóvenes se encontraba mi querido hijo, desaparecido como el resto al poco de hacerlo esta moza, a la que yo creía una buena muchacha, y quien al parecer se fugó con Godo, el mozo herrero de la villa.

»Nadie en Toscan supo qué ocurriera, y no volvimos a saber nada de ellos. Solo se dieron algunos rumores llegados de los más zagales, como los de Esmera, aquí presente, y hermanita pequeña de uno de los desaparecidos. Resultó que estos mozalbetes comenzaron a decir que mi hijo y los otros desaparecidos, habían ido tras la muchacha y el mozo herrero, para convencerles de que no abandonaran el pueblo. Pero Marina, aseguraban los críos una y otra vez, con malas artes engañó al herrero primero, y al resto después, trayéndoles a todos hasta aquí, hasta la Montaña de los Lobos, donde con ayuda del mendigo tuerto que convivía con las fieras, los había matado a todos.

»Pero claro, ningún adulto quiso creer tales historias y dejamos pasar el tiempo en nuestros corazones apenados. Sin embargo, cuando nuestro dolor por la pérdida ya había casi cicatrizado, aparecieron en Toscan esas dos damas que están junto a los perros, y aseguraron haber visto en Capitolia a un mercader que encajaba con la descripción del mendigo tuerto, y quien tras salir de la ciudad, parecía coger junto a un anciano extraño, el camino a la Montaña de los Lobos.

»Esta vez la villa no siguió mi consejo y se empeñó en que investigásemos. A disgusto terminé por formar esta pequeña milicia a pesar de ir contra las leyes de los reinos, y en la esperanza de que estos no se enterasen de nada. Aunque más miedo aún tuve a los caminos llenos de bandidos. Pero al fin no me quedó más remedio, y junto a las forasteras que insistieron en venir, y junto a la chiquilla, que ha recorrido en muchas ocasiones estos peligrosos senderos, vinimos para esta maldita montaña.

»Y noble anciano, cuando hace un rato, tras el fatigoso viaje y harto del aguacero, vi a esta moza después de tanto tiempo junto

al mendigo del que hablaban los zagales y esas damas, pues pensé que los niños de la villa habían dicho la verdad, y aunque quería esperar a que el juicio dejara clara la culpabilidad de ambos, cuando este, este, este lo que sea, atacó a mi milicia, pues mandé que se defendieran.

Por fin la tenaza que parecía sujetar la boca de Marina se rompió.

—¿«Algunos de los mejores jóvenes», Anvar? ¡Por el Padre! Te recuerdo que aquí hay muchos toscanos que conocíamos a tu hijo y a los otros... así que no nos hagas reír ¡Y qué decir de las mentiras de esa mocosa! Si no la creíste, si no le hiciste caso en su momento, seguro que fue porque te temías que tu Alvar fuera el causante de todas las desapariciones, y preferiste seguir dudando... a confirmarlo. Y botarate con cargo, debes saber que tus temores eran ciertos, pues tu hijo, que en mala hora naciera, nos persiguió a mí y al pobre Godo para matarnos y para saciar su malvado apetito, y a fe que consiguió parte de sus propósitos.

La voz de Marina sonaba desgarrada y como si saldara cuentas pendientes a través del dolor.

—Burgomaestre, el rufián de tu hijo y su banda eran unos canallas de la peor ralea, y estoy convencida de te preguntabas cómo podrías ocultar al pueblo su última vileza cuando regresaran, así que hasta a lo mejor te alegraste de que no lo hicieran.

La cara de Anvar estaba roja y sufría de lo mismo que le ocurriera anteriormente a Marina, quería explotar de furia y hablar, pero no podía hacerlo. La muchacha continuó llena de rabia:

—Lo diré bien alto, de todos los toscanos que aquella noche murieron, mi Godo era un inocentón estúpido que causó la desgracia por no saber callar, pero el resto eran unos cobardes y unos malvados que merecieron lo que les pasó.

»Y si estoy viva, si yo estoy aquí y ellos no volvieron a Toscan sonrientes y dispuestos a seguir burlándose de tu pacata justicia, fue por él —Marina señaló a Elmer, que se encontraba aparentemente tranquilo y en contraste con la desatada muchacha—. Él los mató por estúpidos después de pedirles que se marcharan, pero no quisieron, no,

decidieron que era mejor sumar una víctima más. Incluso Alvar pudo haberse ido a llorarte tras morir Ramir y los cerdos de los hermanos, pero tampoco le bastó, y antes de huir quiso matarme, y murió por ello bien muerto. Y lo voy a confesar sin rubor, me manché las manos de sangre, pues yo maté a ese gordo de Suer... y lo volvería a hacer.

»Quieres juzgarnos, dices, pues este al que llamasteis mendigo no hizo nada más que defenderse, al igual que hizo hoy. Y yo, yo quizá maté a Suer a sangre fría, pero os digo que volvería a hacerlo, e intentaría hacerlo mejor, acabando también con el miserable de tu hijo ¡Lo haría para impedir que Alvar volviera a robar, y a violar y a matar, él era quien debía ser juzgado y condenado, y estoy seguro que tú lo sabías, que tú lo sabías, que tú lo sabías!

—¡Noooo! —pudo gritar por fin Anvar como liberado de la fuerza que le impediera hablar hasta entonces—. ¡No, no, no lo era!

Pero para sorpresa de todos, continuó de una manera inesperada.

—¡Sí, maldita sea, por el Padre, sí que lo era, era un canalla y me imaginé que había salido tras vosotros, pues tú eras su capricho de niño! ¿Pero qué iba a hacer? Yo era su padre, su padre, y debía protegerle.

En ese momento las lágrimas corrieron por las mejillas del burgo-maestre, despreocupado de ser el centro de todas las miradas. Sin saber muy bien cómo, había confesado no ya tanto la sospechada culpa de su hijo, como el peso con el que cargara protegiéndole durante años. Lo increíble fue que no se sentía mal por la confesión, sino en cierta manera reconfortado. Anvar cayó de rodillas, lloraba.

—Era mi hijo, era mi hijo, era mi hijo.

Entonces Elmer, todavía resentido con el anciano por lo ocurrido afuera, miró a este con dureza, y le dijo:

—Si queréis que os perdone que haya sido vuestro juguete en el pasado, si queréis que os perdone lo del rayo... tendréis que enseñarme muchas cosas.

—Athan tuvo ganas de esbozar una sonrisa, pero consideró que no era el momento. En cambio puso una mano en la cabeza del burgo-maestre, y le habló con dulzura y firmeza a la vez:

—Basta ya Anvar, los padres no siempre son culpables de los errores de sus hijos. Levanta la cabeza y mira —el burgomaestre hizo caso y siguió la dirección indicada, hacia Damara, que estaba ahora donde las mujeres y junto a los perros, con los que jugaba despreocupada. Athan continuó—: La vida es tan imprevisible que en ocasiones hasta el hecho más atroz puede producir el resultado más feliz. No te lo puedo asegurar, nadie puede, pero esa niña tal vez sea vuestra nieta, y esa posibilidad es mucho mejor de lo que vuestro hijo hubiera podido hacer nunca si siguiera vivo. Parecéis bueno y un buen burgomaestre, así que seguid siéndolo libre ya de vuestra carga.

La tormenta por fin pareció amainar dentro y fuera, y Elmer, cansado de tanta palabra creyó encontrar el momento perfecto para zanjar todo aquello con unas pocas más. Sin embargo Athan levantó su nervudo brazo en señal de silencio.

—Jovencito, si quieres aprender algo de mí, guárdate de las prisas, y dime mientras lo haces, si esas dos mujeres —ellas sintieron por primera vez el peso incómodo de la mirada del anciano —, no te sueñan de nada.

Y mientras Elmer abría la boca, las mujeres siguieron una orden del anciano y se acercaron hasta donde ellos estaban. Al reunirse, Elmer le dijo a la muchacha de piel negra:

—Al menos tú estabas hace unas semanas en Capitolia, eras una de las esclavas que liberé junto al viejo. Ahora te recuerdo porque eras incluso más orgullosa que bella, y la única dispuesta a cumplir sin tardanza mis deseos de que desaparecieses de mi vista. Vaya, no hay modo de que últimamente alguien me haga caso. En cuanto a ti, sí, esa piel pálida también estaba en una de las jaulas, sumisa y lánguida nos hubieras seguido encantada... pero qué digo, si lo has hecho.

—Creo que va siendo hora de vuestros nombres y de vuestra historia —dijo Athan ante el suspiro de exasperación de Elmer.

—Me llamo Liv... y seré breve —dijo la mujer negra, con altivez, mirando indolente al joven, quien seguía mostrando a todos sin ningún rubor su cuerpo cicatrizado y maltrecho—. Nací en Honoria, en

la nortea ciudad de Plata, y allí rechacé mi futuro como noble esposa y madre de vástagos que no quería, lo que me costó acabar como puta y esclava.

»Cuando el anciano me liberó, mi señor me concederá que fue así más que liberarme vos —dijo la platense mirando retadoramente a Elmer—, creía haber aprendido la lección y marché hacia Honoria en busca de una segunda oportunidad en la que ser aquello para lo que había nacido, pero no llegué muy lejos para comprender en las miradas de los otros, que esa parte de mí, la de madre honoria, nunca llegaría. Así que decidí quedarme en Paria y acabé en la villa de Toscan, donde me reencontré con mi antigua compañera de jaula. Entonces surgió la oportunidad de volver a ver al misterioso anciano capaz de hacer lo que hizo con un látigo, y puesto que no tenía nada mejor entre manos, me empecé en venir junto al burgomaestre y a la desastrosa milicia que montó.

La mujer dejó claro con su silencio y su semblante que no pensaba añadir nada más a pesar de la mirada escrutadora del pequeño anciano. Este terminó por felicitarla no sin aparentes segundas intenciones por su concisión y parquedad, e invitó a su compañera para que contara su historia, quien empezó ya con sonrojo en su pálido rostro.

—Yo me llamo Adel y nací en Paria, en el lejano y árido suroeste, en la villa que linda con el gran yacimiento de anarcanita. Mi padre supongo que fue un minero que como tantos otros tenía la única distracción del burdel donde vivía mi madre, y allí es donde me crié. Mi historia no da para mucho más, crecí en el burdel hasta que me compró el mercader de esclavos, y nunca consiguió venderme a pesar del precio que me puso.

»Como esclava, anciano, os cogí cariño pues junto a vos, yo fui la única de quien el amo no conseguía desprenderse. Tal vez mi piel me hace parecer siempre enferma, o tal vez sea muy fea y no animo a que nadie se gaste unos pocos sueldos de cobre en mí. No lo sé, pero sí sé que al verme libre no supe qué hacer con mi vida, y entonces me acompañó la suerte. Cuando iba a pedir trabajo en uno

de los burdeles de Capitolia, un rico comerciante toscano que se encontraba de negocios se encaprichó de mí y me llevó a su villa, donde he sido su criada hasta ahora. Allí me encontré de nuevo a Liv, y pedí al buen burgomaestre Anvar poder acompañarle para ver si podía volver a veros.

—Vaya —dijo el joven Elmer con un teatral aspaviento por el que levantó sus manos con las palmas extendidas. —Y a mí que nadie quiere venir a verme salvo para matarme, si acaso. Sois un viejo encantador.

Y sin querer dejar escapar la oportunidad para terminar con aquel ciclo del que se sentía realmente cansado, añadió mientras miraba con seriedad a quienes iba nombrando, y en especial al anciano:

—Menos mal que todo está claro por fin, Marina es inocente y puede volver feliz junto a su hija a Toscan; el burgomaestre rogará a los aldeanos que no permitan merodear a sus hijos en las inmediaciones de la montaña; estas mujeres ya han saciado la necesidad de veros, viejo, y podrán volver allá donde decidan; los soldados sanos ayudarán a descender a sus compañeros heridos en unas parihuelas que no tardaremos en construir más que unas horas; y hasta la tormenta cesó para que el regreso se haga agradable y los perros puedan estirar sus rabos y ladrar felices. En cuanto a vos, encantador anciano que todo lo resuelve, agradecería que mañana, ya sin esta aglomeración, me dijese lo que espera de mí, pues aún nos queda pendiente.

Pero nadie salvo Elmer, quien se acercó hasta un cofre cercano para coger una camisa de lino, se movió. El resto, esperaron a las órdenes del anciano. Cuando el joven terminó de ponerse la camisa, Athan habló para desagrado de Elmer, y para sorpresa del resto.

—Lo siento, pero por mucho que lo intentes casi nada está resuelto, y las cosas no saldrán como habías previsto. Ni siquiera lo harán como había previsto yo. Después de todo, te ha faltado decir que matasteis al hijo del burgomaestre y a otros toscanos, y aunque fuese en defensa propia, deberás recompensar a la villa. Así que ahora vamos todos a cenar, y luego, con la barriga llena, comenzarán las negociaciones.

CAPÍTULO XI: HONORIA

Votos sagrados de la Guardia Real de los Nueve:

- *Lealtad al vencedor del Reto de la Corona, ante quien se arrodillarán desde el principio hasta el fin de su Mandato.*
- *Castidad y dedicación plena a los deberes de Protección y Servicio al Reino y a su Majestad.*
- *Fidelidad y camaradería entre los Nueve.*
- *Estricto cumplimiento de la cadena de mando.*

Jerarquía de la Guardia Real de los Nueve:

- *Cinco Comandantes a quienes el Capitán asignará respectivamente, una guarnición con siete mil soldados, bajo los emblemas del Leopardo, el Oso, la Hiena, el León, y el Lobo.*
- *Un Teniente auspiciado por el Ave Fénix que comandará una Guarnición de diez mil efectivos.*
- *Un Coronel auspiciado por el Grifo que comandará una Guarnición de trece mil efectivos.*
- *Un General auspiciado por el Dragón que comandará una Guarnición de dieciséis mil efectivos.*
- *Y el Capitán de la Guardia, auspiciado por el Ave Roc y al mando de veinticinco mil soldados honorios.*

Extraído de los apéndices del Código del Honor, la obra sagrada del Reino de la Guerra.

El coronel Kolli sacó la cabeza del agua. Entre el vapor del baño sonrió satisfecho de sí mismo. La reina apartó al guardia real de entre sus piernas, mirándole con una plácida impostura bajo una oculta y grimosa insatisfacción, algo que no acertaba a comprender pero cuyo origen podía fácilmente identificar: Hakon, siempre Hakon. Constantemente el único a quien había amado, y a quien terminó por cortar la cabeza para hacerse con una corona que no le daba más que preocupaciones. El destino, el destino, el destino, se tenía que recordar una y otra vez.

Tratando de alejar sus recuerdos Reika se incorporó en la terma. Su cuerpo desnudo y flaco quedaba al descubierto de cintura para arriba, hacia abajo lo cubría el vapor. Se serenó.

—Kolli, pasemos a hablar de asuntos más serios que para eso os mando llamar al amanecer, y no para que me embauques con esa mirada de plata y con esos rizos de oro. Quiero saber cómo está mi Guardia, y qué fidelidad me cabe esperar de cada uno de vosotros.

—Ejem —comenzó carraspeando el coronel, comprendiendo que la parte más placentera de la audiencia ya había concluido— por lo que a mi fidelidad respecta majestad, y al menos mientras tengamos estas reuniones —mostró su mejor sonrisa— no deberá preocuparse por mí. Del resto de los Nueve, con algunos tengo mis pequeñas dudas, con la mayoría no, y de uno tengo la gran preocupación que ya conoce.

»Comenzaré con el veterano Gardar. El general os es leal sin duda, demasiado vejstorio como para traicionar sus férreos principios. Pero empieza a ser un fósil inútil y su numerosa guarnición es un desperdicio en sus manos, por lo que tal vez debería buscarle un sustituto.

—Creo que os equivocáis conmigo —fue la seca respuesta de la reina, y le exigió continuar.

—Bueno, su majestad decide, pero no debería ser tan firme en sus principios con el joven Olafur y con el grandullón Kohdran. El primero, a vista de todos impoluto en su honor y comportamiento, estaba enamorado de Iscar ya en vida de Hakon, y tras la muerte del rey creo que hará cualquier cosa por complacerla. Aunque no sé, tal vez me equivoque y esta puede que le rechace. Si fuera así, creo que el honorable comandante se volvería loco. En cuanto al segundo, es tan grande como estúpido, y como vos se empeña en no ofrecer más que tradición, Iscar se empeñó en reunirse con él hace unos ciclos ¿Qué le propuso? No lo sé ¿Qué le costó para que aceptara? Pues con un buen festín de carne y alcohol, seguro que le bastó a la exreina consorte. Estoy convencido de que no tuvo ni que insinuársele.

Reika puso rostro serio, las noticias no resultaban nada reconfortantes.

—Trataré ahora de mitigar sus inquietudes —continuó el guardia tras leer a la perfección los pensamientos de la reina—. Por el comandante Grimm no se debe preocupar... al menos mientras no le importe que este pisotee una y otra vez el voto de castidad. Pero supongo —Kolli sonrío lascivo— que eso para vos no es inconveniente. Por lo que se dice de La Hiena, si fuera la mitad de bueno con la espada como lo es con su polla, sería el mejor guerrero que ha parido nunca Honoria. Pero a él lo que le interesa es acertar con lo segundo, no con lo primero, y mientras le deje pasearse libre en los burdeles, no tendrá que inquietarse por él.

»Tampoco deberá preocuparse por mi hermano Helg, el pobre es tan feo como digno. Si busca aburrirse, acuda al Oso, la verdad es que no sé a quién de la familia ha salido, pero desde luego no a mí, ni a nuestros padres.

»Las buenas noticias, majestad, me temo que se acaban con el comandante Bersi. El idiota y ciego de Ari piensa que Olafur es su sucesor natural, pero sospecho que el joven Bersi es el único que es tan noble como aparenta.

Reika salió de la terma repentinamente cortando las palabras del coronel. Se alejó unos pasos en busca de un albornoz de lino gris, y de espaldas a Kolli dijo:

—Supongo que ahora viene cuando debo preocuparme de verdad, ¿no es así?

Kolli no contestó inmediatamente sino que se dedicó a contemplar en silencio la figura esbelta de la reina. Cuando Reika se volvió a mirarle, continuó.

—Supone bien majestad, debe preocuparse. El teniente Vestein de Acero lo merece. Es un conspirador nato y un misterio que Hakon le nombrara uno de los Nueve. Tengo la sospecha de que su inteligencia le obliga a intrigar aunque sea para no aburrirse, y mi reina debería cuidarse de todos sus movimientos... si bien sabe jugar al despiste y es tan astuto, que hasta la fecha no he conseguido confirmar ninguno de sus ardides.

»Pero si el teniente es preocupante, mucho más lo es el capitán. Entiendo que sea reacia a tomar decisiones drásticas al respecto, y es posible que hasta aquí Ari se haya mantenido a su servicio, pero mientras nosotros conversamos, él se prepara para reunirse con Iscar. Debemos librarnos de él. Hacerlo es un riesgo, sí, pero dejarle vivo supondrá poner definitivamente al reino en contra de vos. El prestigio de Ari es el de un rey y no meramente el del capitán de la guardia. El pueblo lo considera el hermano y el sucesor de Hakon, mientras que vos sois... «su error y el error de la Ley», según se comenta en las calles.

»Puede que el capitán hasta ahora haya contribuido a sofocar las protestas de las grandes ciudades, puede que su guarnición no haya dado muestra de traición, puede que su honor le aísle de momento de intrigas. Pero majestad ¿cuánto tiempo puede cualquier honorio resistirse a la constante miel de la vanidad? Su traición es cuestión de tiempo, y debemos anticiparnos.

—No Kolli —contestó Reika con un tono neutro mientras caminaba despacio hasta la terma donde aún se encontraba desnudo el Guardia Real—. Ari tal vez no resista a la vanidad porque no hay karakiano capaz de hacerlo... pero yo sí lo haré. No iré contra el capitán, al menos que él dé el primer paso. —Y dando un beso al coronel en la mejilla, añadió—: Gracias por vuestros informes pero ahora debo vestirme y atender otra reunión.

— A sus órdenes — dijo el apuesto Kolli con resignación, y aún vino a preguntar —. ¿Veré a su majestad esta noche?

— No. Tal vez mañana, pero esta noche no.

Ari, capitán de la Guardia Real de los Nueve desde los tranquilos tiempos del rey Ivar, recorría el largo pasillo del palacio familiar de Iscar camino de la sala de audiencias, concentrándose una y otra vez en el repiqueteo desigual que su leve cojera, a través de los escarpes de su armadura, producía contra el suelo. No deseaba pensar en nada importante y prefería ofrecer un descanso a sus tribulaciones, pues se temía que estas aumentarían aún más tras la entrevista con la exreina consorte.

El ayuda de cámara que precedía al capitán se paró ante la enorme puerta bañada en oro que daba acceso a la sala, tras unos segundos le hizo un gesto inequívoco por el que podía entrar. Ari se rascó la cicatriz que atravesaba su mejilla derecha. Dentro tan solo se hallaba Iscar y su hijo Orn que sumaba tres años, con quien la mujer jugaba despreocupada y levantándole en el aire con cierto esfuerzo pero sin parar de sonreír hasta que advirtió al invitado.

— Por fin me honráis con vuestra presencia, mi estimado capitán — fueron las palabras de bienvenida de Iscar, para añadir dirigiéndose esta vez a su hijo —: Mi príncipe, ve a dar un beso a tu tito y luego da de comer a tu cachorro, mientras los mayores hablamos de cosas de mayores.

El pequeño obedeció a su madre y tras dar un beso en la mejilla al capitán, que desagradó más a este que al propio niño, se alejó hasta una esquina de la sala donde dormitaba dentro de una jaula una cría de león. El animal, capturado en la Isla de Despeñarocas bañada por el océano Sin Fin, era el último regalo que la exreina hiciera a su hijo.

El capitán esperó a que el pequeño se alejara, contemplando mientras tanto el traje blanco de muselina que vestía Iscar, y que realzaba su figura sin caer en la provocación. Cuando al fin habló, usó el tono hosco que acostumbraba con todo el mundo:

— Mi señora Iscar, me conoce lo suficiente como para saber que no me gustan nada los niños, que su hijo no es mi sobrino, y que si

acudo a vos es por las noticias urgentes que me debe comunicar. Urgencia que por otra parte tal vez no valoremos igual.

— Sabed que mi esposo siempre me decía que vos erais el mejor capitán de la Guardia de los Nueve que había conocido. Un ciclo, por fin me atreví a replicarle diciéndole que en realidad vos erais el único que conocía, y que por tanto no podía compararos con otros en nada. Entonces Hakon me contestó que yo era una infeliz, y que él no solo os había tenido a vos, sino a todos los capitanes que poblaban la Historia de Honoria, que todos estaban en los libros, y que con todos os había medido... Pero yo sigo teniendo mis dudas a pesar de que quisiera creer con todas mis fuerzas a mi difunto esposo. Decidme, ¿exageraba este acaso?

— Mi señora, a mí me ocurre algo parecido a vos cada vez que contemplo mi reflejo, salvo que yo tengo claro que Hakon sí exageraba, y mi recelo es únicamente en cuánto lo hacía. Y ahora que ambos hemos puesto en duda mis méritos, me gustaría saber para qué se me ha pedido venir.

— Qué difícil lo ponéis siempre todo — dijo Iscar mientras se servía con elegancia una copa de licor —. El gran capitán será al final quien juzgue la importancia de mi llamada. Pero antes me gustaría que me contarais, por supuesto hasta donde os permita vuestro cargo, cómo van los asuntos del reino.

— Mi señora, lo que yo le pueda contar ya lo sabe; que corren tiempos revueltos en los que tanto la reina como la Guardia tenemos mucho trabajo, que hay que aplacar el descontento de algunas ciudades importantes dispuestas a cuestionar la Ley, que se deben organizar las levadas que la reina ha solicitado, y que hay que intentar no caer bajo el influjo de los rumores de conspiración e intriga que cada vez rondan con más fuerza. Pero a esto último, mi señora, es vos tan poco aficionada, tan leal y fiel a la Ley, que con seguridad nada querrá saber.

— Vuestros intentos irónicos, capitán, no son tan ingeniosos como pensáis, y caerán en el absurdo en breves momentos. Pero antes decidme — Iscar le miró con sus ojos color café mientras apuraba su copa —. ¿Hay algún rumor confesable que me implique en algo?

— Bien sabe que sí, mi señora — Ari pronunció cada palabra despacio, y descruzando sus brazos para apoyar una mano en el rugoso pomo de la espada, y la otra en el cinturón, como si estuviera a punto de defenderse de un ataque — . El rumor que puedo confesar porque ya se encargan de cantarlo bien alto ciertos informadores, y puesto que vos no gusta de ironías, es el de que intenta derrocar a Reika a través de un complot que acabe asesinándola. Asentaría vos entonces a uno de sus favoritos en el trono, hasta que llegue el ciclo en que ese mocoso de allá pueda acudir al Reto y convertirse en rey. Aunque con sinceridad le diré mi señora, que los rumores, por supuesto no vos, manejan demasiadas circunstancias como para que la mitad de todo eso se cumpla.

Iscar no se inmutó ante el discurso del capitán y se limitó a servirse otra copa mientras esperaba que Ari siguiera hablando, como así ocurrió.

— Por otra parte, el reino está atravesado por otro rumor, que vos también conocerá, y que por supuesto dice justo lo contrario. A saber, que la reina Reika, temerosa de los tejemanejes de vos, planea asesinarla antes de que pueda ocurrir al revés.

»Ahora bien mi señora, vuelvo a suponer que vos no me habrá hecho venir hasta su palacio familiar donde tanto se ha respetado la Ley y la Tradición a lo largo de los siglos, para hacerme ninguna propuesta infame.

A Iscar no le gustó nada la referencia a su abolengo familiar, pero supo morderse la lengua. Decidió sentarse en el pequeño trono de la sala de audiencias que se situaba a escasos metros de ellos, sobre una tarima de poca altura. Iscar se recogió los bajos de su elegante vestido y se encaminó hacia el trono haciendo una demostración de su belleza, distinción, y porte real. En el trayecto, clavó su mirada en la pared del fondo situada tras la tarima. Ari la siguió hasta el borde de la plataforma odiando en ese momento la debilidad de su cojera. Fue Iscar quien habló:

— Realmente no sé por qué me molesto con vos... aunque tal vez sea porque no soy tan mala como creéis y porque quería a Hakon

mucho más de lo que se piensa. Y porque al fin y al cabo... él y vos erais como hermanos y siento cierta necesidad de protegeros.

»¡Porque de eso se trata insufrible capitán! De la certeza que tengo y no del rumor que señala que Reika, vuestra querida reina, planea no solo acabar con vos, pues sería demasiado evidente y pondría a Honoria definitivamente en su contra, sino librarse de ambos al mismo tiempo con una jugada muy interesante. Pues a pesar de que vos la estéis ayudando con el asunto de las minas, a pesar de que estéis sofocando posibles revueltas, y a pesar de mediar en el reclutamiento, os teme mucho más que a mí, y si hasta ahora le erais leal, piensa que podríais dejar de serlo si la cosa sigue empeorando. Y qué mejor que librarse no de uno, sino de los dos problemas que más le atenazan. Y yo, absurda de mí, tan solo quiero preveniros.

— Bonito discurso, bonito giro y bonito rumor, y ahora si me disculpáis, debo marcharme ya que tengo otras reuniones que afrontar.

— Vuestra prepotencia alcanza cotas muy elevadas mi capitán, pero ya os dije que quedaríais en ridículo. Pero antes de hacerlo decidme, ¿qué es lo que os ocurre que no me pedís ninguna prueba de lo que os revelo, teméis acaso que las tenga?

Sin esperar la respuesta de Ari, Iscar dio tres palmadas que llamaron la atención de su hijo, quien se encontraba metiendo finos trozos de carne cruda por entre los barrotes de la jaula de su mascota, y que al darse cuenta de que no se le reclamaba para nada, continuó haciéndolo. Las palmadas fueron la señal para el ayuda de cámara, que al entrar recibió la orden: «¡Traedlo!». Pocos instantes después aparecieron cuatro soldados que arrastraban a un prisionero engrilado de pies y manos.

Cuando Ari reconoció al macilento prisionero desenfundó su espada y se dispuso a atacar a los soldados, que pusieron cara de pánico ante la reacción del capitán de la guardia. Por suerte para ellos, Iscar intervino:

— ¡Maldito necio, guardad vuestra espada y usad la cabeza! ¿Acaso os traería a uno de vuestros comandantes encadenado sin un buen motivo?

Ari decidió escuchar lo que hubiera de decirsele, y aunque no enfundó la espada, la bajó para el alivio de los soldados que custodiaban a Olafur, el guardia más joven de los Nueve, el predilecto del capitán, quien parecía no atreverse a levantar la cabeza. Su pelo, negro y largo tapaba por completo su rostro.

— Está bien — terminó por decir Ari — Escucharé atentamente el motivo por el que uno de mis comandantes se encuentra encadenado... y por qué no se atreve a mirarme.

Los soldados ante las palabras del capitán se relajaron, y su alegría fue completa cuando Iscar les ordenó marcharse, algo que hicieron sin titubear. Iscar dijo:

— No tendría mayor inconveniente, capitán, en que vuestro querido Olafur contara el motivo que le trae hasta nosotros, pero desgraciadamente no le veo en buena disposición para ello. No sé, tal vez sea su honor mancillado el que lo ha vuelto tímido. Así que seré yo la que hable y si en algún momento el comandante no está de acuerdo, podrá interrumpirme sin problemas. ¿Algo que objetar por alguno?

Ninguno de los dos contestó. Olafur se conformó asintiendo con la cabeza pero sin levantar la mirada mientras que Ari no se movió en absoluto a la expectativa de aclarar aquella escena que no terminaba de creerse y que no aventuraba nada bueno para el joven Guardia.

— Pues veréis capitán — empezó a explicar Iscar sin prisa y con cierto deleite en sus palabras —, resulta que el comandante Olafur se coló hace dos noches en este palacio con la clara intención de cortarme la garganta a mí y a mi inocente Orn. Una vez dentro, se dirigió a mis aposentos, forzó hábilmente la puerta tras burlar a mi guardia, y se dispuso a descargar su daga contra mí. Momento en el que la función se le acabó.

»¡Hay que ser inútil para actuar como lo hizo! Hay que tener poco seso para intentar sobornar a uno de mis guardias con la escuálida bolsa de espadines que lo intentó. Así que pagó cara su miseria. Olafur necesitaba colarse en el palacio y contactó para ello con uno de

mis centinelas, quien no tardó en decirle que lo lograría... pero bajo mi consentimiento y tras una bolsa ajustada a sus servicios ¡Y es que todos los honorios que trabajan para mí saben que yo siempre recompenso la inteligente lealtad!

»En fin, que lo preparamos todo para apresarle y tras apuñalar los almohadones que me sustituyeron, mis guardias se abalanzaron sobre él. Luego, solo tardó unas horas en relatar por qué y por quién se encontraba en esa situación.

Iscar dejó de hablar y miró sucesivamente al capitán y al comandante, con calma, dándoles la oportunidad de interrumpirla y desbaratar su relato, pero ninguno de los dos dijo nada ni hizo intención de hacerlo, por lo que continuó complacida.

— Resulta que el joven Olafur admitió haber tenido un encuentro clandestino con un honorio misterioso que en nombre de nuestra reina le ofreció una importante suma de espadines, y como terminó por soltar tras alguna caricia, la insinuación de favores reales si conseguía deshacerse de mí y de mi vástago. Y ahora viene lo más sorprendente, pues su recompensa llegaría no por el trabajo, sino por confesar luego que erais vos quien le había mandado la ejecución, pues el dinero y los favores exigían que una vez acabara conmigo y mi hijo, se dejara apresar por la astuta Reika y confesara que obedecía vuestras órdenes, quedando ella como un adalid de justicia, y librándose de paso de sus dos mayores problemas. Y mi capitán, habéis de saber que Olafur no tardó en aceptar el ofrecimiento, como podréis concluir de esa vergüenza que recorre su rostro humillado por la que parece incapaz hasta de erguir la cabeza.

Iscar paladeaba cada palabra y mostró una seguridad casi insultante. Tras hacer un gesto despectivo hacia el joven que este no vio por seguir con la cabeza bajada, la mujer clavó su mirada en Ari.

— Podréis decirme ahora, Capitán de la Guardia Real de los Nueve, que ese misterioso intermediario que habló en nombre de Reika podía estar haciéndolo por boca de otro conspirador con la oscura intención de librarse de mí, de difamar a la reina, y de perjudicaros a vos... pero no lo creo y no me importa. Lo que sí me importa

es que mi hijo está vivo, que yo también lo estoy, y que he cumplido con mi deber avisándoos de lo que se mueve a vuestro alrededor. Lo que sé es que he hecho lo mejor para Honoria, y que esta basura que estaba dispuesta a asesinar a mi pequeño, no me interesa para nada, por lo que podéis llevároslo ahora mismo si así lo deseáis.

Ari guardó silencio durante unos largos segundos contemplando a Olafur, se rascó la cicatriz, y se acercó hasta el joven comandante. Le sujetó de la barbilla y le levantó la cabeza, le abrió la boca y vio que seguía teniendo lengua, le escrutó la cara y los ojos y comprobó que no estuviera bajo los efectos de alguna planta o veneno. No lo parecía y pudo leer sin dificultad en esa mirada esquiva, una culpabilidad manifiesta. Finalmente dejó de sujetar la cabeza del que fuera su ahijado y este, contumaz, volvió a su posición anterior. El capitán se giró hacia la reina.

—No, no quiero llevarme a esta escoria, haced con él el acto de justicia que consideres oportuno. La Guardia de los Nueve, de momento contará con ocho miembros.

Ari se marchó sin decir una palabra más, presuroso a pesar de su ligera cojera, sintiéndose asqueado y utilizado por todo el mundo.

Cuando tras la enorme puerta desapareció Ari, el bello rostro de Iscar se dulcificó y Olafur al fin levantó la cabeza. Sus ojos aún expresaban culpa. La exreina consorte se encaminó hasta el joven tras levantarse del trono que había sobre la tarima. Dio un tierno beso al comandante en la mejilla.

—Querido muchacho, un silencio un tanto sobreactuado, pero al margen de eso una buena interpretación, que tus ojos no lloren tu traición al capitán, pues Honoria te agradecerá el sacrificio.

—Lo que yo quiero mi reina —dijo Olafur intentando una sonrisa que se quedó en triste mueca— es que seáis vos quien me lo agradezcáis.

Pero el joven no escuchó nada de lo que tanto había anhelado, sino más bien al contrario.

—Hay que reconocer nos guste o no —habló seca Iscar—, que vuestro capitán es tan aburrido como presumible, y hasta acerté en que os dejaría conmigo para que os ejecutase yo.

Iscar dejó al comandante con las cadenas puestas. Se acercó hasta donde se encontraba su hijo, quien se había quedado adormilado junto a la jaula del león. Tomó al pequeño Orn, y comenzó a marcharse de la sala ante la incompreensión del joven.

— ¡Pero mi amada reina, ¿acaso pensáis dejarme encadenado? — suplicó Olafur mientras Iscar desaparecía tras la gran puerta bañada en oro sin dar respuesta alguna.

Instantes después la preocupación del comandante fue otra. Advirtió que la pared de la tarima donde se encontraba el trono se abría ligeramente. Por ella se deslizó una figura que de inmediato reconoció como el arlequín que le había propuesto en nombre de Iscar todo aquel teatro. Olafur se había mostrado reacio durante bastante tiempo, y en ningún momento quiso traicionar a su capitán a pesar de las promesas y las monedas, pero finalmente la pasión que sentía por Iscar inclinó su decisión y, aceptó el trato tras entrevistarse personalmente con la exreina consorte.

El arlequín, con la cara pintada, se acercó a Olafur, dejó caer una barba postiza y una peluca, cambió su andar, tiró al suelo un bastón, dibujó una amplia sonrisa y sacó una daga bajo su manto. El joven mudó su rostro por la sorpresa y el reconocimiento, abrió la boca y quiso gritar todo aquello que había callado ante su capitán... pero ya fue demasiado tarde. El cachorro de león contempló con calma la escena.

Reika se sentía algo incómoda y como una niña ante sus dos fieles consejeros, quienes desde pequeña la educaron en las armas, la fe y la vida. Y aunque como acostumbraban le acababan de censurar sus conductas más ligeras, sabía que en ellos podía confiar plenamente. Se sentía afortunada al pensar: «Nadie puede fiarse de nadie a ciegas, y yo puedo hacerlo de ellos dos».

Reika iba extrañamente recatada, con un vestido púrpura hasta los tobillos que caía laxo sin ceñir y que no dejaba al descubierto ni espalda, ni escote, ni piernas. Si en aquella pequeña habitación contigua al salón del trono del Palacio Real hubiera espejos, hubiera sentido cierto agobio.

La reina perdía su mirada contemplando por el arco ventana del palacio, las Montañas nevadas de la Vida, entonces llevó su atención hasta Espada, su ciudad, suya por derecho propio, pero cuya corona no le estaba resultando nada fácil de llevar.

— Está bien — dijo Reika sin volverse — ¿cómo veis la situación?

Solvi, el maestro de armas, cruzó su mirada severa con la de Heriho, el sacerdocio, y respondió a la reina tras pasarse una mano por su cabeza completamente calva:

— Jovencita, la situación es tensa y sigue empeorando poco a poco. Las ciudades norteñas más importantes, Hierro, Acero y Plata, siguen debatiendo si es honorable o no volver a ser gobernados por una mujer, y de momento la respuesta mayoritaria es que no. Por suerte para nosotros tienen problemas, pues la Ley les recuerda que quedan dos años y medio para el próximo Reto, y aunque para entonces tal vez sean cientos los candidatos que quieran disputar la corona, solo podrán presentar uno, y tanto ellos como nosotros sabemos que ahora mismo no hay nadie que esté a vuestra altura.

El consejero antes de continuar se alisó su camisa de color claro y se ajustó el cinturón. Sin una espada en las manos Solvi se sentía algo ridículo por su estatura, su pupila era mucho más alta que él, mientras que el sacerdocio además de altura, le aventajaba por mucho en robustez.

— Manejan también la opción de injuriaros abiertamente para ver si aceptarais el Reto por Ofensa. En ese caso la decisión quedaría bajo vuestro exclusivo criterio y aunque están convencidos de que no os negaríais, se topan con el mismo problema que en su primera opción, y es que por muchos candidatos que tengan, los príncipes norteños no creen que puedan derrotaros con ninguno, por lo que cualquier duelo legitimaría aún más vuestro poder... salvo que consiguieran enfrentaros al capitán Ari. Todos vuestros enemigos coinciden: creen que el capitán es el único capaz de derrotaros.

»En definitiva, Ari es la pieza sobre la que gira todo, las capas negras del Ave Roc son la Guarnición que os permite controlar Espada, y la reputación del capitán y el apoyo que os ha mostrado hasta ahora

hace que las ciudades mencionadas no se nos echen encima saltándose la Ley. Si le perdemos, y las noticias que nos das jovencita no son nada buenas, tal vez consiguiéramos el apoyo del Sur, pero no creo que fuera suficiente para ganar una guerra civil. Y todo esto sin contar que, aún en caso de victoria, nuestras fuerzas se verían mermadas y sería imposible enfrentarse con mínimas garantías a Arcania.

Solvi hizo un parón para dar mayor fuerza a las palabras que se avecinaban, se volvió a pasar la mano por su cabeza y continuó:

—Si equivocáramos la guerra regalaríamos la Profecía a vuestro hermano. Os lo diré con claridad, una guerra civil sería nuestro fracaso más rotundo independientemente de que la ganáramos o no. No sé cómo debemos hacerlo, pero hay que demostrar a la mayor parte de vuestros enemigos que vos sois la indicada para regir Honoria, y hay que hacerles ver al tiempo, que nosotros no les consideramos nuestros enemigos aunque sepamos que quieren derrocaros.

—¡Por Zarrk! —intervino la reina sin dejar de mirar por la ventana—. ¡Qué descorazonador resulta oírlos! La verdad es que prefiero recibir vuestros espadazos a estas palabras, son más fáciles de sobrellevar.

—Jovencita —replicó con dulzura su maestro—, hasta ahora supisteis encontrar el modo de sobrevivir a mis lecciones, y estoy convencido de que también hallareis la manera de escapar a la encrucijada que os presento.

La reina por fin se apartó de la ventana y dándose la vuelta observó a Solvi para terminar diciéndole casi en un susurro:

—Eso espero maestro, amigo y padre, eso espero.

Reika se volvió entonces al sacerdocio que con su corpulento tamaño, sus anchos hombros y sus robustos brazos cruzados sobre el pecho, contrastaba con el pequeño y grácil maestro de armas.

—Dime Heriho, ¿cómo va el asunto de las levas y cómo el de las minas?

—Hija del Destino —el sacerdocio que respiraba con tranquilidad y sosiego, llamaba en ocasiones con esa pompa a la reina, aunque a

ella no le hiciera demasiada gracia —, el reclutamiento se mueve a buen ritmo. Tenemos a los mejores oradores trabajando para nosotros y están consiguiendo insuflar en los más jóvenes las ansias de fama y gloria que los años de paz han robado a sus padres. Nuevamente, el Sur lo pone más fácil y tenemos eficientes instructores conformando ya una buena tropa. En el norte, los príncipes caudillos, esos mismos que nos advierte Solvi que os miran con recelo e intrigan por ser mujer, esos infelices que desconocen que eres la Elegida, maldicen que sus hijos decidan alistarse a las levadas y les ponen las máximas trabas, por lo que hay menor reclutamiento. Además, debemos suponer que en caso de guerra civil, algunos jóvenes que han dado el paso hacia nosotros, no se volverían contra sus familias, y tendríamos un grave problema interno.

»El tema de la anarcanita por su parte también avanza. Hemos conseguido optimizar la extracción de la mina del oeste y nuestro preciado mineral ha comenzado a fluir hacia Espada a buen ritmo. Sin embargo, los expertos auguran que pronto se agotará el abastecimiento. Según los cálculos más optimistas, hay suficiente mineral para defender Honoria pero no lo habría para atacar al Reino de la Magia. Y para vencer a los arcanos, como vos siempre habéis defendido, debemos atacar y sorprenderles al poco de que vuestro hermano llegue al poder, antes de que haya podido preparar su defensa.

—Cierto Heriho, cierto —dijo la reina sintiendo que hasta el sacerdocio, aunque trataba de ocultarlo, comenzaba a tener dudas sobre el éxito de su reinado.

La reina sintió que, si previamente Solvi ya había demostrado los celos lógicos de un honorio pragmático como resultaba ser su maestro de armas, no se podía permitir lo mismo con el sacerdocio, al que durante más de veinte años le había escuchado decir cíclicamente que ella era la Elegida del Padre y de Zarrk. Sintió que no podía permitirse que también él tuviera grietas en la Profecía. No se lo podía permitir, si no quería ahogarse en esas mismas dudas que a ella le atenazaban.

—Y por eso he mandado un importante destacamento a la Región de Paria para que se comiencen a explotar sus minas del sureste. Sus reservas son ingentes y prácticamente vírgenes, y los arcanos temblarán ante la cantidad de anarcanita que reforzará a nuestro ejército, hasta convertir sus hechizos en meros fuegos artificiales.

—Temblarán —interrumpió Solvi con voz escéptica mientras se volvía a pasar compulsivamente la mano por su cabeza— si conseguimos establecer un suministro fluido. Pero jovencita, esas minas están sumamente lejos y mal comunicadas, y necesitaremos la plena colaboración del pueblo pario al que acabamos de subir impuestos y tributos, y al que ya prácticamente no protegemos de unos proscritos que principalmente mandamos nosotros. Y por si fuera poco, habrá que obligarles para que trabajen a destajo en las minas.

No deberíais ser tan pesimista —cortó seco Heriho al pequeño consejero mientras la reina observaba la escena—. En ocasiones parecéis olvidar que el Padre y su Hijo Zarrk están con nosotros. Honoria y especialmente Paria no deben centrar nuestras preocupaciones, y sí Arcania, Danadanial, y su elegido Tabalt. Fe y devoción maestro Solvi, y conseguiremos encontrar el camino que le corresponde a la Elegida.

—Sacerdocio —contestó el maestro de armas—. Yo fui criado en la fe de la espada, y mi fe en Zarrk se basa en que es el Dios que la empuña. Del Padre en cambio poco sé, salvo que los Libros señalan que abandonó Karak hace más de un milenio dejándola en manos de sus Hijos, y que ahora, desde hace poco más de veinte años, vuestra secta isleña asegura que ha vuelto para reclamar el mundo en su totalidad por medio de una Profecía que señala a nuestra reina como una de las dos candidatas a convertirse en su heredera carnal.

»Permitidme así Heriho que tenga mis dudas en vuestra secta y en sus pronósticos algo retorcidos. Pero mis dudas hacia vosotros no significan mi rechazo hacia Reika. Vos sabéis que ella es como mi hija, y sé de lo que es capaz. Por eso, creo en ella más que en el Padre, más que en Zarrk, y más que en la Profecía. Y porque creo en ella y en que nada nos será regalado, me preocupo por no olvi-

dar ninguna dificultad de las que nos atenazan, y ponen en riesgo la misión.

»Por eso y aunque Arcania sea nuestro último objetivo, si antes desangramos a Paria, y si antes no conseguimos convencer a nuestros propios hermanos honorios, no creo que tengamos siquiera la posibilidad de enfrentarnos a Tabalt, o a Aglaia, si es que el hermano de Reika consiguiera suceder en el trono a la reina actual, cosa que también dudo por las informaciones que manejamos.

Heriho descruzó sus brazos en un gesto de clara exasperación que anunciaba una inmediata respuesta, pero Reika se acercó a ellos hasta tocar a cada uno con una mano.

—Basta ya —dijo Reika mirando con sus profundos ojos azules sucesivamente a los consejeros que en tanto estimaba—. Solvi tiene razón en que debemos cuidar cada detalle para que no se desmorone, no ya la Profecía y la Voluntad del Padre, sino nuestro honor de merecer tal elección.

»Por ello mañana me reuniré una vez más con Ari, sondearé su encuentro con Iscar, y veremos qué sale de todo ello. En cuanto a Paria, no me gustan las medidas adoptadas pero necesitamos su dinero, sus brazos, y su mineral. A nuestro favor contamos con que durante toda su historia han sido campesinos, pobres y sumisos, y no creo que tengan intención de cambiar porque les explotemos un poco más.

»En cuanto a la ruta para transportar la anarcanita una vez extraída, como bien se ha dicho resulta difícil y larga... al menos por tierra. Y es que maestro, he mandado aumentar nuestra pequeña e inutilizada flota naval para llevar el mineral desde el yacimiento hasta Cobre. De este modo conseguiremos ser mucho más rápidos, aumentar la carga, y ahorrarnos el peligro de los proscritos.

—Extraordinario —dijo Solvi con una expresión mucho más relajada en su rostro de las que se había permitido hasta ahora, y continuó—. La solución del Mar Tranquilo es brillante, y fruto una vez más de una mente intrépida. La mayoría de los honorios somos incapaces, con nuestras mentes pegadas a la tierra, de pensar siquiera en los frutos que nos puede dar el insondable mar.

El maestro de armas se encaró con Heriho y le sonrió, acto seguido tomó los fuertes brazos del sacerdocio y se los cruzó en un gesto para enterrar claramente sus disputas. Añadió:

—No sé si nuestra niña es la Elegida de la Profecía, como cuenta vuestro Padre cascarrabias, pero si no lo es, si Reika no es la destinada para unificar Karak, debería serlo.

Heriho aceptó el comentario con una ligera reverencia de cabeza, y lo que quedó de encuentro se tornó entonces en sonrisas y gratos recuerdos salpicados de sureña cerveza para Reika, algo de mosto del este para Solvi, y de agua para el sacerdocio traída de los manantiales de las Montañas de la Vida.

Horas más tarde, con el rojo fuego de Vespertina reinando en un cielo nublado, Reika se encontraba nuevamente observando su ciudad desde el que ahora era su palacio. Lo hacía desde su dormitorio, aquel en el que había pasado los mejores momentos de su vida junto a Hakon, cuando Reika no era más que la amante del rey, y una simple avezada y algo misteriosa guerrera. Sentía la necesidad de intentar sepultar esos bellos recuerdos, y la única manera que encontró tras haber fracasado con la cerveza, fue acabando el atardecer de Vespertina como había comenzado el amanecer de Lucero.

Al llegar el visitante, la reina dio la espalda al ventanal de arco apuntado y mostró al recién llegado el esplendor insinuante de su vestido gris de gasa, semitransparente y con un provocativo escote en uve. Reika no tenía muchas ganas de andarse con explicaciones y decidió que su atuendo y el lugar hablaran por sí solos. Por otra parte, el invitado no necesitaba muchas pistas para entender lo que se le pedía.

—Grimm —dijo Reika con un tono conminatorio a pesar del alcohol ingerido—, te mandé llamar porque eres quien mejor conoces los bajos fondos de Espada a través de burdeles y tugurios, y quiero saber qué es lo que se cuece en ellos, pues no me gusta descartar ninguna fuente de información, y tal vez quiera poner ejemplares castigos para quienes me nombren como Reika La Terrible.

El Nueve con peor fama de todo el Reino, respondió con una mirada lúbrica que recorrió con calma de arriba abajo, el cuerpo agudo, esbelto y delgado de la reina. Tras unos segundos habló para alabar la pulserita que Reika llevaba en su tobillo derecho, para ensalzar el collar de plata que le colgaba al cuello, y para elogiar la excelente tela del vestido: «Permite marcaros la dureza de vuestros pezones». Grimm se acercó a la reina con seguridad de no ser rechazado y le susurró al oído:

— Es extraño que conociendo el uno del otro las necesidades que ambos tenemos, hayáis tardado tanto en solicitarme información, o en venir yo a ofrecéroslo. Y lo más curioso de todo, es que la tengo y muy jugosa, pero dejémosla para más tarde.

CAPÍTULO XII: HONORIA

En los albores de nuestra cuarta centuria, el rey Finn, pronto El Constructor, El Recio, escribió:

«Mi hacha no tiene parangón en estos tiempos tibios, pero no me basta con quebrar a mis mediocres opositores, necesito construir para mi pueblo hasta que llegue el momento de volver a atacar Arcania. Sin embargo, veo que ese tiempo aún está lejos y, rezo a Zarrk para que me conceda un reinado lo suficientemente largo como para emprender una nueva Guerra».

Finn había comprendido que tras la devastadora III Guerra entre los Reinos, Honoria se había vuelto débil y conformista, y por eso, formó un Consejo de sabios a la manera arcana, que al sumar dos décadas había conseguido revitalizar la economía y el comercio, rentabilizar la agricultura y el ganado, mejorar sobremanera las comunicaciones y los caminos del Reino, y levantar un ejército casi extinto.

De entre todos sus logros, el rey Finn, que también había logrado reducir los robos y los asesinatos con la dureza de las condenas, se enorgulleció especialmente de haber puesto en pie su proyecto de erigir un Palacio-Fortaleza en la cima de la Loma de la Gloria. Una construcción tan inexpugnable como bella, que dominaría desde entonces la capital y que pasaría a ser la Residencia habitual del vencedor del Reto de la Corona.

Este gran rey sin embargo, no fue escuchado en sus rezos, pues tras siete Retos vencidos sin apenas dificultad, y cuando la IV Guerra ya se respiraba en el ambiente, la muerte le alcanzó de la manera más ignominiosa: por medio

de una daga en mitad de la noche. Finn el Constructor, El Recio, también era Finn el Lujurioso, y antes de morir, pronunció la palabra «amante» que fue interpretada como acusación.

Pero no se logró hacer confesar al asesino o asesina, y se condenó a muerte a todos los sospechosos; siete honorias nobles, veintidós honorias villanas, cuatro honorios efebos, y según ciertos libros judiciales, tres parias de extraordinaria belleza.

Tras el regio funeral, llegaron las treinta y seis ejecuciones sumarias. Luego, el ansia de iniciar una IV Guerra entre Reinos se dispó poco a poco, tal vez, dicen muchos historiadores de la época, porque los sucesivos reyes no quisieron arriesgar la placidez de vivir en la maravilla del Palacio-Fortaleza que había erigido Finn el Constructor.

Del historiador honorio Frodi de Estaño.

Faltaban pocos minutos para que se equilibraran las dos estrellas diurnas. Cuando Lucero y Vespertina se alzarán mirándose frente a frente con sus discos amarillo y rojo respectivos, la reina dará la señal para que el Desfile Anual de las Guarniciones comenzara.

Justo antes de que el equilibrio ocurriera, Solvi llegó entre sudores al palco real repartiendo miradas poco amistosas para casi todos los presentes, para el capitán Ari, para el general Gardar, y para el vetusto ministro de Guerra Oddi, quien apenas si se percató de la nueva figura que ocupaba el palco debido a que en los últimos meses se encontraba repentinamente cansado y envejecido. Todos coincidían en que desde el misterioso estallido de su báculo el ciclo de la coronación de Reika, nada había sido igual para el anciano cuya salud se marchitaba con premura. Bien distintas sin embargo resultaron las reacciones del capitán y del general, que devolvieron la animosidad del consejero desde sus armaduras de placas bruñidas, y desde unos portes cargados de dignidad, pero sobre todo, cargados de tensión.

La reina se encontraba en el centro mismo del balcón erigido en palco. No se asomaba a la barandilla como hubieran deseado muchos, pero se dejaba contemplar gustosa por los miles de honores curiosos que no querían perderse ni un detalle de aquel ciclo festivo convertido por los acontecimientos, en fiesta del morbo, pues se daba la posibilidad de que se reencontraran la amante y la esposa del fallecido rey Hakon, odiado por la segunda y muerto por la primera. El maestro de armas se colocó a la izquierda de la reina, mientras que a su derecha y desde el inicio, se hallaba el sacerdocio Heriho.

—Jovencita —dijo Solvi en un susurro al oído de Reika— presidir el desfile en esta situación de inestabilidad e intrigas es ciertamente una locura. El orgullo que mostráis compromete el reino, la vida y vuestro destino, si es que acaso los quisierais realmente, porque parece que os empeñáis en perderlo todo.

La reina escuchó paciente la regañina para contestar después con una voz lo suficientemente alta como para ser oída en todo el balcón.

—¿Y qué cree que puede ocurrirme querido maestro, si me encuentro protegida por mis dos padres y por mis dos mejores Guardias?

Tras oírla los consejeros suspiraron resignados mientras que Ari y Gardar decidieron hacer oídos sordos, concentrándose en la creciente algarabía y en los posibles rostros sospechosos de lo que fuese. Ya tenían bastante con el Desfile y sus incógnitas.

Tanto la avenida Real por donde transcurriría el Desfile, como las calles aledañas, se encontraban a rebosar. Las Nueve Guarniciones atravesarían Espada de norte a sur, desde la Puerta del Comercio, donde se hallaba el mayor cuartel militar de la ciudad, hasta la imponente Puerta de la Guerra.

La capital de Honoria parecía haberse plegado hacia esas calles centrales y costaba moverse por ellas, si bien era la avenida Real la que presentaba un aspecto más extremo, con sus dos aceras colapsadas por honores llegados de todo el reino, mientras que la calzada permanecía prácticamente libre y despejada, a la espera del paso de las guarniciones.

Sobre las aceras se cernían distintos palcos, balcones situados en segundas y terceras alturas de los edificios que se levantaban en la avenida principal de la ciudad. Como cada año, en estos palcos se encontraban las familias más poderosas del Reino de la Guerra, si bien en esta ocasión y debido a la creciente incertidumbre del reino, las grandes familias habían decidido ser representadas por terceras y cuartas cabezas, eligiendo la prudencia sobre la pomposidad. El resultado era el de que en los palcos se hallaban representantes menores cargados de miedo, que presentaban rostros timoratos sintiéndose como ovejas para el sacrificio en caso de que la cosa estallara. Lo que en definitiva, añadía más morbo para un público que se hallaba casi en éxtasis.

Sin embargo esos representantes de tres al cuarto se sobrevaloraban, pues tan solo dos eran los palcos que copaban casi toda la atención. El primero y principal se encontraba prácticamente frente al Anfiteatro Snorri II. Algo más al sur, pero sin llegar al Palacio Real de la Loma de la Gloria, se levantaba el segundo. En el primero se hallaba la reina como ya queda dicho. A pesar de la insistencia de sus consejeros para que no acudiera, a pesar de las advertencias de los comandantes Kolli y Grimm, y a pesar del sentido común. Junto a ella, sus consejeros, el capitán, el general de la Guardia, y el ministro de guerra. Es decir, el palco se regía por la tradición.

En el segundo, y visible este del primero debido a su cercanía, también se cumplía la tradición hallándose en él los comandantes de la Guardia, si bien este año faltaba el joven Olafur, desaparecido misteriosamente bajo todo tipo de cotilleos insidiosos desde hacía mes y medio. Así, Helg, Bersi, Grimm y Kohdran, se paseaban tensos y con sus armaduras, sin hablarse los unos a los otros, y sin siquiera mirarse. Junto a ellos se encontraban dos nerviosos nobles de Acero y Plata, y aún quedaba por desvelar la gran incógnita; si finalmente acudiría a este palco como se había rumoreado, Iscar, la viuda de Hakon, la exreina consorte. La expectación se mantenía y de momento no había hecho acto de presencia.

Vespertina aún debía elevarse un suspiro más en el horizonte para alcanzar a Lucero, cuando Villburg, el escudero de Reika, irrumpió en

el palco real con una carta lacrada que entregó inmediatamente a la reina. Esta la abrió sin contemplaciones y leyó con presteza para sí:

Mis fuentes no se equivocaban. Hemos detenido a Thorvald, el antiguo escudero de Hakon, en el sótano de una casa cercana a vuestro palco. Tenía un estado febril pero nos ha costado muy poco que reconociera sus intenciones de atentar contra vos durante el Desfile. Se encontraba envenenando puntas de flecha. Lo mandé llevar inmediatamente al calabozo.

No creo sin embargo que él fuera vuestra única amenaza ni mucho menos la mayor. Kolli y Vestein dirigirán las tropas como les corresponde por su rango y como manda la tradición. No me fio de ninguno. Menos aún si cabe de vuestro querido Kolli que del sibilino Vestein. No son celos Reika, ¡cómo voy a tener celos! Y tampoco tengo pruebas, pero cuidaros de los dos y de sus movimientos.

Por supuesto el capitán y Gardar os creen culpable de todo, de la desaparición del pacato de Olafur, de la tensión entre el resto de comandantes, del error de nuevos reclutamientos... y en definitiva de estar al borde de la guerra civil. Por suerte su honor no les deja intrigar... y esperan.

Vuestros consejeros tienen razón ¡No deberías estar en el palco, demasiados posibles conspiradores, demasiada gente en el Desfile, demasiado descontrol! Vigila a cualquier arquero y a cualquiera que pueda resultar sospechoso, pero sobre todo, a aquellos que no.

La Hiena.

Tras leer la carta la reina la rompió mientras ordenaba a Villburg que se marchara, preguntándose al tiempo si su escudero sería capaz de sentir por ella la devoción enfermiza que Thorvald había sentido y seguía sintiendo por Hakon. Reika se sonrió ante la evidencia negativa de su respuesta, y se dijo que todavía estaba lejos de conseguir que sus súbditos la adoraran. «Aún me falta mucho», murmuró, «para darle la mano al destino.»

Por fin llegaba el momento, Lucero por el este y Vespertina por el oeste se miraban cara a cara desde sus respectivos discos. Reika, la reina de Honoria pesara a quien pesara, presidiría su primer Desfile anual de la Guardia de los Nueve.

La reina inició el ritual. Saludó con solemnidad a sus dos máximos oficiales. En cierta manera debía agradecerles su recalcitrante honorabilidad porque pensó: «De lo contrario, hace tiempo que un cuchillo, una flecha o un vaso lleno de veneno, me habrían borrado del mapa de la Historia. Me creen culpable de mi guerra particular con Iscar, de que los norteños no quieran aceptar a una mujer por reina, y de las disensiones e intrigas que sacuden la Guardia, y sin embargo, aún parecen mantenerse neutrales mal que les pese, tal vez por la Ley, tal vez, quién sabe, porque piensen que su admirado Hakon no pudo equivocarse tanto cuando se enamoró de mí».

Miró después brevemente con una sonrisa tierna a sus consejeros, y pasó luego a asomarse lo máximo posible en el palco, agarrando firme con las manos la barandilla y dejando que el pueblo la jaleara por una vez, pudiendo contemplar su espléndida y reluciente armadura de anarcanita acabada en un llamativo rojo intenso. La protección estaba forjada a su medida, por lo que resultaba bastante menos voluminosa que la mayoría.

Un pensamiento recorría la cabeza de muchos honorios mientras contemplaban a su reina: «Con una armadura de ese color, será un blanco fácil para un arquero».

El director de la orquesta militar confirmó desde su posición que estaban preparados. La reina alzó entonces su brazo izquierdo con la palma de la mano abierta, luego la cerró y bajó el brazo. Las trompas y trompetas, los oboes y clarinetes, resonaron con fuerza y dieron la señal musical. El Desfile daba comienzo.

Reika observó el otro palco y pudo verla. Iscar acababa de llegar con su hijo. La exreina se mostraba majestuosa, radiante, su belleza resultaba casi un insulto y convertía en feo aquello con lo que se le comparara. Vestía un traje de seda azul que siendo recatado, insinuaba la perfección de su cuerpo, a juego con su larga y brillante melena rubia. Iscar sonreía... y la miraba, no paraba de mirarla. Un escalofrío recorrió por entero a la reina.

— ¿Para cuándo un buen presagio? — se preguntó despreocupada de ser oída.

Como mandaba la tradición desde que se constituyeran hacía más de seiscientos años, Las Nueve Guarniciones recorrerían la avenida Real de norte a sur en su Desfile. Como venía ocurriendo desde varios siglos atrás, primero saldrían las tropas de los cinco comandantes, cada una compuesta por siete mil unidades. Tras ellos, sería el turno del teniente Vestein con sus diez mil soldados de capa roja, del coronel Kolli con trece mil efectivos de capa añil, del general Gardar con dieciséis mil de capa blanca, y por último, del capitán Ari con sus fuerzas de veinticinco mil soldados de capa negra.

Este año abrían el Desfile las tropas del comandante Bersi, quienes portaban un leopardo de heráldica, y que como el resto de las guarniciones de los comandantes, lucían capas verdes. Le seguirían los soldados de Helg con su característico oso bordado en la capa. Tras ellos los fieros leones del comandante Kohdran marcharían este año en tercer lugar. Las unidades de Grimm, llamados los hienos por su animal heráldico y que junto a las tropas de Ari eran los únicos que admitían a mujeres en sus filas, marcharían después. Finalmente saldrían en el último lugar de las guarniciones de los comandantes, los soldados del desaparecido Olafur con su característico lobo.

Para los soldados de la plana mayor del ejército, los estandartes, los escudos, las capas, y muchas de las armaduras, lucían el ave fénix si eran de la guarnición de Vestein, el grifo si pertenecían a la de Kolli, el dragón para los de Gardar, y la imponente ave Roc para los soldados del capitán. Como cada año y según quedó dicho, los comandantes verían el desfile desde el segundo palco de autoridades, mientras que el teniente y el coronel se encargarían de dirigir a las tropas a pie de calle, quedando el general y el capitán encargados de acompañar en el palco principal al ministro de guerra y al rey, en este caso reina, por primera vez desde hacía ciento cuarenta y siete años.

Cuando la vanguardia de la guarnición del comandante Bersi, llegó a la altura del palco real, Reika ya estaba cansada de las miradas de Iscar, que no cesaban un solo instante. De los asistentes a los dos palcos, tan solo el menguado Oddi y el inocente Orn permanecían indiferentes a la embarazosa tensión de las dos mujeres, el resto se

mostraban incómodos y preocupados. No se podía decir lo mismo del público que a pie de calle andaba detrás del morbo y de alimentar unas habladurías que en el reino ya eran más que jugosas antes del Desfile, y que se verían colmadas más allá de toda expectativa en breve tiempo.

Reika terminó por ignorar la insidiosa persistencia de Iscar y se concentró en su ejército. Decidió tomar la segura sonrisa de la viuda de Hakon con su claro intento por llamar la atención, como un toque más de advertencia ante lo que pudiera ocurrir.

Tras la guarnición de los leopardos de Bersi, famosos por su precisión y rapidez de movimientos tácticos, asomaron los estandartes de Helg con sus característicos osos estampados, siempre desafiantes al estar representados de pie sobre sus patas traseras, y con una de las zarpas de las manos lanzadas al ataque.

El comandante Helg, solía pensar Reika, era su mayor incógnita en cuanto al posicionamiento de sus oficiales ya fuera a favor, neutral, o en contra de ella, y desde luego lo consideraba todo un objeto de estudio, pues siendo el hermano de Kolli, no compartía con él ninguno de sus atributos físicos: era calvo, feo y bajo. Tampoco parecían compartir ningún rasgo emocional, sobre todo en lo concerniente a la extrema incapacidad de Helg para relacionarse con cualquier mujer. Y sin embargo, no solo era un buen comandante, sino que a pesar de las mofas de su hermano, la reina lo tenía por alguien más leal, se decantase por quien se decantase, que el mismo Kolli, tan agraciado, tan locuaz, tan sibilino.

Reika contemplaba las pesadas máquinas de guerra y asalto que con esfuerzo movían los soldados de Helg, preguntándose cómo y quién exactamente intentaría acabar con ella durante el Desfile, si finalmente tal intento se daba. Las respuestas y posibilidades que encontró fueron múltiples.

No habían terminado de pasar frente a ella los siete mil soldados osos del comandante Helg, cuando comenzó a escuchar ligeros abucheos de entre el público que se hallaba al norte. Reika pudo comprobar enseguida que los silbidos eran destinados a la guarnición de Grimm, en clara señal de rechazo que el pueblo, o al menos parte de él,

parecía mostrar ante las relaciones íntimas y rumoreadas de la reina con este comandante. Cuando minutos más tarde la guarnición de la Hiena pasó bajo el palco de Reika, los silbidos de protesta se intensificaron ante las malas caras de algunos soldados que mostraron indisciplina, cayendo en las provocaciones de los asistentes a pie de calle. Nadie en el palco real se inmutó ante el revuelo, al menos por fuera.

Mientras, en el palco de Iscar y los comandantes no ocurrió lo mismo ya que la exreina consorte amplió todavía más su sonrisa de suficiencia, levantando en brazos a su hijo, al que comenzó a prodigar tiernos mimos ante la atenta mirada del público. Grimm por su parte se revolvió nervioso e incómodo hasta que decidió abandonar el palco y bajar a revisar personalmente sus tropas para cortar en seco cualquier atisbo de indisciplina. Sus escándalos sexuales nunca le habían importado lo más mínimo y hasta disfrutaba de las habladurías de la gente, pero no iba a dejar que su guarnición se comportara como soldados aficionados prestos a caer en las burlas y provocaciones de cotillas y envidiosos.

Heriho venció su enorme cuerpo para susurrarle a la reina en un reproche:

—Hija mía, escucha al pueblo de Honoria que te muestra su desaprobación a ciertas conductas. Deberías aprender de ello.

Reika reaccionó con una respuesta en alto que fue oída por todos los asistentes, dejando patente que estaba molesta con todo aquello y con la reprimenda del sacerdocio.

—Mi pueblo será quien termine aprendiendo a juzgarme por mis actos de reina, y no por quien me llevo a la cama, o con cuantos lo hago. Y tal vez sea algo que también, tenga que aprender nuestro Padre.

La cara de Heriho se volvió lívida ante el sacrilegio pronunciado, pero los acontecimientos sofocaron esa reacción. Y es que Reika cortó con un gesto toda posible réplica del sacerdocio cuando la reina captó un movimiento extraño. Se trataba de siete arqueros con capas de hienas que se filtraron desde la acera hasta la calzada, pero que no

se dirigían a su sección correspondiente en el desfile sino que se escabullían ante la infantería. Apenas en unos segundos se posicionaron fijos y cargaron sus arcos. Para cuando Reika quiso dar la sorprendente señal de alarma al grito de «¡Cuidado!», ya fue demasiado tarde.

La andanada de los siete arqueros marchó a sus objetivos y dos saetas se clavaron sobre Iscar, alcanzándola en un pecho y en las costillas. Rápidas aureolas de sangre mancharon su vestido de seda azul ante una mirada de incompreensión primero, y de horror después, cuando observó cómo su hijo, al que aún sostenía en brazos, había recibido una flecha directa en el cuello, y gorjeaba su último aliento ya con los ojos en blanco. Iscar se debió sentir inútil y engañada, y debió padecer terriblemente en esos momentos. En cuanto a las otras flechas, una se clavó en la barriga del noble de Acero, tras servir de escudo al comandante Kohdran. Las otras tres se perdieron sin alcanzar blanco alguno.

Mientras Iscar moría habiendo perdido ya su confiada sonrisa, mientras los últimos pálpitos de sus ojos los destinaba a su hijo muerto y a buscar entre la multitud un rostro que le diera respuestas que no acertaba a comprender, los gritos comenzaron a sucederse y la locura se desató.

Cuando Reika clavó sus ojos en el capitán Ari, los gritos del pueblo honorio ya habían comenzado:

— ¡Muerte a La Terrible! ¡Reika asesina! ¡Abajo la reina!

— ¡No se os ocurrirá pensar que yo he ordenado tal locura! —rugió la reina al capitán.

— Ni siquiera la confesión de Olafur me terminó de convencer, pero esto... ¡Preparaos para ser destronada! —fue toda la respuesta de Ari.

Debe decirse que ya se habían producido movimientos importantes cuando la reina y el capitán cruzaron tales palabras, y que desde ese momento todo se desarrolló como un rayo. Así el comandante Grimm, que había abandonado el palco de Iscar poco antes del ataque debido a las provocaciones en las que estaban cayendo sus soldados, llegó a

la calzada cuando sus arqueros hienos cometían el crimen. Sin dudar y antes de que volvieran a cargar sus arcos se abalanzó sobre ellos, y sus infantes, al reconocerle, le siguieron. El resultado fue que no hubo más flechas en dirección al palco, que los arqueros se defendieron con uñas y dientes en lugar de rendirse, y que los siete murieron al grito de:

— ¡Por la reina! ¡Por la reina! ¡Por la reina!

El pueblo honorio para entonces ya no parecía necesitar de la confirmación de tales palabras, si bien tampoco se encontraba para escuchar consignas soldadescas puesto que se había empezado a dispersar con el creciente pánico que producían las muertes que habían llegado, y que presumiblemente estaban por llegar, por lo que trocaron gritos de: «¡Reina asesina!», y «¡Reina culpable!», por alaridos sin mayor contenido.

Grimm no tuvo piedad con los siete arqueros, necesitaba actuar con rapidez. Una vez muertos los examinó y mandó llamar a su teniente de arqueros, que llegó como una flecha y confirmó las sospechas del comandante: ninguno de los muertos pertenecía a su guarnición. Lo hizo saber inmediatamente entre sus soldados. Luego tomó una decisión y ordenó con fiereza.

— ¡Vamos a defender a la reina con cada una de nuestras vidas si hace falta! Le han tendido una trampa para aparentar que ella ha ordenado el asesinato de Iscar. ¡Y nos han usado a nosotros como cebo! ¡A nosotros! ¡A la Guarnición de las Hienas! ¡Demostremos aquí y ahora de qué estamos hechos! ¡Demostremos aquí y ahora que nadie nos manipula y nos trata como a idiotas! ¡Por la reina, por Honoria, por las Hienas!

El comandante Grimm comenzó a dirigir sus tropas sin ser la única guarnición que se movilizaba rápida y ordenadamente.

El teniente Vestein y el coronel Kolli, los encargados de dirigir el Desfile de acuerdo a su cargo y a la tradición, reaccionaron también con sorprendente rapidez y coordinados. Y eso que el primero se encontraba al norte, cerca del cuartel militar, y el segundo al sur, más allá del Palacio-Fortaleza de la Loma. Ambos mandaron informadores

y precisas órdenes a favor de la detención, o muerte si resultaba necesario, de la reina Reika por considerarla culpable de llevar a Honoria a una situación tan miserable y deshonrosa, al borde de un guerra civil. Las tropas de los dos oficiales se encontraban en retaguardia ya que aún no había llegado su turno en el Desfile, pero tras precipitarse la situación se pusieron en marcha sabiendo muy bien lo que tenían que hacer.

Con todo, fue la guarnición de los Lobos del desaparecido Olafur la que inició el enfrentamiento. Seguían las órdenes del teniente y el coronel. Los Lobos se encontraban posicionados al norte, en la inmediata retaguardia de los soldados de Grimm, pues eran los siguientes por colocación del Desfile, e iniciaron un ataque frontal peleando por cada paso de la avenida Real. Sin embargo las Hienas aguantaron bien la arremetida, en parte por la simple disposición del espacio con la imposibilidad de ser desbordados por los laterales cubiertos de edificios, en parte por la férrea disciplina que mostraron a pesar de saberse en franca minoría, y en parte también, porque la guarnición de Olafur, que empezaba a reforzarse con las capas rojas de Vestein, se dividió y filtró por las calles paralelas buscando rodear las posibles escapatorias de Reika, así como acceder al edificio del palco real.

Por su parte, en la vanguardia del sur, las cosas tampoco marchaban bien para los intereses de la reina en la Guarnición de Grimm, pues los leones de Kohdran comenzaron a atacar a las hienas una vez que su comandante llegó hasta ellos, dejando a Grimm y a sus tropas en una difícil situación atenazada de flancos encerrados que no parecía ser posible de sostener por mucho tiempo.

Sin embargo no todo le fue adverso a Reika y, las dos primeras guarniciones que habían desfilado, y que por tanto más al sur de la avenida Real se encontraban, reaccionaron de un modo que no se hubiera esperado en un principio. Los Leopardos de Bersi se dispersaron siguiendo las órdenes de su comandante, que decidió no intervenir a favor de ningún bando hasta que no se hubieran aclarado los hechos. Mientras que la reacción del comandante Helg fue aún más

sorprendente, pues ordenó a sus tropas atacar a los leones de Kohdran a quienes estaban pegados, por formar parte de, diría el Oso a sus soldados, «una burda conspiración contra la legítima reina de Honoria».

Este inesperado posicionamiento del comandante Helg fue como señalarían los futuros historiadores y estrategas, una decisión contra el buen juicio y contra la lógica, pues si las tropas de Grimm eran señaladas como los responsables de la muerte de Iscar, y por tanto como los conspiradores junto a la reina de provocar la situación, los Osos de Helg en cambio, se colocaban voluntarios del aparente lado perdedor. De las nueve guarniciones, seis se mostrarían contra Reika, incluyendo a las cuatro de la plana mayor con su superioridad abrumadora de tropas, por tan solo dos a favor de la reina y una, que se mantendría neutral.

Y todo esto sucedía a un ritmo difícil de narrar, pues los movimientos anteriores se producían prácticamente al tiempo del cruce de palabras entre el capitán Ari y la reina, seguido de un ágil desenfundar de espadas y de un gesto casi imperceptible de Reika sobre su maestro de armas, y que Solvi entendió perfectamente lanzándose de inmediato contra el capitán, mientras que ella pasaba a encargarse de Gardar. Heriho por su parte se ocupó de atrancar la puerta de acceso al palco para que no pudieran acceder los soldados de Olafur. Y entretanto, el viejo Oddi se escabullía en un rincón del palco con la mirada gastada y el ánimo tan derrotado, como para exclamar de un modo calamitoso tratándose como se trataba del ministro de guerra, que estaba mayor para esas cosas.

Reika parecía haber entendido que la única posibilidad de salvar la situación, tanto en el palco como en el Desfile ya transformado en batalla, era actuar rápida y temerariamente, y así lo hizo. Por eso no atacó a Ari sino a Gardar, dejando el hueso duro a su maestro, que equilibró espada con el capitán de inmediato. En cuanto al general Gardar, Reika le dejó ganar un poco de confianza en los primeros cruces de los aceros para que este se animara con golpes ofensivos ante las buscadas guardias bajas que la reina ofrecía. El general no tardó en picar y ella dejó que fuese la fiabilidad de la armadura

roja la que hiciera resbalar un duro pero ineficaz espadazo de Gardar, que permitió a la reina acercarse tanto a su oficial, como para echarle el aliento encima y ponerle una daga al cuello. Entonces gritó:

—¡Capitán, o bajáis vuestra espada o tendré que cortarle la garganta a nuestro general!

Fue el consejero Solvi el primero en detener el duro cruce de espadazos, hasta el punto de que llegó a desentenderse del intercambio de golpes para asomarse más allá de la barandilla del balcón y analizar rápidamente cómo estaban las cosas ahí abajo. El capitán se sintió ridículo ante un adversario que le ignoraba, y bajó su acero.

—Os aprecio mucho a los dos —dijo Reika a sus oficiales sin soltar el cuello del general—. Siempre fuisteis leales a Hakon, y creo que hasta ahora lo habéis sido conmigo, pero si pensáis que yo he organizado la muerte de Iscar, o sois mucho más tontos de lo que pensaba, o es que vosotros también formáis parte del sucio complot.

—Mi reina —dijo con una voz forzada Gardar por su incómoda situación— podrá cortarme el cuello, pero no va a convencerme de su inocencia con sus hábiles palabras. Van demasiados ciclos de movimientos dudosos, y lo que acontece ahora mismo es una desagradable confirmación.

El capitán por su parte prefirió guardar silencio aunque por su cara parecía querer maldecir a los dioses y a los honorios, y en cualquier caso, parecía tener claro que opinaba como su camarada.

—¿Cuál es la situación ahí atrás? —preguntó Reika a Heriho convencida de que poco sacaría de aquellos dos honorios que la creían culpable.

—Los primeros soldados del comandante Olafur están llegando —contestó el sacerdocio—. La puerta atrancada no resistirá por mucho tiempo.

—¿Qué opináis? —Preguntó Reika a Solvi.

—Que sois inocente... y que no sé si nos va a servir de mucho. No sé hasta qué punto os podéis fiar de ellos para que nos proporcionen al menos un juicio justo.

—No habrá juicio maestro, sea justo o no —contestó tajante Reika—. ¿Dónde se ha visto que un rey sea juzgado? Y no lo voy a ser yo por ser reina. Y aunque saliera inocente, ¿cómo recuperar la legitimidad de mi corona y la confianza de mi pueblo? No habrá juicio. ¡Saldremos de aquí, y si ha de haber guerra, la habrá!

Solvi en ese momento hizo acercarse a la reina y a su rehén hasta la barandilla y señaló abajo del balcón. Allí se encontraba el comandante Grimm, con aspecto duro, fiero, y con la cara manchada de sangre, llevaba el yelmo bajo el brazo.

—¡Mi reina! —Gritó Grimm—. Mis soldados no aguantarán mucho más la tenaza a la que nos someten. Debemos replegarnos y vos debe bajar de ahí como sea.

Reika agradeció para sí que el comandante se hubiera acordado de dirigirse a ella con el título de «reina», en presencia de los demás y en un momento tan crítico, algo que le había pedido en ciertas ocasiones debido a la brutal falta de protocolo que mostraba la Hiena. Al instante la reina se sintió ridícula por tener tales pensamientos en esa situación.

—Comandante Grimm —dijo centrándose en la urgencia—, preparaos porque nos vamos a arrojar desde el palco. Una vez abajo, nos abriremos camino hasta llegar a Palacio. Si lo conseguimos podremos defendernos y ver quién se pone de nuestro lado, y quién nos declara la guerra.

Entonces Heriho lanzó un gruñido de dolor. Una flecha acababa de clavársele en el hombro. El sacerdocio señaló hacia el palco de autoridades que fuese abandonado por los vivos al inicio del caos, pero que aún guardaba los cadáveres ensangrentados de Iscar, su hijo, el noble, y que en ese momento había sido retomado por arqueros leones. Estos se estaban posicionando para acribillar el palco real, si bien por las prisas de un soldado inexperto habían perdido su factor sorpresa. Heriho se arrancó la saeta de un fuerte tirón.

—¡Premura ahí arriba! —gritó Grimm tras ordenar a varios de sus soldados formar una pequeña torre con la intención de menguar el golpe que se avecinaba. La torre incluso creció más de lo esperado.

—Heriho —ordenó la reina—. Vos seréis el primero en saltar.

En la base se habían colocado cinco soldados con armaduras pesadas, que sujetaron a otros tres con cotas de malla, y que pudieron levantar sobre sus hombros a una soldado, ágil y sin armadura, que llegó a tocar el pie del sacerdocio una vez que este se colgó de la barandilla del balcón por su parte de fuera. Con mucho esfuerzo consiguió sujetar al pesado Heriho, que llegó al suelo sin desmontar la torre de hienas y sin romperse nada.

Una descarga de saetas voló desde el otro palco sin conseguir más que las maldiciones de Ari y de Gardar, que tras ver lo ocurrido con el sacerdocio habían ordenado a los lejanos arqueros que no dispararan más, pero al parecer no habían logrado hacerse oír. Tampoco hubo consecuencias para el ministro, acurrucado en un rincón, porque el pequeño maestro de armas le protegió con una silla cuando una flecha se encaminaba directa hacia el anciano. Por suerte para todos ellos, ya no hubo más andanadas de flechas puesto que los arqueros hienos acabaron desde la calzada con los leones que habían tomado el palco. Los lobos del desaparecido Olafur llegaron hasta la puerta atrancada.

Solvi fue tras una orden de tono indiscutible el siguiente en bajar por la torre de soldados. Se mostró mucho más ágil que Heriho y tocó tierra sin mayores problemas.

La puerta de acceso al palco estaba a punto de ceder cuando Reika se quedó observando por un instante a sus oficiales. Sabía que el capitán y el general no atacarían a traición a pesar del gesto de orgullo. Parecían decirle que ellos no habían querido esto, pero que ella se había empeñado. Por su parte, Oddi se mostraba asustado como un niño, y la reina sintió pena del antaño valiente ministro.

—Os guste o no —les dijo Reika mirándoles alternativamente—, estáis condenados a mí, y no os vais a librar tan fácilmente de mi reinado.

Acto seguido pasó las piernas por la baranda al tiempo que la puerta cedía y los soldados lobo se precipitaban en el balcón, para ver cómo su presa se les escapaba.

Reika se agarró a la hábil soldado, puntal de la torre improvisada, como ya hubieran hecho los consejeros, pero la hiena sintió cómo de

pronto todo se le nublaba tras un desgarrador y punzante dolor. Resultó que desde el palco de autoridades, un arquero león moribundo, había conseguido cargar el arco y dispararlo antes de morir. La flecha voló hasta la cara de la mujer hiena, llevándosele un ojo y parte de la mejilla, lo que provocó que la soldado perdiera el equilibrio y la fuerza, no pudiendo retener a Reika despeñándose ambas torre abajo, y deshaciendo con la caída al resto de soldados, que acabaron magullados pero sin heridas graves, a diferencia de la soldado que no se movió tras el golpe y la flecha.

La reina consiguió levantarse rápidamente tras quitarse a un soldado que le había caído encima. Rechazó la ayuda del comandante Grimm, comprobó que la mujer hiena aún respiraba, y aunque cojeó visiblemente, no mostró ningún gesto de dolor. No tardó en dar órdenes:

—Quiero que la soldado —señaló a la mujer que inconsciente permanecía tumbada con la flecha aún clavada en el rostro—, salve la vida como sea. Ella va a llegar viva como nosotros al Palacio, así que venga, no perdamos más tiempo. ¡Heriho, os encomiendo su cuerpo y su espíritu!

La reina se reunió por unos segundos con Grimm y con Solvi para analizar la situación. La retaguardia del norte presionada cada vez con más fuerza, era insostenible de mantener, por lo que debían retirarse, pero sin perder el control ni el orden pues una desbandada o una simple fisura, resultaría funesta. Al tiempo que se retiraban debían avanzar metros hasta el Palacio-Fortaleza de la Loma de la Gloria, cuya posición estaba ganada en esos momentos por los leones del comandante Kohdran. Si querían sobrevivir y tener una mínima posibilidad, necesitaban quebrar esa línea que ocupaban los leones y alcanzar el Palacio. Al menos tenían la ventaja de que su problema en el norte, era el problema del comandante león Kohdran en el sur, soportando la embestida de una guarnición por cada lado, pues los osos de Helg hostigaban sin parar a los leones.

Reika sintió la necesidad de salvar a todos sus aliados, que eran escasos y en el caso del comandante Helg, inesperado. Se centró en

ellos en lugar de dar vueltas sobre sus enemigos, tanto los que ya conocía como los que le habían traicionado abierta e inesperadamente. Así que borró de su mente a Kolli, no era momento para ocuparse del coronel.

Cojeando pero rauda, Reika atravesó el pasillo que los soldados hienos le hicieron a su paso. No tardó en llegar hasta la línea frontal de batalla para pelear por los metros que debían arrebatarse a los leones, hasta conseguir ganar las puertas del Palacio Real. En la primera línea hedía a sudor y a sangre.

Solvi se mantuvo en todo momento al lado de la reina, despreocupado de la falta de armadura, pues no le cubría mayor defensa que su capa de piel de cordero. Con todo, jugaba a su favor la reverencial fama que tenía de espadachín, conocida y temida en todo el reino, aunque desde hacía muchos años nadie salvo Reika, le había visto luchar. Oportunidad que sin embargo tuvieron nuevamente los soldados que se cruzaron a su paso, desplegando el pequeño consejero su arte a la vista de todos, para desgracia de sus rivales, que fueron cayendo uno tras otro.

Heriho por su parte quedaba custodiado por tres de los mejores subalternos de Grimm, al tiempo que cargaba con la hiena que le había sido encomendada, sin dejar que se abandonase, hablándole en todo momento y habiéndole hecho una primera cura de urgencia tras extraer con decisión y destreza la flecha del rostro.

En cuanto al comandante Grimm, se había hecho con un corcel de su pequeño destacamento de caballería y no paraba de recorrer las tropas dando órdenes, haciendo avanzar aquí, cortando la debilidad allá, o animando y exponiéndose en primera línea de la retaguardia que debía retroceder ordenada, para estar al poco tiempo y de modo sorprendente, junto a la vanguardia y su reina.

Desde el norte, algo más allá del anfiteatro, las tropas sublevadas contra Reika eran cada vez más numerosas y se organizaban con mayor precisión y empuje, hasta el punto de que solo el hecho de combatir en la ciudad y contar con las limitaciones espaciales de calles y edificios, obraba el milagro de que las tropas leales a la reina

no estuvieran ya rodeadas y aniquiladas, pues enfrente tenían las Guarniciones de Olafur, Vestein y Kolli. Mientras, las tropas del general y las del capitán Ari, acababan de recibir la orden de mantenerse en la retaguardia de las anteriormente mencionadas, a la espera de acontecimientos, lo que supuso un tremendo alivio para los leales a la reina.

Al sur de la avenida Real y en las calles aledañas, la situación era bien distinta. El ímpetu de Reika y el equilibrio de fuerzas con una ligera superioridad de las Hienas frente a los Leones, causada por la presión que ejercían los Osos de Helg sobre la retaguardia de los soldados de Kohdran, provocó un doble movimiento de contracción de estos, que perdían principalmente la posición en su vanguardia y a numerosos soldados en la retaguardia a pesar de los intentos de Kohdran por dirigir con diligencia a sus tropas.

Todos los intentos del comandante más corpulento que recordaban los libros de historia, como intentar acabar con la reina dirigiendo a parte de sus arqueros al palco donde había muerto Iscar, o como mantenerse firme en su posición a la espera de la llegada de refuerzos, habían fracasado. Los refuerzos que esperaba como mínimo del desaparecido Kolli no llegaron. Este parecía haber abandonado a su suerte a los Leones al ver el posicionamiento neutral de Bersi, y la lealtad inesperada hacia Reika de su hermano Helg. Finalmente Kohdran y Reika cruzaron espadas casi en la falda de la Loma de la Gloria.

La reina se encontraba cansada y cojeaba ostensiblemente, pero pudiendo rehuir el combate contra su comandante león, no lo hizo en una apuesta nuevamente arriesgada que para muchos, entre ellos sus consejeros y Grimm, resultaba innecesaria.

El combate en las líneas avanzadas se detuvo durante el duelo, formándose un silencioso corrillo que dejó espacio a la reina y al comandante. El gigante Kohdran se mostraba brutal con su enorme armadura dorada y su león forjado en el peto, lleno de sangre. Con su mandoble parecía confiado de atravesar sin demasiadas dificultades la coraza roja de anarcanita de su reina, al menos

si la alcanzaba con un buen golpe. Sin embargo pronto se mostró nervioso, cayendo poco a poco en las provocaciones y mofas de Reika.

—¿Qué te ocurre grandullón? ¿No puedes acaso derrotar a una mujer, que encima de flacucha está coja?

Reika decidió no esquivar los mandobles sino pararlos a pesar del sobreesfuerzo que eso le suponía. Y mostraba su mejor sonrisa tras cada cruce de aceros.

—No se puede dirigir peor a unos buenos soldados como los tuyos, eres tan grande como torpe y tonto, y no te merecen.

La reina con rápidos molinetes desarboló en dos ocasiones la defensa de Kohdran, pero en lugar de tocarle con un golpe que no hubiera causado demasiado efecto, decidió humillarle arremetiendo con la hoja plana, golpeándole con comicidad.

—¿Qué se siente como traidor, Kohdran? ¿Por cuánto te has vendido? Supongo que por una comida, porque se rumorea por ahí que para la cama no sirves para mucho.

El comandante, ante las provocaciones, reaccionaba escupiendo una y otra vez la palabra «puta», con unos movimientos tan furibundos como previsibles. Su defensa comenzó a estar constantemente descubierta llevado por el ansia ciega de acabar con la reina, algo que Reika supo aprovechar perfectamente para tumbar en varias ocasiones al gigante, gracias a varias zancadillas que aprovechaban los propios impulsos descontrolados de Kohdran. La mofa de los soldados hienos contra el comandante león, provocaban más daño en el gigante que un certero espadazo.

El combate acabó la tercera vez que la reina tumbó a Kohdran. Cuando este tocó el suelo zancadilleado hábilmente por Reika, la reina no se apartó ni esperó a que se levantara como en las otras dos ocasiones anteriores, sino que agarró el enorme mandoble caído de su comandante, y lo usó para clavarlo brutalmente en la pierna del León, de tal modo que el acero atravesó la greba de la armadura, la tibia, y se terminó por encajar en el suelo, provocando que el gigante comenzara a aullar y a retorcerse de dolor.

La guarnición de los leones pareció tener bastante con esto, de modo que hostigados en la retaguardia, presionados en el frente, y con su comandante humillado y con alaridos de suplicio, se vino a romper en una rápida desbandada que no les sirvió sino para acabar aún más menguados. Cuando todo cobró un poco de calma, las tropas de Kohdran habían perdido estrepitosamente un quinto de sus efectivos.

Rápidamente la guarnición de Helg, tras la victoria parcial de la reina, consiguió reunirse y reforzar a los hienos y a la propia Reika. Juntos se encaminaron sin mayores problemas que conservar la calma en la retaguardia del norte, hacia las puertas del Palacio de la Loma, que se abrieron de par en par una vez que los guardias del Palacio vieron llegar a su reina triunfante, o al menos viva. El Oso entonces mandó quemar la mayor parte de su maquinaria pesada de asalto, y mandó introducir las más ligeras en Palacio. Las tropas leales a la reina fueron tragadas poco a poco por la puerta amurallada, y sin perder en ningún momento el orden y la defensa proyectada contra las fuerzas conjuntas enemigas se pusieron a salvo. Ciento tres hienos y veinticinco osos fueron las pérdidas del ejército leal a la reina.

Los últimos en entrar por la puerta del Palacio fueron Reika, el incansable Grimm con su armadura gris abollada y llena de sangre, y el comandante Helg, quien dijo haber reconocido en los últimos compases del combate a su hermano Kolli, reincorporándose a las tropas enemigas o haciendo como que nunca las había abandonado, a pesar de no habersele visto mientras los leones sufrían por mantener su posición, y ni mucho menos cuando la perdían.

Cuando las puertas del Palacio Real se cerraron, los insurgentes decidieron dar un respiro a la situación. Habían perdido la primera batalla, pero la guerra se presentaba muy a su favor. Toda la ciudad quedaba bajo su dominio, así como una enorme superioridad numérica. Además, tenían el favor de la mayoría de los honorios, que creían a Reika y a sus seguidores culpables del atroz asesinato de Iscar y su hijo Onar.

La reina había salvado la vida de momento, pero parecía evidente que la guerra civil le costaría la corona y el cuello. Casi nadie, ni siquiera de entre los suyos, iba a apostar porque ambas cosas tardaran en llegar.

CAPÍTULO XIII: ARCANIA

La magia está viva y persigue estar en todas partes. No para de ofrecer sus señales para que la encontremos, para que la usemos, para que nos hagamos mejores. La magia es generosa, es buena, es poder, y me atrevería incluso a decir que la magia es el verdadero amor con quienes todos deberíamos contraer matrimonio.

Decir que la magia es peligrosa, repudiarla, perseguirla, castigar a quienes la practican... es el mayor síntoma de barbarie, de estupidez, que este mundo y cualquier otro mundo puede ofrecer.

Ella nos ofrece un vínculo de intensidad que ni la amistad, ni el sexo, ni la religión, ni el arte, son capaces de alcanzar. Dominar la magia es controlar el clímax, dominar la magia es hacer de la pasión tu antojo y capricho, dominar la magia es alcanzar el orgasmo del orgasmo.

Puedo entender que la moralina de Sacerdocia blasfeme contra la magia y todas sus posibilidades, puedo entender que la rudeza mental de Honoria apueste por el acero y sus limitaciones, puedo entender que los esclavos de Paria huyan ante la libertad que Ella nos ofrece. Pero nunca podré entender, ni tampoco respetar, que en Arcania se quiera limitar su uso, que no se promueva aún más su estudio, que no se la quiera abrazar hasta fundirse con Ella, y desaparecer en Ella si acaso se encontrara el camino... Un camino que yo encontraré.

Prólogo al libro *Laberinto, nudo, cuerda*, de Ismac Nwetton, considerado por el Canon como ilegible, y fruto de una mente que en sus inicios fue privilegiada, pero que con el paso de las décadas se trastornó hasta concebir en la magia unas posibilidades inexistentes. Sobre la misteriosa desaparición de Ismac, corren las más variopintas leyendas.

¡ **P**or Danadaniel! —exclamó Tabalt mesándose la barba desde el interior de un hexágono de lectura. Cuatro libros a la altura de la cabeza del joven mago flotaban alrededor con las páginas abiertas. Los consultaba a la vez gracias a su capacidad de concentración y al conjuro de estudio pertinente.

De inmediato un quinto libro se desprendió de los anaqueles de la sala, y fue a levitar junto a los otros abriéndose por las primeras páginas. Una quinta línea del hexágono dibujado en el suelo con tiza se iluminó. Tabalt sudaba transido de la emoción y el cansancio, y pronto comenzó a temblar bajo su toga carmesí, aparentemente por el esfuerzo colosal de las horas que acumulaba en el plano de realidad alternativa.

Los ojos de Tabalt, de natural negros, mostraban un blanco tenebroso a consecuencia del hechizo. Lucero amanecía junto a un cielo raso que anunciaba un ciclo abrasador. El joven forzó su límite. Tras diez minutos de un correr frenético de hojas, completó por primera vez en su vida el hexágono de lectura con un nuevo volumen que voló de la estantería a la altura de su cabeza. Las hojas de todos los libros que levitaban por encima del arcano parecían convulsionar, como si las obras consultadas estuvieran tan frenéticas como el propio mago.

El hexágono de tiza brillaba con un negro fosforescente en cada uno de sus lados regulares, y entraba en contraste con la intensidad carmesí de la toga del joven. Tabalt dominó su temblor y concentró todo su ser en la búsqueda de aquello que había anhelado por tanto tiempo: la culminación de su método, de su propio camino mágico. Lo sentía inminente, con la inquietante sensación de hollar un camino ignoto y poderoso, quizá demasiado.

Los minutos pasaron. La Estrella de la Mañana se posicionó al este y los volúmenes corrieron sus páginas hacia delante y hacia detrás, en un baile que se encaminaba a encajar las piezas del mapa, que el joven había desarrollado en su cabeza durante su sacrificado estudio de horas, de meses, de años.

De repente el sonido de una campana retumbó en la sala. Era la señal de aviso del bibliotecario. Al principio Tabalt no lo percibió pero una segunda sacudida le trajo de golpe de su estado, hasta el punto que los seis libros que flotaban en el aire, algunos realmente frágiles y antiguos, estuvieron a punto de caer al suelo. No obstante el joven controló la situación en el último momento y lo evitó. Entonces pareció realizar un último esfuerzo devolviendo mágicamente los volúmenes a su lugar, borró el hexágono sin dejar el más mínimo rastro y, acto seguido, se derrumbó entre maldiciones en la silla más cercana.

No estaba de humor ni sentía las fuerzas necesarias para enfrentarse a las sutilezas de Taros, aunque pensó en reprocharle su aburrida y desesperante puntualidad una vez que cruzara la puerta. Sin embargo, el antiguo valido de la reina tardó más tiempo del acostumbrado en hacer el recorrido, como si desconociera el camino.

Finalmente apareció un joven en el umbral que tan solo compartía con Taros el color rubio del pelo.

—La reina os reclama para la reunión del Consejo de los Cinco que tendrá lugar inmediatamente —dijo el joven con un tono que intentaba ser natural, pero que sonó nervioso.

Tabalt estaba demasiado cansado como para ponerse a reflexionar qué podía haber sucedido para que Taros no fuese esta vez quien le hubiera ido a buscar. Ya tendría tiempo de darle vueltas a aquel asunto durante el Consejo. «Mientras Aglaia haga su función teatral tendré la oportunidad de descansar y de atar cabos», se dijo para sí.

El consejero más joven que recordaban las crónicas de Arcania se levantó de la silla, y con una sonrisa en los labios y una mirada enigmática, comentó al compungido mensajero rubio que guardó silencio:

—Vayamos a Palacio muchacho, aunque te garantizo que en el temprano ciclo en que a mí me apetezca acudir al Consejo, no necesitaré de nadie que me guíe.

Al salir de la sala, Tabalt cerró la puerta con llave y comenzaron a recorrer los pasillos del antiguo alcázar. Camino de la salida empezó a pensar qué sentencia de los treinta y tres sabios le espetaría su amigo Sofronio, en la puerta de entrada, cuando el bibliotecario viera al joven demacrado por el esfuerzo de aquella noche de intenso estudio.

Una vez que Tabalt cerró la puerta de la sala cuatro, ya no pudo escuchar ni sentir, la sombra que en la pieza se movió tras un largo anaquele de obras mágicas peculiares, pero en cierta manera, de uso común en comparación con las rarezas, excentricidades y volúmenes descatalogados que allí reinaban. La sombra no se había equivocado, en aquel escondrijo no sería descubierto.

Con cierta tranquilidad Taros recorrió el pasillo de libros hasta llegar a la misma silla donde instantes antes se sentara su rival. La primera parte de su plan había resultado agotadora, pero con éxito. Había presupuesto que su única posibilidad de espiar a Tabalt sin ser descubierto, era haciéndolo por su cuenta. Ni siquiera Aglaia estaba informada y mucho menos sus propios espías. Además, había acertado al no recurrir a la magia para hacerlo, pues el talentoso joven habría sentido cualquier hechizo de invisibilidad u ocultamiento. Por lo anterior, Taros llevaba escondido en la sala desde que Tabalt saliera de ella el ciclo anterior. Cuando Tabalt regresó a ella de madrugada, Taros ya se encontraba preparado para acechar durante la noche.

Durante el tiempo transcurrido hasta el regreso del joven, Taros no había estado ocioso sino que se dedicó a rociar con una suave capa de polvo todos y cada uno de los miles de libros de la sala, de modo que para descubrir los títulos que Tabalt había estudiado en aquel sorprendente hexágono ya deshecho, tan solo tenía que ir uno por uno y revisar los cortes superiores donde rocia-

ra ese polvo. Los libros que carecieran de la fina película serían los que estaba buscando.

El antiguo valido de Aglaia tardó varias horas en reunir los seis volúmenes que buscaba y, durante todo ese tiempo no dejó de sentirse abrumado por la capacidad de lectura de Tabalt, cuando él tan solo era capaz de dominar un pentágono, a pesar de contar con más de dos décadas de ventaja. Solo la reina en toda Arcania había llegado en los tiempos actuales a dominar un hexágono completo. Aunque de eso hacía años, y Taros sospechaba que el abuso del extracto que hacía la reina, podía haber embotado parte de su talento.

Cuando el exconsejero real reunió al fin todos los libros sobre una vieja consola, releyó los títulos y pasó a hojearlos con cierto detenimiento:

Teorías excéntricas del origen de la magia; Descomposición de hechizos mágicos; Las físicas de la física; Relaciones entre música y matemática; Lenguaje raíz; Laberinto, nudo, cuerda.

Los dos primeros los conocía y los había leído aunque sin darles demasiada importancia. De los dos segundos había oído decir que se trataban de obras que no servían para gran cosa. De los dos últimos, nada sabía y cuando los hojeó por encima, nada comprendió.

Tabalt llegó a Palacio una vez que la sesión del Consejo había comenzado. Sudaba bajo la toga a causa del intenso calor de la estación seca. Llegaba fatigado por el esfuerzo de la noche en vela, sin esperanza de escuchar nada que le pudiese interesar, y harto de tener que aguantar a aquellos consejeros y a su reina, que se interponían entre él y su estudio, entre él y su magia, entre él y su destino.

Al entrar por la puerta de plata Tabalt mudó su cansado rostro haciendo un denuedo por aparentar frescura y desparpajo. El anciano Karsten hablaba en ese momento y no parecía tener ninguna intención de interrumpirse por la llegada del joven.

—Esta situación, majestad, nos beneficia tenga el resultado que tenga, tan solo debemos esperar un tanto mientras nos preguntamos

qué nos conviene más, si ser halcones que depredar en las fronteras, o carroñeros que devoran el cadáver de esos territorios. En uno u otro caso, haremos nuestros esos límites y podremos poner nuestro sello y nuestras condiciones.

Karsten parecía emocionado y rejuvenecido, y a nadie del Consejo se le escapaba el motivo. Algunas tierras limítrofes entre Arcania y Honoria que pertenecían a este último Reino, lo habían hecho en otra época a la familia de Karsten. El anciano parecía considerar que había llegado el momento de recuperarlas, de modo que si Arcania se las arrebatara a los honorios que se mostraban dispuestos a una guerra civil, debían ser sus hijos y no otros arcanos, quienes las administraran nuevamente.

—Qué pasión y qué juventud posee aún en algunas ocasiones nuestro sabio consejero —dijo con un tono de sarcasmo la reina Aglaia desde su retorcido pero cómodo sitio de caoba, tras echarse un largo trago del extracto dulzón que producía la ciudad sureña de Oretina, mientras se sacudía su delicado y volátil vestido color marfil.

Miró después uno a uno a sus consejeros, añadiendo tras fijar finalmente sus ojos almendrados en el anciano:

—Si no fuera, mi querido Karsten, porque os conozco desde hace más de tres décadas, pensaría que vuestros intereses personales y no el buen devenir de mi reino, es lo único que ya os despierta de la monotonía de vuestros años, y eso no estaría nada bien.

—Por suerte, majestad, ambos sabemos que eso no es así —contestó zalamero el anciano, como si enmarañara las palabras en su barba y sin ningún tipo de rubor.

Aglaia terminó su copa y se sirvió una tercera desde que comenzara la sesión. El alcohol ingerido le coloreaba ligeramente sus mejillas, remarcando su bello y algo pálido rostro. Tomó de nuevo la palabra:

—Gracias por vuestra presencia, Tabalt, aunque estaría bien que no necesitáramos tener que enviaros sesión sí y sesión también, a un mensajero para que os dignéis a aparecer. Al igual que con Karsten,

no quiero tener que malpensar, en vuestro caso, que os molestamos y que os robamos el tiempo de vuestra inseparable biblioteca.

—No majestad, mis retrasos tan solo son fruto de mi natural despiste y torpeza, pues no solo los ancianos pueden caer bajo el aturdimiento de los sentidos, y yo siempre seré de la opinión, de que se me hizo un excesivo honor al nombrarme miembro de este insigne Consejo, pues alguien tan atolondrado como yo..., pero en fin, supongo alteza, que su motivo tendría, y quién soy yo para discutirlo. Casi un cuarto de centuria os contempla sin una equivocación.

—¡Reinado que se alargará al menos por otros veinticinco años! —interrumpió abrupta, envalentonada y enfadada la ministra de guerra, por considerar las palabras de Tabalt como una muestra más de su impertinente insolencia.

—Está bien, está bien, mi encantadora Evadne —quiso tranquilizar la situación Aglaia, que llenó dos copas más de extracto y las acercó por levitación, una a la ministra, que acababa de terminarse su copa, y la otra a Tabalt, que la recibió sumiso y sin intención de replicar a ninguna de las dos mujeres.

—Volvamos a los asuntos aburridos del reino —dijo Aglaia al tiempo que se levantaba del retorcido sitial rojizo de caoba.

»Digamos consejero Damon que yo digo... impuestos en Paria, ¿vos qué nos contestaría?

El enjuto y septuagenario ecónomo, que hasta el momento se había mostrado impertérrito pero consciente de que llegaría su turno en la atención de la reina, se dobló los pliegues de su toga ligera y blanca, y se dispuso a contestar con su acostumbrado tono desapasionado y pedagógico.

—Pues si su alteza menciona impuestos y Paria, yo debo señalar que la reina honoria ordenó hace unas semanas elevar su correspondiente cuota de recaudación a los parios en un porcentaje considerable, si bien ahora mismo y al menos mientras su cabeza penda del hilo de su asedio, no creo que esté para acordarse de este asunto. En cualquier caso, apretó los ya de por sí mermados bolsillos de la región, y considero que si nosotros hacemos lo mismo ejerciendo nuestro derecho,

la hambruna se alojará en Paria, de modo que el próximo año nuestra recaudación impositiva, y en cereal, se verá mermada considerablemente, por lo que mi recomendación, alteza, es no subir nuestros impuestos tras hacer llegar un edicto informativo a la región, aumentando así la estima que los parios profesan por Arcania, y haciéndoles denostar a una Honoria que se debilitaría aún más.

— Un buen consejo mi estimado Damon... pero demasiado conservador y poco intrépido — dijo la reina sirviéndose otra copa más, y con total despreocupación añadió — Lo que vos haréis será redactar ese edicto real, anunciando la misma subida que Honoria, justificándonos ante los parios con el acuerdo histórico que se alcanzó en su ciclo sobre la repartición y tributación de la Región Paria.

»Dejarás bien claro en ese texto que nosotros no queríamos adoptar la medida, pero que nos vemos obligados por los honorios. Luego, esperaremos a que Reika pierda su palacio, su trono, y su cabeza, confiando que lo haga tras desangrar lo máximo posible a los insurgentes que se le han sublevado, y mandaremos a Honoria a nuestros diplomáticos para decir que estamos dispuestos a no inmiscuirnos en sus asuntos, y a no aprovechar su delicada situación estratégica y militar... siempre y cuando nos devuelvan las tierras limítrofes que nos arrebataron en nuestro último rifirrafe. Y siempre y cuando reduzcan lo que recaudan de Paria, condición indispensable que aceptarán antes o después y que nos granjeará la estima que perseguíamos de los parios, a los cuales, nosotros ya no les rebajaremos los impuestos, aunque difícilmente nos lo podrán reprochar tras hacer tanto por ellos.

»Como veis, Damon — la reina hizo un descanso para dar otro trago a su copa de extracto —, todo son ventajas, y sin tener que renunciar a la parte de beneficio que nos corresponde.

— Lo que dice es muy astuto alteza — se atrevió a contestar el ecónomo — pero supone unas variables difíciles de predecir y acertar, como...

Un gesto inequívoco de Aglaia con la mano, hizo que Damon se callara, asumiendo que no había negociación posible, por lo que dio un paso atrás y se retiró a un segundo plano.

La reina miró acto seguido a Evadne con unos ojos tan dulces que la ministra se ruborizó hasta alcanzar su rostro el color de su pelo. Bebió un trago largo para disimular, y acabó por terminarse la copa que la reina le había pasado.

—No os vayáis a atragantar, querida —dijo la reina con suavidad—, y cuando terminéis de beber, ponednos exactamente al ciclo de cómo le van las cosas a mi compañera de cargo Reika.

—Según las últimas noticias de mis informadores —Evadne reguló su voz con gran esfuerzo intentando que no se le notara la incipiente borrachera, si bien a ningún consejero se le escapó el detalle, aún consiguiendo no trastabillarse en su discurso—, la reina honoria permanece asediada junto a sus tropas leales. Los insurgentes, que poseen una aplastante mayoría, hicieron diversas acometidas por tomar el Palacio, pero este tiene mucho de fortaleza y fue bien defendido.

»También hay rumores sobre un posible encuentro entre los oficiales y la reina para intentar evitar una masacre, aunque al parecer la mayoría de los insurgentes serían contrarios a esta vía. Preferirían un asalto sangriento a ser posible cuanto antes, puesto que el pueblo según pasa el tiempo enfría su animadversión hacia la reina y comienza a preguntarse si pudo ser tan estúpida como para ordenar asesinar de esa manera a su rival Iscar. Además, según corren los ciclos, las ciudades del sur de Honoria parecen más dispuestas a enviar sus fuerzas hacia Espada, mientras que las ciudades del norte, convencidas en principio de la culpabilidad de la reina, también comienzan a plantearse preguntas.

»En cualquier caso la reina honoria parece sentenciada, y no tanto por la diferencia numérica de los ejércitos, cuanto por los suministros, ya que en breve sus tropas se quedarán sin nada con lo que alimentarse. La reina honoria caerá, mi soberana, y debemos aprovecharlo.

Aglaia dejó que el silencio tras las sentenciosas palabras de la ministra dominara el Salón. Entonces perdió la mirada en las enormes lámparas que colgaban del techo. Fijó después sus verdes ojos en sus consejeros, uno a uno, para detenerse finalmente en Tabalt.

— ¿Qué opináis? —le espetó sin más.

El joven arcano, que aún tenía intacta la copa de extracto que la reina le alcanzara, trazó por su borde superior círculos con el dedo índice.

— Esa tal Reika me parece que saldrá de su Palacio con la cabeza sobre los hombros, y aunque no sé cómo lo hará, cuando lo consiga más nos vale que estemos preparados... ya que no lo estamos.

Tabalt continuó hablando sin hacer caso de las malas caras.

— Supongo que vuestros espías e informadores tienen constancia del aumento de la actividad en la mina de anarcanita de Honoria, y lo que es más significativo, de que han empezado a extraer mineral en Paria. Reika es peligrosa para nosotros, vuelvo a decirlo, pero parece que aquí preferimos apostar por ver cuándo cae, en lugar de tomar cartas en el asunto.

— Una vez más —contestó Aglaia cortando con un gesto a Evadne, quien se mostraba rabiosa con el joven—, vuestras palabras contra los hechos. Pareciera como si quisierais que esa reina honoria triunfara, como si de su triunfo... —Aglaia le miró torva e inquisitivamente— dependiera el vuestro.

Tabalt no bajó la mirada y en un silencio expectante soltó la copa, que se mantuvo en el aire para dirigirse instantes después hasta la consola donde la reina tenía la crátera desde la que servía el acohol. La copa, a pesar de la velocidad con la que marchó y aunque se encontraba casi a rebosar, se posó sin derramar una sola gota.

— Pensad como gustéis, mi alteza, aunque no termino de encontrar sentido a sus frívolas insinuaciones.

En esta ocasión la osadía fue tal que arrancó toses nerviosas del anciano Karsten, y movimientos incómodos del ecónomo Damon. Evadne, por su parte, contuvo su lengua ante otro gesto tranquilo e inequívoco de la reina, que mostró su mejor sonrisa y terminó por decir de modo casi silábico:

— Yo todavía tampoco, querido Tabalt, yo todavía tampoco.

La reina Aglaia decidió entonces dar por concluida la sesión, y despidió a todos sus consejeros. Karsten y Damon, a pesar de sus edades avanzadas, se apresuraron a marchar, mientras que Tabalt

les siguió gustoso aunque sin prisa alguna. Fue Evadne quien hizo por demorarse cuanto pudo, pero al final y tras buscar ansiosa sin encontrar los ojos de su reina, también comenzó a dirigirse hacia la enorme puerta de plata. Al llegar al vano, la ministra oyó su nombre. Aglaia, sentada en el sitial de caoba, le ordenaba volver. Evadne se dio la vuelta y a pesar de la distancia, creyó advertir una mirada lúbrica de su amada reina.

El joven arcano se encontraba indeciso en el pórtico de columnatas del Palacio. Se había despedido con un gesto respetuoso del ecónomo Damon, despedida que el anciano Karsten había evitado con plena conciencia. Tabalt sintió deseos de volver a la Magna Biblioteca, como si una fuerza extraña le impulsara hacia allí, pero la domó. No eran horas para el estudio, ni siquiera aunque se encontrara tan cerca de aprehender su método, ni siquiera a pesar de sentir tan cerca el peligroso aliento de la intuición de Aglaia. Finalmente la necesidad por hablar sobre sus avances le hizo marchar hacia la casa de su consejero Thomar. Su maestro Diometres habría desaprobado una vez más sus progresos e implicaciones, y su madre... su madre no le diría absolutamente nada. Thomar el Negro era junto a Sofronio, su único amigo, y solo en el consejero sacerdocio podía confiar plenamente.

Lucero y Vespertina como en los ciclos anteriores, abrasaban con sus discos amarillo y rojo respectivos, y el joven durante su trayecto procuró resguardarse bajo las sombras de los árboles llorones que se erigían en la vera suroeste del brazo del río Venal, camino de la casa de Thomar. Cuando llegó, se extrañó de no encontrar al sacerdocio rezando en la habitación techada como solía ser su costumbre en aquellas horas. No tardó sin embargo Tabalt en encontrarle, se hallaba de rodillas en el jardín, realizando sus pertinentes oraciones bajo la sombra de los manzanos, huyendo del calor asfixiante.

El consejero vestía una túnica muy ligera azul claro, y se encontraba tan profundamente concentrado en el rezo que Tabalt decidió no molestarle, si bien fue el propio sacerdocio quien terminó por abrir los ojos ante la presencia de su ahijado, al que miró con fijeza.

—Venís a comunicarme algo importante —dijo Thomar entre la afirmación y la pregunta.

—¿Os lo ha dicho El Padre en vuestros rezos? —preguntó el joven.

—No, hijo mío, El Padre esencialmente es silencio, ¿cómo si no, iba Él a expresar sus verdades absolutas? Son muy raras las ocasiones en las que habla, como por ejemplo cuando os profetizó, y aún así siempre que lo hace es más para ponernos a prueba que para cualquier otra cosa. Pero volvamos a vos, son vuestros ojos y su brillo, es la mueca de vuestra boca, el pelo ligeramente erizado de vuestra barba, los que me indican que venís con ganas de contarme algo importante. Adelante, acomodaos y hacedlo.

Tabalt asintió con la cabeza, se adentró en el jardín, y mirando a su consejero dijo con calma:

—Ya casi he terminado de recorrer el camino que me llevará al Trono de Ébano, pronto podré destronar a Aglaia, y dará lo mismo que pertenezca a su insufrible Consejo, o que vaya contra la Ley. Pronto me convertiré en un mago tan poderoso que ningún arcano podrá oponérseme, por más que quieran. Así que, si mi hermana es capaz de sobrevivir a su propio reino, la Profecía nos probará a ambos en breve. Y si ella no lo logra, deberé sentirme como el Elegido una vez que Reika sea devorada por su propio pueblo.

»¿Queréis saber cómo y por qué pronto seré capaz de enfrentarme a Aglaia, a la Ley, y a un ejército de arcanos si hiciera falta?

—Casi tengo tantas ganas de oírlo —empezó a decir Thomar poniéndose de pie— como vos de contármelo, así que hijo mío, adelante.

El joven mago esbozó una sonrisa, y tras unos segundos comenzó.

—Como bien sabe, maestro, la magia de los arcanos que vos cambió por la fe, está basada en la manipulación de un objeto por un sujeto, a través de un vínculo que se traza entre ambos y que es el hechizo, el conjuro, o hablando con más propiedad, el lenguaje mágico compuesto de, logos o palabra, tono y gesto.

»Pues bien, el sujeto será siempre el mago ejecutor, mientras que el objeto manipulado puede ser desde una piedra a un rayo, o por qué no, otro sujeto en su condición de, cuerpo objetivable. Por su

parte, el lenguaje mágico, cuanto más profundice en las posibles relaciones entre sujeto y objeto, más poder podrá alcanzar, resultando un hechizo de primer, segundo, o tercer grado.

»Añadiré que si exceptuamos a los arcanos prácticamente desahuciados de la Escuela Norte, casi todos los demás nos hemos conformado con un lenguaje esencialmente práctico, por tener excelentes resultados. Pero de este modo nos topamos con una barrera lógica, y es que solo se pueden alcanzar manipulaciones... digamos, superficiales. Por ejemplo —Tabalt alzó una mano y cogió una manzana roja—, yo tengo esta manzana y con ella puedo realizar diferentes hechizos; puedo hacer que se mantenga en el aire sin nada que la sostenga —el joven la hizo levitar con un breve conjuro y un movimiento de mano apenas perceptible—; puedo hacer que donde había una manzana madura, aparezcan dos, tres, cuatro —las manzanas se fueron reproduciendo ante la atenta mirada de Thomar—; o puedo, usando un tercer hechizo, hacer que la manzana se transforme por ejemplo, en una naranja. Y podría seguir así de acuerdo a mis habilidades y estudios en torno a las relaciones entre un sujeto, en este caso yo, y el objeto, la manzana.

»Sin embargo en todos ellos nos topamos antes o después con la barrera lógica ya mencionada, pues la manipulación con el método mágico que manejamos termina por llegar a un límite antes o después. Así, la levitación no es más que una compensación más o menos hábil y genial de la fuerza gravitatoria, la multiplicación del objeto, o bien reduce la masa de este de modo que cuatro pesen como una, o bien si el hechizo es de mayor complejidad, esa masa se la arrebata a otros objetos cercanos, y en cuanto al cambio de forma, no tendríamos más que, o un cambio por otro objeto, en este caso por una naranja, o bien un simple espejismo.

»Y ahí va otro límite más: si yo estoy enfrentándome a un honorio o a otro arcano y me mataran, mis cuatro manzanas pasarían inmediatamente a ser una, la naranja volvería a su forma original de manzana o se volvería a trocar, y si el objeto con el que he conectado mágicamente estuviera levitando, caería irremediabilmente una vez

que yo hubiera muerto. En definitiva, tenemos poder, qué duda cabe, pero no tanto como a veces suponemos. Y esto sin tener en cuenta la anarcanita y su capacidad para perturbar nuestro lenguaje mágico, absorbiendo y anulando con esa perturbación el vínculo entre sujeto y objeto.

»Pero como apunté, no todos los arcanos optaron por este sendero práctico de la magia, y hay otros caminos. Y yo me crié en parte en una de esas otras vías gracias a Diometres —dejaré aquí al margen el hecho de que siempre me ha encantado recorrer todas las posibilidades de nuestro pequeño mundo, y que vos habéis sido un perfecto maestro en algunas de ellas, tan impropias en apariencia para un sacerdocio— pero a lo que iba, en su conceptualización mágica, lo que Diometres siempre ha buscado es, «el conocimiento por el conocimiento», olvidándose de la parte práctica y adentrándose en complejísimos caminos teóricos que persiguen llegar a la esencia de las cosas. Es así como mi tutor puede llegar a perderse durante meses e incluso años, en laberintos lógico físico matemáticos, que le apasionan y que volverían loco a cualquiera. Ahora bien, en su búsqueda, al igual que los pocos que antes de él siguieron este camino, comete en cierto sentido el mismo error que la mayor parte de los arcanos, aunque a la inversa, pues aquí se sacrifica todo elemento práctico.

»Pues bien, las fórmulas de mi tutor, sus estudios, y las obras más interesantes de la Magna Biblioteca que precisamente se sumergen en esos mundos sin que ningún arcano les preste ya atención, me han servido para comprender la unicidad que debe presentar teoría y práctica para alcanzar un lenguaje mágico que supere las limitaciones y que las elimine. Y eso es precisamente sobre lo que estoy, desentrañando ese lenguaje del que ya puedo esbozar algunos pasajes aunque aún me quede mucho camino de simplificación para ser realmente útil.

»Lo que ya puedo hacer en algunos casos, Thomar, y lo que seré capaz de lograr para muchos más en breve tiempo, es acceder al núcleo, es llegar a la esencia del objeto y manipularla, es alcanzar la raíz,

el principio de algo, y poder transformarlo. De esta manera, si yo tomo esta manzana — Tabalt volvió a coger una manzana madura del frutal — y uso el nuevo lenguaje mágico que estoy desarrollando — el joven lanzó un largo e intrincado hechizo — esta manzana ya no será tal, sino que — poco a poco la fruta se transformó — estaremos ante una naranja real. Lo que he hecho ha sido modificar el objeto de raíz, lo he cambiado en su estructura y esencia.

El joven mago calló, agotado por su explicación y por el hechizo que acababa de ejecutar, en apariencia simple pero de una dificultad e implicación asombrosa.

Thomar le miró largo rato en silencio, al final estiró su brazo, cogió una manzana del árbol, y comenzó a hablar:

— Así que, si he seguido bien vuestras explicaciones, podríais tomar esta manzana roja y modificar su masa a vuestro antojo hasta que, por ejemplo, pesara tan poco como un diente de león, o bien multiplicarla por dos o por cuatro..., resultando de ello manzanas reales e iguales en todo a la primera, o incluso, podríais hacer regresar a la manzana a su estado de semilla, haciéndola retroceder en el tiempo. ¿No es así, hijo mío?

— Exacto. Y claro, la cosa no se quedará en las manzanas pues estoy a punto de encajar el método para amplificar su uso y simplificar el lenguaje mágico aún excesivamente complejo, largo y extenuante. Cuando lo logre, me convertiré en el arcano más poderoso que jamás haya pisado Karak.

— Quizá demasiado, hijo mío, quizá demasiado — fue la respuesta del sacerdocio envuelta en un suspiro.

— ¡Cómo, de Diometres sí, pero de vos, ese comentario...!

— Nunca me gustó demasiado estar de acuerdo con vuestro tutor, somos tan distintos..., pero aquí comparto sus reticencias. A los magos ya os gusta demasiado jugar a ser dios, y me parece que por lo que contáis...

— ¿Qué — le interrumpió el joven — creéis que tal vez pueda convertirme en uno? — Y añadió enfadado —: ¿Temes acaso que le dispute el puesto al Padre?

—La verdad es que no temo eso —contestó tranquilo Thomar—. Más bien temo que creas que podríais hacerlo, o incluso peor, que terminéis convencido de que vuestra obligación es convertirlos en uno. Ser dios, hijo mío, no debe ser grato, y en cualquier caso no es un puesto que tenga una vacante libre, por muy poderoso que lleguéis a ser.

—Consejero, yo no fui quien ha mentado a dios... La incertidumbre que me depara hollar mi propio camino y el destino que menciona la Profecía, me parecen bastante.

—Eso espero hijo mío, eso espero.

Durante el tiempo que aún duró la visita, apenas si se cruzaron frases que no fueran mera convención. Se despidieron con un abrazo y, cada uno quedó con la certidumbre de que no había convencido al otro, de que incluso aquella visita, había roto algo especial del vínculo que mantenían.

CAPÍTULO XIV

Nosotros tenemos la magia, ellos han encontrado su remedio, que suman a su fuerza. Mal que nos pese ha nacido un nuevo equilibrio en esta denodada lucha por hacerse con el control de Karak, de sus recursos, por hacerse con el control moral de los parios, por imponer a nuestro respectivo Dios.

La anarcanita es el remedio de los honorios, la anarcanita es nuestro mal. Este mineral aplaca nuestras capacidades mágicas y confunde el lenguaje entre el sujeto que ejecuta el hechizo, y el objeto que lo padece, imposibilitando un resultado eficiente.

Según avanzo en el estudio del mineral voy descubriendo nuevas propiedades de sumo interés. Así, no todos los extractos de anarcanita tienen la misma pureza, y por tanto, no todos poseen la misma capacidad aplacatoria. Como cabe suponer, a mayor pureza, mayor capacidad para perturbar un conjuro.

En estos momentos se desconoce la cantidad de anarcanita que puede albergar Karak, así como si existen hechizos o un nuevo lenguaje que escapen a la perturbación (desde luego si existen unos u otro, aún no se han encontrado).

Por otra parte, los honorios comienzan a experimentar con aleaciones, y a forjar armaduras y armas con el mineral como elemento clave.

Nosotros tememos el equilibrio, ellos esperan avasallarnos. El tiempo, juez supremo, decidirá.

Perteneciente a la arcana Tansy en el 202 de Nuestra Era, autora del Primer estudio arcano sobre la anarcanita.

— **T**odo está listo amada reina. Los custodios están dispuestos y coordinados.

El aplomo con el que la ministra pronunció sus palabras resultaba tranquilizador y extraño en ella, y sin embargo, la provocadora e imperturbable Aglaia se mostraba nerviosa en esta ocasión. Las cosas no habían salido ni mucho menos según lo planeado, y eso le generaba una incertidumbre a la que no estaba acostumbrada en sus largos años de soberana. Y es que Tabalt, una vez nombrado miembro del Consejo de los Cinco, no solo no se había rendido a los encantos del poder político, no solo no había caído bajo el yugo del placer que le había preparado la reina, sino que el joven, parecía empeñarse en poner en riesgo el reinado de Aglaia, y eso era algo que la reina no iba a tolerar.

Vespertina hacía tiempo que se había retirado para dejar su lugar en el firmamento a las estrellas nocturnas. La reina se encontraba algo confusa. Recibió a Evadne con un ligero camisón trenzado mágicamente para refrescar su cuerpo durante la época de calor de la estación seca. No tenía ánimo de ninguna gala, pero tampoco lo hacía en esta ocasión como vino a interpretar la ministra, para divertirse ruborizándola. Evadne anhelaba demostrar a su adorada reina que estaba a la altura de lo que se le había encomendado, y no solo consiguió reprimir su rubor a pesar de la semidesnudez de Aglaia, sino que también evitó tropezar con nada. Ni siquiera tartamudeó como otras veces.

La reina se dio cuenta de la situación y estuvo a punto de indignarse contra su súbdita por conseguir un control que a ella se le escapaba, pero dominó su ira, comprendiendo que de no hacerlo iría dirigida en realidad contra sí misma. Así las cosas, Aglaia terminó por dejar que en aquel pequeño salón del Palacio, fuera Evadne la que desbordara por una vez orgullo y felicidad, al ser quien tranquilizaba a la soberana de Arcania. Después de todo, sería la robusta ministra quien en unas horas habría conseguido borrar la mayor preocupación del Reino.

Cansada de su extraña debilidad, Aglaia terminó por despedir a Evadne con un frío:

—No me falles.

Sin embargo, la frialdad recibida no fue suficiente para que esta vez la ministra minara su felicidad y su aplomo. Se marchó del salón con la idea de que habría tiempo para recibir las atenciones de su reina, después de cumplir con su trabajo y ejecutar los golpes encomendados.

—No me falles —repitió la reina en la estancia vacía una vez que la ministra cerró tras de sí la pesada puerta de roble.

Aglaia sin lograr conciliar el sueño no supo qué hacer tan de madrugada. Finalmente y tras dar varias vueltas por el salón, la indecisa reina terminó por servirse un vaso de su mejor y más dulzón extracto. Con la segunda copa comenzó a recordar la conversación que pocos ciclos atrás había tenido con Taros en el salón del Trono de Ébano, y que había desencadenado los hechos hasta el momento actual.

—Majestad, la situación es más grave de lo que habíamos previsto.

Taros se mostró inquieto, hacía semanas que no hablaba con Aglaia, y pocas veces si acaso alguna había visto a la reina tan borracha. El exvalido no tenía nada claro que se le fuese a prestar la debida atención.

—El talento de Tabalt es aún más notable de lo que temíamos, pero sin duda nuestro mayor problema no es este, sino su ambición, que le está conduciendo por oscuros senderos que acabarán llevándole a unos resultados tan peligrosos para el futuro de Arcania, como de su reinado, majestad. Esto es lo que me dicen nuestros informadores y espías.

Aglaia guardó silencio y siguió bebiendo. Se levantó del Trono de Ébano.

—Mi insigne reina, debemos acabar cuanto antes con la amenaza, su plan de nombrar a Tabalt Consejero de los Cinco para tenerle vigilado de cerca y, atado por la Ley, era astuto no lo niego, lo mismo que su plan de apartarme del Consejo para que me ocupara de su

vigilancia desde otros ángulos. Pero majestad, ya no basta con vigilarle, y aunque no le guste, debemos actuar con rapidez si no queremos poner en riesgo al Reino.

Aglaia se tambaleó hacia un lado pero consiguió no derramar ni una sola gota de su vaso. Finalmente habló, entre molesta y beoda:

— Insigne reina, majestad, majestad... pensáis acaso que repitiendo mucho la adulación van a aumentar las posibilidades de convencerme. Lo que me habéis propuesto... mirad que lo de Tabalt mal que me pese... pero las otras partes del plan... no solo me resultan arriesgadas, sino que también es durísimo para los arcanos... ¡E impropio de mi reinado!

— Yo no lo tengo tan seguro... majestad — fue la respuesta de Taros. Y aún tuvo la osadía de añadir —: Lo propio de su reinado es perpetuarse en este trono que nos contempla. Vos lo sabéis, yo lo sé, Arcania entera lo supone... y lo aceptamos todos porque sabemos que no hay mejor reina que vos.

»¿Acaso Tabalt, que nada sabe de gobernar un reino lleno de egos e intrigas, que tan solo sabe rodearse de libros cada vez más extraños e inútiles, que nos conduciría sin duda y sin saber aún el motivo, por lo que se desprende de sus obstinadas ideas y opiniones, hacia una nueva Guerra de resultados catastróficos contra los honorios..., acaso Tabalt, le pregunto, mi señora Aglaia, sería mejor rey que vos?

Y Taros aún tuvo el arrojo de decir:

— Porque si al respecto tiene la más mínima duda, majestad, es que esta vez sí, se ha excedido con el alcohol.

Aglaia tuvo al tiempo ganas de restituir inmediatamente en el puesto de consejero a su antiguo amante, y de mandarlo encerrar para siempre por su insolencia. Al final, se volvió a sentar en el Trono de Ébano y, agobiada, lanzó un hechizo casi imperceptible sobre sí misma para despejar su cabeza. Rápidamente disminuyó el alcohol del extracto que había ingerido a lo largo de todo el ciclo. Sabía de las consecuencias de esa magia: todo el llevadero dolor de la larga resaca que le hubiera sobrevenido por horas, se reconcentró en una

agudísima punzada que a punto estuvo de hacerla gritar. No lo hizo en cambio. Y tampoco tendría nunca que leer de ningún historiador ni cronista, que la decisión más crucial que tomara nunca, la tomó borracha.

Taros esperaba impaciente a pesar de los esfuerzos por aparentar lo contrario. Tras no saber qué hacer ya con sus manos, escuchó expectante cuando la reina dictó sentencia tras esperar a que el hechizo terminara de surtir efecto, sintiéndose purificada de alcohol. Con total dominio de sí, Aglaia dijo:

—Efectuaremos el plan tal y como lo has presentado. —Y añadió con una mirada conscientemente torva—: Y por supuesto, esos libros tan peligrosos de los que me has hablado y de los que apenas nada dices entender, también serán destruidos.

Tabalt andaba somnoliento y desganado detrás el niño. A esas horas debía estar encaminándose a la Magna Biblioteca. Incluso se mostró desconfiado en un primer instante con el chico, razón por la que antes de salir de casa decidió coger su cayado predilecto, una rara pieza que aparentaba ser un báculo normal, pero que para nada lo era. Trató de no pensar, observando el hermoso espectáculo que ofrecían las estrellas nocturnas, y trató de no darle vueltas, sin demasiado éxito, a lo que querría su tutor Diometres, como para que su pupilo de siete años fuese a buscarlo a tales horas.

«Tal vez convencerme para abandonar el método. ¿Habrá hablado Thomar con Diometres? ¿O tal vez pretende que me encargue de educar a este mocoso?»

En breve lo sabría y terminó por convencerse de lo absurdo de cavi-
lar nada hasta que llegaran al maestro. Se concentró en la bóveda celeste que en la estación seca ofrecía su máximo esplendor. Una miríada de estrellas titilaban con fuerza, compitiendo por ver cuál brillaba con mayor intensidad, duelo que en este período del año lo ganaba irremediabilmente El León con su Cetro entre los Dientes, constelación de deslumbrante brillo, y que hacía prácticamente innecesario el encendido mágico de la red de faroles de la ciudad.

Dymi, a sus siete años, caminaba con plena seguridad y paso firme. Se mantenía unos metros por delante de Tabalt. El ritmo y el vigor del niño le resultaron exagerados al joven mago, que si bien se había negado por orgullo a leerle los pensamientos, sí que dedicó parte de su atención a mantenerse alerta y a llevar su cayado con decisión. Después de todo, no resultaba normal que aquel niño hubiera aporreado su puerta para comunicarle: «Diometres, vuestro antiguo tutor, os concede el honor de una entrevista». Una entrevista que Tabalt ni por asomo había solicitado y, menos a una hora tan atípica. De todo aquel episodio, tan solo la desfachatez del crío le resultaba convincente al joven, todo lo demás, era curiosidad y extrañeza.

Habían atravesado buena parte del barrrio noreste de la ciudad con la aparente dirección de encaminarse más arriba del brazo norte del Venal, junto al denominado Pico superior del Foso, donde Diometres disponía de su principal residencia, por llamarla de alguna manera. Se trataba de un chamizo con paredes de adobe y techo de paja y broza. Allí era donde pasaba normalmente las noches de más calor o de más frío y, casi siempre entre cálculos y reflexiones, porque cuando de lo que se trataba era de dormir llanamente, elegía bien el duro mármol de la Escuela, o bien el agujero del tranco de un árbol al que el anciano llamaba: «Mi verdadero y más cómodo hogar».

Unos cientos de metros más de caminata corroboraron a Tabalt que se dirigían al chamizo de su tutor, algo apartado de otras casas sencillas, chozas y cabañas, ocupadas en su mayoría por los magos más pobres de Luz, por arcanos eremitas, y por otros maestros de la Escuela Norte. O lo que era lo mismo, por los llamados arcanos desahuciados, que en su mayoría practicaban una magia llamada residual y anticuada, según los cánones imperantes desde hacía bastantes centurias en Arcania.

Cuando por fin divisaron su objetivo el pequeño Dymi giró con rapidez su cabeza hacia los lados, y el gesto no pasó desapercibido para Tabalt. Con todo, siguió sin estar dispuesto a rebajarse para leer los pensamientos de un crío, y aún murmuró para sí:

—No creo que haya nada que temer, pero si lo hubiera, no soy yo quien debería estar asustado.

Entraron a la casa circular de adobe que sin apenas enseres ni mobiliario, resultaba amplia. Al fondo divisaron a Diometres dándoles la espalda y en una posición forzada y extraña, medio de rodillas, medio caído de lado. Dymi echó a correr hacia el anciano pidiéndole perdón a voz en grito y asegurándole que no había tenido más opción que traer a Tabalt. El niño, al llegar junto al anciano, comprobó que los extraños encapuchados que se presentaron en mitad de la noche no habían mantenido su palabra, y habían hecho mucho daño al maestro. El pequeño empezó a llorar desconsoladamente.

Diometres sangraba por numerosas partes de su cuerpo, y aunque había la suficiente luz debido a una claraboya central que se abría para esta época del año, así como por los tres faroles que permanecían encendidos, no se necesitaba de claridad ni de muchos conocimientos médicos para saber que le habían rajado de arriba abajo, y que lo habían hecho como divertimento. Aunque estaba inconsciente, y aunque había perdido mucha sangre, aún respiraba. Le habían herido para que su muerte fuese lenta, para que Tabalt se lo encontrara agonizando al llegar.

La rabia del niño que se mezclaba con sus lágrimas, fue sofocada al instante por una fuerza que inundó todo el chamizo. Se trataba de la furia del joven que se hizo patente sin la necesidad de un grito. Tabalt llegó hasta Diometres y se agachó junto a él, imaginó que los responsables no tardarían en aparecer y, se juró que fuesen quienes fuesen, y que fuesen cuantos fuesen, iban a pagarlo. Antes, trató de aliviar el sufrimiento del maestro.

—No tiembles y observa —le dijo Tabalt a Dymi con una voz vaciada de reproche y cargada de seguridad.

Pero antes de que pudiera conjurar nada, una energía neutralizadora sacudió al joven, luego otra y aún una tercera más fuerte, debilitando su poder mágico hasta la práctica extinción.

Dymi, que a pesar de la advertencia no había logrado dejar de temblar ni de llorar, señaló con la mano a la espalda del joven.

Cuando Tabalt se volvió, pudo observar tres fornidas figuras pertrechadas con armaduras y espadas, más una cuarta que alcanzaba fácilmente la categoría de gigante, con más de dos metros de altura, una cara picada de viruela, y un hacha entre sus manos.

—Sin duda mercenarios y proscritos honorios —dijo Tabalt con calma.

Por la puerta aún entrarían dos figuras más. Eran arcanos y en sus manos enguantadas portaban grandes extractos de anarcanita, que por los efectos mágicos anuladores que habían tenido sobre Tabalt, resultaban de una pureza extraordinaria. El joven no tardó en confirmar que los mercenarios también portaban en sus armas y defensas, vetas y fundiciones del paradójico metal, capaz de neutralizar la magia. Tabalt resolvió que usar sus hechizos en tales condiciones se antojaba imposible.

De los seis enemigos que comenzaron a posicionarse a lo largo del chamizo circular, tan solo uno le resultó a Tabalt ligeramente conocido. Se trataba del arcano más joven, si bien rondaría las cinco décadas. Su abundante pelo blanco junto a su característica perilla del mismo color, provocó que el joven le recordara. Tabalt clavó sus ojos en él sin perder detalle de los movimientos de los demás. Los arcanos se apostaron junto a la puerta, y los proscritos se acercaron con lentitud y en diferentes direcciones.

—Ahora caigo —terminó por decir Tabalt sin dejar de mirar al mago de la perilla blanca— vos y yo nos hemos cruzado al menos una vez en Palacio. Pertenecéis a los Custodios que montó recientemente Evadne para Aglaia, mezclando mercenarios y arcanos. Lo cierto es que para formar parte de un grupo que debe permanecer en el anonimato, no tenéis precio.

—Vos en cambio sí que lo tenéis —contestó el arcano sonriendo—. Y muy elevado por cierto. Al fin y al cabo, sois la gran promesa de Arcania, el mago más enigmático y poderoso que se recuerda, o eso se dice. Lástima que estas piedras tan pesadas y molestas no nos vayan a permitir descubrir vuestras habilidades mágicas, para poder juzgar si de verdad vuestra fama está a la altura de los rumores.

—Lo mejor de todo —dijo Tabalt devolviendo la sonrisa cuando ya uno de los mercenarios estaba a su lado dispuesto a rajarle— ¡Es que tengo otras habilidades que enseñaros!

Tabalt levantó entonces su grueso cayado de cedro, lo puso horizontal a la altura de su cabeza, y tras presionar en tres puntos concretos del cayado, este se dividió en una funda por un lado y en una especie de espada a una mano por otro, con un pomo de madera y un filo que deslumbró a todos los presentes excepto al malherido Diemetres, quien abrió los ojos con aparente esfuerzo.

Aquella noche no solo deparó movimientos furtivos en la parte norte de la ciudad triangular de Luz, ya que en uno de los otros extremos de la capital, y sobre la misma hora, tres figuras encapuchadas pero tan fornidas que se descartaban a simple vista como arcanos, entraban furtivos en la casa del sacerdocio Thomar el Negro.

Los encapuchados esperaban encontrar al sacerdocio dormido, aunque habían decidido de antemano despertarle para divertirse, antes de ensartarle en sus espadas. Con todo, querían dejar su profesionalidad fuera de toda duda y habían accedido a la casa con sigilo. No descartaban el hecho de que el beato intentara echar a correr despavorido. El asunto sin embargo no se resolvió según lo planeado.

Se toparon con Thomar en la estancia central de la casa. Estaba de rodillas y rezaba al parecer. Sus ojos cerrados se abrieron con presteza. Si le sorprendió la visita lo disimuló muy bien, y desde luego no cayó presa del pánico.

Uno de los tres encapuchados dio un paso al frente mientras se bajaba la capucha. Tenía el rostro lleno de cicatrices y la nariz tan desviada que parecía recostarse contra una de las ajadas mejillas. Tras mirar al impassible sacerdocio se giró a sus compañeros y sonrió, su dentadura no era más agradable que su cara.

—Bien caballeros, nos vamos a divertir con este santurrón. Esto va a ser más fácil que pescar en un tonel.

Thomar pensó: «Qué aburridamente previsible». Pero no dijo nada, ni siquiera se levantó, tan solo se quedó mirándoles, atento de sus movimientos, a la espera de que se le acercaran.

La tensa calma se rompió y Tabalt esquivó el primer tajo. Su movimiento alejó el combate del lugar en el que Dymi, quien aún lloraba, abrazaba a su maestro.

La cabaña resultó ser lo suficientemente amplia como para que Tabalt fuese rodeado por los cuatro proscritos. Los dos magos por su parte continuaron en la puerta con la anarcanita a cuestas, y una cara de total amargura. Inutilizar la capacidad mágica del joven significaba que también se inutilizaban ellos mismos. Y por si fuese poco nadie les había informado sobre el hecho de que Tabalt supiese manejar la espada, algo que por lo visto en los primeros compases resultaba preocupante, pues sabía lo que hacía.

Tampoco los mercenarios estaban avisados de la habilidad con la espada del mago, y uno de ellos lo pagó caro rápidamente. Sin duda era el más bisoño de los cuatro y desde luego el más delgado. Lucía una melena que le caía más allá de los hombros, típica en los proscritos. Sus errores fueron varios y a pesar de que se acercó a Tabalt en un movimiento en zigzag, rápido e inteligente, lo hizo sin coordinarse con sus compañeros, tras iniciar además el ataque desde una distancia excesivamente larga, y con un patrón de pies que permitió leer el embate. Así, Tabalt se anticipó a su último paso con una contraestocada ascendente que le acertó en la yugular. El mercenario no portaba yelmo pero sí una pequeña gola, que sin embargo fue atravesada por el filo del cayado espada como si de un queso se tratase. La muerte le sobrevino de inmediato y, apenas si tuvo tiempo de echarse las manos al cuello una vez que soltó la espada.

Las sonrisas que instantes previos asomaban en los proscritos se ocultaron.

El combate se endureció. La muerte del mercenario sirvió no solo para mudar los rostros de sus compañeros, y no solo para que estos

apretaran los dientes, sino también para que con rápidas miradas se dijeran que nada de bromas y todo de concentración, que nada de querer apuntarse la gloria por cuenta propia, y todo en atacar coordinados y sin tregua. El resultado no se hizo esperar y Tabalt comenzó a retroceder y a tener dificultades para mantener la guardia en alto. Tabalt intentó encontrar debilidades en sus tres atacantes pero tanto el gigante como sus dos camaradas, demostraron suficiente disciplina, rapidez y técnica, como para parar todos sus golpes y ponerle en aprietos con sus réplicas. Tuvo especiales dificultades en cada cruce con el hacha, que provocaba una enorme tensión en el brazo del joven, y a punto estuvo en un par de ocasiones de perder el control de la empuñadura de su cayado.

Tabalt retrocedió hasta el fondo del chamizo. Solo lograba defenderse a duras penas, y sin poder lanzar el más mínimo ataque. Para el mago el asunto se volvió crítico. De hecho y a pesar de la gran habilidad con el acero que había demostrado sin que nadie lo esperara, tan solo parecía faltar, no un descuido suyo, sino un acierto de los mercenarios. Un acierto que sobrevendría en cualquier momento a tenor del cansancio de Tabalt y del corte que recibió en un muslo. Entonces se oyó un grito de advertencia:

—¡Cuidado!

El aviso llegó del espía arcano más viejo y alertaba sobre un movimiento inesperado: el del chico.

Dymi ya no abrazaba a Diometres, ya no estaba dispuesto a tragarse el acuerdo apalabrado según el cual nadie iba a hacer daño a su maestro si llevaba hasta ellos al famoso Tabalt. Dymi ya no lloraba, y tampoco era preso de temblor alguno. En lugar de todo eso apareció la furia, la decisión, y un largo cuchillo de cortar hierbas medicinales. El cuchillo y el niño habían provocado la voz de alerta.

Tabalt vio acercarse al niño de cara y aunque hubiese deseado poder gritarle para que se alejara de allí, en cambio no dijo nada y agradeció para sus adentros su arrojo.

En cuanto a los mercenarios, el gigante del hacha y presumible líder, no perdió ni un instante de concentración, ni un segundo en

girarse, mientras que los otros dos, a pesar de que sí se dieron la vuelta, no lo hicieron con la suficiente presteza como para evitar que Dymi, con sus siete años, clavara su cuchillo de cortar hierbas en forma de hoz, sobre el gigante. Fue a la altura del bíceps del muslo, con un tajo lleno de rabia.

La cuchillada lo cambió todo en aquel chamizo y quién sabe si no lo hizo también sobre la Historia de Arcania y de Karak. Y ello a pesar del efecto directo tan ridículo que el cuchillo causó, pues apenas si produjo una ligera mueca de dolor en el rostro picado del mercenario y, un paso trastabillado del mismo. Nada más, pues la pernera de cuero y el propio diseño de la hoja, protegieron al gigante de la eficacia del cuchillo, y apenas si el filo atravesó la epidermis.

Sin embargo, ese pequeño acto de valentía cambió la suerte del combate. Para empezar porque el niño ofreció a la situación unos segundos inesperados y para seguir, porque Dymi fue atravesado de parte a parte por uno de los proscritos que se había vuelto ante la advertencia que escucharan. La espada le entró al niño por el pectoral izquierdo y la punta llegó a asomarse por la parte de su abdomen derecho. Cuando el filo salió del chico, este se desplomó sin emitir apenas ningún estertor. Tabalt se inundó de furia ante lo que presenciaron sus ojos y aprovechó la oportunidad que le ofreció el sacrificio de Dymi; el ligero trastabillo del gigante y la desatención momentánea de sus compañeros le llevó a lanzar una estocada frontal que descuidaba su defensa hasta anularla por completo. Su osadía hubiese resultado fatal en las circunstancias anteriores, pero en ese momento la suerte le acompañó y, para cuando Dymi caía al suelo, el gigante estaba atravesado hasta el pomo por el arma de Tabalt.

El gigante dejó caer su hacha, abrió los ojos saliéndosele casi de las órbitas, esputó sangre al rostro de Tabalt, y cuando vino a desplomarse, sus compañeros, vueltos con asombro tras ocuparse del niño, se toparon con la urgencia de enfrentarse a una fiera salvaje que ya les atacaba tras eliminar a su jefe.

El resto del combate fue breve. El proscrito más robusto de los dos que quedaban, fue alcanzado una, dos, y hasta tres veces por el filo

de Tabalt, en el brazo, en el peto, y en la ingle, y fue ahí cuando finalmente se dobló. Faltaba tan solo el mercenario que había atravesado al niño. Tabalt se relajó un tanto y permitió al proscrito creer en sus posibilidades. Al tiempo, el joven no dejó de prestar atención a los nerviosos arcanos, que veían un desenlace nada halagüeño para sus intereses y, que dudaban entre quedarse y hacer algo, o salir corriendo.

Tabalt comprendió que el tiempo apremiaba y apretó nuevamente el intercambio de golpes. Con un amplio molinete sobre la cabeza se alejó del proscrito unos pasos para lanzarse después contra su rival, quien primero quiso alcanzar al arcano con una estocada larga, para luego venir a cruzar su acero al no conseguir su objetivo. Ahí se decidió el combate, el joven mago con más fuerza y mejor elección del punto de choque de las espadas, ganó el embate desarbolando al mercenario, quien vio con pavor cómo su acero salía volando para estrellarse contra el fondo de la cabaña. Lo que ya no pudo observar volar, fue su cabeza un segundo más tarde, tras un tajo preciso de Tabalt.

La sangrienta imagen resultó convincente para que los ánimos de los arcanos bajasen hasta sus piernas, y salieran despavoridos sin soltar, eso sí, la preciada y poderosa anarcanita. Tabalt recogió el hacha caída y se lanzó tras los dos espías que no pudieron correr demasiado rápido a causa de las piedras y de las togas, poco útiles para tal menester. Sin embargo el joven, con su corte en el muslo, el cansancio, y su elección de prioridades, decidió que no podía malgastar sus fuerzas y su magia en esa persecución. Les lanzó el hacha, pero falló estrepitosamente.

Regresó al chamizo al tiempo que sentía regresar sus habilidades mágicas. Afuera la noche seguía su curso tranquilo y estrellado, si bien le había parecido oler ligeramente a humo. Llegó hasta su maestro Diometres y le halló aún con vida, pero mortalmente herido. Mantenía los ojos abiertos con gran esfuerzo y estaba consciente. Parecía haber contemplado la lucha y transmitía resignación ante la muerte; no había hechizo curativo ni siquiera de tercer grado que pudiera restañar tales heridas. Sin embargo, Tabalt había desarrollado ya lo

suficiente de su nuevo método como para intentar ir más allá de la maestría que permitía alcanzar el tercer grado, y se sintió preparado para enfrentarse a aquel reto.

Algo le retuvo. El brazo de Diometres paró la concentración del joven, el ensangrentado anciano le mostró con el dedo al chico. Estaba tendido unos metros atrás y todavía respiraba envuelto en pequeñas convulsiones.

—Sálvale a él, no a mí —ordenó Diometres hablando con gran esfuerzo—. No tenéis energía ni tiempo para los dos, ese niño es mi futuro, salvándole a él... me salváis a mí.

El joven era consciente de que si lograba conjurar su magia, tan solo podría atender a uno, pues luego se sentiría completamente vacío. Diometres le miraba con dureza ante su indecisión, pero al final sus ojos reclamaban piedad y misericordia para con el niño. Tabalt supo que su antiguo tutor nunca le perdonaría contravenir la orden dada.

—El discípulo debe romper con el maestro —musitó recordando una lección recurrente del anciano. Y mientras observaba cómo los ojos de Diometres se llenaban de rabia cercana al odio, añadió—: Incluso más de una vez, si fuese preciso.

Tabalt dio definitivamente la espalda al niño y le dejó morir. Pasó entonces una mano por el rostro del maestro y este entró en un profundo sueño. El joven no habría podido concentrarse con aquella mirada.

Los cadáveres de cuatro mercenarios, el de un niño de siete años, y el sueño de un anciano moribundo, fueron testigos privilegiados de una magia distinta a la conjurada históricamente en Arcania. Con un hechizo largo, unas tonalidades vocales diversas y mucho más profundas, y unos gestos de manos más rápidos a los habituales, Tabalt generó en torno suya un aura que envolvió también a Diometres. Esa aura poseía un color azul y de ella, comenzaron a desprenderse hilillos negruzcos que descendían hasta el anciano yendo más allá de la dermis, penetrando en la piel del moribundo buscando recomponer los tejidos, restañando cada músculo atravesado, rehaciendo

cada hueso roto, sanando cada órgano afectado. El conjuro fue largo y los minutos se hicieron eternos, pero al final el azul se deshizo y las fibras negras vinieron a evaporarse. El anciano había recuperado una respiración pausada y los estertores de la muerte se habían alejado, aunque estaba lejos de una recuperación total. Tabalt, incapaz de enfrentarse al reproche del maestro, no le quiso despertar.

Tras el hechizo el joven se encontró exhausto y jadeante. Se sentó en el suelo. Necesitaba un descanso y se negó a pensar en lo que pudiera aparecer por la puerta del chamizo, en forma de refuerzo de los arcanos huidos. Durante un tiempo breve no hubo más que silencio.

Al poco sin embargo apareció un griterío que se propagaba por los alrededores y crecía paulatinamente en intensidad. Llegó un momento que la palabra «fuego» se hizo nítida. Tabalt decidió coger en brazos a su maestro y salir del chamizo. Pensó que tal vez fuera la cabaña la que ardía, a pesar de no existir ninguna señal que así lo indicara. Aceptó con resignación que más enemigos le esperaran afuera. Al menos había recobrado algo de fuerzas y las voces le tranquilizaban puesto que ante testigos, quizá no se atreverían a atacarle. Al llegar a la puerta se giró cargado con el anciano, y contempló por última vez el cuerpo inerte de Dymi, palabras como, crueldad, injusticia, absurdo y destino, volaron sobre su cabeza. Terminó por musitar «lo siento», y salió al exterior.

Afuera pronto se encontró con diversos arcanos, algunos conocidos por ser compañeros de Diometres en la Escuela Norte. Todos estaban nerviosos y nada somnolientos a pesar de que la mayoría aún vestía ropas de dormir. Para nada se preocuparon del joven. No había peligro para ellos, era mucho peor. Al fin entendió lo que ocurría.

—¡La Biblioteca, la Biblioteca, está ardiendo la Magna Biblioteca de Luz! —era el grito de desesperación y angustia en el que insistían aquellos magos, solo superado en repeticiones por el de «¡Fuego, fuego, fuego!».

Los arcanos de aquella zona marginal de la ciudad se sentían más que nunca desahuciados, pues el sacro lugar que ardía, era lo único

que nunca les había discriminado. Unos lloraban, otros se lamentaban a voz en grito por la pérdida sin igual, y unos pocos echaron a correr en dirección al antiguo alcázar, convertido en la Magna Biblioteca hacía centurias, y reconvertida si nadie lo remediaba en esa infausta noche, en cenizas. Por la altura que alcanzaba el humo y el destello de las llamas, la Biblioteca se estaba consumiendo a grandes pasos. Lo que ardía era el mismo corazón de la magia, una pérdida de conocimiento irreparable.

Tabalt tomó una decisión. Se hizo reconocer y buscó un conocido con quien dejar a cargo a su antiguo tutor. Encontró a Arsen, amigo y colega de Diometres en la Escuela. Tenía tantas décadas auestas como el convaleciente, pero era mucho más excéntrico y mucho menos genial. Tabalt tuvo que sacudirle bajo un pijama ridículo para que le prestara atención. Tras unos momentos de confusión Arsen cayó en la cuenta de quién era aquel joven y quién el anciano con el que cargaba, y prometió pálido y sin dejar de mirar hacia la lejana humareda, quedarse al cuidado de Diometres hasta que su amigo recobrara la conciencia y la salud.

El joven pudo echar a correr con cierta cojera en pos de la Magna Biblioteca. Sangraba por el muslo, apenas si tenía fuerzas, y sin energía mágica poco podría ayudar. Pero tenía que estar allí, debía asegurarse que no había casualidad alguna en esa noche aciaga, aunque se encontrara con los culpables, o precisamente para encontrarse con ellos.

Mientras corría apenas sintió cansancio. La rabia suplió la ausencia de fuerzas. El problema radicaba en la distancia, y se prometió a sí mismo, que si salía con vida de esa noche, aprendería a volar.

Aglaiá recorría nerviosa y a grandes zancadas el mármol del Salón de Audiencias del Palacio. Varias copas ya se habían estrellado contra el suelo, y la cratera de extracto estaba prácticamente vacía.

—Resumiendo, no tenemos el cuerpo de Tabalt para arrojarlo entre las llamas de la Biblioteca y culparle del desastre por conjurar la magia que no debía, y que no supo controlar. Y tampoco tenemos muerto a su molesto sacerdocio. Pero en cambio sí que arde

el mayor santuario del conocimiento, y sí que hay un puñado de cadáveres honorios pagados a nuestro servicio y que forman parte de los Custodios que me has montado. A lo que hay que sumar las muertes de un mocoso y de un viejo inútil. No está mal, querida, nada mal. Difícilmente se puede hacer peor...

Sin embargo y frente a lo que esperaba Evadne, la ira de su reina no descendió sobre ella, sino tan solo una risa histérica. El cronista que reflejara su reinado, no contaría que tomó borracha la decisión de incendiar la Magna Biblioteca, pero sí que recibió la noticia del fracaso del plan en ese estado.

CAPÍTULO XV: SACERDOCIA

Me cuentan en el hospicio destinado a albergar a los peregrinos confesos de no comulgar con la fe del Padre, que Este se cansó de Karak, pero que no pudo abandonar la mayor de sus islas — morándola aún de un modo incomprendible para mí —, de tan bella que le resultaba. He recorrido sus largas cordilleras, sus acantilados y playas, visité el Gran Santuario del oeste, me he perdido en cada una de las negras calles de Onar, y solo puedo decir... que no es para tanto ¡Pero cómo voy a comparar mi gusto con el de Dios!

Por otra parte, más me vale prescindir de mis opiniones y blasfemias cuando visite al Sumo Guardián de la Fe y al Gobernador de la capital. Al parecer desde hace unos pocos años, donde antes había un solo cargo, ahora salen dos, y los propios sacerdocios no tienen claro que el nuevo sistema bipartito, por el que el Guardián rige los asuntos de fe y el Gobernador los materiales, vaya a salir demasiado bien.

Si aún fuera el tipo curioso y mete narices al que terminan desterrando o persiguiendo de todo lugar que pisa, me jugaría el cuello por confirmar que una falda está detrás de la decisión supuestamente devenida del propio Padre... pero ya soy demasiado viejo, y anhele un lugar tranquilo donde reposar mis huesos hasta que estos digan basta.

Extraído de los diarios secretos de Vespucio, quien llegó a convertirse en el 603 de Nuestra Era, en el tercer Gobernador de la ciudad de Onar, sin saberse aún hoy a ciencia cierta, cómo logró el cargo, ni si se trataba de un arcano, de un honorio, de un pario, o de un oriundo sacerdocio.

El mensajero sudaba por el calor, por la creciente frustración de no encontrar al Sumo Guardián de la Fe, y por el hecho de intentar ejecutar una orden del severo Gobernador Agrustin sin conseguirlo.

El Sumo Guardián no se encontraba paseando por las céntricas y tranquilas calles de Onar como acostumbraba, ni tampoco en el Templo, ni tan siquiera en la pequeña ermita donde últimamente rezaba con asiduidad. Al menos allí le habían informado de que tal vez se hallara en la playa, por lo que el mensajero, maldiciendo su suerte hasta rayar en la blasfemia, cruzaba la ciudad de punta a punta y a toda la velocidad que le permitía su incómodo hábito azul.

Su rostro joven, sonrosado y sudoroso, contrastaba con la serena y fría severidad de los sacerdocios con los que se cruzaba por las características calles de pizarra negra de la ciudad. Estos apenas si podían creer lo que contemplaban: un novicio con prisas.

El mensajero al salir de la ciudad agradeció escapar de las miradas curiosas a las que fue sometido. Sin embargo todo parecía resultar difícil en aquella mañana, ya que no le terminaba de convencer la idea de tener que pisar la playa. El cosquilleo que la fina arena produciría en sus pies desnudos, elevaría como en otras ocasiones su concupiscencia, lo que implicaría a su vez una dura mortificación. En todo caso cualquier penitencia era mejor alternativa que fracasar. Si regresaba junto al Gobernador de Onar, comunicándole que no había encontrado a su hermano, Agrustin no quedaría nada satisfecho, y lo más seguro es que se despertara su inestable ira.

Al menos parte de las tribulaciones del joven desaparecieron apenas entró en la playa, pues divisó al Sumo Guardián de la Fe junto a la orilla.

El anciano observó detenidamente al mensajero, que se sintió como leído por dentro a pesar de intentar esconderse bajo las reverencias obligadas, tras entregar la misiva.

—Veo que mi hermano tiene verdadera prisa por comunicarse conmigo —y añadió—: Joven, descansa y disfruta del paisaje, que El Padre no es tan cruel como para crear algo tan bonito y querer luego castigarnos por contemplarlo.

El rubor cubrió al joven. Pero el Guardián no tenía tiempo para pensar en la férrea disciplina a la que su hermano sometía a los novicios.

La misiva era larga aunque la mayor parte de la información era consabida. La situación de Paria tenía dos vertientes y ninguna nueva, por un lado las ciudades y pueblos descontentos, alguno a punto de hervir, tras el gravamen de los impuestos, el reclutamiento forzoso para trabajar en las minas, y el descontrolado aumento de la criminalidad, los proscritos y los asaltantes de caminos. Y por otro, la infiltración y puesta a punto del plan que acabaría con el viejo secretario y su discípulo, en cuanto el Sumo Guardián diera el visto bueno, algo que no tardaría en hacer.

La situación de Reika, confinada en su Palacio y resistiendo el asedio como buenamente podía contra la mayor parte de su propio ejército, tampoco era una novedad. Ni Reika, ni Heriho el Fervoroso, parecían tener muchas posibilidades de salvar sus vidas, y menos aún de conservar el Reino de Honoria. El Único parecía llevar la Profecía al límite.

Lo que sí resultaba novedoso, aunque algo había sentido el Sumo Guardián cuando su cuerpo le había despertado de madrugada y, no le había dejado volver a conciliar el sueño, razón por la que había terminado a orillas del Mar Durmiente, era el incendio de la Magna Biblioteca, y lo que era mucho más preocupante, la desaparición desde entonces de Tabalt y de Thomar el Negro, quienes al parecer habían sido señalados como culpables de la catástrofe, así como de sembrar varios cadáveres. Incluso había testigos que afirmaban haber visto a la reina Aglaia ajusticiarlos sin pena ni gloria.

Tanta información por supuesto no era gratuita, y desembocaba en la sugerencia de Agrustin. El Sumo Guardián releyó de nuevo la carta.

Mi querido hermano Nespét, sé que se acerca el momento en el que los infiltrados de Paria deberán eliminar a nuestro antiguo y molestísimo secretario, y a su joven y aparente discípulo, pero os invito a reconsiderar la situación. El secretario tal vez deba morir, pero no revelemos nuestra mano en cuanto al chico, ¿no nos resultará necesario? La Profecía cada vez se vuelve más oscura y, ahora mismo no parece nada probable que nuestros dos elegidos sean capaces de salvar sus vidas, en caso de que aún las conserven en estos momentos. Cabe pensar la posibilidad, querido hermano, de que el vil secretario nos engañara aún más de lo que habíamos pensado, o bien, que vuestro hálito y conexión con el Padre a la hora de sacrificar a aquel niño, fuera malinterpretado por vuestra parte.

Seamos prudentes. La Profecía resulta clara en que necesitamos a dos de los tres hermanos, y tenemos pruebas que nos aleccionan en cuanto a los extraños caminos que al Padre le gusta recorrer. Tengamos paciencia. Mi consejo por tanto es esperar a que se aclare la situación en los dos Reinos, antes de ejecutar al supuesto tercer hermano, pues disponer de sangre profética en la recámara tal como se desarrollan los acontecimientos, no nos vendrá mal para nuestros sagrados intereses.

El resto de la misiva no contenía ya mayor interés, salvo que se hacía tanto hincapié en que la decisión final correspondería en cualquier caso al querido hermano, a Nespét, al Sumo Guardián, que este reflexionó sobre qué le costaba creer más, si lo de querido, o que la decisión última estuviera en sus manos, pues toda Sacerdocia sabía que tal vez Nespét fuera el Sumo Guardián de la Fe, pero Agrustin, era realmente el Sumo Dirigente, hasta el punto de que algunos sacerdocios se atrevían a pensar la blasfemia de que era Agrustin, quien custodiaba El Libro de la Ley.

Nespét sintió el impulso de rebelarse contra esa angustiosa realidad. Enfadado miró hasta humillar al mensajero que esperaba con creciente impaciencia una contestación. El Sumo Guardián terminó por pedirle pergamino y tinta, pero no dejó de escrutarle, como si quisiera sacar a la luz sus más recónditos secretos. El joven temió poner a la vista sus miserias. Finalmente el rumor de las olas serenó parte de la rabia del anciano antes de comenzar a escribir la respuesta.

CAPÍTULO XVI

Muy señoras majestades, me remito a vuestras excelencias para rogarles que reconsideren algunas de las medidas que en su infinita bondad y sabiduría, han adoptado para con la Región de Paria que administro.

Me pongo de rodillas para hacerles llegar mi preocupación por el aumento de los impuestos sobre las cosechas y el ganado que en los últimos tiempos hemos sufrido, más aún si consideramos los devastadores efectos que la sequía está teniendo sobre los campos y los animales.

Por si fuera poco, cada vez más, el pueblo llano se encierra en las villas y aldeas perjudicando con ello al comercio, pero resulta difícil cargarles con la culpa, debido a la gran inseguridad que hoy reina sobre los caminos y rutas comerciales, plagadas como nunca de bandidos y proscritos llegados principalmente de Honoria, pero también de Arcania.

Por todo ello, me gustaría rogar a sus majestades para que atendieran esta llamada de misericordia a su bondad, rebajándonos al menos a las tasas precedentes, los impuestos que debemos abonar, así como que nos ayuden a garantizar la seguridad de nuestros caminos. Si nuestra súplica no fuera escuchada, el pueblo siempre fiel de Paria comenzará a morir de hambre, a despedazarse asimismo, y quién sabe, si a dudar de los principios rectores de nuestra vida desde hace más de un milenio.

Copia de la carta que el Gran Burgomaestre Sagh de Capitolia, fechada en la estación seca de 1524 de Nuestra Era, envió a sus majestades Aglaia y Reika, sin mayor resultado que una amenaza de destitución.

– **N**egociar es un arte que tendrás que aprender —le había dicho Athan a Elmer tres semanas atrás, al borde del abismo cercano a la cueva, tras negarse a aceptar en un principio ninguna de las condiciones que el anciano y el burgomaestre Anvar le habían propuesto. Pero el joven había negociado tan mal, que terminó consintiendo con mucho más de lo que hubiera imaginado.

Elmer recordó aquellas palabras y murmuró malhumorado para sí: «Una vez más, el maldito viejo tiene razón». Se sacudió el sueño y terminó por incorporarse a su nueva vida. Como venía siendo habitual, se levantó el segundo del grupo, tras Liv. El sombrío Risas se hallaba de guardia con su cara de pocos amigos, afilando maquinalmente un palo con su cuchillo, el capitán se le quedó mirando por un momento, tal vez se preguntara qué le había ocurrido a ese toscano en la vida, para tener un carácter más adusto incluso que el suyo.

Elmer miró alrededor mientras se arrebujaba con la capa, el vivac en mitad del pequeño páramo en el que habían pasado la noche no le transmitió demasiada seguridad, pero en los últimos tiempos nada lo hacía. Se encontraban a las puertas de su primera acción importante, y como había acordado, no se le pasaba por la cabeza otra cosa que regresar a Dima si conseguía salir con vida. Tras muchos años había descubierto por fin un hogar, y no renunciaría a la montaña por capitanear a ese grupo de parios, ni en realidad por nada, se repetía a cada rato.

Sin embargo, lograran o no la misión propuesta salvando además el pellejo, no lo afrontaba desde la perspectiva con la que empezara todo aquello, y al analizar ese cambio se sintió molesto de lo que descubrió, a un tipo tibio y sensiblero, se dijo para sí. Y es que poco tenía que ver su postura inicial: «Cómo narices habré llegado hasta aquí», idea que le precedía en su descenso de la montaña, a pensar, tras las primeras escaramuzas y embestidas, tras los momentos compartidos, y tras las primeras bajas: «Cómo puedo sacar a estos pobres infelices de este asunto del mejor de los modos posibles». Elmer escupió al suelo y se sintió malhumorado.

En un abrir y cerrar de ojos el grupo se encontraba desayunando. Los Tarados habían logrado mejorar y mucho con respecto a su inoperante pereza inicial. Mientras Elmer se comía su correspondiente ración de pan duro, el Manco se le acercó como cada mañana. El capitán trató de ponerle cara ceñuda pero ni él mismo se lo terminó de creer, y es que cada vez tenía más problemas para rechazar la compañía de Max, apodado el Manco tras perder la mano en Dima.

— Me cortasteis una mano en la montaña — le dijo Max la primera vez que hablaron, cuando la milicia con Elmer de capitán, ya estaba en marcha camino de su peligrosa aventura — pero eso no significa que pretenda apuñalaros con la otra en cuanto vos me deis la espalda.

Pero lo que más molestaba a Elmer de la presencia del Manco no era su falta de rencor, sino que su compañía le resultara agradable. Además, agradecía su competencia en lo que se le encargaba, era co-medido en palabras y en actos, se había mostrado intrépido, y tenía una capacidad innata para la estrategia. Todo lo anterior le convertía en un buen segundo al mando.

Tras la marcha del burgomaestre hacia la villa de Gredo en busca de apoyos, donde Elmer, y sus ahora milicianos se volverían a reunir con Anvar si lograban limpiar como se habían propuesto los caminos del noreste de bandidos, el Manco había sido el pario con quien Elmer había congeniado. Elmer hasta llegó a reconocerse en más de una ocasión, ser él quien buscara la compañía de Max, y no al revés.

El capitán volvió a escupir y se preguntó qué estaba pasando con el mendigo, con su anhelada soledad, y con su pretendido aislamiento. Por si fuera poco, remató su malhumor con otra lección inopinada que Athan le diera justo antes de partir.

— A partir de ahora sabrás lo que es el dolor de espíritu, la preocupación por tu ejército y la traición, y sin embargo, a pesar de tanta amargura, pronto dejarás de querer cambiarla por la complaciente soledad.

La respuesta que entonces Elmer diera al anciano fue la de reírse, pero a estas alturas, maldita la gracia que le hacía.

—Capitán, ¿qué le ocurre esta mañana?, parece incluso más malhumorado que de costumbre —preguntó el Manco con una media sonrisa.

Elmer no dejó de mirarle con hosquedad, y deseó borrarle de su vista y de su vida, deseó que su pequeña milicia desapareciera, deseó regresar a Dima, deseó que Athan no se hubiera cruzado nunca en su camino, y que por supuesto tampoco lo hubiera hecho Marina y su hija. Pero ninguno de sus deseos se cumplieron, y terminó por contestar a la pregunta.

—Ese maldito viejo que conocisteis en la montaña y que tanto os impresionó cuando nos lanzó aquel rayo, siempre se llena la boca con la palabra libertad. Sin embargo, repaso mi vida y encuentro pocas alternativas donde haya podido elegir.

—Pocas siempre es mejor que ninguna, capitán —le contestó resuelto el Manco, dando el último bocado a su panecillo.

El frugal desayuno terminó y se prepararon para ponerse en marcha. El grupo estaba tenso porque presentía una jornada larga y decisiva, tal vez la última. Hasta ese momento habían acabado con pequeños grupos de bandidos, nunca más de cuatro o cinco, y siempre tras tomarles desprevenidos y superarles en número. Y a pesar de tales ventajas tuvieron varias muertes. Pero se acercaban a algo completamente distinto, pretendían enfrentarse a la temida Banda de la Reina, y el miedo de la mayoría de los milicianos, parecía desbordarse a pesar de la mesura y tranquilidad que trataba de aparentar su capitán.

Un incidente retrasó los planes. Los hermanos Aston, Gradon y Perry, fueron a informar de que Liv había desaparecido. La mujer se había marchado justo antes del desayuno y aún no había regresado.

La noticia soliviantó al grupo de parios. Liv era honoria, mujer, testaruda, bella, mejor con la espada que todos ellos... y se había negado a acostarse con todo aquel que se lo había propuesto. Es decir, le había dicho «no» a casi toda la milicia salvo a Elmer, nadie sabía si el capitán se sentía atraído por ella o no; Pan, tímido hasta la médula; y el Risas, incapaz siquiera de soñar con ello. Liv había

cometido demasiadas altiveces como para que su desaparición no provocase la irritación de la mayoría.

—Vayámonos y que se las apañe como pueda —fue la voz unánime de Los Tarados comandada por Visamaus *el Trovador*, poco dado al verso en esta ocasión, por Rodo *el Bocas*, que aún recordaba con dolor las carcajadas que su romántica propuesta de ayuntar junto a la honoria habían provocado en esta, y por Vige *el Cebolla*, el cocinero del grupo, que sencillamente odiaba a Liv porque criticaba siempre sus guisos.

Elmer se mostró sin embargo firme e impuso su mando. Esperaron.

«Lo peor del asunto», pensó para sí Elmer mientras observaba el pequeño páramo donde se encontraban, y al que Lucero ya bañaba completamente con su luz, «no es que se ponga en riesgo la misión, aumente la incertidumbre, o se pueda terminar por cuestionar mi autoridad, sino que lo peor es que en un grupo tan reducido, no me haya dado cuenta cuando uno de mis soldados se largó. Y eso sin considerar que resulta ser no solo el miembro más llamativo, sino también el más inquietante».

No pasó mucho tiempo hasta que la aguerrida mujer honoria, de tez tan negra como las alas de los cuervos, regresó al vivac. Solo se excusó ante Elmer, si es que a sus palabras se las puede llamar así.

—Me aburro ante la tardanza del grupo, jefe. Parecemos tarados de verdad, y solo fui a explorar los alrededores antes de ponernos en marcha. La próxima vez le aviso para ahorrarme estas caras, pero pensé que se daba cuenta cuando me marché delante de sus narices y no me dijo nada. Supuse que tenía su permiso.

Elmer prefirió obviar los bufidos del grupo tanto como las insinuaciones de incompetencia que le lanzaba Liv, y tan solo le preguntó por el resultado de la exploración.

—Pues que nadie parece esperarnos aún en ninguna parte. En las escaramuzas al norte de la montaña hemos matado a pocos bandidos, y nuestro supuesto mensaje de que en Paria no se les va a permitir más que campen a sus anchas, no ha calado aún. En cuanto a los aldeanos,

también parece que hemos ayudado a pocos, si es que ayudamos a alguno. Parece que en todo caso nos falta vendernos mejor, y de momento, podemos apostar a que no somos nadie, y a que nadie nos espera.

—No está mal lo que habéis visto en vuestra rápida exploración —fue la seca respuesta de Elmer.

El capitán prefirió pasar página al asunto, y sintió que era el momento de intentar levantar el ánimo de aquellos aprendices de soldados, que apenas unas semanas atrás no habían empuñado un arma en su vida, y que ahora se afanaban por llevar algo de justicia a su tierra. Uno a uno recorrió sus rostros. Nunca le pareció más acertado el nombre que habían elegido, la Compañía de los Tarados. Pero se trataba de animarles, no de hundirles.

—Os prometo que al finalizar el ciclo ya seremos alguien. ¡Que a ninguno se le vaya a ocurrir morirse, o dejarse matar antes de comprobarlo!

»Por delante tenemos una dura jornada hasta que Vespertina alcance su cénit. Si hay suerte, habrá entonces un pequeño descanso. Luego, con suerte o sin ella, esperemos que sea La Banda de la Reina la que nos asalte, y que no tenga que ser al revés, pues si somos nosotros los que les tenemos que emboscar, el asunto resultará más complicado de lo previsto.

»Encomendaos al Padre, a Zarrk — Elmer miró fijamente a Liv por un momento —, o a quien se os antoje, pero sabed que la sangre correrá al anochecer ¡Y no quiero que sea la nuestra la que forme parte de ese río!

Elmer se sintió entre ridículo y seducido de escucharse.

La tarde estaba muy avanzada sobre los campos yermos al noreste de Gredo. Los Tarados contemplaban en el lento caminar que habían adoptado desde hacía un buen rato, los cultivos abandonados y echados a perder. Desde que La Banda de la Reina se apoderara de aquella región para asaltar a sus anchas la ruta comercial que partía de La Gran Encrucijada y que conectaba las tres Regiones de Karak, resultaba un suicidio querer arriesgarse a trabajar aquellas tierras.

Elmer marchaba delante, ataviado como el resto con una andrajosa y amplia capa color pardo. A diferencia de los demás, no llevaba la capucha cubriéndole la cabeza. Paradójico o no, el tuerto resultaba ser el vigía del grupo de Los Tarados, y se lo tomaba muy en serio, pues la interpretación que llevaban a cabo, de peregrinos sufrientes y tullidos, no les garantizaba la relajación de la temida Banda de la Reina, y tal vez estos, desconfiados, acabarían con ellos a saetazos. Si así fuese, el plan resultaría un fracaso y un rotundo ridículo, al margen de suponer la muerte de todos ellos.

Max el Manco caminaba muy cerca de Elmer mostrando bien a las claras su muñón. El resto, en fila de a dos, iban encapuchados con las largas capas y cojeaban ostensiblemente. En total eran nueve peregrinos dolientes, donde no se encontraban ni Liv ni el Risas, que desde hacía un buen tramo del camino se habían desgajado del grupo para marchar en retaguardia, entre los árboles, por los márgenes de la vereda, lo más ocultos posible. Los Tarados, cada mil pasos aproximados de su peregrinar, tarareaban lo más alto que podían una canción de súplica y compasión al Padre Misericordioso, para que se apiadara de sus almas pecadoras y de sus cuerpos tullidos. En aquellos desgraciados no parecía haber motivo alguno para infundir miedo a una banda peligrosa, experimentada, y bien dirigida por una proscrita honoria. O al menos eso esperó Elmer que pensarán los bandidos.

Al poco de acabar una de sus plegarias, el grupo escuchó un supuesto canto de pájaro que les tensó a todos. La función debía continuar y siguieron cojeando. Poco después una flecha se clavó a escasos pies de Elmer, quien tuvo que contener su instinto para no desenfundar su acero oculto bajo el manto. En lugar de eso, se clavó de hinojos e inmediatamente fue seguido por el resto. Los Tarados miraron al cielo con fervor, donde Vespertina comenzaba a ocultarse.

Los peregrinos escucharon unas carcajadas, y tras una flecha que se clavó a un pie escaso del Manco, asomaron más de una decena de figuras escondidas tras grandes sabinas y abetos que crecían en el margen del camino. Eran doce bandidos armados con espadas y cuchillos que vestían ropas de telas caras y colores vivos, con seguridad

robados, pues a ninguno les ajustaba convenientemente. Bajo las ropas asomaban defensas y partes de armadura, aquí un peto, allá perneras, acullá un medio yelmo... La lideresa de la banda, apodada la Reina, iba en cabeza. Era menuda, caminaba con elegancia, portaba anillos en todos los dedos de sus manos y, lucía una hermosa trenza negra que le llegaba hasta donde desaparece la espalda. Ella no se había reído ni había proferido insulto alguno como el resto de sus soldados, sin embargo fue quien habló, haciendo enmudecer a los suyos:

— Peregrinos, sed bienvenidos a mis tierras... ¿Se podría saber qué propósito os trae por los dominios de la Reina?

— Dulce señora — se adelantó intrépido el Manco a Elmer — pensábamos que Paria no tenía rey.

— ¡Y no lo tiene tullido deslenguado! — dijo amenazador uno de los bandidos, rubio, de ojos azules y realmente feo, a quien Elmer miró más tiempo del recomendable; el bandido continuó hablando —: ¡Pero sí tiene reina, y estás ante ella, por lo que muestra el mayor de los respetos!

— Tranquilo Picio — intervino la Reina tocándose los anillos de su mano mientras observaba desconfiada al Manco —, ya sabemos que pensar que Paria no tiene reina ni rey es un error común, y no vamos a enfadarnos con ellos... siempre y cuando bajo esas capas lleven algo para compensar su error.

De inmediato Elmer intervino buscando tiempo para la señal que esperaba. Fue tan zalamero como le fue posible.

— ¿Y qué es majestad, lo que unos humildes peregrinos en busca de redención y paz, podrían llevar a cuestas y en nuestras condiciones, que satisfaga vuestras necesidades?

— Ni os podéis imaginar — contestó risueña la Reina — la cantidad de riquezas que nos han ofrecido amablemente pobres de solemnidad, modestas señoras, o humildes campesinos, y es que parece que cuando se trata de la bolsa o la vida, misteriosamente la vida hace que las bolsas se multipliquen. Así que me jugaría el cuello a que bajo esas capas y esas cojeras tan exageradas, hay algo de

valor que podréis ofrecernos... porque si no, Picio y mis otros amigos... en fin, que no podré contener por mucho tiempo el mal genio que se gastan.

Un silbido cruzó el camino, era agudo, intenso, y no pretendía imitar al de ningún pájaro. La pupila verde y sana de Elmer se dilató y una sonrisa cruzó su rostro. La Reina captó el peligro al instante y se apresuró a gritar:

— ¡Cuidado, es una trampa!

Antes de lo que Elmer hubiera supuesto, todos los Tarados desenfundaron las espadas ocultas. Nada que ver con la primera acción de semanas atrás donde el desconcierto y la inexperiencia costaron dos muertes absurdas. Sin embargo, la Banda de la Reina tampoco era como el resto de bisoños bandoleros que habían eliminado los Tarados ciclos atrás, y se pusieron en guardia de inmediato.

Un nuevo revés para los bandidos, tras el ataque sorpresa al que estaban reaccionando, les llegó por la espalda con Liv y el Risas. La primera sonreía con el rostro salpicado de una sangre que no era la suya, el segundo también se mostraba satisfecho, a su manera, a pesar de su eterno rostro ceñudo. Quedaba claro que ninguno de los dos arqueros apostados por la Reina, por precaución y cobertura al borde del camino, iba ya a disparar ninguna flecha.

Once Tarados frente a doce Reinas. Así comenzó el cuerpo a cuerpo, un verdadero bautismo de fuego para la milicia tras las anteriores escaramuzas en las que habían muerto tres de sus miembros por falta de estrategia, por falta de actitud, y por falta de pericia con la espada. Ninguna de esas faltas se cometió en esta ocasión.

De los doce bandidos, Elmer estimó rápidamente que por cómo empuñaban la espada y se disponían para la defensa, al margen de la Reina, otros cuatro eran proscritos honorios, y el resto parios. Desde el principio tramó atraer al máximo de rivales posibles para desahogar al resto de milicianos cuanto fuera posible, no se trataba de arriesgar su pellejo para salvaguardar el de los toscanos, sino de

maximizar las posibilidades de éxito de la batalla, minimizando las posibles bajas de los suyos, o eso se venía a decir el capitán. El modo de hacerlo lo tenía claro, desde el primer espadazo se encargó de atacar a la Reina con fiereza, sin florituras, con brutalidad. El plan pareció funcionar.

La Reina fue lo suficientemente rápida como para esquivar los primeros ataques de Elmer, basados más en la fuerza que la destreza, y enseguida vino a cruzar su espada con la del capitán. El duelo llamó rápidamente la atención de los esbirros de la Reina, y cuatro fueron en su ayuda, bienvenidos a diferencia del Manco y Pan, que fueron a reforzar a Elmer y salieron de allí expulsados por este con una mirada furibunda y unas palabras nada amistosas.

Cinco eran los rivales del antiguo mendigo, y la Reina se sintió lo suficientemente tranquila como para preguntar que a quién tenía el placer de enfrentarse.

La pregunta fue un error para los bandidos. Sirvió para contemporizar en ese lado el combate, mientras el resto de Tarados y Reinas, ahora diez frente a siete, continuaban un enfrentamiento desigual, debido a la habilidad de Liv y a la superioridad numérica que disfrutaba la milicia. Rápidamente se produjeron las primeras bajas de la banda, y con ello un mayor aumento de la ventaja numérica de los Tarados.

Mientras tanto Elmer recordó ante la oportunidad que le tendía la Reina con su pregunta, las palabras de Athan: «La puesta en escena en un combate, puede ser tan importante como el combate mismo». Y al tiempo que preparaba un rápido y vistoso hechizo, dijo a sus oponentes:

—Mi Reina, os diré quién no soy; no soy pario, ni arcano, ni honorio... sino que soy todos ellos, y ninguno.

Inmediatamente después conjuró su hechizo y donde hubiera un tuerto fiero sin el meñique de su mano derecha, aparecieron dos más, exactamente iguales. Y la sorpresa no se había terminado de cincelar en los rostros oponentes cuando vinieron a aparecer tres más. Un juego de niños arcanos, pensó Elmer, pero un juego eficaz en ese momento.

Y es que cuando los bandidos quisieron reponerse de la aparición de los cinco nuevos tuertos, su Reina se encontró con la espada del verdadero, atravesándola hasta la empuñadura.

La espada penetró casi frontalmente a la altura del pecho y a través del llamativo vestido, que apenas había mostrado resistencia a pesar de una coraza oculta. Elmer había aprovechado el desconcierto de sus multiplicaciones y su diestra velocidad para atravesar la defensa de la proscrita. La Reina, con una última mirada de incredulidad dejó caer la mano de la espada, cargada de anillos y vacía ya de fuerza. Su cabeza también se venció, y su trenza cayó por delante de los hombros. Los defensores de la Reina hendieron inútilmente los reflejos inmóviles de Elmer intentando defender a su líder, ya moribunda. Cuando esta cayó inerte al suelo, el capitán de los Tarados dijo lo suficientemente alto como para que todos le pudieran escuchar:

— ¡Paria vuelve a quedarse huérfana de reyes!

La situación para los supervivientes de la banda se volvió desesperada; asustados tras la muerte de su lideresa, divididos en dos frentes ineficaces, y superados en número cuando con ventaja no les había servido de mucho, el pánico vino a doblar sus rodillas. Fueron barridos por Los Tarados en poco tiempo. De los cuatro que aún se enfrentaban a Elmer, tres murieron por la espada del capitán, que ahora luchaba más tranquilo y prudente, mientras que el Risas, al acabar con su segundo rival, le libró del cuarto oponente, atravesándole por la espalda.

El último bandido en mantenerse en pie fue un proscrito que tras herir en un muslo a Pan, y en un brazo al Trovador, se enfrentó a Liv. Terminaron por hacerles un círculo tras exigir la honoria que no la ayudasen. El rostro de la mujer se perlaba de sudor, y había recibido más de un corte además de contusiones varias, pero con todo, su fiereza seguía intacta. El bandido por su parte no se dejó vencer por la adversa situación y se concentró al máximo, dadas las circunstancias sería su último duelo y quería demostrar que aunque proscrito, Honoria seguía en sus venas. El choque de espadas fue

duro, una y otra vez cruzaban aceros, ninguno perdía pie, ninguno descuidaba la defensa, ninguno arriesgaba un golpe definitivo para bien o para mal.

Elmer, que ya había echado un vistazo al estado del resto de los bandidos, acabó con el combate. Tumbó al oponente de Liv después de romper el círculo y, asestar al bandido por la espalda un golpe en la cabeza con el pomo de su arma. La honoria miró a su capitán furibunda, y este le devolvió una mirada serena.

— Buen combate y buen trabajo, pero si pensáis que voy a arriesgarme a perderos estúpidamente, os equivocáis. — Y ordenó al resto —: Traedme junto a los árboles a este último, y al rubio ese que la Reina llamó Picio, que aún sigue con vida aunque se haga el muerto.

Picio pronto tuvo que dejar de interpretar su papel de muerto cuando Rodo el Bocas le obsequió con una patada en la entrepierna. Lo siguiente hubiera sido sacarle un ojo, así que decidió levantarse a pesar de su cojera, nada fingida. Su rostro, poco tiempo atrás orgulloso y prepotente, se mostraba ahora timorato y asustadizo. Distinta fue la actitud del último bandido, que tardó en recuperar la conciencia tras el golpe y la brecha con la que Elmer adornara su cabeza, pero que cuando lo hizo, se mostró desafiante.

Los dos supervivientes y todos Los Tarados se encontraban bajo las sabinas. En mitad del camino quedaban esparcidos los cuerpos de la ya otrora temida Banda de la Reina, con su lideresa incluida. Al menos ellos no volverían a atemorizar a la Región de Paria, y quizá durante un tiempo, la ruta comercial que pasaba por La Encrucijada, uniendo la zona noreste de Paria con la suroeste de Honoria y la noroeste de Arcania, quedara libre de ladrones y criminales.

Elmer solo necesitaba a uno de los dos. Uno le bastaba para que hiciese de testigo de lo que allí había ocurrido. Elmer dejaría la milicia y los Tarados perderían a su adalid, pero conservarían el respeto en caso de que estos decidieran, como así le había dicho en varias ocasiones el Manco, jugarse la vida para librar a Paria de unos bandidos que hacían su existencia aún más dura de lo que ya era.

El capitán ordenó a Picio que se levantara, volvió a mirarle como ya hiciera la primera vez que se fijó en él. Nada, aquel rostro feo y suplicante le era familiar, pero no recordaba de qué. Se encontró cansado y decidió abandonar la batalla contra su memoria. Prefirió examinar las heridas del pusilánime bandido, tenía un corte importante en la pierna y estaba claro que no llegaría muy lejos sin ayuda. Sin mediar palabra tomó el cuchillo que el Risas manejaba en la mano y cortó la garganta del bandido. Picio gorjeó por unos instantes. Con las manos al cuello intentó evitar lo inevitable. Murió tras agonizar y convulsionar en el suelo. Ya solo quedaba uno que pudiera transmitir el mensaje, se marcharía vivo tras enfrentarse a Liv, tras recibir una brecha de Elmer, tras verse rodeado por todos los peregrinos andrajosos que iban a ser las presas, y que sin saber aún muy bien cómo, se habían transformado en los cazadores.

Elmer ordenó desnudarle y le dejó marchar entre las risas de los Tarados. Acto seguido mandó montar el campamento donde pasarían la noche que ya se les había echado encima. Mientras él se iba a descansar bajo un cielo limpio y estrellado, la mayoría de su milicia decidió darse al pillaje de la temida Banda de la Reina recién eliminada.

Los Tarados llegaron a Gredo al ciclo siguiente de acabar con la Banda de la Reina, Vespertina aún no había ocultado su disco rojo en el horizonte. Llegaban con hambre y agotados, pero contentos y orgullosos. Tirio, el burgomaestre de la villa, y Anvar, les estaban esperando.

Gredo resultaba ser la villa más grande de la zona norte de Paria. A pesar de que la noticia de la eliminación de la Reina a manos de los Tarados, había llegado a la aldea, sus habitantes no recibieron como héroes a aquellos, puesto que el miedo a la represión de futuras bandas contuvo la euforia. No contuvo sin embargo la euforia la bulliciosa jauría de perros con la que Elmer se topara en Dima, y que había sido la escolta particular del burgomaestre Anvar una vez que este se quedara sin la milicia que había organizado en Toscan,

para ser comandada por el mendigo de Dima. Una veintena de perros ladraron sin parar mientras que Ben el perrero, recibía a los Tarados con alabanzas al Padre por haberle devuelto a la mayoría de sus amigos con vida.

El motivo de aquella reunión, conjura en caso de enterarse los reinos, resultaba clara. Anvar había decidido visitar a su homólogo y buen amigo Tirio para tratar la preocupante situación de las bandas, cada vez más numerosas y violentas, así como para hablar sobre el asfixiante aumento de impuestos, y la obligatoriedad de aportar parios para trabajar como esclavos en las minas de anarcanita. Paria siempre había vivido al límite de la subsistencia, pero últimamente se les había obligado a rebasarlo, y al menos Anvar, no parecía dispuesto a asumir la situación cruzándose de brazos sin más.

Al caer la noche, Tirio, enfundado en unos llamativos pantalones amarillos y en un chaleco negro, llevó a Anvar y a Elmer hasta la casa más grande de la villa que ocupaba en su condición de burgomaestre. Cierta lujo y el mal gusto se combinaban en aquellos metros a partes iguales según el criterio del joven, quien tuvo una sensación de desagrado que trató de disimular mientras se acomodaba en los mullidos sillones de seda bordada, escuchando las alabanzas que el anfitrión le prodigaba.

— ¡Por el gran capitán! — brindó Tirio tras servir copones de cerveza fría a sus huéspedes.

Anvar, atento a cada reacción del joven capitán, hubiera esperado mayor satisfacción en el rostro de Elmer, pero no la hubo. «No va a ser fácil», pensó para sí mientras se pasaba su regordeta mano por su avanzada calvicie. Y confirmando sus pensamientos, llegaron las palabras.

— Gracias por los halagos — dijo Elmer tras un largo sorbo a la cerveza —, pero como bien sabe Anvar, este capitán se retira.

»Acordé en Dima y en compensación por la deuda que había contraído con el burgomaestre, limpiar de bandidos los caminos al noreste de la Región de Paria, y eso es lo que he hecho, ni más, ni menos.

»Como se me había informado, —no le habían pedido un relato de los hechos pero Elmer se sintió en la obligación de darlo—, nos topamos con pequeños grupos de malhechores al norte de Dima. Estaban compuestos de mequetrefes, pero a causa de nuestra inexperiencia, nos provocaron tres bajas. Muy distinto resultó todo en la zona noreste, donde nos enfrentamos a la Banda de la Reina, más grande, organizada y peligrosa, y donde sin embargo no sufrimos más que algunas heridas. No se puede decir lo mismo de la Reina ni de sus compinches, que fueron eliminados casi en su totalidad.

»Y ahora, señores, puedo decir que he saldado mi deuda, y que tras descansar unas cuantas horas en la villa, partiré para Dima recordando que según lo acordado, se me ha de dejar en paz. ¿No es así, burgomaestre Anvar?

—Así es y así se hará, joven —contestó el toscano—, siempre y cuando no consigamos haceros cambiar de opinión. —Y ante un principio de bufido de Elmer, el burgomaestre añadió—: Pero ahora descansad, que tiempo hay para que os intente convencer de lo necesario que sería tener un capitán como vos.

Horas más tarde, Anvar fue a cumplir su palabra.

Bajo un cielo estrellado y con la ayuda de arrobos de cerveza y vino, los aldeanos de Gredo perdieron su contención y su miedo, y la música, el baile, y cierto desenfreno, inundaron la plaza de la villa. Todos los Tarados estaban borrachos a estas alturas, y la mayor parte de ellos entre los brazos y los pechos de mozas gredas felices de poder escuchar las hazañas de aquellos héroes. O al menos todos salvo Liv y Elmer, quienes se miraban a distancia y recelosos de cuando en cuando, sin moverse y sin querer aceptar compañía.

El Trovador recitaba a varias aldeanas, horribles versos trufados de sonoros eructos, alegremente celebrados; Rodo el Bocas besaba y bebía cuanto podía a partes iguales; El Cebolla se daba ante su auditorio una importancia vital en la consecución de la misión a través de sus imprescindibles guisos; el Manco se había retirado junto a una rolliza moza a la que hacía el amor mientras le susurraba, «bonita»; los hermanos Aston, Gradon y Perry, hacían lo propio con otras tres

pero sin susurros y en una competición de gritos y jadeos; Pan bailaba hasta casi desfallecer; y el Risas se dejaba acariciar por una jovencita que parecía querer cambiar el destino de aquel rostro enfadado, sin demasiada fortuna.

Liv se percató de la entrada en la plaza de Anvar, y le siguió con la mirada. Observó cómo cogía dos jarras de cervezas, y cómo encaminó su grueso cuerpo hasta Elmer, a quien ofreció una de las jarras. La honoria no pudo escuchar la conversación, que según los diarios de Anvar fue así:

— ¿En verdad joven, rechazarás ser el capitán de una causa noble y justa, en verdad dejarás sin su capitán a los Tarados, que en sus próximas batallas se enfrentarán a criminales mucho más peligrosos que los de la Reina?

— No estoy borracho burgomaestre, no pretenda ganarme para su causa hablándome con sensiblería y de justicias.

— ¿Por qué no? Se ve con facilidad que aparentáis ser una cosa y que sois otra bien distinta... y mejor.

— Ah, ¿sí? Yo lo único que veo cuando miro mi reflejo es a un tuerto, y lo único a lo que aspiro entonces, es a ser un tuerto en Dima, cuanto más solo, cuanto más montaña y yo, mucho mejor.

Anvar se bebió la cerveza casi de un trago, y tras un eructo le dijo a Elmer, mirándole fijamente a los ojos:

— El anciano lo sabe, yo lo imagino, y vos lo sentís. Esa montaña se os ha quedado pequeña, y hay algo en vos que aunque yo desconozco, es muy grande. Y si no lo aceptáis, os perseguirá hasta que os encuentre.

»Me duele decirlo pero resulta como con mi hijo, él llevaba dentro el mal y su temprano fin, y pareció afanarse hasta encontrarlo. Que además lo hiciera con vos no creo que fuera casualidad, como tampoco lo es que acogierais a pesar de vuestras quejas a Marina y a su hija. Y mucho menos lo puede ser el misterioso anciano... que por cierto, me entregó una carta diciéndome: «Dádsela cuando hayáis tratado de convencerle para que siga siendo el capitán de la milicia, y hayáis fracasado a causa de su orgullo».

Anvar sacó entonces una carta del forro de su chaleco, y se la entregó a Elmer. El burgomaestre marchó a la fiesta sin esperar más, en Paria no había demasiados ciclos para celebrar nada, y mucho menos en los últimos tiempos, por lo que no quiso dejar pasar la oportunidad.

Elmer cruzó la mirada otra vez con Liv, los ojos de ella permanecían atentos e indómitos, como si estuviera debatiéndose internamente por algo. Elmer decidió leer la carta. La noche seguía su curso.

Lucero se alzaba en el horizonte cuando Elmer se encargó de despertar a Liv, ella se sobresaltó y como un animal en peligro vino a levantarse. Muy distinto ocurrió con el resto, la resaca hacía su trabajo, aunque al capitán no pareciera importarle lo más mínimo. Sacudió al Manco, dio varias patadas a los tres hermanos, echó un jarrón de agua sobre Visamaus, y otro al Bocas, con voces puso firme al Pan y al Cebolla, y para el Risas hubo un chiste que no buscaba hacer ninguna gracia. También despertó a Ben y hubiera despertado uno a uno a los perros si hubiera hecho falta. Pero no fue así, porque la jauría ya estaba en pie y alegre.

Elmer no consiguió que todos los Tarados estuviesen preparados cuando aparecieron Anvar y Tirio. Los burgomaestres se mostraban cansados pero orgullosos. Le informaron ufanos que veinte gredos estaban dispuestos a unirse a la Compañía.

Elmer pasó revista minutos más tarde a todos y a cada uno de ellos. Él, como mendigo, como mercader, como ermitaño, los hubiera rechazado a todos, especialmente a cuatro, dos por ser mujeres, y otros dos por ser apenas unos críos. Sin embargo en su cargo de capitán, tras explicarles con solemnidad dónde, con quién y para qué iban, estaba dispuesto a acogerlos a todos. Le escucharon atentamente y al final, ni una sola baja... «de momento», pensó Elmer con hosquedad.

Cuando Lucero alcanzó su cenit y Vespertina mostró por entero su gran disco rojo, la Compañía de los Tarados comandada por el capitán Elmer y compuesta por treinta y dos soldados, más

una jauría, bestias de carga, y un par de caballos viejos, partía rumbo al noroeste de Paria con sed mezclada; unos querían libertad y luchar por un futuro mejor, otros buscaban aventuras, algunos no lo tenían nada claro, y había uno que perseguía la venganza. Al salir de Gredo, Elmer sentía incesantemente sobre su cogote la mirada de Liv. Solo le distrajo de esa preocupación un pensamiento: «Qué estará haciendo en este momento el maldito viejo».

Damara daba los pequeños saltos que sus piernecitas le permitían, pero resultaban insuficientes para alcanzar el primer estante de libros de la Biblioteca de Dima. Athan la observaba desde atrás, en silencio y con una sonrisa de ternura. El anciano habló a la niña, consciente de no ser entendido.

—Ojalá, pequeña, no pierdas nunca esa pasión por los libros, ni esta terquedad por lo inútil, que te hace venir a un lugar que no comprendes para intentar alcanzar objetos que aún no sabes usar.

La niña se volvió al escuchar al anciano, sonrió, y regresó a sus infructuosos intentos. Athan por su parte abarcó con la mirada la inmensa sala rectangular horadada en la montaña, contempló las numerosas hileras de libros, y volvió a centrarse en la chiquilla.

— Todo empieza y todo acaba con el asombro — murmuró para sí. Marina apareció tras el anciano.

— ¡Ajá! ¿Cómo diantres no ibais a estar aquí? Le tengo dicho que cuando lleve a mi pequeña por el interior de la montaña me avise, que enseguida se me encoge el corazón en cuanto la pierdo de vista.

— Pero Marina — se excusó el anciano con una sonrisa — si es a mí a quien vuestra pequeña lleva de un sitio para otro.

— Lo sé, lo sé, pero ya que a ella no le puedo pedir responsabilidad, al menos confío en su juicio.

— Grave error Marina. Los niños y los ancianos somos igual de irresponsables, y en mi caso más aún, pues con los años solo han crecido mis arrugas, pero nunca mi juicio.

—Ya lo voy viendo anciano, ya lo voy viendo. —Marina se acercó hasta Damara y los libros—. A ver pequeña, ¿cuál de ellos quieres?, ¿este de aquí? —Y volviéndose a Athan tras entregar a su hija un libro de tapas rojas, preguntó:

—¿Cuándo empezará a enseñar a leer a mi hija?, ¿es pronto aún?, ¿tardará mucho en aprender?

—Lo que no sé —contestó el anciano sin contestar a nada de lo preguntado— es cuánto tiempo tardará ella en enseñarme a mí, pero sospecho que no mucho.

Y algo exasperada por el tono del anciano, preguntó:

—¿Qué le di a mi hija, de qué habla este libro rojo?

—De historia querida, o mejor aún, de nuestros orígenes en este planeta. Desde luego la niña sabe elegir bien. Cualquiera en Arcania mataría por poder consultar este libro.

Un silencio se apoderó de la sala, roto a cada rato por el rumor del pasar de las hojas de la niña, quien llevaba sus dedos sobre aquellas manchas de tinta incomprensibles para ella, como si pudiera aprehenderlas al tocarlas.

No tardó en aparecer en el umbral de la entrada la otra moradora actual de Dima. Se trataba de la medrosa Adel, la esclava que junto a Liv, se llegó hasta la montaña en busca del anciano que las liberara en Capitolia.

—La comida ya está lista —anuncio seria y tímida como siempre.

Adel vivía en Dima tras haber rogado al anciano que se le permitiera quedarse. Después del acuerdo para que Elmer capitaneara la milicia toscana, que paradójicamente había ascendido hasta Dima para detenerle, y después de que Liv se uniera a ellos, Adel se sintió definitivamente sola, por lo que desesperada suplicó quedarse, hasta que el anciano dijo sí, y aunque Marina y Elmer no estuvieran de acuerdo con la decisión. Athan, una vez más, se salió con la suya.

Con el paso de los ciclos, el recelo de Marina hacia Adel no solo no había menguado, sino que aumentó todavía más al sentirse menos útil, ya que la antigua esclava se mostró más eficiente en tareas como

la cocina o el orden de las salas, y aunque el anciano había hablado con Marina para que disfrutara de su nueva condición, por la que podía pasar más tiempo con su hija, ni siquiera esto logró alejar de ella cierta sensación de inutilidad que le angustiaba.

Tras escuchar las palabras de Adel, Marina, con gesto mustio, fue a devolver el libro rojo que tan atentamente examinaba Damara, pero la niña se negó a entregarlo a la madre, quien la empezó a regañar por no obedecerla y por gimotear como un bebé. Fue ahí cuando Adel se atrevió a ofrecer una salida.

—¿Por qué no se lo lleva, y el maestro nos lo lee a las tres después de comer?

Y Marina, que hubiera aceptado la idea encantada si la hubiera propuesto Athan, o cualquier otro con tal de que precisamente no fuera Adel, se sintió ofendida y consideró aquel comentario como una intromisión inaceptable.

—¡Sí, claro! —empezó casi a chillar Marina— ¡No tiene otra cosa mejor que hacer el anciano que leernos una vieja historia a una niña que no la entenderá, a una esclava pelandrusca como tú, y a una analfabeta como yo!

Marina no había terminado de decir aquello cuando ya se estaba arrepintiendo. Por lo que al acabar agachó la cabeza avergonzada, y desistió también en la pugna del libro que no pudo arrebatarse a su pequeña. No tardó en aparecer el llanto de Adel, fracasando en su intento por reprimirlo. Finalmente intervino Athan.

—Pues la verdad es que no —comenzó a decir en un tono apaciguador—, este viejo no tiene nada mejor que hacer tras la comida, que leeros una historia a vosotras, las tres encantadoras mujeres que me alegran en esta lúgubre montaña. Eso sí, cuando comience a resultar aburrido debéis pararme, justo para que el sueño nos llegue en el mejor de los momentos.

CAPÍTULO XVII

*Ju, ju, ju, al revolucionario le untaron bien de betún,
pobre Ocatrapse, y pobres sus parios
que queriendo ser libres, acabaron miserables,
el uno sin cabeza, los otros sin cojones!*

*¡Ja, ja, ja, rechazaron los principios de Amaranto,
y a la guerra condujeron a los parios,
pero nosotros no estamos hechos para la batalla,
sino para hincar el codo, y trabajar los campos!*

*¡Jo, jo, jo, más aún que antes tuvimos que pagar,
y desde entonces aprendimos,
que es mejor beber y callar,
que beber y pelear!*

Canción de taberna que recorre Paria desde que en el 836 de Nuestra Era, el campesino Ocatrapse se levantó en armas junto a una milicia paria que consiguió reclutar para enfrentarse a los Reinos. La revuelta duró dos años y, acabó cuando un ejército conjunto de arcanos y honorios derrotó a los sublevados. Ocatrapse murió decapitado tras varios ciclos de tortura. Los pocos milicianos que sobrevivieron a la batalla no corrieron mucha mejor fortuna, pues acabaron vendidos como esclavos tras castárseles.

Mi querido Elmer, si te encuentras leyendo esta carta debo suponer que has zanjado la deuda con el burgomaestre, y que acabaste con los bandidos que arruinaban la vida de los aldeanos de la zona noreste de Paria. Te imagino frente a Anvar, comunicándole tu firme decisión de abandonar la capitánía de tu milicia. Si hasta aquí estoy en lo cierto, no me opondré a la decisión ni a que regreses a Dima, pero antes de hacerlo, déjame que te cuente algunas cosas, y perdóname por no haberlo hecho antes, pero a este viejo le gusta contar las cosas cuando cree que debe hacerlo, ni antes ni después.

Elmer se encontraba releendo la carta que Athan le había escrito, y que el burgomaestre Anvar le entregara en la villa de Gredo. La ruta por el camino del norte en dirección a Paso Dulce ofrecía zonas seguras, y el joven capitán aprovechaba esos momentos para repasar la misiva y darle vueltas a futuras estrategias. En pocos ciclos llegarían al amplio valle del Paso, previo a la garganta de la Cordillera Central que comunica Paria con Honoria. Elmer esperaba librar escaramuzas y pequeños combates si todo salía según lo previsto, para llegar pronto a una última batalla.

Con cierta obsesión, regresó a la carta en cuanto volvieron a atravesar una zona de poda quema, el método agrícola por el que los campesinos quemaban de forma controlada las frondosas lindes de los caminos para sembrar sobre el fértil manto de cenizas resultante, maíz y judías. En aquellos tramos apenas había riesgo de sufrir ataques sorpresa, pues se habían eliminado de raíz los árboles donde sustentar una emboscada.

Dime muchacho, cuando acabasteis con la Banda de la Reina, ¿reconociste si es que acaso continuaba con ellos, a un rubio al que los demás llamaban Picio? ¿O tal vez el trauma del asesinato de Drastan y la pérdida de tu ojo te causaron una amnesia, que te hizo olvidar que ese tal Picio había formado parte del asalto?

Recuerdas que te conté en nuestra primera noche en Dima que te había buscado por todo Karak. Pues en esa búsqueda encontré entre otros muchos al tal Picio y, cómo se vanagloriaba por entonces de todos sus crímenes, y entre ellos

de aquel. Quizá debería haber acabado yo mismo con el miserable y así lo consideraré en un primer impulso, pero algo me retuvo finalmente. Tal vez ahora deba alegrarme por ello.

De todos modos, a pesar de su fanfarronería y de sus compañeros de pillaje, se me antojó un gran cobarde, y no le creí capaz sino de huir a las primeras en las que Drastan desenfundara sus cuchillos. ¿Me equivoco, huyó también en esta ocasión si es que le encontraste, si es que aún seguía vivo? Aunque de esto último no me cabe la menor duda, pues las malas hierbas tardan en morir, y a menudo hay que forzarlas para que lo hagan.

Tras supervisar la retaguardia, Max el Manco se puso a cabalgar a la altura de Elmer. Ambas monturas se encontraban famélicas, y como el capitán corroboró tras examinar la dentadura de los animales, en la recta final de sus vidas. Eran los únicos caballos de la Compañía, pero al menos poseían bestias de carga, encargadas de transportar en sus alforjas buena parte del peso y del material que los Tarados necesitaban.

El número de la Compañía sobrepasaba los treinta miembros tras la incorporación del ala de Gredo, habiéndose de contar hasta un boticario, y aunque ser relativamente tantos les convertía en una presa difícil para las bandas pequeñas, en contrapartida llamaban demasiado la atención. Elmer temía una gran batalla antes de lo necesario por lo que exigía a sus tropas, llevar siempre cara de pocos amigos, estar dispuestos a morder a quien hiciera falta, y dejar a la vista que todos iban armados. Tal vez les observaran y el capitán no estaba dispuesto a que les creyeran timoratos.

—Mi capitán, me gustaría saber —dijo el Manco mientras seguían un sendero en cuyas lindes el bosque estaba quemado, pero donde en lugar de cultivos se encontraban malas hierbas y barbechos, debido a que los aldeanos ya no se atrevían a alejarse de sus villas, por temor a las bandas— ¿por qué cambió de opinión y decidió seguir con nosotros?

—¿Quién os ha dicho que en algún momento quise abandonar la Compañía?

La respuesta cargada de pregunta fue dada con enfado, pero Elmer de inmediato cambió de tono, y pareció querer desahogarse.

— Ag, da igual, desde luego no lo hice por ser un buen capitán, y me parece que no os merezco.

Elmer introdujo una mano en las alforjas de su montura, y tras pensárselo unos segundos — ni siquiera conocía de aquel toscano en el que había depositado su mayor confianza, si sabía leer —, le tendió la carta a Max. Este la tomó con su mano sana y tras atarse las riendas por encima de su muñón, leyó sin titubear para sí.

... Pero si el tal Picio fue responsable de lo que os ocurrió, en ningún caso debió de serlo más que otro de los bandidos que aquel ciclo escapó con vida. ¿Lo recuerdas? Tú mismo me lo contaste, «tres lograron huir...». Y aunque en Dima no quise cargarte con más dolor del necesario, aquí sí te confesaré que otro de los huidos es el caudillo de la banda más peligrosa de toda la Región.

Hablo del Sapo, que domina con mano de hierro y cada vez más prieta, a todas las villas del noroeste que van desde Paso Dulce hasta Capitolia. El proscrito, que al parecer ya fue un miserable en Honoria, ha sabido desenvolverse con soltura tras el asalto que le costó la vida al bueno de Drastan, y a ti el ojo.

El Sapo ha conseguido que le paguen tributos todas las villas y aldeas que saquea periódicamente, pero también está constituyendo una liga de bandas más pequeñas que la suya, por la que los bandidos que quieren asaltar cualquier camino, tienen también que pagarle un porcentaje de lo que consiguen. Si no es así, si se le resiste cualquier aldea o cualquier banda, entonces emplea sus métodos de terror.

La tortura es habitual por parte de sus tropas cuando se le desobedece, así como la violación y el secuestro de aldeanas, que acaban muertas en los caminos, o bien de concubinas en el campamento que el Sapo posee. Del mismo modo, sus filas se nutren también de niños secuestrados y educados en ese mundo hasta convertirlos en monstruos semejantes a él.

Así que cada vez son más y más peligrosos, y no creo que el Sapo tarde en ampliar su zona de influencia. Pero aún me temo incluso que haya algo peor, pues sospecho que el Sapo no pretende ser por mucho más tiempo un simple bandido.

El Manco llegó a las últimas líneas y las leyó en alto antes de entregarle la carta a su capitán.

Elmer, los caminos del azar son inescrutables y lo son tanto, que a menudo los karakianos los confundimos con el destino o con los mismos dioses. Pero no te dejes engañar, pues nuestras son las decisiones y nuestras las consecuencias. Hagas lo que hagas, abandones a los Tarados para regresar a Dima, o continúes con ellos, yo lo aceptaré, pero, ¿sabrás hacerlo tú?

Tras devolver la carta cabalaron en silencio durante un tiempo, al final Max se volvió a su capitán esbozando una sonrisa algo forzada.

—Me alegra saber que vuestra sed de venganza no me ha hecho heredar el cargo de capitán.

—Y a mí que al menos tenga a alguien en el que puedo confiar sin riesgo a ser traicionado —y tras devolverle la sonrisa con cierta amargura, formándose en su rostro una fea mueca por la conjunción del párpado rajado, añadió—: Vamos a darle una vuelta más a la estrategia.

Las dos mujeres, Athan y la niña, se relamían los dedos a la entrada de la cueva después del estofado que había preparado Adel. El ciclo estaba encapotado sobre la ladera de Dima y las teas, que habían recuperado su llama blanca y misteriosa día y noche, arrojaban una luz agradable. Nadie olvidó la promesa de lectura y Damara, que apenas había soltado el libro rojo durante la comida, dejó ahora que su madre se lo arrebatara para entregárselo al anciano, quien buscó parsimonioso y encontró un madero contra el que recostarse.

—Muy bien mujercitas, vosotras lo habéis querido, pero luego no me acuséis de fantasioso ni de provocaros sueño. —Y comenzó a leer por una página que tenía un doblez como marca.

Se calcula que nuestra Historia en el planeta Karak, pues no siempre hemos hollado estas tierras, comenzó tan solo hace unas cinco centurias. Sin embargo muy pronto enterramos nuestra memoria y perdimos grandes tesoros.

tesoros. Ya casi nadie recuerda que en el principio, no fuimos arcanos, honorios, sacerdocios o parios, sino emigrantes llegados de un mundo lejano que nuestros antepasados destruyeron, y del que tuvieron que huir.

Según las últimas crónicas que se conservan de los primeros pobladores, llegamos a Karak tras una larga y dura travesía por esa bóveda celeste que nosotros creemos tranquila, pero que no lo es, como comprobaron nuestros antepasados. Durante su viaje estelar, la mayor parte de ellos perecieron o desaparecieron sin dejar rastro.

Sin embargo, hubo supervivientes que lograron llegar hasta aquí, y proliferamos. Era y es un planeta pequeño, habitable en sus condiciones climáticas, y con una flora y una fauna autóctona escasa y apenas peligrosa, salvo excepciones más espectaculares que preocupantes. Era también un planeta que carecía de la denominada por nuestros antepasados «vida inteligente», y en el que el puñado de nuevos moradores que «llegaron a bordo de la nave que surcaba las estrellas» (hoy desaparecida por completo) y que se llamaba «Flor de Octubre», impusieron rápidamente su dominio, «colonizando» (palabra que como tantas otras ha perdido hoy su significado) el planeta, aunque no siempre con el éxito que esperaban.

Estos predecesores no vinieron solos sino que se trajeron no se sabe bien cómo, parte de la fauna y la flora de su planeta originario, que arraigó y se multiplicó en esta tierra fértil aunque austera. Sin embargo y en otros muchos aspectos, parece ser que no tuvieron tanto éxito, y las condiciones de vida de las que gozaban en su pasado, no pudieron reproducirse en el Nuevo Mundo. Así, tras unas pocas generaciones, los últimos sabios hablaron de una «insostenible involución tecnológica» que sumía a los supervivientes, en una «Antigua Edad de Piedra», significando con ello al parecer una época primitiva de nuestros antepasados.

Esto es lo que escribe uno de los antiguos sabios que como todos los demás, perdió su nombre con el paso del tiempo: «Resulta evidente que la parte no podrá replicar al todo, y que en unos pocos años, la mayor parte de los avances tecnológicos y de los conocimientos científicos por los que se pudo atravesar el espacio, y no olvidemos, destruir nuestro mundo, se perderán para siempre. ¿Qué será de nuestros avances morales y a la par, de sus desmanes, correrán la misma suerte?».

Y he aquí la profecía de otro sabio que atravesó las estrellas pudiendo decir que habitó los dos mundos: «La desunión, las luchas de poder y la guerra, se impondrán pronto. Por su parte, el legado cultural, las religiones, la historia, el arte, la ciencia, los modos de relación originarios... pronto serán arrasados y configurados en nuevas formas significantes que apenas reconoceremos. Al final, calculo que quedarán un par de lenguas profundamente modificadas, unos símbolos radicalmente trastocados, y un gran olvido sobre el viejo mundo, que serán eso sí, las cenizas sobre el que nacerá el nuevo Ciclo: la Historia de Karak».

El sabio no se equivocó y como casi todo lo demás de su antiguo mundo, constituyó efectivamente las cenizas de un período de transición que desembocó desde los peregrinos llegados de otro planeta, a los íntegros karakianos ¿Cómo llegó a suceder?

He aquí el primer esbozo de un rompecabezas que he conseguido unir tras buscar en todas las fuentes que me ha sido posible, y que tendría por núcleo lo que sigue: los supervivientes se dividieron en cuatro grandes grupos afines.

El primer grupo lo constituyó la fe. Nuevos moradores que quisieron conservar a sus viejos y originarios dioses, con unos resultados inciertos, y que como se habrá supuesto devinieron en los sacerdocios. Ellos ocuparon la gran isla del planeta, en la zona más septentrional de Karak.

Los segundos fueron karakianos de «ciencia» que quisieron preservar los conocimientos con los que habían llegado hasta aquí, si bien no les fue posible lograrlo, principalmente por dos motivos. En primer lugar por la imposibilidad de recomponer convenientemente el complejo cuerpo de teoría y técnica que habían alcanzado, «somos demasiado pocos, nos falta mucho, y estamos terriblemente especializados», dejarían escrito a modo de epitafio. En segundo lugar, porque un nuevo conocimiento se estaba fraguando cuando huyeron del planeta destruido, y fue este nuevo conocimiento por el que terminaron decantándose y en el que volcaron todo su afán: hablo de la magia, y hablo de mí y de los míos, los arcanos.

El tercer grupo, más numeroso que los anteriores pero menos que el cuarto, lo constituyeron los autodenominados «atletas» (palabra que cayó rápidamente en desuso). Se trató de primigenios karakianos que quisieron

continuar con la tradición de su viejo mundo según la cual, se rendía culto al cuerpo y a sus posibilidades. Ocuparon la zona norte de Karak, y sobra decir que son los honorios, dándose a la espada y al honor como nosotros lo hicimos al conocimiento mágico y al libro.

Y llegamos al cuarto grupo, al más numeroso, formado por las «castas» más variadas del antiguo mundo; «empresarios», «banqueros», «alta burguesía», «clase media» y unos pocos denominados «excluidos sociales», que al parecer consiguieron pasaje en la denominada «Flor de Octubre» a causa de la llamada «caridad». Todos ellos devinieron en los parios, y todos ellos perdieron rápidamente derechos y privilegios a manos de los otros grupos. Unas pocas generaciones bastaron para que a pesar de su número estuvieran supeditados bajo el poder físico de los honorios, mágico de los arcanos, y moral de los sacerdocios, que a su vez, lucharon entre ellos por establecer fronteras, tradiciones y relaciones de poder.

Como ya dije, no tuvo que pasar mucho tiempo para que la antigua memoria fuera barrida casi en su totalidad, para que el sentido y el significado de la mayor parte de las cosas llegadas del planeta originario se perdieran. Y no tendrá que pasar mucho tiempo antes de que una arcana como yo, conocedora de parte de los primigenios secretos, me pierda también siguiendo la estela de los antiguos, salvo que algún espíritu tan raro como el mío, quien sabe si dentro de cientos de años, le dé por resucitar mi memoria leyendo estas líneas.

Xani, 476 de Nuestra Era, desde la Torre de la Memoria.

Cuando Athan cerró el libro, tan solo la pequeña Damara permanecía despierta, con sus enormes ojos verdes miraba ensimismada al anciano, como si hubiera disfrutado con cada línea, con cada palabra, como si lo hubiera entendido todo a pesar de su edad. Por su parte, Adel y Marina dormían acurrucadas la una sobre la otra. Athan prestó atención por un momento a Adel, quien se agitaba en sueños, con pequeñas sacudidas. Parecía soñar inquieta.

Ben el perrero consiguió finalmente aplacar a la jauría, y esta dejó de ladrar tras el ataque. Un tarado remató con su cuchillo a un enemigo

que agonizaba. Las órdenes del capitán eran claras: «No quiero sorpresas, y no quiero bandidos que escapen con vida si no lo ordeno yo». Liv aparecía en ese momento por entre la espesura. El Cebolla informó al capitán Elmer de que la tienda con las lonas ya se había levantado. Había una buena cantidad de cadáveres cerca de la misma y se escuchaban aún lamentos de algunos heridos. Ninguno de los cadáveres y ningún lamento pertenecían a la Compañía de los Tarados.

—Muy bien Cebolla —dijo el capitán— ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Elmer hizo un gesto inequívoco al Manco y este le siguió después de revisar uno de los cuerpos. Como en el resto de bandidos, observó que en el tabardo de cuero del muerto a la altura del pecho, llevaba bordado una telilla en la que podía distinguirse un sapo marrón.

Ya en la tienda improvisada a modo de centro de reunión del nuevo campamento, el Manco se sirvió cerveza con habilidad y ofreció a su capitán, que tras pensárselo unos segundos, dijo que no con la cabeza. Se movía cansado y tenía la tez completamente negra. Durante la embestida un golpe le había mandado al suelo y su único ojo se encontraba ligeramente hinchado. Max le miró como si le censurase.

—Se arriesga demasiado mi capitán, y casi siempre sin necesidad alguna.

—Cuando no se necesite de mi espada en esta Compañía —replicó Elmer malhumorado— empezaré a ser más cauto.

Y ya más tranquilo añadió:

—Ve y diles que vayan entrando, y vigila bien mientras estoy aquí que se dan los pasos adecuados ahí afuera.

El primero en pasar fue Visamaus el Trovador, quien entró sonriente, mordisqueando una brizna de hierba.

—A sus pies como siempre, joven y valeroso capitán, aquí tiene mi señor el documento firmado por el que la villa de Reco, se compromete a mandar el cargamento que habíamos previsto en los plazos señalados y por la ruta convenida. Mi capitán, tenía que haberme

visto en las negociaciones... vos estaría orgulloso de mí. Añadiré no sin jactancia que las doncellas de la villa estaban encandiladas con mi presencia, pero aún así hice lo posible por estar a tiempo para participar de la nueva batalla, aunque al llegar la victoria ya era nuestra. Parece que no soy tan necesario en lo de cortar cabezas como en lo de levantar el ánimo.

— Buen trabajo Trovador — dijo serio el capitán mientras comenzaba a leer el contrato alcanzado y sellado con la villa de Reco—. Y que no se preocupe tu ánimo, que en la próxima batalla ya estarás con nosotros desde el principio. Haz entrar al siguiente cuando salgas. Ah, y no vayas a darnos ahora mucho la lata con tus versos.

Era el turno de Liv que pasó de inmediato. En su cara se reflejaba el enfado y no aguardó ninguna orden para empezar a hablar.

— ¿Por qué no se nos ha esperado jefe? No me disgusta ser rastreadora y no me importa arrastrarme por donde haga falta con tal de traer la información que la Compañía precisa, pero vos sabe cuánto disfruto matando a estos bellacos, lo bien que lo hago, y hasta que lo necesito como venganza personal.

Elmer se acercó con calma hasta Liv, cogió su barbilla con una mano yladeó su cabeza con suavidad, en la mejilla izquierda había varios cortes recientes y sangre reseca que coloreaba de un rojo oscuro su hermosa piel negra.

— Sé que sois tan buena luchando como en el rastreo, o incluso mejor, y hasta me pregunto muchas veces si no seréis mejor que yo en todo... Pero qué queréis que os diga, éramos casi el doble, partíamos con la sorpresa y con una posición inmejorable, y haberos esperado no aportaba demasiado. Mirad el resultado, nosotros tres heridos, ni un solo muerto, y ellos... ellos ya lo habéis visto.

»Pero centrémonos en vuestra misión y decidme qué habéis descubierto.

— Maldito embaucador — dijo Liv perdiendo parte de su malhumor, y relató su parte—. Encontramos otra facción de sapos y están a pocas millas de aquí, calculo que a unas cinco. Para que no hubiera

lugar a la sorpresa, uno de los novatos, y Risas, se quedaron haciendo la cobertura. Debo reconocer que ese pario tan hosco es muy despierto, y que aprende rápido.

»Esos sapos llevan la insignia amarilla en sus petos, son menos de doce y controlan un camino secundario que les debe matar de hambre. Se confirma que el gran Sapo domina todas las bandas de la zona. Lo tiene bien montado el bellaco, no solo roba a los pobres, sino que también roba a los ladrones exigiéndoles permiso y tributo, si quieren robar a los parios. Debe bañarse en oro el muy rufián.

Tras el informe de la honoria, Elmer dijo serio pero con dulzura.

—Gracias Liv. Ahora come algo, descansa, y que el boticario os vea la mejilla.

—El matasanos me verá cuando esté muerta, no antes. —Fue la respuesta mientras se servía una cerveza que se acabó de un trago, para añadir—: Ahí fuera hay dos que están vivos ¿no se le ocurrirá salvarlos como a los otros?

—Puede que lo haga —fue toda la respuesta del capitán.

—Pero jefe, pronto acabará traicionado, o por su estupidez o por su bondad. Y eso sin tener en cuenta que correrán al Sapo a desvelar nuestra posición, y ya estamos cerca de su campamento. Sabéis tan bien como yo que esos malditos hijos de perra merecen morir todos...

—Tal vez sea así Liv —cortó Elmer con firmeza— pero tal vez no todavía... o no por nuestras manos. —Y tras unos segundos de silencio, el capitán añadió—: Incluso tal vez merezcamos morir todos. Y ahora hazme un favor, llamadme estúpido si queréis... pero no bondadoso.

—Puf, empieza a parecer que el anciano se os ha metido dentro, pero recordad que no lo sois.

—Cosas peores han habitado en mí. Y ahora —ordenó el capitán ya sin rastro de dulzura—, idos a descansar y que entren los siguientes.

Aston, Gradon y el gigantón Perry entraron en orden directo a su edad e indirecto a su altura, de modo que Perry pasó el último. Llevaban consigo a un prisionero a quien el pequeño de los tres hermanos le sacaba dos cabezas.

El prisionero caminaba con dificultad, arrastraba una pierna y parecía a punto de desmayarse. Presentaba moretones por todo el cuerpo y resultaba evidente que le habían torturado. Sin embargo los hermanos no se habían tenido que aplicar a fondo para que soltara cuanto sabía. Elmer no tenía ganas de continuar el interrogatorio y preguntó directamente al hermano mayor, Aston contestó diligente:

— Este deshecho dice que ha estado en el campamento del Sapo. Habla de fortificaciones con estacas largas y agujeros profundos, dice que el Sapo ese tendrá unos doscientos bandidos allá, pero que son muchos más porque no queda banda que no esté a su mandado. Rajó rapidito sobre la posición de las tiendas y, asegura que hay hasta un puterío montado. También cantó cómo funciona la escuela con las criaturas que secuestran de las aldeas. Vamos, que no ha largado nada que no supiéramos.

— Ejem — carraspeó Gradon, nervioso por querer añadir algo a lo dicho por su hermano —. Capitán, nos preguntábamos si también le va a perdonar la vida a esta sanguijuela, ya serían demasiadas.

Elmer ignoró el comentario del hermano mediano y miró fijamente con su ojo hinchado al prisionero.

— Me ves bien — le dijo sombrío — espero que sí, porque quiero que veas quién te da la oportunidad de seguir con vida, la oportunidad para que dejes de ser un miserable... Pero por si no la aprovecharas, por si volvieras lloriqueando hasta el Sapo, dile de mi parte que vaya dando sus últimos saltos y escupitajos, porque pronto le voy a cortar las ancas y la lengua. Dile también que si se pregunta quién soy, que piense en mi único ojo, a ver si es capaz de recordar.

Elmer se volvió entonces a los hermanos, les ordenó que dieran agua y pan al preso, hizo caso omiso de las malas caras y exigió que en tres horas pusieran en libertad a todos. Dejó claro que si alguien volvía a golpear a ese prisionero o a los otros siete que aún no habían liberado, se las verían con él.

Rodo el Bocas fue el siguiente en pasar a la tienda de campaña. Llevaba consigo otro sapo, atado de manos, pero este no parecía estar herido ni haber sufrido un solo golpe.

—Espero que le sirva mi capitán. Es al que vos señaló antes del ataque, y como ordenó, no le hemos tocado ni un pelo más allá del coscorrón para que perdiera el sentido durante el ataque. Dice llamarse...

—No quiero saber su nombre Bocas —le interrumpió Elmer con brusquedad, y tras unos segundos, continuó —: Hacedme el favor de cortarles las ataduras y de llamar al Manco cuando salgáis.

Elmer esperó paciente sin decir nada hasta que apareció su segundo. Dejó que en el prisionero creciera el miedo y la incertidumbre. Max no tardó en entrar.

—Manco, quedáis al mando hasta que salga de la tienda. No quiero que nadie me interrumpa. Encargaos de que la Compañía descanse, es probable que sea el último sueño hasta que todo termine. Revisad que los prisioneros vistan como deben y que coman lo que les preparé.

Cuando Max el Manco salió de la tienda, Elmer se lavó en una jofaina la cara ennegrecida tras el asalto. Se acercó luego al bandido, temblaba ligeramente aunque parecía querer controlarlo. Los dos tenían la misma altura y un color de ojos similar. Estaba libre de manos y pies, pero permaneció casi inmóvil. El prisionero no podía disimular su nerviosismo, menos aún tras la intensa mirada y las palabras del capitán de Los Tarados.

—Lo siento... pero tú sí que me sirves.

Adel se despertó bañada en un sudor frío, se incorporó del jergón en el que dormía desde su llegada a Dima, buscó dentro de sus enseres una bolsa de cuero y encontró el pequeño calendario estelar que andaba buscando. Comprobó la fecha y como se temía, había llegado el momento. La esclava manumitida por el anciano se levantó del lecho y se paseó a lo largo de la cámara de la cueva. Lucero con su disco amarillo asomaba ligeramente por entre un cielo azul oscuro. Decidió salir.

Llegó hasta el borde del precipicio y pensó que un simple salto, un resbalón, y todo sería mucho más fácil. Sin embargo, en su vida

nada había sido sencillo, y no parecía que eso fuera a cambiar en ese momento. Escupió al vacío con cierto desprecio y murmuró:

—Que se haga la voluntad del Padre, ellos deben saber cuál es, pues quién soy yo para discutirla.

Cuando Adel cruzó de nuevo el arco labrado para acceder al sistema de cuevas de Dima, un escalofrío recorrió su cuerpo de arriba abajo. Decidió ignorarlo. Llegó otra vez hasta su bolsa de cuero e introdujo su mano hasta el fondo. Antes de extraer la fría hoja con la que había entrado en contacto, miró alrededor suyo por si la madrugadora niña, o la madre, o el mismo anciano, estuvieran cerca. No fue así y extrajo el cuchillo por el mango, guardándose el arma en un pliegue interno de su camión gris. Encima se vistió con un pellote azul, que como el camión le caía hasta los tobillos.

Comprobó que Marina y Damara durmieran en la cama de la primera, ambas se abrazaban. Adel estuvo a punto de llorar y rogó para no tener que enfrentarse tras su acto a la mirada de desprecio de la madre, ni a la de pura inocencia de la hija. No se percató al darse la vuelta, que Marina había abierto los ojos, y que en ellos parecía poder leerse la desconfianza.

El anciano no dormía en su cama y Adel maldijo su mala suerte. La biblioteca fue entonces el lugar más probable donde se podía encontrar, y hacia ella se encaminó por las galerías de Dima. No se había equivocado, allí estaba Athan. Una vez despierto no esperaba cogerle desprevenido a pesar de que el anciano se mostrara embebido en la lectura de un pequeño libro. Quedaba de espaldas a ella frente a la mayor de las estanterías de la biblioteca, que contaba con cientos de ejemplares sobre sus tablas de roble. Adel dio unos pasos con sigilo, pero el anciano se dio la vuelta inmediatamente.

—Ah jovencita, qué madrugadora hoy, ¿tienes algo importante que hacer?

—No podía dormir —el no tener que mentir en todo la tranquilizó un poco— ¿Qué está leyendo, anciano?

— Algo que para la mayoría es lo más inútil de Karak, y para unos pocos como yo, lo más maravilloso. Leo poesía.

— ¿Qué es eso, maestro?

Antes de contestar, Athan esbozó una amplia sonrisa, mostrando unos dientes blancos y perfectos, algo sumamente extraño para alguien de su edad y para alguien que había llevado su vida. El anciano decidió entonces dar la espalda a Adel y mirar de frente las estanterías de libros. Extendió los brazos como queriendo abarcar todas y cada una de las obras que ante él se erguían.

— Todo lo que hay aquí, literatura, historia, filosofía, teología, magia... tiene algo o mucho de utilidad, y lo adoro. La poesía en cambio carece de ella, y sin embargo no puedo evitar sentir pasión, es la belleza de la palabra en su estado más puro ¿Acaso Adel hay algo más inútil que la palabra en busca de sí misma, acaso...?

Mientras el anciano hablaba la mujer se llevó la mano al cuchillo y lo desembarazó rápidamente del pliegue de su camisa. Athan, de espaldas a ella, no vio brillar la hoja en un reflejo provocado por las teas blancas que iluminaban la biblioteca.

Un grito sonó tras ellos. Adel no se volvió, si lo hubiera hecho, habría visto a Marina, quien la había seguido. Tampoco se volvió Athan, extasiado en sus palabras y en los libros, por lo que el grito, como la poesía, también resultó inútil.

Adel era más alta que el anciano por lo que hizo un movimiento de brazo descendente a la altura de sus hombros. Buscó clavar el cuchillo sobre el cuello de Athan, y a pesar de los nervios y de las dudas, no le faltó firmeza, fuerza ni precisión. La afilada punta chocó con violencia contra la nuca.

La hoja, bajo el grito de Marina y el asombro de Adel, chocó primero contra la nuca del anciano, que pareció más dura y robusta que el mejor de los aceros mágicos, y se fundió después. El cuchillo en apenas un instante quedó reducido a su pomo bajo una mirada y unos gestos de completa incomprensión para las dos parias. Marina echó a correr hacia ellos mientras que Adel se dejó caer de rodillas y comenzó a llorar.

No tardó Marina en llegar y agarrar del pelo a Adel, a la que sacudió con furia mientras le gritaba una y otra vez: «¡Traidora, desagradecida...!»». Adel parecía asumirlo y no se defendió ni de las palabras ni de los golpes.

— ¡Basta Marina! — ordenó el anciano con una firmeza imposible de rechazar, y Marina obedeció mordiéndose los labios con rabia.

— Para acabar conmigo — dijo Athan con suma tranquilidad —, hace falta algo más que simple acero. Y ahora, Adel, nos tendrás que explicar qué ha pasado aquí.

Adel lloró hasta desembocar en un sollozo que le permitió hablar, aunque fuese de modo entrecortado. Contó entonces una historia muy distinta a la que contara cuando ocurrió el enfrentamiento entre la milicia de Toscan y Elmer, resuelta con el rayo que lanzara el anciano. De acuerdo con la nueva versión, la libertad de Adel tras Capitolia había sido breve, pues pronto fue hecha prisionera junto a Liv y, llevadas para el mayor de sus asombros a Sacerdocia. Allí, relató ser testigo de los tormentos a los que se sometió a su antiguo esclavista, el cual, muy dispuesto a colaborar no consiguió sin embargo salvar la vida tras contar todo lo que sabía sobre aquellos quienes le habían arruinado la vida tras llenarle los bolsillos. Más suerte habían corrido ellas, dijo, tras encargárseles la misión de acabar con el viejo y con el joven que las habían comprado. Ellas debían recordar en todo momento que no se trataba de un asesinato, sino de cumplir con los designios del Padre, cuyos caminos son siempre misteriosos. Tanto, que hasta debían guiarse por un calendario según el cual, cuando se cumpliera una fecha, y si no habían recibido orden de lo contrario, debían acometer su misión.

Marina cayó de repente en la cuenta.

— Anciano, si esta miserable ha intentado matarle... ¡Elmer está con la otra! ¡Debemos avisarle como sea, Elmer está en peligro, él no es como vos!

El anciano pareció mostrar preocupación en su rostro. Miró entonces a Adel quien todavía lloraba. Se encontraba de rodillas y suplicaba perdón agarrada a los pies desnudos de Athan.

—No, no es como yo —dijo finalmente sombrío—. Y tampoco hay modo de avisarle a tiempo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó con desesperación Marina.

Athan recuperó su firmeza, miró a ambas mujeres, luego dijo:

—No todo el mundo al que se le ofrece una traición, la acepta. Y no todo el mundo que la recibe, desea vengarse.

Lucero alcanzaba su cénit cuando Elmer y Liv llegaban a la cima de una pequeña colina pedregosa. Desde allí, podían observar el campamento del Sapo, situado al otro lado de la ladera por donde habían ascendido. El capitán, tras sacar un catalejo del interior de su chaqueta de cuero, observó tumbado y tomó nota mental de todo lo que le pareció importante; distribución general, tamaño, puertas, vallados, centinelas, zona de letrinas, tiendas, abrevaderos... Finalmente dijo a la rastreadora:

—Regresemos, ya solo falta encomendarse a la suerte, al dios que prefieras, o a la botella, porque esto está a punto de empezar —y comenzó a descender dando la espalda a Liv, muy encorvado hasta que salieran del posible campo de visión de los vigías del Sapo.

En ese momento Liv llamó a su capitán con un silbido, sacó algo del bolsillo del pantalón gastado que vestía, y cuando Elmer se dio la vuelta, se lo lanzó. El joven atrapó el objeto al vuelo.

—¿Qué es esto? —comenzó a preguntar, y sin dar tiempo a una respuesta de la honoria, dijo—: Vaya, pero si es un pequeño calendario de nuestras estrellas diurnas, ¿de dónde lo sacaste?, ¿sabes acaso el valor de este objeto en cualquier mercado?

Liv no contestó a ninguna de las preguntas, y se limitó a decir:

—Jefe, no sé si morirá pronto o no, pero no ahora. Regresemos de una vez.

Elmer frunció el ceño pero hizo caso a Liv sin hacer más preguntas.

El campamento del Sapo poseía realmente un tamaño considerable, existían numerosas villas en Paria más pequeñas. Por suerte para Liv, se encontraba casi vacío según lo previsto, y su incursión y robo

resultarían relativamente fáciles. Tras estudiar durante horas las tiendas, después de las informaciones de los prisioneros, con el mapa diseñado... no pensaba cometer ni el más mínimo error.

El cofre donde se encontraba la anarcanita que guardaba el Sapo, y que Liv debía cambiar por antracita, un carbón de aspecto casi idéntico pero con nulas capacidades mágicas, se encontraba en la sala de tesoros. Y esta tienda, a pesar de que el campamento había perdido momentáneamente a buena parte de sus efectivos, sí que tenía vigilancia permanente.

El sigilo absoluto iba a ser clave, y la honoria decidió entrar sola. Risas había demostrado sobradamente ser tan taciturno, como competente en las incursiones y el rastreo, pero Liv quería reducir riesgos al mínimo. Nadie debía morir, nadie debía verles, y por tanto, un ladrón mejor que dos, y que tres, y que cuatro.

Así que Risas y los otros tres tarados que acompañaban a la honoria no se tomaron nada bien la decisión repentina y fuera de guion de la mujer, pero la acataron puesto que Elmer había concedido total libertad de acción y de órdenes a Liv. La misión debía cumplirse a toda costa, y ella debía elegir el mejor de los modos. A Risas no le quedó otra opción que refunfuñar, y tras rezongar un par de veces en aquel atardecer de la estación media, que ofrecía una llovizna en esos momentos, deseó suerte a Liv con unas palabras cariñosas que sorprendieron, y hasta emocionaron, a la rastreadora. Finalmente la dejó marchar, a regañadientes, preocupado.

La honoria, ya rebozada en barro antes de adentrarse en el campamento, se arrastró dirección a la tienda de trofeos tras atravesar las defensas de estaca y espino que rodeaban el asentamiento.

Por fuera, Liv aparentaba una seguridad envidiable. Por dentro, el miedo, las dudas, y la incertidumbre se adueñaban de ella poco a poco ¿No sería mejor intentar acabar con el Sapo ahora que se le podía matar desprevenido? O más fácil aún, ¿no hubiera sido mejor acabar con Elmer como le habían ordenado en Sacerdocia, para que se viniera a cumplir la voluntad del Padre?

Muy pegada al suelo y cerca ya de la tienda de tesoros, Liv se sacó el cuchillo de entre los dientes, se cortó ligeramente en el brazo como solía hacer en este o en la cara cuando quería expulsar sus dudas, y continuó con su misión.

Horas más tarde, con la noche encima y las estrellas nocturnas tratando de abrirse paso en un cielo cubierto, el Sapo mostraba una sonrisa de triunfo. Hacía mucho tiempo, justo desde que los Tarados aparecieran en sus dominios bajo la bandera de justicia para los parios, que no tenía un ciclo tan feliz. Tal como parecían haberse dado las cosas, en cuanto las noticias se confirmaran y el grueso de sus tropas regresara con el prisionero, la cerveza, el vino, y las putas, correrían para todos los sapos. Pero antes quería mirar cara a cara al Tuerto, al tan cacareado capitán de la Compañía de los Tarados.

El Sapo se encontraba en su lujosa tienda rodeado de faroles que iluminaban el interior. Se ajustó el cinturón de la espada, remarcando su prominente tripa.

Desde luego — se dijo contemplándose en un espejo enorme y enmarcado en filigranas de oro —. La buena vida me sienta de maravilla. Hoy no podría volver a las penurias de antaño.

Según la información de la avanzadilla de los soldados que acababan de regresar al campamento, no faltaba mucho para que pusieran al prisionero ante él. Mientras, decidió ir a revisar la carga incautada pocas horas antes por una de sus muchas facciones, un pequeño grupo de siete bandidos que portaban sapos carmesíes como emblema. La carga estaba compuesta de cuatro carros cargados de cubas de vino y barriles de cerveza, que al parecer los parios de una pequeña villa llamada Reco, querían transportar de incógnito hasta Honoria, con la intención de comprar ayuda para enfrentarse al Sapo.

De los cinco aldeanos de la villa que intentaron hacerse pasar por granjeros que transportaban simple heno, para intentar venderlo en Honoria a un mejor precio que en la depauperada Paria, los bandidos habían matado a tres. A los dos restantes les hicieron prisioneros.

El Sapo entró en cólera cuando observó cómo les habían dejado, y eso que la noche cubría parte de las heridas.

—¡Pero salvajes! —gritó el Sapo a los siete protagonistas del asalto que custodiaban a los supervivientes—. ¿Qué habéis hecho con estos pobres infelices? ¿Acaso tienen la culpa de querer vivir algo mejor de lo que se lo permitimos?

—Mi señor —interrumpió entonces con un gran esfuerzo uno de los dos infelices, dados sus dientes rotos y sus ataduras en pies y manos, y tras ver la aparente buena disposición que hacia ellos mostraba el famoso y temido Sapo—, perdonad nuestra ofensa... pero vivimos de un modo tan miserable que...

—¡Cállate! —fue la seca respuesta del caudillo, que miró desde sus ojos saltones, y añadió con total desprecio—: Tan miserable no debe de ser cuando os permitís reunir tal cantidad de cerveza y de vino. Si hubierais venido a mí por propia voluntad con este cargamento, os habría colmado de oro, pero así... lo más probable es que os mande castrar.

Y mirando a sus siete sapos ordenó:

—Apartadlos de mi vista... Pero antes decidme, ¿acaso no se repiten suficientemente las órdenes, sois duros de mollera o qué? Bajo mi mando y bajo mi liga, se puede robar, violar, matar y torturar, pero hagáis lo que hagáis, yo quiero saberlo de antemano. Probablemente os diga que «sí», pero me reservo el derecho a decir «no». Si hay una próxima vez en que os excedéis sin mi permiso, lo pagaréis caro, ¿entendido? De momento esta noche tendréis que elegir entre las putas o el alcohol.

Los siete sapos con sus insignias carmesíes cosidas a sus tabardos marrones, eligieron sin titubear prescindir de lo primero.

El campamento comenzó a llenarse de una algarabía creciente. Quien tantos problemas había causado al Sapo en las últimas semanas, retándole en sus propios dominios, acababa de llegar como prisionero.

Jack el Bueno, el bandido de mayor confianza del Sapo, custodiaba al prisionero que llegaba encadenado de pies y muñones. Junto a

ambos se encontraba atado quien había traicionado al capitán, al desvelar la posición de la Compañía y sus planes. El Sapo, que al lado de Jack resultaba pequeño, miró de arriba abajo a los dos prisioneros tras pedir que acercasen una antorcha a sus rostros. Con un gesto hizo callar a todos los que alrededor se disponían para regodearse del destino final de quien causara tantos problemas.

El caudillo pronto se sintió decepcionado. El capitán mostraba una mirada errante por su único ojo, que permanecía además más cerrado que abierto a causa de un morado reciente. El Sapo esperaba una mirada de desafío y se encontró con aquello. Desconfió de inmediato y se volvió hacia el otro prisionero. Mandó desatarle. Este sí mostraba orgullo en sus ojos y se masajeó el muñón que tenía por mano en cuanto se vio libre de las ataduras.

—Tú eres el Manco, si no malrecuerdo... y no suelo hacerlo —dijo el Sapo sin esperar respuesta. Sin embargo sí que la hubo.

—Qué agudo, no me extraña que mi capitán haya acabado de este modo.

Al Sapo no le gustó la insolencia y desenfundó con presteza su hoja para intimidar al segundo de La Compañía de los Tarados, ya deshecha. Pero a pesar de ponerle el acero en el cuello y de hacerle un corte superficial, no pareció asustarle lo más mínimo.

—Demasiada soberbia para un traidor... pero por suerte para ti, el Sapo sí paga a traidores, siempre y cuando claro está, el traicionado no sea yo.

La risa sonora que empezó el caudillo se extendió por todas sus tropas que celebraron la ocurrencia.

—Y esto es lo que aún no tengo claro, si pretendes jugármela de alguna manera... ¡Jack, tráeme la piedra mágica! ¡Marron, ve a por los testigos! Vamos a comprobar si este tuerto alelado y este manco engreído vienen con alguna sorpresa. —El Sapo apartó la espada del cuello del prisionero y esperó paciente.

No tardaron en aparecer seis figuras flacas y engrilladas, cinco de ellas eran bandidos a los que Elmer había perdonado la vida; la sexta resultaba extraña, parecía un novicio sacerdocio por su vestimenta de

la que apenas quedaban harapos, y por su tonsura. No podía estar más lejos de su lugar en Karak, y lo estaba pagando caro. El Sapo se dirigió a los cinco bandidos:

— Cuando regresasteis a mí, después de que el Tuerto masacrara a vuestros camaradas y os perdonara la vida, desconfié de vosotros pero os permití seguir respirando, así que espero que sepáis serme útiles ahora. En cuanto a ti —se dirigió al sacerdote— me suplicaste clemencia contándome la extraña historia de una misión que no pudiste completar, al no encontrar a la honoria que buscabas por culpa de mis sapos, que fijate por dónde, te hicieron prisionero cuando lo que me extraña es que no te descuartizaran. Y si no te descuarticé yo, fue porque me describiste a un tuerto cuando debías, y eso te trae hasta aquí. Ahora quiero que vosotros seis observéis y escuchéis.

Acto seguido el Sapo intentó hacer hablar al Tuerto —mientras Jack llegó con un cofre pequeño—, pero ni los golpes ni las amenazas ni la promesa de acabar con todo aquello, consiguieron nada más que una mirada de incompreensión. Ni siquiera gemidos ni lamentos, ni siquiera parecía dolerle. El caudillo pareció rendirse con un gesto de exasperación y se volvió a Jack, a quien pidió que relatara lo que había ocurrido.

— Les encontramos en el campamento de los Sapos Amarillos como nos había indicado el tullido. — Jack no soltó el cofre mientras señalaba al Manco, las estrellas nocturnas parecían haberse desembarazado de las nubes —. Hacía un ciclo o dos que habían derrotado a nuestra pequeña facción y por lo que comprobé, la vanidad les había hecho vulnerables. El Tuerto aquí presente, señor, se pavoneaba junto a su milicia, sin apenas vigías y sin haberse preparado para una defensa, por lo que fue difícil contener el impulso de asaetearle antes de tiempo.

»Nuestra oportunidad se presentó única pues al margen de ganarles en número, no nos esperaban y no estaban preparados. ¡Era devolverles la moneda con la que tantas veces nos habían pagado en las últimas semanas!

»Y todo salió bien, mi señor, aunque apenas pudimos sembrar cáveres ya que en cuanto nos olieron, casi todos los tarados, esos parios que creíamos rivales dignos y fieros por lo que nos habían hecho previamente, salieron por piernas abandonando a su capitán y a los pocos que se quedaron. Les hubiéramos podido seguir hasta aniquilarles, pero el capitán era nuestra prioridad, y después de haber oído sobre lo que era capaz, decidí atacar sin dividir las fuerzas. El Tuerto nos encaró y del mismo modo pareció hacerlo el traidor, poniéndose espalda con espalda mientras les rodeábamos. Justo antes de que comenzara la lucha que preveíamos encarnizada, el traidor nos facilitó las cosas pues se dio la vuelta y le dio un golpazo con el pomo de la espada en la cabeza, del que creo que aún no se ha recuperado, visto lo visto.

»Matamos, tras desoír extrañas palabras que no había manera de entender, a una media docena de parios que no huyeron. E inmediatamente decidimos traer al capitán ante vos».

»Tomé entonces la decisión de cortarle las manos como me sugirió el traidor, la mayor parte de la Compañía había logrado huir y tal vez se arrepintieran de su cobardía. Además, temimos que despertara y pudiera escapar haciendo algún hechizo o apoderándose de algún acero, por lo que le amputé las manos tras comprobar que como se nos había dicho, le faltaba un meñique.

El Sapo escuchó atentamente la historia de su lugarteniente, su mirada de desconfianza no se redujo apenas y se volvió al Manco, quien miraba con extrañeza al novicio encadenado.

—Cuando viniste a este mismo campamento hace unos pocos ciclos, timorato y encapuchado, me dijiste que ibas a traicionar a tu capitán porque te arrebató el puesto de mando, y porque os conducía a una muerte segura. Explícate, y hazme entender muy bien qué es lo que le ha pasado a esta piltrafa que tienes a tu lado, y que hasta ayer mismo no paraba de retarme y de pedirme que me acordara de no sé qué cosa del pasado. Y es que esto de aquí no se parece en nada a lo que esperaba. Y por cierto, estás tardando en confesarme qué es lo que le dijiste a este tuerto y a este inútil, antes de atacarle por la espalda, porque sé que hubo unas palabras.

El Manco, antes de responder, no pudo reprimir otra mirada, esta vez hacia el cofre que sujetaba Jack en sus enormes manos. Pareció nervioso por primera vez.

— ¿Que qué le dije cuando le arreé con el pomo de mi espada en la cabeza? Simplemente, «lo siento mi capitán, pero era cuestión de tiempo».

»Debéis saber que muchos de nosotros ya se lo habíamos advertido. «Mi capitán», le decíamos a menudo y yo el primero, «su bondad es excesiva, y será su ruina a manos de un traidor». Aunque para entonces yo no me veía en esa piel.

»Al principio yo le admiraba, pues sabía manejar la espada mejor que cualquier honorio y además conocía los secretos de la magia, por lo que nunca he sabido su procedencia. Pero poco a poco se volvió loco, perdonaba vidas sin sentido y ordenaba planes que no entendíamos. Y eso sin contar con sus ideas de justicia e igualdad que nos llevaban directos a la ruina.

»Simplemente quise evitar el mal mayor, muchos de los Tarados eran amigos míos de la infancia, pues al principio prácticamente todos éramos de Toscan, si bien luego se sumaron aldeanos de la villa de Gredo, que como nosotros, habíamos seguido las órdenes de un burgomaestre engreído. Así que decidí intentar salvarnos de un loco, y de un engreído que ordenaba sin mojarse el culo. Acaso Sapo, no dijeron vuestros renacuajos que apenas murieron Tarados, que casi todos huyeron abandonando a las primeras de cambio a su gran capitán y a su segundo. Yo ya había dejado caer la idea de mi traición en mis más cercanos, y se sabía que lo ocurrido estaba por llegar.

»¿Me he sacrificado por los míos, o soy un traidor de la peor calaña? No lo sé y vos decidiréis si tenéis palabra perdonándome la vida, pero mi conciencia está limpia. Además, mis amigos están a salvo y volverán a ser agricultores, pastores, herreros, carpinteros, que es aquello para lo que nacieron, y no para salvar a Paria de tipos como vos, pues no están preparados para tal cosa... y menos siguiendo a un iluminado como este, que por cierto desde que le golpeé a traición en la cabeza, debo reconocerlo, está en este estado en el que nunca le vi antes.

—Se te prometió la vida si tu traición era la correcta —dijo el Sapo tras escuchar la larga explicación del Manco— y mantendré mi palabra... si las condiciones se mantienen.

»Decidme —se dirigió ahora a los cinco sapos engrillados—: ¿Es este que veis, el tuerto al que os enfrentasteis, fue él quien os perdonó la vida, quien os pidió que abandonarais el tipo de vida que tanto os gusta?, ¿alguno de vosotros visteis también al Manco, era su segundo como acaba de contar, oísteis algo de lo que aquí confiesa? Y tú, sacerdocio, ¿la descripción que me diste concuerda con este tipo?

El sacerdocio, temeroso y sin apenas atreverse a mirar a quien condenaba, lo confirmó. Por su parte, los cinco bandidos se tomaron su tiempo no porque dudaran, sino porque aquello era una forma de ven-garse. Algunos escupieron al Tuerto y otros intentaron darle una patada, aunque sin éxito pues el Sapo no lo permitió. Al final todos fueron tajantes y a pesar de faltarle el habla y las manos, imposibilitando comprobar la ausencia previa de su meñique derecho, el ojo verde, el pelo negro, la barba descuidada, las cicatrices por todo el cuerpo, la forma del rostro, la altura... eran las del capitán de los Tarados, también llamado Elmer por lo que pudieron escuchar alguna vez, en la voz del propio Manco, quien efectivamente había sido su segundo, como todos habían podido comprobar antes de ser liberados.

El Sapo aún quiso una prueba definitiva. El Tuerto también conocía los secretos de la magia, había dicho el Manco momentos antes, y ahora iba a comprobar si aquellos dos prisioneros terminarían probando el mayor de los tormentos por pasarse de listos.

—Verás —dijo el Sapo mirando al Manco— soy desconfiado y listo y por eso soy quien soy y tengo lo que tengo, así que vamos ahora a eliminar la posibilidad de cualquier truco que valga y, que intente co-germe por el culo. Tal vez te hayas ahorcado con tu propia lengua.

El Sapo sacó la piedra del pequeño cofre y la pasó por los rostros y los cuerpos de los dos prisioneros, el Manco se mantuvo quieto y algo nervioso, como sin saber de qué iba aquello. El Tuerto por su parte siguió en todo momento con su expresión de vahído, enervando aún más al Sapo. El caudillo tras un tiempo en el que no pasó

nada, se convenció finalmente de que la magia no rondaba en aquellos cuerpos, pues la anarcanita la habría encontrado y eliminado sus efectos.

El Sapo contestó entonces y con desdén, la pregunta que el capitán lanzaba como mensaje a los bandidos a los que perdonaba la vida:

— ¡La respuesta es no! ¡No me acuerdo de ti ni de tu maldito ojo, y no tardaré en olvidarte de nuevo, cretino!

En ese momento depositó de nuevo la piedra en el cofre. Embravecido se dirigió a sus tropas bajo la luz del cielo estrellado, y de varias antorchas:

— ¡Y pensar que este andrajo que habéis traído quiso acabar con nosotros, que quiso ajusticiarnos! Pero os aseguro muchachos que he aprendido con esta experiencia y que nos va a ser de utilidad. Somos los amos de esta parte de Paria... ¡Y pronto seremos su justicia y su orden! Pero no solo del Paso Dulce y del Valle, sino que vamos a hacernos con toda la Región... pero que nuestros planes comiencen mañana... porque lo que queda de noche es para disfrutarla ¡Qué corran las putas, el vino, y la cerveza!

Los bandidos corearon primero a su caudillo, luego su orden, y por último «¡Viva la Banda del Sapo!». Se jaleó una y otra vez a lo largo y ancho de todo el campamento. Pero no todos gozarían por igual. El propio Jack el Bueno tendría que esperar, pues su caudillo aún tenía un par de órdenes para él.

— Llévate a todos estos desgraciados. A estos seis — se refería al sacerdocio y a los cinco sapos que prefirieron desoír el consejo de Elmer cuando les perdonó la vida —, donde estaban, ya veré qué hago con ellos. Y a estos dos — dirigió su mirada al Manco y al Tuerto, y se tomó su tiempo en decidir —, llévalos a mi tienda y ponles bajo vigilancia, cuando regrese del jaleo quiero regodearme con ellos. Al Manco átales bien fuerte a alguno de los postes. Al Tuerto encadénale con cuidado, no parece que vaya a salir de su atontamiento, pero por si acaso. Deja también la piedra cerca de donde le pongas las cadenas. La desconfianza es el don del vivo.

»Cuando hayas acabado —dijo el Sapo a Jack acercándosele con complicidad—, ven a emborracharte conmigo, tengo nuevo género que probaremos juntos.

Tres horas más tarde los efluvios del alcohol ya causaban estragos entre la mesnada del Sapo. El vino y la cerveza que habían confiscado de la pequeña villa de Reco resultó especialmente fuerte y, si en un primer momento hubo efectos de euforia, poco después los bandidos comenzaron a sumirse en vomitonas, o en sopores de sueño.

Los que lograron aguantar tales efectos, acabaron en grandes orgías con las parias presas forzadas a prostituirse. Estas se habían emborrachado con el mismo cargamento, tomando en algún caso el control al cambiar sus papeles de esclavas por el de amas, pero siempre en los límites del desenfreno y la lascivia.

Custodiando la tienda del Sapo permanecían tres centinelas que no paraban de maldecirse por su mala suerte, teniendo que hacer guardia una noche como aquella. Con todo, se habían hecho con algunos pellejos de vino de los que daban cuenta. Dentro, en aquel lujoso y abarrotado lugar, no se movía ninguno de los dos prisioneros y tan solo una ligera llorera del Tuerto rompía el silencio. El Manco, según pasaba el tiempo, no pudo dejar de mirar cada vez más a la figura que tenía frente a él, completamente deshecha. Sus ojos parecieron cargarse de culpa. Finalmente pronunció cuatro palabras:

—Ya es la hora.

El Manco dejó de mirar a su compañero de cadenas para centrarse en las cuerdas que le ataban pies y brazos, sujetándole al poste central de la tienda. Tras un susurro ininteligible, las cuerdas comenzaron a arder, él en cambio no se quemó. Cuando se hubo desatado, su ojo izquierdo desapareció de la cara y dejó paso a una fea y enorme cicatriz con la misma forma que la de su compañero de cautiverio. El Capitán de los Tarados, libre de la apariencia de su lugarteniente y de sus ataduras, levantó su muñón derecho y allí apareció una mano con cuatro dedos, le faltaba el meñique.

Elmer estiró buena parte de sus músculos, agarrotados y modificados mágicamente durante horas.

El joven pudo comprobar el lujo que albergaba la tienda del Sapo gracias a los faroles encendidos, se miró en el espejo de cuerpo entero que había cerca de él, y sintió el disgusto acostumbrado cada vez que observaba su figura. Se dirigió entonces a su doble, quien ni siquiera se había percatado de lo que ocurría a su lado. Seguía gimoteando y alelado. El capitán cogió parte de la cadena sobrante que envolvía al preso y la enroscó en su cuello.

—Siento lo de tus manos y lo de los tímpanos —dijo mientras apretaba con fuerza—. Tampoco me gustó manipular vuestras cabezas para oponeros a los sapos de Jack cuando llegaron a nuestro último campamento. Y me gustaría pensar que las plantas que te suministré han calmado tu dolor. Pero no siento demasiado haberos hecho lo que os hice. Asumo mi culpa, asumid vosotros la vuestra. Deja de llorar y descansa.

Murió asfixiado, al hacerlo la cicatriz se le esfumó y dejó paso a dos ojos sanos, la nariz aguileña se puso más recta, el color de los ojos se le oscurecieron un tanto, el pelo se le aclaró, se le borró la barba ligeramente pelirroja, y una expresión tranquila, casi feliz, se le dibujó en el rostro.

Elmer no tuvo demasiados problemas para librarse de los tres guardias que custodiaban la tienda. Uno de ellos permanecía despierto, el capitán le arrebató el cuchillo y le cortó la garganta limpiamente. A los otros dos, dormidos por el soporífero vino que tenían prohibido beber, les clavó el cuchillo en el corazón.

No había tiempo que perder. Se escurrió sigilosamente hasta la entrada del campamento, donde se deshizo con cautela de otros tres sapos, que por muy sobrios que vigilaban la entrada, no pudieron hacer nada contra los tajos certeros y sorpresivos del capitán. Al abrir las grandes hojas de las puertas de madera que daban paso al campamento, Elmer se reencontró enseguida y por entero a la Compañía de los Tarados, con el Manco y Liv en cabeza, especialmente impacientes. Al verle aparecer, sus rostros se llenaron de alegría.

—Gran trabajo Liv —dijo el capitán a la honoria mientras le daba un beso en la boca que sorprendió a todos—. Tuve mis dudas de si habríais conseguido dar el cambiazo al mineral, os aseguro que sin esa parte, las cosas se hubieran torcido del todo.

—Yo también tuve mis dudas de si hacerlo, jefe —contestó Liv pasmada de la efusividad del capitán, y mientras se limpiaba la boca buscó furtivamente y preocupada la mirada del Risas.

—¿Qué tal le fue haciendo de manco, capitán —le espetó el verdadero al joven— le gusta más que hacer de tuerto?

—A cada uno lo suyo, mi lugarteniente, a cada uno lo suyo.

Y dirigiéndose a la Compañía:

—Son cerca de trescientos, pues casi todas las facciones asociadas, se apresuraron en llegar en cuanto corrió la noticia de que me habían capturado, así que podemos estar contentos. Nos aventajan en diez a uno, pero apenas si encontraremos a quien pueda sostener una espada. El vino y la cerveza que manipulamos ha funcionado, y casi todos están más muertos que vivos.

»Trovador, llévate a cinco novatos y encárgate de liberar a los campesinos que tienen presos. Al menos hay dos de Reco, pero supongo que habrá más de otras villas. De momento no liberes a nadie que no sea aldeano, hay que ver qué hacemos con ellos, y sobre todo que no le pase nada a un joven con la cabeza en tonsura y que viste con harapos, quiero tener una larga conversación con él.

»Y prestad atención, cuidado con los niños y las mujeres, no os confiéis, pues habrá quienes defiendan a los bandidos. Decidid siempre por vuestra seguridad, y recordad que los prisioneros ya no son necesarios. Hoy daremos una lección. ¡Paria tal vez no tenga la magia ni la espada, pero no por ello debe asumir el yugo!

En ese preciso momento las cosas se complicaron. Resultó que Jack fue a echar un vistazo a los presos y a los centinelas que había puesto para vigilarles y, al llegar, se encontró no solo con los sapos muertos, sino con un encadenado desconocido que le sonaba ligeramente, en el lugar que debía ocupar el capitán de los Tarados. Eso sin contar con que el Manco se había escapado. En el campamento resonaron todas las campanas.

En apenas dos minutos las campanas, el griterío y la confusión, despertaron a la mayor parte de los bandidos, que sin embargo no pudieron por más que lo intentaron, arrancarse de sí la somnolencia y una lentitud que les resultó letal. La sangre comenzó a correr inmediatamente.

La lucha fue desigual en el número pero más desigual lo fue aún en el resultado, ya que en unos quince minutos que duró la sangría, las bajas de los Tarados fueron siete, mientras que las de los Sapos ascendieron a más de doscientos cincuenta. Los bandidos más lúcidos al ver su estado intentaron escapar, y unos cuantos lo consiguieron.

El duelo más encarnizado corrió a cargo de Jack el Bueno y los hermanos Aston, Gradon y Perry. En él, los dos gigantes perecerían. Sucedió que el más joven de los hermanos no pudo resistir la tentación de enfrentarse a un rival de su altura, y desobedeciendo a sus mayores se lanzó solo a por el lugarteniente del Sapo, quien relativamente sobrio a causa de su tamaño y por haber elegido más sexo que alcohol, a diferencia de la mayoría, demostró de lo que era capaz un honorio a pesar de estar semidrogado. Tan grande como Perry, Jack sin embargo se mostró más ágil y eficaz, y cortó la yugular del hermano pequeño en la primera abertura de la defensa que este dejó.

Cuando los hermanos vieron caer mortalmente herido a Perry, se volvieron locos y se lanzaron contra Jack, quien aguantó las embestidas y aún consiguió herir a ambos, hasta que Liv tomó parte del combate. Una vez que mataron a Jack tras trastabillar este con un barril de cerveza que le impidió parar las estocadas que le llovían, tuvo que ser la propia Liv la que impidió a los hermanos que siguieran acuchillando el cadáver informe y sanguinolento del bandido.

En cuanto al Sapo, Elmer lo encontró semiinconsciente en una cama del burdel del campamento, lo halló desnudo, con su barriga subiendo y bajando ostentosa, y entre dos parias que apenas tendrían dieciséis años, tan borrachas y desmayadas como el caudillo.

El capitán se tomó la molestia de sacudirle una y otra vez hasta que recobró un tanto la conciencia. Las parias apenas abrieron los ojos, exigiendo entre exabruptos silencio.

— ¡Mírame bien Sapo! — repitió Elmer con insistencia —. ¿Reconoces ahora al verdadero Capitán de los Tarados? ¡Obsérvame, fíjate qué mirada me dejaste! Dime si no recuerdas el ciclo en el que matasteis a mi padre, en el que me sacasteis el ojo, en el que nos asaltasteis por unas cochinas monedas para terminar huyendo como un cobarde cuando visteis que os habíais equivocado de víctimas.

El Sapo entrecerró sus enormes ojos saltones y, pareció reconocer de qué le hablaban. Buscaba al tiempo con la mirada su espada. Estaba en una mesa, demasiado lejos de su alcance.

— La verdad es que no te recuerdo ni a ti ni a tu maldito padre. Sabes Tuerto, no me podría acordar aunque quisiera de un llorón como tú, pues he matado a demasiados parios y honorios como para recordar tu estúpido ojo, o a un lanzacuchillos miserable.

El caudillo intentó zafarse de Elmer y llegar hasta su acero en la mesa. Sin embargo el capitán no le dio ninguna opción, desenfundó su espada y atravesó al Sapo por la espalda sin contemplación alguna. El caudillo se retorció pero su dolor no fue agónico ya que el alcohol mitigaba sus sentidos. No hubo más palabras, ni redención para el Sapo, ni satisfacción para Elmer.

El capitán controló su rabia para no cortarle la cabeza al Sapo, y más aún para no acabar con aquellas chiquillas que al ver lo sucedido empezaron a chillar y a llamarle asesino. Las golpeó en el rostro y consiguió que más o menos se callaran a cambio de un labio y una nariz rota.

Elmer nunca se había sentido tan frustrado como en ese momento, estaba en la estancia del burdel con el cuerpo desnudo y rojo del Sapo a sus pies, con las dos chiquillas también desnudas, tiradas sobre la cama, llorando como si hubieran perdido a alguien bueno. Ni siquiera se sintió así cuando perdió a Drastan y su ojo fue hecho papi-lla. Tanto tiempo imaginándose el sabor dulce de la venganza... para esa sensación de vacío y absurdo que ahora sentía.

El campamento poco a poco recuperó cierta calma: cesaron los gritos de muerte; las mujeres y los niños que al principio se temieron nuevos amos o que lloraron la pérdida de los sapos, se encontraron con una libertad inesperada y comenzaron a bailar y a cantar por sus libertadores; Aston y Gradon decidieron emborracharse hasta la inconsciencia para olvidar el dolor de la pérdida de su hermano; y Elmer recuperó la compostura para volver a ejercer de líder sobrio y, seguro de sí mismo.

El capitán prohibió cualquier celebración. Los restos que quedaban del cargamento manipulado, salvo los pellejos de vino y los odres de cerveza que se les concedió a los hermanos para ayudarles con la pena, fueron quemados. También se prepararon para el fuego todos los cadáveres de los Sapos, previamente amontonados en torno a la tienda del caudillo, así como los siete muertos de la Compañía, quienes fueron cuidadosamente dispuestos para el ritual del viaje al más allá. Quedaba poco para que Lucero tomara el relevo de las estrellas nocturnas.

Cuando el trabajo se acabó, el Manco se acercó a su capitán, al que notaba extrañamente triste. Sus palabras se lo confirmaron.

—¿Para qué todo esto amigo, para qué la sangre, para qué la venganza, nada sirve para nada, nada vale nada?

—Deberíamos descansar todos un poco capitán —contestó el Manco sin saber muy bien qué decir, pues cómo contestar a las extrañas palabras que escuchaba de Elmer—. Pronto amanecerá, y entonces debería ser un ciclo alegre. La Compañía de los Tarados se lo merece, Paria se lo merece, y vos más que nadie, os lo merecéis.

Elmer hizo caso al Manco y se fue a dormir. Cuando despertó, Lucero se elevaba en el horizonte poderoso con su disco amarillo, a punto de asomar Vespertina. Para sorpresa del capitán casi fue el último en levantarse. Tan solo seguían durmiendo Liv y Risas, desnudos y abrazados. Nadie se había atrevido a despertar a la bella fiera negra, ni al eterno malhumorado, quien ahora parecía lucir una ligera sonrisa de felicidad. Al verles, Elmer también sonrió, pero en él no había precisamente júbilo.

Aston y Gradon con grandes ojeras después de tantas lágrimas y alcohol, saludaron a su capitán y siguieron con los quehaceres. Max se había encargado de seguir con los temas organizativos y daba órdenes por doquier. Elmer admiró el coraje y la fuerza de su Compañía, compuesta por campesinos que unos meses atrás no habían blandido un arma en su vida, y que ahora se mostraban tan valerosos y valientes como exigiera el código más estricto de Honoria. El capitán tomó el mando y, poco después ordenó quemar los cadáveres enemigos junto a la tienda del Sapo. La pira ardió y adquirió un tamaño enorme. Elmer recordó que tenía pendiente una charla con el joven sacerdocio. Lo haría tras los funerales.

Las parias que quisieron llorar o elevar plegarias por alguno de los bandidos pudieron hacerlo sin que nadie les dijera nada. También lloraron y rindieron respetos algunos de los niños secuestrados por los Sapos, que después de tanto tiempo cautivos, y al menos en algunas ocasiones a juzgar por las lágrimas, llegaron a parecer padres e hijos.

Más tarde se enterró a los siete Tarados. El rito fue el acostumbrado en Paria, se les despidió con fuego y tierra, esta para protegerles, aquel para purificarles. Mientras ardían en tablones con sus pocas pertenencias y envueltos en telas blancas, se les bajó hasta una zanja para cubrirles con la tierra una vez dejaran de arder. Trovador recitó versos durante el funeral sacando su mejor repertorio y afinando su mejor voz, y consiguió arrancar las lágrimas de toda la Compañía, así como las de las parias, los niños y los campesinos libertados. Hasta los perros de la jauría quisieron facilitar con sus gemidos el viaje al más allá, el viaje hasta las tierras imperecederas del Padre.

Cuando el fuego y la tierra consumieron el cuerpo y liberaron el espíritu de los caídos, el Manco rompió el círculo ritual formado por los vivos. Tomó la palabra.

—¡Hermanos, y digo bien pues esto es lo que ya somos todos nosotros! Hace apenas unas horas, tras acabar nuestra hazaña más gloriosa, me encontré con nuestro capitán sumido en la más profunda tristeza.

Acababa de realizar algo grandioso y sin embargo parecía no darse cuenta de ello, hasta el punto que me preguntó: «¿Y todo esto para qué?». Entonces no supe qué contestar, pero ahora sí que lo sé.

»¡Cómo no saberlo, cómo no haberme dado cuenta antes! Solo he tenido que recordar cómo llegamos a Dima y para qué lo hicimos, cómo nos marchamos de la Montaña tras lo que ocurrió, y todo lo que hemos hecho desde ese momento.

»Desde entonces nos hemos convertido en hermanos, pero hemos ido mucho más allá. ¡Hemos impartido justicia, desde entonces, hemos engrandecido Paria! Y yo os pregunto, ¿hemos de parar ahora?

—¡No, no, no! —fue el grito unánime que resonó con fuerza aunque Elmer no se sumara, estaba desconcertado y se preguntaba a dónde quería llegar el Manco.

—Pues bien hermanos. Si queremos seguir engrandeciendo Paria, si queremos que haya justicia para todos nosotros, si queremos que nos dejen de robar los bandidos, pero también los honorios y los arcanos con sus impuestos y con otras formas de esclavitud que nos imponen... entonces necesitaremos organizarnos, entonces necesitaremos marchar hacia Capitolia, y entonces necesitaremos algo más. Y si estáis de acuerdo conmigo repetid, gritad más bien: ¡Elmer rey, Elmer rey de Paria, que el capitán de La Compañía de los Tarados nos lleve a una Paria libre!

Rodo el Bocas fue el primero en repetirlo pero no el último, le siguió de inmediato Liv, y Risas se dejó feliz la garganta, y Ben, y el Cebolla, e instantes después La Compañía entera, y los campesinos liberados, y hasta la mayor parte de los niños sin entender muy bien por qué, gritaron con estrépito:

—¡Elmer rey, Elmer rey, Elmer rey de Paria!

CAPÍTULO XVIII

Me restringiré a los últimos doscientos años; el reciente enfrentamiento entre el capitán Audgi y su general Swante; el asesinato del coronel Thorleif a manos del comandante Gunn; las escandalosas relaciones carnales del teniente Jano con miembros de su guarnición...

Algunos sabios aseguran que las disputas y los problemas entre, y de los Nueve, continuarán mientras no se modifiquen algunos de los votos de la Guardia, siendo el más señalado el de la castidad. Otros sabios afirman que la esencia del problema radica en la categoría de «rango», otros en la del número nueve. Unos cuartos, tal vez demasiado osados, van más allá y hablan de la intrínseca perversión del poder, que emana directamente de la figura del rey...

Las soluciones a vista de historia, parecen complejas y resulta lógico plantearse que seguirán produciéndose graves disensiones en el seno de la presente, y futuras Guardias Reales.

Fragmentos extraídos del libro, *Disensiones históricas de la Guardia Real de los Nueve*, por Ibn Faldon, escrito en 1457.

Ari, el capitán de la Guardia, se paseaba intranquilo por la falda de la Loma, esperaba que el portón del Palacio-Fortaleza fuese abierto de un momento a otro, antes de que Lucero asomara con su disco amarillo.

Su general Gardar le había advertido sobre el riesgo de una ronda en solitario, más aún tras decidir realizarla sin apenas armadura, pero Ari se empeñó en desechar la escolta y la advertencia. El capitán vino a pensar que en la Honoria que ya apenas reconocía, todo era posible, pero no creyó que Reika se las pudiera ingeniar para acabar con él desde la cima, por más que tuviera en su poder unas pocas máquinas de asalto de la guarnición de los Osos. Sin apenas luz y a esa distancia, no creía considerarse un blanco en ningún caso ni para una flecha ni para una catapulta. Lo que Gardar prefirió no especificarle es que la escolta y el cuidado no se los recomendaba, o al menos no solo, por el ejército leal a Reika.

Ari escupió en el suelo, impaciente, con Lucero a punto de perfilarse sobre el horizonte. No solo le dolía su cicatriz más que de costumbre, no solo tenía la sensación de cojear más que nunca, era que tampoco tenía un buen sabor de boca. Todo le sabía a duda. La certeza de antaño, en los tiempos de su querido y hermanado Hakon, se habían esfumado por completo.

Los primeros rayos filtrados de la Estrella de la Mañana le presentaron la masa informe de su recién escupitajo, creyó reconocerse en él. De inmediato se golpeó la cabeza con el puño cerrado y se llamó estúpido, para volverse a centrar en sus obligaciones: derrocar a Reika y recuperar la estabilidad del Reino.

Regresó a su puesto de mando decidido y animándose a pensar que tal vez su teniente Vestein tuviera razón con la nueva estrategia y, que el asalto al Palacio Real que ya alcanzaba su segunda semana de asedio, estaba a punto de entrar en un punto de no retorno.

Una silenciosa mirada con Gardar le bastó a este para entender que su capitán regresaba mucho mejor de lo que se había marchado. Ari se posicionó a los mismos pies de la Loma, allí donde nacía el sendero ascendente que conducía al Palacio-Fortaleza y al portón. El momento crucial estaba sobre ellos, tal vez incluso llegara tarde, pues Lucero ya surgía mientras que no ocurría nada. Vestein, al lado izquierdo del capitán, quiso tranquilizarle.

— Parece que todo marcha bien, si no fuera así mi capitán, Reika nos lo habría hecho saber de algún modo. — Y tras un pequeño silencio, añadió — : Son cuatro de mis mejores fénix, entrenados específicamente para adentrarse en los lugares más recónditos y escarpados sin ser vistos.

— El Palacio — comenzó a decir Ari con un tono serio y aséptico mientras se rascaba su cicatriz de la mejilla — ha resultado como cabía temer, una fortaleza inexpugnable.

Y al instante el capitán apuntó con un fondo de retintín que no dejó en cambio traslucir en su voz:

— Veremos si esos fénix vuestros están preparados para asaltar baluartes y almenas sin ser vistos, o tan solo son capaces de colarse en pasadizos secretos que lleven a alcobas reales.

Y sin dejar responder a su teniente, que pareció morderse la lengua, el capitán preguntó a Gardar:

— En caso de que los soldados de Vestein tuvieran éxito, burlaran la vigilancia de la reina y consiguieran abrir el portón, ¿cuánto tiempo tardarían las Guarniciones de Kolli y de Kodran para llegar hasta Palacio e iniciar el asalto definitivo?

— En menos de dos minutos, el grueso de las tropas que hemos dispuesto tomarían la entrada. Y en menos tiempo aún, llegarían los primeros grifos semienterrados durante la noche a la misma vera del portón para apoyar a los infiltrados.

Ari usó un catalejo con el metal corroído para observar con detenimiento, cómo a lo largo de la loma se posicionaban con aparente despreocupación en la zona inferior, media, y media alta, la mayor parte de la mermada guarnición de Kodran. Y cómo un par de decenas de soldados grifos del coronel Kolli, con este a la cabeza tras su sospechosa ausencia de mando durante los combates del Desfile, permanecían bien camuflados por la ausencia de luz casi en la misma entrada del Palacio. De hecho y en apenas unos minutos, si el portón no cedía, los insurgentes tendrían que tocar en retirada para que los grifos no se convirtieran en blancos visibles y fáciles desde las almenas del Palacio, para las flechas de los leales.

La tensión crecía a cada instante y el propio Vestein comenzó a dudar del éxito de sus soldados. De pronto resonó una trompeta desde el Palacio. Acto seguido, los soldados camuflados cerca del portón pudieron escuchar el chasquido de una catapulta puesta en funcionamiento, luego otra, y otra, y finalmente una cuarta. Cuatro cuerpos sobrevolaron el espacio aéreo de la Loma de la Gloria y, enfilados uno a uno por las alturas, incluso se pudieron llegar a oír sus gritos. El golpe contra el suelo fue brutal y no se produjo muy lejos del puesto de mando donde se encontraban Ari, Gardar y Vestein.

— Ahí tenéis el último vuelo de vuestros fénix — dijo el capitán a su teniente Vestein, quien se volvió a morder la lengua hasta hacerse sangre, marchándose de seguido para ver el estado en el que sus soldados infiltrados habían quedado.

Vestein comprobó inmediatamente que los cuatro estaban muertos, al parecer por la violencia del impacto, pues no presentaban cortes de arma blanca y no tenían síntomas de haber sido torturados. Uno de ellos, del que Vestein sabía que se llamaba Ritard, tenía prendido a su cinturón una nota con apenas una línea escrita. La leyó y la rasgó. Decía lo siguiente:

Lamento tener que prescindir de otros cuatro de mis competentes soldados.

Firmado: *vuestra legítima reina, Reika*

Lucero ya calentaba la mañana con la práctica totalidad de su disco fuera. Ari ordenó a Gardar que tocara en pronta retirada para los soldados camuflados. El asedio al Palacio-Fortaleza tendría al menos otro episodio más.

La reina se encontraba en un rincón del patio dándole vueltas sin hallar solución a un mapa orográfico, cuando Grimm le indicó que levantara la vista. Un águila sobrevolaba en círculos el Palacio buscando a su dueño. Lo encontró con presteza y descendió en picado hasta casi su brazo. Apenas un minuto más tarde el consejero Heriho se presentó ante Reika con la rapaz en el brazo izquierdo y una carta lacrada con un sello verde en su mano derecha.

El maestro de armas Solvi, que acababa de revisar las tropas ya revisadas, organizar las guardias ya organizadas, y repartir entre los leales un frugal desayuno que casi con seguridad se extendería hasta la noche, llegó a tiempo de ver cómo su pupila y reina, maldecía la carta que sostenía entre sus manos.

—¡Malditos sureños cobardes y bastardos! ¡Se pueden meter su apoyo moral por donde les quepa! ¡Cuando las aguas vuelvan a su cauce voy a tener que renovar algunas cabezas del sur!

Heriho recibió de nuevo la carta aunque esta vez arrugada. La coalición de las ciudades del sur mostraban su apoyo incondicional a Reika como legítima reina de Honoria, creyéndola inocente de las acusaciones de traición al reino y exculpándola del asesinato de la exreina consorte Iscar, pero dejaban bien claro que no iban a reclutar un ejército como se les había pedido en misiva previa, para que apoyara a los leales contra los insurgentes.

La coalición había tratado de hacerse comprender ante la reina con la mayor delicadeza posible, pero Reika no necesitaba de los requiebros lingüísticos para saber que la negativa de estas ciudades estaba motivada porque, prácticamente todos los frentes, incluidos los propios leales asediados, pensaban que antes o después, Reika capitularía ante la aplastante mayoría de los apoyos y de la fuerza de los insurgentes.

Reika decidió entonces trasladar la zona de reunión abandonando el patio interior donde se encontraban. Quería refrescarse y la mañana resultaba ya sofocante, quería sentirse más reina y para eso la sala del trono era más apropiada. Poco le importó pasear su cojera delante de los soldados que abarrotaban el mismo patio por no poder distribuirse de otra manera en las estrecheces físicas que se imponían.

Pocos minutos más tarde y ya en la opulenta sala del trono comenzaba un nuevo consejo de urgencia, conformado por la reina, los comandantes Helg y Grimm, y por los consejeros Heriho y Solvi, el primero de estos ya sin el águila, y el segundo con unas enormes ojeras a causa de su incapacidad para despreocuparse ni un solo instante desde que comenzara el asedio.

Reika se frotó, con el bastón de laca negra que había comenzado a usar en las estancias interiores, su pierna y su tobillo dañados desde que cayera del balcón en el Desfile. Le sirvieron una copa de vino mientras murmuraba que no sabía muy bien cómo no se daba perdidamente al alcohol. Y acabó preguntando por el estado de situación sin especificar a quién lo hacía. Fue Grimm quien tomó la palabra.

—Sin el apoyo de la Coalición del Sur, y tras la negativa del mocososo y rimbombante comandante Bersi de ayudar tanto a leales como a insurgentes por, «no estar en condiciones de saber sobre quién recae la legitimidad de Zarrk y de la Espada», nuestras fuerzas siguen siendo las que eran, paupérrimas. Unos catorce mil soldados enerrados en este palacio que nos protege, y devora al mismo tiempo.

La reina miró a Solvi para confirmar, bien lo sabían todos de sobra, lo que acababa de decirse. El maestro de armas habló arrastrando las sílabas.

—Nuestras reservas de agua y comida siguen bajando demasiado rápido. Aún con menos del mínimo como estamos dando a los soldados, no alcanzaremos otras dos semanas. Como ejército tal vez seamos una risión por nuestro número, pero seguimos siendo una legión para las limitadas reservas de un palacio al que nadie le había previsto un asedio desde hace siglos.

—Comandante Helg —preguntó la reina, queriendo alejarse por un momento de su gran preocupación por la escasez de agua y comida—, cuéntenos cómo conseguimos atrapar a esos cuatro fénix a última hora de la noche, y a los que hicimos volar hace un rato.

—Para ser sincero ma-majestad, debo decir que tu-tuvimos suerte, y que aún no sabemos por donde entraron exact-exactamente, si bien cre-cre-emos que una almena tie-tie-tiene un mecanismo secreto-to de entrada a a a media altura, pero no estamos se-seguros.

Reika interrumpió la cortada narración del comandante.

—Tendré que preguntarle a Vestein cuando le tenga enfrente y arrodillado pidiendo clemencia, seguro que él sabe más de las entrañas de Palacio que todos nosotros juntos, y si quiere conservar las suyas...

La reina pareció entonces caer en algo de lo que había dicho Helg, y arriesgó a desesperarse por el tartamudeo de su comandante preguntándole:

— Pero la suerte, ¿por qué?

— Por-por-por-porque fue un oso que se perdió al ter-terminar su guardia qui-qui-quién escuchó ruidos extraños y puso-so a su escuadrón so-sobre la pista.

Reika echó una torva mirada a Helg.

— ¿El oso estaba perdido, o intentaba desertar?

— Pe-pe-per-perdido majestad — y con firmeza añadió —: Respondo por él.

— Está bien, aún en el peor de los casos su estupidez nos salvó. Que se refuerce esa zona y que se arengue a los soldados para que no desfallezcan.

Tras un pequeño intervalo, la reina dio una inflexión a su voz.

— La razón está de nuestro lado, Zarrk está con nosotros, y el Padre nos hará triunfar ¿No es así, consejero Heriho?

— Así es hija mía — ni siquiera Reika torció el gesto ante el apelativo tan fuera de lugar, todo se había vuelto tan arduo y complicado que un poco de afecto no se rechazó —. Cuando todo parece en contra pero se tiene el favor de Dios, solo hay que confiar, tan solo hay que esperar, y el Padre terminará disponiendo.

— Eso espero Heriho — interrumpió Solvi sin pedir la palabra y sin que se la dieran —. Las primeras semanas conseguimos rechazar todas las acometidas que Ari intentó. La eficiencia de los muros, el valor de las Guarniciones y la pericia de nuestra reina han mantenido a raya a los insurgentes, pero un asedio largo... la hambruna, las deserciones y la traición planearán sobre nosotros como vuestra águila. Así que más nos vale que el Padre no nos haga esperar más de la cuenta.

— No seáis agorero ni blasfemo — replicó Heriho moviendo su musculoso hombro, aquel que fuera herido por una flecha durante el Desfile.

— Lo que soy es realista, no seáis vos...

— ¡Basta! — les cortó la reina enfadada —. ¡Si hay algo que no soporto en este mundo es ver pelearse a mis padres! Además, los dos tenéis razón. Hay que confiar en los dioses, y hay que hacer algo.

Y tras un silencio largo en el que nadie respiró, la reina dijo:

— He ahí la cuestión, qué hacer y cómo hacerlo. ¡Cuánto me gustaría saber cómo están ahí abajo y cuál será el próximo paso del capitán! Pero me imagino que se estará frotando las manos ante nuestra agonía.

Ari, bajo la concentrada mirada de Gardar, Kolli, Vestein y Kohdran, dio un puñetazo lleno de furia sobre la mesa, en ella se desplegaron diversos mapas y documentos con números de suministros.

— Me dan igual sus cuentas teniente, esto es Honoria y lo que me preocupa son los principios de este Reino, que parece se quieren olvidar ¡Vamos a derrocar a Reika, vamos a recuperar la estabilidad, y lo vamos a hacer con honor, no matando de hambre a nuestros hermanos! ¡Esos catorce mil soldados que vos llamáis, «devoradores quieran o no de suministros», son como mis hijos, y si debo matarles lo haré en batalla, lo haré asaltando el maldito Palacio-Fortaleza, pero no permitiré que mueran como perros, no permitiré que empiecen a comerse unos a otros! Al fin y al cabo — terminó ya más calmado —, sigo siendo su capitán.

— ¡Cabezota incorregible! — bramó entonces Vestein sin poderse contener —. Os estoy mostrando en estos números la solución al asedio, os tiendo la victoria a vuestros pies. Estos papeles confirman que como mucho tendrían alimentos y agua para tres o cuatro semanas... y eso si consiguieran hacer prodigios. Luego o se rinden, o se inmolan.

»Capitán, ¿qué honra existe en poner en riesgo la vida de vuestras tropas cuando una solución fácil está al alcance de la mano, cuántos soldados de nuestras Guarniciones morirán si intentamos un nuevo asalto al Palacio, acaso las catapultas no nos han traído suficientes cadáveres, acaso las flechas no alcanzaron a suficientes de vuestros hijos... de este lado?

»Y más aún — se atrevió a añadir Vestein —: ¿Acaso Reika fue honorable cuando ordenó acribillar a Iscar y a su hijo pequeño?

En ese momento el capitán, quien había escuchado la réplica con cierta calma, fijó furibundo una mirada glacial sobre Vestein, y el teniente comprendió que había ido demasiado lejos.

— Pues no lo sé teniente, quizá vos me podáis decir, si la reina fue o no fue honorable cuando la acusa del asesinato de Iscar y de su mocoso.

— Veo capitán — contestó Vestein haciendo un esfuerzo por dominar su voz —, que aún dudáis de las pruebas.

— ¿A qué llamáis pruebas teniente? ¿A los arqueros que gritaron «Reika» poco antes de morir a manos de su hipotético comandante Grimm y, supuesta principal cabeza de toda esta pestilente intriga? Si es así, no termino de encontrarle sentido a la acción del comandante Hiena. O tal vez tengamos que hablar sobre Thorvald, el antiguo escudero de Hakon, con el que hablé en las mazmorras y, quien me dijo que desde la muerte de su rey había sido alimentado de ideas regicidas por un oscuro personaje disfrazado de arlequín, del que sospechaba tras su detención, que le había traicionado al informar a los soldados de la reina, de sus planes para atentar contra ella. O debemos irnos hasta el caso de Olafur, que cuanto más vueltas le doy, menos me encaja. Aunque tal vez vos me pudierais aclarar todo esto.

Vestein no perdió la compostura y cuando se disponía a contestar recibió una salida por parte del coronel Kolli.

— Mi capitán, creo que no es el momento para perdernos en hechos del pasado, sino para centrarnos en lo que tenemos ahí arriba. De la decisión que adoptemos la guerra evolucionará de un modo u otro. La cuestión está sobre la mesa, esperar y vencer definitivamente, o atacar y arriesgarnos a una nueva derrota parcial.

A Ari tampoco le gustó la intromisión del coronel, al que metía en el mismo saco sospechoso que al teniente, y al que le había perdido respeto tras su repentina y temporal desaparición durante la batalla del Desfile, pero cuando iba a contestar de mala gana, su general Gardar se le adelantó.

— Mi capitán, tiempo habrá de aclarar las actuaciones de cada uno, y de analizar cómo hemos acabado en este escenario. Entonces, si hay que

cortar cabezas —Gardar miró con calma al coronel y al teniente—, que se corten. Pero antes, resolvamos nuestro problema más inmediato, que es Reika y su reinado, que nos ha llevado al caos y a la guerra civil.

—Está bien —el capitán, ante la intervención de su leal amigo pareció rendir al menos de momento sus sospechas, y se rascó su cicatriz de la mejilla mientras cejaba en la inquina de su mirada—. Dígame general Gardar, cuál es su opinión ¿esperar, o preparar otro asalto?

—Mi capitán, comprendo su preocupación por vencer con honor, y desde luego un asedio en el que matar de hambre a nuestros hermanos no resulta lo más honroso. Sin embargo, hablamos de poco tiempo, y recordad que nada nos presiona, el número está de nuestro lado, así como las ciudades del Norte, mientras que sabemos que el Sur no moverá nada más que buenas palabras. Por si fuera poco, sobre los asediados puede recaer con facilidad traición y desertiones que nos brinden la victoria sin demasiadas muertes innecesarias.

»Por otra parte, un nuevo asalto al Palacio-Fortaleza, salvo que este resulte muy distinto a los anteriores, podría suponer una desmoralización en nuestros tropas, más bajas inútiles, y el murmullo de los ciudadanos de Espada, que podrían empezar a cuestionar nuestra legitimidad...

Gardar dejó de hablar al advertir que su capitán ya no le escuchaba, el rostro de Ari se había transformado al escuchar algo de lo que el general había dicho. Gardar le conocía lo suficiente como para saber que le estaba dando vueltas a una idea. Tras un silencio que se hizo tenso y largo, el capitán dijo:

—Salvo que este resulte muy distinto... Perfecto Gardar, vamos a preparar otro asalto y este será definitivo. Me disteis una idea en la que debo trabajar, que nos va a permitir tomar el Palacio, y derrocar a Reika con valor, honor y astucia.

»Y si fracaso —añadió el capitán mirando a Vestein y a Kolli—, dirigiréis el asedio como creáis conveniente, porque no creo que esté para dirigir nada, en el extraño caso de que siga estando.

La reina se acababa de quitar con la ayuda de su escudero las piezas de la armadura que aún llevaba. Desde hacía varios ciclos ya no usaba las grebas por resultarle especialmente molestas en su tobillo malherido y, visiblemente hinchado. Villburg terminó de colocar los quijotes y los guardabrazos en el estante correspondiente, y con un descaro lúbrico contempló a Reika, que sin la armadura se encontraba en paños menores. La reina le devolvió la mirada.

— Anda impertinente — le dijo con una media sonrisa — vete a trajinarte a alguna de la edad que te gustan, a una de esas viejas nobles que te llevan al pavoneo más irrisorio.

— Lo haría gustoso majestad — contestó al instante el deslenguado escudero — pero en el palacio no tengo opciones mejores que vos, y fuera, me transformarían en un eunuco si cayera en las manos de muchos maridos.

— Como me levante y empuñe la espada — dijo Reika sin perder la sonrisa — vas a descubrir que preferirías a esos maridos. Anda, tráeme un vestido sobrio, y desaparece si no quieres que te desuelle vivo.

La reina marchaba camino de la enfermería intentando disimular su visible cojera y su dolor, echó de menos el bastón, ante los miles de soldados que se apiñaban en el patio interior del palacio. Resultaba difícil encontrar ubicación y servicio para las dos fieles guarniciones, y aunque las almenas, murallas y baluartes estuviesen cubiertos y abarrotados, aún quedaba el grueso de los osos y las hienas por acomodar. El problema estribaba, Solvi no dejaba de recordárselo a la reina, en que los estómagos vacíos y las cabezas desocupadas podían terminar convirtiéndose en un caldo de cultivo peligroso, por lo que Reika no quería alimentarlo más de la cuenta mostrando su debilidad creciente.

Al entrar en la enfermería un desagradable olor a hierbas medicinales y a sangrías penetró con fuerza en los pulmones de Reika, quien asimiló los miasmas sin aspaviento alguno. La estancia permanecía casi en penumbra y en esta ocasión, ninguna de las sirvientas de palacio reconvertidas en enfermeras, hizo reverencia alguna, siguiendo las órdenes que tanto les costaba cumplir.

—Por fin —murmuró la reina, pues con cada visita, el nerviosismo de las enfermeras de urgencia y, sus acostumbradas torpes genuflexiones, despertaban siempre a algunos heridos, y con ello sus terribles dolores.

La enfermería era en realidad uno de los almacenes despensa del palacio, y en esos momentos acogía a veinticuatro soldados cuando se había previsto en doce su capacidad máxima. Más o menos mitad osos, mitad hienas, todos habían sido gravemente heridos durante los reiterados intentos de asalto de los insurgentes, salvo una de las hienas, aquella soldado que ayudara a Reika a descender de la balconada en el Desfile, cuando una flecha vino a desgarrarla parte del rostro. Entonces la reina había exigido a su consejero Heriho que le salvara la vida, y este había conseguido cumplir con la orden.

La soldado después de pasar la primera semana crítica, incluso comenzaba tras la tercera a tener breves ratos de conciencia y, aunque su rostro quedaba terriblemente desfigurado más allá de las vendas que le cubrían la falta del ojo izquierdo, y de buena parte de esa mejilla, era posible que terminara salvando la vida. Al menos si conseguían alargar su reposo, si no le llegaban a faltar medicinas ni agua, y si no la pasaban a cuchillo en caso de que los insurgentes irrumpieran en el palacio.

Reika se sentó junto a la soldado cuyo nombre aún desconocía. En penumbra y con la cabeza entre las manos le dio una nueva vuelta a la intrincada y desesperada situación que debía encarar. Sin apoyos, sin víveres, sin siquiera el vigor que quisiera para sus piernas. Con tan solo un puñado de honores comparados con la fuerza del enemigo, con tan solo un palacio como frontera, con tan solo una promesa intangible de recibir ayuda divina, con tan solo el honor de saberse víctima de un complot y elegida por un destino, que se negaba a borrar de su horizonte por más que todo lo indicara así.

La soldado sin nombre y con medio rostro despertó e hizo todo lo posible con su ojo legñoso por poder abrirlo, adaptarlo a la penumbra, y reconocer aquella sombra que le acompañaba. Lo consiguió finalmente.

—Así que es verdad —dijo con voz enfermiza, lenta y pastosa, que sobresaltó a la reconcentrada Reika— que como me decían las enfermeras, la misma reina viene a velarme, después de que uno de sus consejeros fuera quien me salvó ¡Qué grandes honores, para una simple soldado!

—Eso parece —dijo Reika sin saber muy bien qué decir, sintiéndose ridícula.

—¿Cómo va la guerra, majestad? —preguntó la soldado sin rodeos.

La reina sintió que podía sincerarse.

—Si tan solo fuera un poco peor para nosotros, ya habría dejado de ir.

La soldado calló por unos momentos, y con sumo esfuerzo terminó por preguntar.

—Acaso majestad, ¿para gobernar Honoria, ya no es suficiente tener de su lado la Ley, el honor, y el valor? ¿En qué se ha convertido este reino, cuán bajo hemos caído?

Reika no supo qué contestar a ninguna de las preguntas y, decidió que la soldado debía descansar. Pero antes de marcharse, quiso saber cómo se llamaba.

—Se lo diré, majestad —contestó la convaleciente con firmeza— cuando hayamos ganado la guerra.

La reina hubiera deseado contestar que así sería, pero al levantarse torció el gesto de dolor, y se quedó sin ánimo. Se marchó cojeando al pensar que la confidente penumbra sería un pequeño respiro antes de representar su papel delante de la soldadesca. Sin embargo, no escapó a otro incómodo comentario de la perspicaz herida.

—Veo con pena majestad, que no hice demasiado bien mi trabajo, cuando la bajé de aquel balcón —y aún encontró fuerzas para añadir—: Si el buen capitán Ari sigue comandando a los insurgentes, me resulta curioso pensar que el destino de Honoria esté en los pies de dos cojeras honorables.

Reika volvió a optar por no decir nada y salió de la enfermería. Según avanzaron sus pasos empezó a llenarse de una fuerza que no

sentía desde hacía mucho, era como una luz en el horizonte que le sanaba de las preocupaciones y de su dolor. Al cruzar el patio poco le faltó para echar a correr, para ponerse a saltar con aquel vestido gris tan ligero que le buscara Villburg. De lo que no fue capaz, fue de ocultar su cara de excitación a los soldados que miraban extrañados. Había tenido una idea... que tal vez les diera una oportunidad.

— ¡Mandad llamar a mi consejo, es urgente! — gritó la reina, rebotando una sonrisa.

La tarde transcurría tensa, pero los ciudadanos de Espada empezaban a pensar allá en sus casas, en las aún concurridas calles, en el mercado, que un ciclo más el asedio permanecería igual, con su intrigante reina acorralada en el Palacio-Fortaleza y, con las tropas insurgentes madurando su victoria. Sin embargo, el fin de aquella tarde con Lucero habiendo dicho adiós y Vespertina bajando de su cénit, vino a traer aires nuevos.

Gardar sonreía ante la disposición del ejército que su capitán esbozaba sobre el tablero, bajo la tienda de campaña. La táctica le resultaba brillante con un primer bloque sobre un flanco, centrado en aparentar la búsqueda del despiste de los defensores del palacio. El ataque era lo suficientemente burdo con los leones de Khodran, como para que Reika sospechara que el grueso del asalto no iría por allí, poniendo a sus tropas en guardia para un segundo momento, si bien cabía la posibilidad de que Reika descuidara por completo este ataque y entonces se volcarían en él.

Ari ofrecería el segundo momento en el torreón del otro flanco, el más debilitado y el que poseía menos defensa, siendo sin duda, pensaban los insurgentes, la gran preocupación de la reina. Sin embargo, aunque la guarnición Grifa del coronel Kolli, casi en su totalidad, más las pocas máquinas de asalto de las que disponían, se dedicaran a este objeto, con la posibilidad de ser reforzados por la mitad de los dragones de Gardar si conseguían abrir una brecha importante, este segundo momento tampoco era la finalidad de la táctica, sino otro medio, que como el primero buscaba despistar y entretener para dejar

vía libre en la parte posterior del palacio, donde se encontraba la zona más escarpada y de difícil acceso, si bien los muros resultaban más fáciles de escalar una vez que se hubiera llegado a sus pies. La idea final estribaba en que si no se encontraba resistencia porque los otros dos focos consumían toda la atención, con escalas y con cuerdas se salvarían rápidamente los muros, y una vez dentro, la óptica cambiaría.

Si un buen puñado de soldados insurgentes conquistaba la parte posterior del palacio, desangrar entonces a los leales resultaría bastante factible, pues el portón sería relativamente fácil de abrir, y los puntos a defender rebasarían las posibilidades de los asediados.

El general Gardar, gran conocedor de las tácticas históricas para la toma de fortalezas y castillos, admiró y temió al tiempo la táctica de su capitán. Por un lado le resultó innegable la originalidad de la táctica con los dos puntos de confusión que al tiempo se podían transformar en vías principales si conseguían tener éxito. Por otro, le preocupó el riesgo que se adoptaba durante el tercer momento, sobre todo porque al frente de las aves Roc encargadas de tomar el palacio por su parte más escarpada, estaría el propio capitán, dejándose en manos del general el desarrollo de las maniobras de despiste.

Vestein, Kolli, y el comandante león Kodran, quien llevaba su pierna sujeta entre hierros y escayola, tenían todos papeles importantes durante el asalto, sin excesivo peligro para los dos primeros y con mucho para el tercero, tanto por su posición como por su estado. Pero así lo ansiaba el gigante después de su humillante derrota frente a la reina. Al escuchar el plan de su capitán, los tres podrían haber dicho que seguían apostando por la espera, pero tuvieron que reconocer que la táctica tenía bastantes visos de éxito, y se guardaron su opinión sobre la alta posibilidad de que Ari no pudiera celebrar la victoria, por caer durante el asalto.

El capitán Ari estaba a punto de dar por concluida la reunión y de ordenar ultimar los preparativos para el amanecer, cuando uno de sus soldados roc, llegó hasta el puesto de mando presuroso y excitado.

—¡Mi capitán, el portón del Palacio se está abriendo y parece ser la propia reina la que se dispone a salir!

Por primera vez en su vida Reika usaba de una grúa para subirse a un caballo. El estado de su tobillo, y sobre todo, el ponerse la armadura más pesada que poseía, provocaron que el único modo de sentar a la reina sobre su yegua blanca fuera encabalgarla con una grúa, práctica habitual en muchos caballeros especialmente para la hora de las justas, pero siempre rechazada por ella, acostumbrada a montar con armaduras mucho más ligeras.

Heriho y especialmente Solvi contemplaban enfadados y a pie la escena. El maestro de armas rayaba el enfurecimiento, pues la reina apenas les había dado más explicación que lo que sigue:

—Padres, es la hora de acabar con esto, apelaré al honor y al orgullo, y espero que gane la inteligencia.

En el patio interior se había levantado bastante polvo a causa de una ligera ventisca de atardecer que descendía por el interior de los muros y, por el sacudido de tierra que levantaban doce caballos nerviosos. Eso es todo lo que Solvi había conseguido de Reika, arrancarla de su obstinada idea de marchar exclusivamente con el comandante Grimm, y conseguirle una irrisoria escolta de diez soldados.

Grimm sonreía montado en un hermoso caballo negro. No es que la reina le hubiera contado más información que a los consejeros, pero le resultaba gracioso cabalgar junto a Reika en aquellos momentos críticos, disfrutando de una confianza que contrastaba con el hecho de ser acusado por casi todos los ciudadanos de Espada, de ser el principal culpable de esta situación, artífice de todas las intrigas habidas y por haber.

—En ocasiones —le había confesado Grimm a la reina la última vez que esta le permitiera acostarse con ella, durante los primeros ciclos del asedio—, me apetecería ser la mitad del honorio de lo que alcanza mi fama, y es que no le llego ni a la altura de los escarpes.

Cuando el portón se abrió, Reika agradeció a Helg, circunspecto e impoluto en su armadura de color pardo, que volviera a confiar en

ella sin pregunta alguna, y le ordenó que en caso de que no volvieran, hiciese lo que creyera oportuno para salvar a los valientes soldados que quedaban a su cargo.

Con sumo esfuerzo esquivó las miradas ya casi suplicantes de sus consejeros y, dirigiéndose a los osos, las hienas, y el personal del palacio, congregados ansiosos a lo largo de todo el patio, les habló con voz grave y rotunda:

—¡Volveré en breve y traeré conmigo una esperanza de victoria para todos nosotros!

En el último momento se volvió a sus consejeros, a Heriho le guiñó con complicidad un ojo, y a Solvi le dijo:

—Preparaos para mi vuelta, porque tendremos tan solo unas horas para entrenarnos... y no estoy en mi mejor momento.

Y picando espuelas sobre su yegua, un tanto soberbia a causa del desacostumbrado peso, atravesó el portón.

Reina y comandante pudieron advertir desde lo alto del camino de la Loma, el revuelo que allá abajo estaban ocasionando. Un poco más adelantados que la escolta, vinieron a cruzarse unas solitarias palabras.

—Espero Reika, que tengas un buen plan.

—Espero que así sea, comandante.

Durante el descenso no hubo más conversación. Al llegar a la falda, cerca de donde la Guardia Real insurgente, con el capitán Ari a la cabeza les esperaba, la reina decidió desmontar.

—Ayudadme a bajar de aquí sin hacer demasiado el ridículo —les dijo a su improvisada escolta, y tras conseguirlo con alguna pequeña dificultad, les plantó allí, dejándoles a cargo del yelmo plateado a juego con su pesada armadura. A cambio tomó de un soldado el bastón de laca negra que había ordenado llevar.

—Esto va a ser una reunión de oficiales —dijo Reika dirigiéndose a Grimm— así que comandante, vos sí estáis invitado a la fiesta.

La reina anduvo los últimos metros cojeando y apoyándose visiblemente en el bastón, hasta llegar a la pequeña explanada donde parecía que iba a tener lugar el encuentro.

La Hiena, con una armadura ágil y poco pesada azul claro, mostraba una sonrisa que lucía más en los ojos que en los labios; Grimm estaba ufano de caminar junto a su reina, quien sonreía abiertamente. El capitán Ari llevaba una capa malva envolviéndole y una vestimenta informal que le hacía rejuvenecer, mientras que el resto de oficiales, excepto Khodran, vestían sus armaduras completas sin el yelmo ni las armas. El comandante león sí que portaba el yelmo con el penacho que simulaba la melena del felino, y desde su reluciente armadura dorada modificada en la pierna, se tomó la sonrisa que mostró la reina como un insulto personal. Nada más lejos de la realidad sin embargo, puesto que ella apenas había prestado atención al gigante.

El coronel Kolli por su parte, luchó contra cierto sentimiento de vergüenza inesperado, que le llevó a ruborizarse. Apenas si pudo entender qué le ocurría, y salvó la situación al advertir que nadie le prestaba la más mínima atención, y menos que nadie, su antigua amante, por lo que recuperó el color original de su rostro para sentirse herido en su orgullo.

Vestein, impecable en su armadura roja y amarilla del fénix, permanecía sereno, atento, consciente de que la reina vendría con una jugada bajo el brazo que él debía desbaratar.

Gardar se mostraba impaciente, y pisando compulsivo la hierba que se levantaba a su alrededor pensaba: «Qué querrá esta mujer capaz de volvernos a todos locos. No tuvo suficiente con matar a Hakon, nos ha llevado al caos, y aún viene a nosotros riendo».

Pero quien habló, como correspondía, fue el capitán Ari:

—Me pregunto Reika —el capitán se cuidó de no dirigirse a ella como «majestad», o «reina»— qué es lo que os trae a nosotros, y sobre todo, cuál va a ser el motivo que nos ofrezca para que no le arrestemos aquí y ahora bajo la acusación de traidora al Reino, y de instigadora de una guerra civil.

—Que las acusaciones serían falsas —contestó Reika—, me parece un buen motivo.

—Eso tendría que decidirse en juicio —intervino Vestein—, habrá que juzgar...

— ¡No he venido hasta aquí para hablar con vos, mi teniente! —le interrumpió Reika con voz autoritaria, y serena continuó hablando al capitán—. He venido a ofrecer una salida honorable al Reino...

Excepto el veterano Gardar y el propio Ari, el resto de oficiales torcieron el gesto, la reina continuó.

— Que es precisamente lo que nos pretenden robar a vos y a mí, pues estoy convencida, capitán, que es tan inocente de esta lamentable situación como lo soy yo. Ahora bien, nuestras responsabilidades nos han obligado a enfrentarnos, y tal como se han dado los hechos nos toca asumir que solo uno de nosotros pueda salir victorioso.

»Pues que así sea, que uno venza y el otro alcance la muerte... pero que ambos lo hagamos con honor y sin tener que arrastrar por el fango a cientos, a miles de nuestros valerosos soldados, compañeros, hermanos, inocentes de las intrigas urdidas por unos pocos miserables que no dan la cara, y que no la darán.

»Por eso he venido a vos y a nadie más que vos, porque como reina de Honoria puedo apelar a mi capitán, ante la Ley y ante Zarrk, para retarle en Duelo a muerte, por mediar un caso de alta traición. Nosotros no somos los traidores, o tal vez me equivoque y sin saber cómo he traicionado a Honoria, pero en cualquier caso, el Duelo lavará la traición ante los ojos de Dios.

El capitán no contestó de inmediato, parecía asimilar y valorar la propuesta. Fue Vestein quien visiblemente preocupado tomó la palabra.

—Capitán, al margen del hábil desvío de responsabilidades que Reika deja recaer en todos los demás salvo en ella, está claro que le hace una propuesta desesperada y sin fundamento. Sin nadie que la apoye y sin nada en lo que apoyarse, busca una última salida para su ilegítima corona. Si vos aceptara, ella no perdería nada y vos podría perderlo todo. Capitán, todo en ella es mentira, ahora es fácil de entender su paseíto hasta nosotros con ese bastón, quiere mostrar una cojera que no sé si es tal, pero que la presenta como cebo, como su debilidad. Hasta tal punto llega su teatro, que se viste con una armadura que le dificulta el paso. Capitán, si seguimos con los planes...

—Teniente —preguntó Ari en un tono cortante—, ¿cuándo va a terminar de decirme obviedades? —Y dirigiéndose al general Gardar: —¿Qué dice la Ley al respecto de un Duelo por un caso de alta traición?

—Mi capitán —dijo Gardar al instante—, es cierto que la Ley contempla un Duelo para estos casos al margen del Trienal por la Corona. Efectivamente sería a muerte entre los retados y sin posibilidad de clemencia para ninguno. Y sí, el Duelo por alta traición puede ser convocado por el rey si siente ese grado de deslealtad, o por el Capitán de los Nueve, en caso de que sienta él la traición de su rey. Creo recordar que en nuestro milenio y medio de Historia, solo ha habido unos siete casos de este tipo de duelo, y que el último ocurrió hace más de trescientos años. Mi capitán, tendría que mirar los archivos históricos para darle nombres y la exactitud de la causa.

»Ahora bien mi capitán, al margen de la legitimidad de la propuesta de Reika, debo decir que estoy de acuerdo con el teniente Vestein, la victoria sería nuestra antes o después, ir a ese Duelo es un riesgo... innecesario. Además... —Gardar decidió pensarse tanto las palabras a pronunciar, que Ari intervino con hosquedad.

—Además ¿qué?

El capitán no cesaba de mirar a la reina, quien tampoco apartaba sus ojos de los del capitán. Gardar decidió no contestar, Vestein supuso que añadir cualquier cosa solo empeoraría la situación y, ya buscaba alternativas. El resto no tenían autoridad nada más que para esperar.

—Acepto —dijo finalmente el capitán de la Guardia de los Nueve—. Resolveremos este asunto en el Coliseo por Duelo de Alta Traición. Veremos sobre la arena quién ha traicionado a Honoria.

—Si muero —la reina envolvió sus palabras con un tono de solemnidad— sé que Honoria quedará en buenas manos. Si vencéis, mi capitán, no permitáis que ensucien el Reino como me lo han ensuciado a mí.

El capitán no le devolvió el cumplido, y por encima de todo el revuelo confuso de pensamientos que en ese momento se daba en los

oficiales y que la mayoría recogería en sus diarios, el de Vestein ya resultaba claro: «Tal vez ganéis el Duelo majestad, pero el pueblo seguirá contra vos, y no tardaré en buscar un nuevo modo para derrocaros. Honoria no os necesita, Honoria no necesita vuestras guerras».

Tras acordar los detalles del Duelo, Reika y Grimm regresaron al Palacio Real. La reina, sin grúa y con la cojera, decidió no intentar siquiera subirse a su montura, quien la recibió piafando nada más divisarla. Grimm no tuvo más remedio que caminar a su vera durante el camino de vuelta, mientras que la escolta no necesitada, marchó a caballo.

—¿Además qué? —preguntó el comandante Grimm recordando la frase lanzada por Gardar que nunca terminó—. ¿Qué pensáis que quiso decir el general?

—Además... —contestó la reina— Reika derrotó a Hakon. Y ahí, mi querida Hiena, creo que es donde el capitán terminó de tomar la decisión, pues quiere demostrar a Espada y a Honoria entera que donde el gran Hakon fracasó, su hermano puede triunfar. Parece que nos quedaremos con la duda de por qué aceptó el Duelo nuestro capitán, si por honor y por acabar con el asedio sin más muertes, o por simple orgullo. Aunque supongo querido, que todo se le habrá mezclado.

—En cualquier caso majestad, ha resultado una jugada muy hábil.

—Vaya, es la primera vez que estando solos, me ensalzas a reina.

—Supongo que se lo merece majestad —dijo Grimm con una sonora carcajada—. Y por cierto —ya casi habían llegado al portón que se encontraba abierto y a rebosar de miradas ansiosas por saber los motivos de aquel ambiente tan distendido con el que ascendían la reina y el comandante—, lo de la cojera... espero que como apuntara Vestein, formara parte del plan y que no le duela tanto.

Ahora fue la reina quien se echó a reír, pero con una risa crispada.

CAPÍTULO XIX

Supongo que a vos no os pasará, querido, pero yo, tengo la sensación de que la Historia de nuestro Reino se escribe con la polla.

»Es más, cada vez que uno de nuestros historiadores honorios se acerca a las veinticuatro reinas que han regido los designios de Honoria, me encuentro con una condescendencia enfermiza y una pluma torticera, que no aparece en nuestras grandes y semidesconocidas historiadoras, o en los libros arcanos que recogen nuestros reinados.

»Cómo no calificar así cuanto menos de sospechoso, que en esos historiadores, se hable de la reina Asdis exclusivamente como de la Amarga, porque no tuvo clemencia en ninguno de los cinco Retos por la Corona que venció, pero no se mencionen las infraestructuras acuíferas que acometió durante su estimable reinado, y que han salvado a Espada de numerosas sequías. O cómo no extrañarse de las pocas referencias que hay sobre Ragna, quien ostenta el segundo reinado más longevo tras el de Snorri II y, que de las pocas que hay, casi siempre dejen la sospecha de que venció a todos sus adversarios por fortuna o algo peor. O cómo...

— Basta, qué queréis que os diga. Tal vez hasta tengáis razón, pero mira en mi entrepierna lo que crece, vuestra odiada pluma quiere escribir ahora una página más de nuestra particular historia, esa que vos os empeñáis en castrar. Así que sé condescendiente con vuestro rey, y escribamos al menos otro capítulo.

Conversación entre sábanas de Reika y el rey Hakon, horas antes de la sucesión.

La mandoble que Ari eligió para el Duelo por Traición, conocida y admirada por todos debido a su hechura de una aleación incorruptible cuya fórmula estaba perdida, por presentar una tonalidad rojiza en las acanaladuras como el pico de la mítica ave Roc que orgullosamente representaba a los capitanes de la guardia, y por pasar de capitán a capitán desde hacía más de quinientos años, estuvo a punto de sesgar y romper el músculo esternocleidomastoideo de la reina. Una clásica finta, un hábil amago, y un giro rápido de muñecas, estuvieron a punto de ser suficiente para que el capitán acabara con Reika, si esta se hubiera fiado de su instinto y de su tobillo herido, el cual, no hubiese reaccionado a tiempo para cargar el peso de la pierna y girar el cuerpo con conveniencia. En lugar de eso, la reina cambió su estilo natural y enfrentó el ataque de Ari cruzando su acero desde una posición estable, evitando el filo de su rival mediando el suyo, y pasando a un rápido contraataque sin variar de posición.

El combate apenas acababa de comenzar y las últimas lecciones recibidas de Solvi, funcionaban bien. Reika supo tras el tajo al cuello que le lanzara el capitán, que sin las últimas horas con su maestro, ya se encontraría agonizando sobre la arena.

Solvi y Reika apenas habían tenido dos ciclos para preparar el Duelo, o mejor, dos noches, pues el maestro de armas decidió que las estrellas nocturnas y un puñado de antorchas serían la luz con las que contaría su pupila, a lo que añadió un grupo de soldados osos encargados de hacer el mayor ruido posible mientras cruzaran aceros.

— Seamos claros — dijo Solvi a la reina nada más citarse en la noche para el primer entreno, que tuvo lugar en la fangosa porquería del Palacio — vuestro tobillo da asco y no sanará sin un reposo que no puede llegar hasta que derrotes a Ari. Por tanto jovencita, muchas de vuestras virtudes estarán mermadas para el Duelo. No serás tan rápida, ni tan ágil, ni tan imprevisible como acostumbras. Y no solo eso, no solo es que el cansancio y el dolor os impedirá desarrollar vuestra técnica y entorpecerá vuestros movimientos, sino que también os turba los

oídos y dificulta vuestra visión, por lo que más os vale que os esforcéis y me prestéis atención como en los mejores tiempos, porque si el capitán Ari no es Hakon, tal como están las cosas, el capitán es vuestro peor rival posible.

—Cabeza, cabeza, cabeza —se repetía para sí una y otra vez la reina al ejecutar sus pasos sobre la arena.

Con serenidad pero sin alternativas, Reika lograba esquivar en alguna ocasión, y parar con su bastarda en la mayoría, las acometidas del capitán, a quien se le veía mucho más cómodo en el abarrotado Anfiteatro Snorri II, tal vez por escuchar de un modo atronador cómo se vitoreaba su nombre bajo el lema de, «¡Ari rey, Ari rey, Ari rey!».

La reina cedía la iniciativa trazando amplias espirales sobre la arena. Apenas si lanzaba alguna estocada de ataque de vez en cuando, con esa misma espada con la que ya se enfrentara a Hakon, y siempre que las ejecutaba el capitán las desbarataba sin mayores dificultades, poniendo entonces a su adversaria en aprietos con un rápido contragolpe que Reika salvaba con dificultad. Cabía pensar, tal como se desarrollaba el combate y si se desconocía el estado de salud de la reina, que ella estuviera llevando a cabo una estrategia de desgaste, pero sería un pensamiento erróneo, puesto que la armadura verde de placas que había escogido Reika, resultaba tan pesada como la del capitán, y con su fuerza y movimientos mermados, la reina sufría a esas alturas un mayor desgaste y cansancio que Ari. De continuar así las cosas, la reina pronto cometería un grave error en su defensa.

Mientras Reika trataba de concentrarse al máximo en sus pasos y en buscar los puntos débiles del capitán, que no asomaban por ningún lado dejando claro que su permanente cojera estaba interiorizada a la perfección en sus movimientos, la reina recordó como en un rayo, la conversación que mantuviera con su escudero, poco antes de comenzar el combate.

—No hace ni ocho meses majestad, y volvemos a esta arena —le había dicho Villburg mientras colocaba y apretaba el espaldar de la

armadura, y con su acostumbrada sinvergonzonería continuó —: Lo bueno de esta dura defensa que escoge hoy, es que le permitirá cometer errores sin que resulten fatales, por lo que no tendré que estar en vilo permanente pensando en preparar la huida, como me pasó la otra vez contra su amante. Y si le soy sincero, ya me veo fuera de los muros del Palacio levantando las faldas a las damas mientras sus honorables maridos farfullan su hombría por las tabernas. Así que acabe rápido con el capitán... y asedio concluido.

—Veloces vuelan tus lúbricos deseos —contestó seca Reika, y añadió—: Contra el rey Hakon, mi cuerpo sabía qué tenía que hacer a cada instante por mucho que le pesara a mi espíritu. Mientras que contra el capitán, mi cuerpo flaqueará ya veremos hasta dónde y, a mi espíritu no le noto mucho mejor.

«Flaquear, flaquear, flaquear», Reika se empezó a llenar de ese pensamiento sobre la arena y sus pasos, hasta entonces más defensivos que inseguros, se tornaron confusos y desbaratados hasta que vino a dar con sus huesos en el suelo sin que Ari hubiera tenido más mérito que lanzar unas estocadas de rutina y marcaje. El capitán no quiso aprovechar la oportunidad de la inesperada torpeza de la reina y esperó a que se levantara, entre los abucheos de los asistentes, que no compartieron la decisión.

Reika reaccionó enrabiándose sin saber qué le molestaba más, si el abucheo de sus súbditos o el gesto de autosuficiencia de su capitán, una autosuficiencia... típicamente suya. «Acaso no tiene suficiente con la corona —pensó Reika furiosa— que va a querer también quedarse con mi orgullo.»

La reina, presa de su rabia apoyó entonces el peso del cuerpo sobre su tobillo hinchado y la pierna izquierda le falló por completo, viniéndose a tambalear sin poder evitarlo. El capitán esta vez no se anduvo con contemplaciones y cruzó su acero contra el yelmo de la reina, que vino a aboyarse contra su rostro en un golpe violento y feroz, hasta el punto de que Reika cayó hacia atrás, de espaldas contra la arena.

Su cabeza desorientada y dolorida regresó en ese momento hasta el instante previo del comienzo del Duelo, cuando ante los ansiosos espectadores del anfiteatro, el anciano y gastado ministro de guerra Oddi, presentó a los contendientes.

—Hoy, ciudadanos de nuestro honorable reino —empezó a proclamar el ministro con una portentosa voz que no se sabía muy bien de dónde era capaz de sacarla, pues en los últimos meses se había consumido más que en los veinte años previos— nos encontramos aquí reunidos para encontrar la paz a través de la sangre de nuestro rey, o de nuestro capitán. Desde hace más de trescientos años no hemos debido convocarnos sino para elegir al mejor rey de Honoria. Sin embargo, nuestro divino reino tiene hoy un Duelo por Traición. ¡Incapaces nosotros de decidir quién ha injuriado nuestros corazones hasta el punto de llevarnos a esta guerra entre hermanos, será Zarrk quien señale al inocente, será Él quien corone al rey, será Él quien maldiga y mate al traidor!

—Inocente y rey, inocente y rey. ¡Inocente y... reina querrás decir, vejestorio! —suspiró en alto Reika, al tiempo que evitaba rodando sobre sí misma, la espada que el capitán trató de clavar sobre su pecho. Con tanta fuerza lo intentó Ari que el mandoble, tras escapársele viva la reina, se clavó en la arena más de una cuarta.

Reika había rodado en el último suspiro evitando una muerte segura. Se levantó rauda apoyando esta vez el peso del cuerpo sobre la pierna sana. Atacó entonces al capitán sin contemplaciones, quien en ese instante conseguía desclavar su espada de la arena, pero tuvo que usar su antebrazo de escudo para protegerse de una estocada definitiva. El golpe sonó metálico, brutal y a roto, haciendo enmudecer el anfiteatro.

Los dos se tambalearon, cada uno para un lado.

La reina trató de quitarse el yelmo aboyado que le dificultaba respirar. Cuando lo consiguió, se percató que de su nariz manaba sangre y, que su pómulo derecho estaba hinchado, amoratado, y le palpitaba furioso.

El capitán por su parte sentía una gran punzada en su antebrazo herido, y cobró consciencia de que el mandoble en esa situación se volvía un arma mucho menos efectiva, ya que debería manejarlo a una mano. Sopesó para su brazo que su pronóstico más favorable sería rotura de radio y cúbito, y pensó que la cosa se tornaba interesante, al tiempo que recordaba con una sonrisa sardónica, la conversación previa con su probo general y amigo.

—Gracias Gardar por haber aceptado ser mi escudero, me siento honrado y en deuda, por lo que tendré que vencer para compensaros.

—Gracias a vos, y cómo negarme, mi amigo, mi capitán, mi rey, porque eso es lo que vos sois para mí, y será para todos cuando acabe el Duelo. Vos traeréis de nuevo la paz al reino, la cordura. Vos nos devolveréis el honor que esa mujer nos ha quitado. Y ahora, salid a la arena y sed precavidos. No vayáis a permitir que esa niña os hiera demasiado, pues un rey cojo está bien, pero cojo y tuerto, o manco... ya sería un rey demasiado tullido.

Cuando el capitán y la reina tomaron resuello se miraron a la cara. Reika ya no sangraba tanto por la nariz, pero de la ceja aún salía un buen reguero, y su rostro parecía una pústula en varias zonas. Ari por su parte se ajustaba el visor del yelmo con su mano colgándole del antebrazo herido, mientras con la otra mano agarraba y sobaba el pomo de la espada. El capitán sonreía.

—¿Qué tal majestad, cómo va el asunto, dolorida?

—Debo reconocer capitán, que sois un buen hueso de roer, y que por dolerme, me duele hasta el aliento.

De nuevo cruzaron espadas, más cansados, más lentos, pero con la misma pasión y ganándose el derecho no ya solo de un reino, sino de una victoria justa y memorable. Eso nadie se lo podría reprochar ni a una ni a otro.

El enfrentamiento cobró a partir de entonces una intensidad extraña que sobrecogió a los asistentes. Pareciera que ambos comenzaran a estar por encima de sus capacidades físicas. Reika cada poco

debía limpiarse la sangre de la cara que le dificultaba ver, y comenzaba a arrastrar su pierna maltrecha, mientras que el capitán debía realizar un ingente esfuerzo para atacar con su gran acero a una sola mano, desgastando con rapidez su energía, y enlenteciendo sus movimientos.

En esa fase las armaduras de los dos fueron mordidas y golpeadas por las espadas una y otra vez, pero demostraron su resistencia hasta el punto de que la reina, en ocasiones prefirió recibir espadazos no críticos, que tratar de esquivarlos, por resultarle menos doloroso que forzarse a un movimiento evasivo que tal vez le traicionara y le mandara a la arena. Así que espaldares, petos, guardabrazos, quijotes, coderas, grebas, avambrazos y hasta golas, eran tocados una y otra vez por uno y otra sin resultar golpes definitivos, y sin tumbar a ninguno, lo que hubiera resultado a estas alturas igual de contundente a la vista de las mermadas fuerzas.

Tomaron un nuevo respiro, se miraron con respeto y no se dijeron nada. No había nada que decirse que no supieran, ambos eran culpables de muchas cosas, pero no de traición.

Volvieron a la carga, la reina tomó la iniciativa, su concentración se elevó por encima del dolor.

«Ataco, ataco, definiendo, arrastre de pierna. Ataco, ataco, definiendo. Ataco, ataco, ataco, ataco, finto, ataco, ataco, esquivo, definiendo. Intento de ataque al yelmo, me cubro, arrastro la pierna. Me golpeo con el pomo el rostro para no desmayarme del esfuerzo, ataco, ataco, defensa. Huele a arena y a sudor. Golpeo peto, golpeo faldar, golpeo rodillera pero aguanta, esquivo ataque al cuello desnudo, giro y golpeo espaldar. Trastabilla tres pasos pero no se llega a caer, se da la vuelta, arrastro la pierna. Me mira, ansía un descanso y yo lo necesito, apenas le veo con la sangre, no le concedo el respiro, ataco, ataco, ataco, ataco, esquivo, ataco, ataco, finta, finta, ataco, golpeo hombrera, ataco, ataco, si tengo pierna no la siento por lo que no sé si la arrastro o ya la perdí. Ataco, escupo sangre, ataco, finta y ataco, golpeo no sé muy bien dónde. A pesar de todo intuyo que se encuentra peor que yo, le busco en la nebulosa roja, ataco, recibo golpe creo que

en el peto, pierdo aún más aire pero ya no siento dolor, golpeo, ataco, golpeo, su hoja me hace un corte en el bíceps ya descubierto del avambrazo semidesprendido. Huele a sangre y a dolor. Le contusiono aún más sus maltrechas rodillas, ataco, ataco, golpeo, ataco, ataco, ataco, ataco, giro apoyándome inconscientemente en la pierna de mi maltrecho tobillo, sin saber cómo consigo realizar el giro completo, logro golpear la gola aunque buscaba cortar centímetros más arriba para arrancar la cabeza, se ladea sin control y me giro en la dirección contraria, si acierto el golpe que fallé instantes antes vuelvo al trono, vuelvo a mi destino. Sin embargo fallo de nuevo porque sin saber bien por qué, golpeo plano y subo la hoja más de la cuenta.»

Con todo, el golpe resuena seco y duro sobre un lateral del yelmo. Con seguridad el capitán Ari ha sufrido un daño importante, al menos la rotura de un tímpano. En cualquier caso no aguanta la embestida y cae como un peso muerto hacia atrás. Al caer, su yelmo, muy castigado en sus anclajes, se desprende y deja al descubierto una cara amoratada y sangrante en pómulos, cejas, nariz y labios. La sangre tapa su antigua cicatriz. Entrecierra los ojos y trata de hablar pero no puede. El capitán de la Guardia Real de los Nueve abre su mano diestra y, la espada hasta entonces aferrada a él, se le escapa.

Reika recuperó entonces parte del sentido de la orientación que había perdido. Recordó que estaba en el anfiteatro y volvió a escuchar a los asistentes al Duelo, que casi en su totalidad, se lamentaban y lloraban. Poco a poco se callaron ante la inminencia del golpe final que su capitán debía recibir. Nuevamente, su favorito moriría a manos de esa mujer.

Si la reina en aquel momento hubiera mirado hacia el palco real, cosa que no hizo, tal vez hubiera podido intuir entre el cansancio y la sangre desprendiéndose aún por su rostro, a su consejero Heriho tranquilo y como si hubiera sabido de antemano que las cosas acababan como tenían que acabar. A su maestro y consejero Solvi, preocupado por su estado al tiempo que orgulloso y desconcertado por no saber dónde se encontraba el límite de su pupila. Al ministro

Oddi, casi tan consumido como resignado. A su comandante Grimm, con una sonrisa de oreja a oreja. Al comandante Helg, satisfecho. Al comandante Bersi, sereno. Al comandante Khodran, con una mirada colérica. Al general Gardar, con un rostro gélido pero con los ojos a punto de arrasarse en lágrimas. Y por último, habría podido intuir cómo sus oficiales Kolli y Vestein abandonaban con prisa y con cara de pocos amigos el abarrotado palco real.

La reina sin embargo bastante tenía con recuperar algo de fuerzas, con poder ver frente a sí, con no desmayarse, con no acabar tendida junto a su capitán, tan solo un poco peor que ella, pero rendido a sus pies, desarmado... y aún vivo.

Aún vivo de nuevo, porque de nuevo la Ley y de nuevo el Destino, y de nuevo el echarse a las espaldas a un pueblo que no la quería como reina. «Si pudiera», pensó, «los mataría a ellos antes que a Ari, renunciaría a mi destino y se lo regalaría a mi hermano, que se pudriera él de gloria si esto es lo que hay que entender por tal. Si pudiera, escupiría sobre la Ley, escupiría sobre Zarrk, escupiría sobre el Padre. Si pudiera, si pudiera, si pudiera...»

Pasaron varios minutos sobre el expectante y silencioso anfiteatro hasta que la reina se dirigió al capitán de su guardia, quien apenas logró entenderla porque uno de sus tímpanos le martilleaba la cabeza sin cesar:

—Ha debido pasar una eternidad mi capitán, porque al fin sé lo que tengo que hacer.

Ari en cambio no comprendió la demora de su muerte, pero al fin vio levantarse la espada que derrotara a Hakon, que le había derrotado a él, y tan solo pensó, «corazón o cuello».

No obstante no se trató de su último pensamiento porque sus ojos amoratados le mostraron que la espada se clavó en la arena, a su lado, sin intención de matarle. Creyó escuchar un murmullo desde las gradas del anfiteatro. Levantó un tanto el cuello, al menos había encontrado algo de vigor. Reika se encaminaba al centro de la arena, Ari no dejaba de preguntarse de dónde sacaba las fuerzas esa mujer, incluso le pareció que arrastraba menos la pierna. De repente empezó

a escuchar, la reina se dirigía al pueblo, les hablaba con una voz grave, profunda, entrecortada a veces por el cansancio, pero con tal firmeza que la oyó, preguntándose si escuchaba lo que oía, o se encontraba desvariando, o tal vez ya muerto.

— ¡Ciudadanos de Espada, gentes de Honoria... mis súbditos, aquí tenéis de nuevo a vuestra reina!

Reika hablaba al tiempo que daba lentas vueltas sobre sí misma para que todos pudieran llegar a verla de frente, pero también por aplacar a su propio mareo.

— Hoy, nos hemos reunido en la arena para dilucidar a través de la Ley y de Zarrk, quién es el legítimo rey de Honoria, y quién el traidor que condujo al reino hasta el inicio de una guerra injusta, cruel y entre hermanos. Y tras el Duelo se puede decir que así ha sido, que Dios y la Ley me señalan como vuestra indiscutible reina.

Reika se tomó unos segundos para continuar, las gentes guardaron silencio.

— Sin embargo, ni siquiera la Ley y ni siquiera Zarrk, dictan en este caso toda la verdad, pues me atrevo a deciros sin tapujo alguno, que el valiente capitán de nuestra Guardia, no es ningún traidor.

Silencio y rotundas miradas de incompreensión en las gradas.

— ¿De quién se trata entonces? Siento deciros, que no tengo la respuesta, pueblo de Honoria. Pero sí sé que ni él ni yo somos culpables de traición, y por tanto, no pienso ejecutar a Ari, capitán de la Guardia de los Nueve.

El silencio se rompió poco a poco dando lugar a una conmoción en forma de murmullo que comenzó a extenderse por todo el graderío del anfiteatro ante la idea de que la reina estaba revelándose contra la Ley y contra la palabra de Dios. Reika acalló los murmullos cuando volvió a tomar la palabra:

— ¡Sé que quebranto la Ley y que tal vez blasfemo contra Zarrk, y si es así... que así sea! ¡Pero no me arrepiento porque incluso por encima de Ellos, está la verdad y la justicia, y la verdad es que nuestro capitán no ha traicionado nunca a nuestro reino, y ejecutarlo como traidor sería por tanto injusto!

Los ciudadanos honorios se miraron en las gradas los unos a los otros sin saber muy bien qué pensar, qué decir, qué hacer.

— ¡No cometeré dos veces el mismo error! Pues si de algo me arrepiento como reina, es de haber matado a Hakon hace ahora ocho meses sobre esta misma arena. Entonces ya debiera haberme rebelado contra lo que consideraba injusto, y en lugar de segar su vida, debería haberle hecho mi rey consorte, logrando juntos una Honoria que hubiera sido el faro que iluminaría todo Karak. Pero fui débil, y no me atreví a seguir los dictados de mi corazón en contra de la Tradición. ¡Ahora en cambio, haré que lo justo prevalezca sobre la Ley! Siempre y cuando...

La reina, tras sus últimas palabras dejó de dar vueltas sobre sí misma quedando en dirección al capitán, y comenzó a andar hacia él. Al llegar a los pies de Ari, que miraba entre incrédulo y anonadado, volvió a dirigirse al graderío.

— Siempre y cuando tenga el consentimiento de nuestro capitán. ¡Porque tal vez vuestra reina haya perdido la razón, y tal vez no sea digna del pueblo de Honoria! ¡Por lo que si el juicio que establezco aquí sobre la Ley no es compartido por nuestro capitán, entonces yo le concedo el beneplácito y mi autoridad para que restituya la situación acabando con mi vida!

Reika miró directamente a los ojos de su capitán, recostado aún sobre la arena.

— ¡Si así ocurriera, quiero dejar constancia de que mi última voluntad es que Ari, capitán de la Guardia de los Nueve, sea mi heredero a la corona!

La reina miraba a su capitán, tenía la espada clavada en la arena y a mano, al igual que Ari, que fue quien la usó, levantándose como buenamente pudo tras apoyarse en el acero de la reina. Al ponerse de pie frente a Reika, escuchó cómo con una voz ya relajada y que solo él pudo oír, le decía:

— Córta-me la cabeza y te aclamarán al instante. En una hora, serás rey de Honoria gobernando todos sus corazones por haberles librado de esta maldita mujer. Pero si no lo haces, preparaos para luchar

junto a mí no solo por encauzar las riendas de nuestro reino, sino por conquistar todo Karak, porque ese es mi destino. Ponedle fin ahora, o uníos a mí.

El capitán agarró el pomo de la espada con la mano que aún podía ejercer fuerza, y logró desclavarla. Mirándola a los ojos le dijo:

— Condenada y lunática Reika.

Acto seguido miró en derredor de todo el Anfiteatro Snorri II, parecía que nadie respirara, tampoco en el palco, todos aguardaban su decisión. Por fin exclamó bien alto con unas fuerzas que creía no tener.

— ¡Vos sois la reina de Honoria, ante vos me arrodillo, a vos seguiré!

El capitán de la Guardia se clavó de hinojos, pensando que tal vez ya ni siquiera se pudiera volver a levantar, a todo lo demás prefirió no darle más vueltas, se encontraba demasiado agotado.

CAPÍTULO XX

*El aire es allí diferente
Está erizado todo por una corriente
Que no viene de este o aquel texto,
Sino que los enlaza a todos
Como un círculo mágico.
El silencio es allí diferente.
Todo el amor reunido, todo el miedo reunido,
Todo el pensar reunido, casi toda la muerte,
Casi toda la vida y además todo el sueño
Que pudo despejarse del árbol de la noche.*

...
*La biblioteca es el lugar que espera.
Tal vez sea la espera de todos los [...],
porque también los [...] son allí diferentes.
O tal vez sea la espera de que todo lo escrito
Vuelva nuevamente a escribirse,
Pero de alguna otra forma, en algún otro mundo,
Por alguien parecido a los [...],
Cuando los [...] ya no existan.
O tal vez sea tan solo la espera
De que todos los libros se abran de repente,
Como una metafísica consigna,
Para que se haga de golpe la suma de toda la lectura,*

*Ese encuentro mayor que quizá salve al [...]
Pero, sobre todo, la biblioteca es una espera
Que va más allá de letra,
Más allá del abismo.
La espera concentrada de acabar con la espera,
De ser más que la espera,
De ser más que los libros,
De ser más que la muerte.*

Poema rescatado de la Era Inmemorial, aunque con varias tachaduras irrecuperables. El poeta respondía a las siglas R.J. Los versos se tallaron y se doraron en la puerta de la primera sala de la Magna Biblioteca de Luz.

La Biblioteca ardía ante la mirada impotente de Tabalt. Sin fuerza física ni mágica poco podía hacer más que recuperar el aliento. Los arcanos llegaban cada vez en mayor número y se dividían en dos grupos. Por un lado el de las lamentaciones, por otro el de la acción. El joven, receloso de ser reconocido tras enfrentarse a los que creía parte de los nuevos Custodios de Aglaia, se ocultó entre el primer grupo tratando de evitar ser reconocido, bajo la escasa protección que le ofrecía su ropaje sucio, roto, y con restos de sangre propia y ajena. En el segundo se organizaban para enfrentarse al fuego.

Pronto se comprobó que no se trataba de un simple incendio, sino de uno mágico y poderoso, lo que complicaba las cosas sobremanera. La resistencia de las llamas a los hechizos de agua de primer y segundo grado no las derrotaban ni extinguían, y nadie se atrevía con un hechizo de tercer grado por su dificultad pero sobre todo, por la histórica prohibición de hacerlo dentro de los límites de la ciudad. Así que aunque el agua no faltaba sobre los muros y las salas del antiguo alcázar, todavía fondo de sabiduría pero a ese ritmo pronta ruina de páginas ceniza, los resultados eran poco alentadores.

Lucero aún no había asomado por el horizonte. Desde hacía mucho tiempo Luz no conseguía congregar a tanto arcano en el mismo lugar. Varios murmullos empezaron a extenderse con rapidez entre los magos. El primero de ellos y más insistente buscaba culpables, pues la existencia de un fuego mágico y, su reticencia a extinguirse, era evidencia de haber sido provocado y, de haber una mano poderosa tras él, si bien nadie se atrevía aún a concretar una acusación. Un segundo murmullo se preguntaba por la posibilidad de víctimas. Ambos tuvieron pronta respuesta.

Un mago canoso, de perilla blanca, con unas cinco décadas a cuestas, se destacó de entre el grupo de lamentadores en el que se encontrara Tabalt, para con voz temblorosa pero alta, dirigirse a los congregados en la trágica noche:

— Ciudadanas y ciudadanos de Luz, no sabía si decir lo que sigue, pero he resuelto que debo hacerlo pues es mi deber como arcano. Resulta que poco antes de que se iniciara el fuego me encontraba paseando por las afueras de nuestra divina y ahora desgraciada Biblioteca, a causa de mi insomnio y de la agradable noche que nos envolvía, cuando de repente vi salir a dos figuras de la Magna Biblioteca. En ese momento no le di mayor importancia —el canoso había conseguido la atención de la mayor parte de los arcanos, incluidos algunos de los que hasta ese momento intentaban apagar el fuego con hechizos—, a pesar incluso de que se mostraron apresurados en sus pasos. Pero debo decir que les reconocí. Uno con seguridad era el reciente consejero Tabalt, el otro, creo que su sacerdocio negro.

Susurros, siseos, rumores, llenaron con la rapidez de un rayo la noche. El acusado, inflamándose de una rabia irrefrenable se decidió a dar un paso al frente para defender su inocencia a riesgo de ser apresado allí mismo y, cuando comenzó a moverse para salir de la masa informe de los lamentadores, unas manos oprimieron sus hombros.

— Al fin te encuentro, hijo mío —se oyó con claridad y ternura—. Toma esta capa y cúbrete bien con ella, atolondrado, o tu enfermedad acabará contigo si no empiezas a cuidarte.

Apenas unos cuantos ojos prestaron mínima atención a la escena, en la que Tabalt, protegido por la noche y el espectáculo terrible del fuego, era revestido con una capa pesada y pobre, cuya capucha le fue echada por entero hasta cubrirle de pies a cabeza. Quien hablara en alto y le ayudara a ponerse la capa, vestía de un modo similar. Aparentaba ser un arcano harapiento del Barrio Noreste. Nadie les había reconocido.

— Más os vale —susurró Thomar al oído de Tabalt—, que os dejéis de heroicidades y de orgullo si queréis salir de esta. Conformaos de momento con seguir vivo. Ah, y empezad a toser como enfermo que estáis.

A esas alturas el fuego lamía los muros más altos y vino a derribar los primeros techos y paredes. Tabalt había comenzado a llorar de impotencia y rabia bajo su capucha, cuando recibió otro duro golpe. Un arcano salía de la Biblioteca envuelto en humo por el portón de la entrada, donde las llamas apenas se habían cebado aún, a causa de que el incendio parecía tener su origen en las estancias posteriores, de modo que ganaba terreno de atrás adelante. Pronto el humo dejó apreciar que el arcano llevaba a cuestas a otro arcano y Tabalt, reconoció a ambos cuando llegaron a la zona de las lamentaciones. Uno era aquel espía de unas tres décadas al que el joven vaciara de información tras ser seguido hasta la casa de su madre hacía unas semanas. El otro, era el bibliotecario Sofronio, estaba muerto.

El inminente héroe, tras tomar aire, se echó a los pies del numeroso grupo de curiosos que se congregaba ante el fatal espectáculo, comenzó a lamentarse y se presentó como un gran amigo del cadáver, al que todos pronto reconocieron. Una vez que las lágrimas le dejaron hablar, dijo:

— Antes de morir, nuestro querido bibliotecario, dijo tan solo una palabra, «Tabalt», y entonces pereció en mis brazos, pero no por las llamas que incluso herido mortalmente intentaba extinguir, sino a causa de varias puñaladas que había recibido.

El joven tuvo que apretar los dientes y tirarse de su propia barba, reprimiendo así saltar sobre aquel arcano al que lamentó profundamente

dejar con vida en aquel lluvioso atardecer, y que en ese momento seguía representando a la perfección su papel de duelo, tras enseñar las cuchilladas del bibliotecario cerca del corazón.

—Vámonos de una vez hijo mío —escuchó Tabalt en bajo, pero con firmeza, ya casi sin sentido pero con una sed de venganza, solo refrenada por la presencia del sacerdocio y la ausencia de su energía.

Cuando los dos encapuchados se marchaban, con Tabalt cojeando a causa de su corte en el muslo, y dejando al fondo la Biblioteca que se desmoronaba ante los infructuosos esfuerzos de todavía algunos afanosos arcanos, apareció la reina Aglaia con una mezcla precisa en su bello rostro, de preocupación, sueño y dignidad. Inmediatamente se le hizo un largo pasillo junto a su comitiva, conformada por la ministra Evadne, Taros, y tres magos de su nueva guardia personal, los flamantes Custodios. La reina llegó ante los mismos pies del abrasador fuego que alcanzaba en ese momento la puerta principal del edificio. Allí plantada, tras unos segundos contemplando el triste, brutal y prodigioso espectáculo, comenzó a convocar un conjuro. Al instante un nuevo murmullo se extendió con rapidez: la reina atentaba contra la Ley, invocaba un hechizo de tercer grado.

En apenas dos minutos ante las palabras y gestos de Aglaia, una gran nube, densa, negra y muy baja, se formó para romper de inmediato y descargar un agua torrencial que arrasó con el fuego mágico, aunque también destrozara los manuscritos y las obras que aún quedaran salvables del histórico edificio.

No tardó en extinguirse el incendio ante la copiosa lluvia de la nube, que se deshizo tras cumplir su misión. La reina entonces se volvió hacia sus súbditos, quienes se arrodillaron uno a uno en señal de admiración. Apenas hubo un solo arcano que discutiera la infracción de la Ley, o que no se clavara de hinojos ante la reina, mientras Lucero asomaba por el horizonte. Tan solo permanecieron de pie dos figuras lejanas a las que nadie prestó atención, cargadas de una rabia imposible de digerir.

—Hijo mío, preparaos para ser llamado vil asesino y el gran pirómano, y daos por condenado, desterrado y maldito. El Padre nos pone a prueba.

—Que se preparen ellos —contestó Tabalt con una inflexión en la voz que sonó amenazadora—. Ya veremos quién condena a quién. En cuanto al Padre... —decidió callar lo que pensaba.

El joven mago se bajó la capucha dejando al descubierto unos ojos negros cansados y una barba mal cuidada. Estaba incómodo en aquella choza pequeña y pulcra por sentirse más expuesto de lo que quisiera. El anciano y desaliñado maestro Arsen, le había tratado de tranquilizar, pero tras sus palabras vino su marcha. Tabalt debía confiar en el estafalario colega de Diometres si quería realizar la visita, por lo que se convenció de que efectivamente, el anfitrión se marchaba a dar un paseo bajo las estrellas y no, a avisar a los Custodios de la reina, quienes le buscaban con verdadero afán por cada rincón de Luz. Diometres dormía con el rostro macilento, echado sobre un jergón de paja. Tabalt se sentó a su lado y logró serenarse.

Una hora más tarde las rutilantes estrellas seguían destacándose en el firmamento sobre la noche serena, si bien la luz estelar que podía encontrarse fuera de la choza, situada al extremo del barrio noreste de la capital de Arcania, no penetraba lo más mínimo hasta aquellas dos figuras, tutor y antiguo discípulo, quienes quemaban el tiempo bajo las sombras de pensamientos distintos, pero en ambos muy dolorosos. El anciano Diometres parecía consumirse en sueños de culpa reflejados en su sudoroso rostro, mientras que Tabalt albergaba y trazaba mentalmente constantes posibilidades de venganza. El joven no pudo seguir soportando la situación del anciano sufriente, más allá del dolor físico que le infringieran, y que él había curado a costa de causarle una herida aún mayor, la vida, y decidió marcharse para volver en otro momento. Cuando el joven arcano salía por la humilde puerta, Diometres le habló con voz temblorosa:

—Anda, hazme el favor de seguir velándome un rato más.

—¿Lleva mucho tiempo despierto, observándome en esta espesa oscuridad? —preguntó el joven mientras volvía a sentarse en la penumbra a la que sus ojos, como los del anciano, se adaptaban sin problemas.

—El suficiente como para sentir vuestra anhelante sed de venganza, y vuestros nulos remordimientos.

—Maestro, sé que os retorcéis de dolor por la pérdida del niño, y sé que me culpabilizaréis el resto de nuestros ciclos por haberos salvado a vos, en lugar de a él. Acepto mi flaqueza de corazón por dejar vencer a mis sentimientos en lugar de a su orden, pero si espera arrepentimiento, es algo que no tendrá. Lo siento por el crío, de veras... pero volvería a salvaros a vos primero, y en lugar de culparme a mí, creo que deberíais señalar a su asesina, que no contenta con querer eliminarnos, que insatisfecha de la sangre de un infante, mandó destruir el mayor pilar de Arcania.

—Vaya, jovencito, creo que no contento con ser un gran maestro de la magia, aspiráis también a convertirlos en un brujo de las palabras ¡Qué capacidad demostráis para esconder vuestra responsabilidad! Efectivamente, Aglaia ha hecho lo que contáis culpabilizándoos a vos... pero, ¿hasta qué punto vuestra ambición no empuñó los aceros de los mercenarios y la mano del pirómano?

La oscuridad era testigo muda de los reproches.

—Tutor, siempre he sabido que aprendí del mejor no solo el arte de la magia, sino también el de la elocuencia... y si yo escondo mi responsabilidad tras mi ambición, vos azotáis mi culpa injustamente sobre el Cetro de Aglaia. Que ella ostente el poder no la justifica en sus acciones, sino que más bien, debería servirle para repartir justicia y sabiduría.

—Dejaos de sandeces —la voz del anciano había recuperado fuerza—. Vos y ella sois iguales, Aglaia adora el poder que tiene, y vos lo ansías. ¿Qué queréis hacer con el Cetro cuando lo obtengáis, si es que acaso esto se diera alguna vez? En realidad, lo mismo que ella, pues el Trono y el Cetro Real os corromperán como corrompió a la joven reina cargada de buenas intenciones que yo conocí muy bien.

Y lo mismo haría con vos por mucho que se os llene la boca con hermosas palabras, porque insensato, así ha ocurrido siempre, y así seguirá ocurriendo.

— Tal vez sea un insensato maestro — la voz del joven bajo la negrura no buscaba la confrontación —, pero si antes me escudaba en el destino para alcanzar el Trono de Ébano, ahora poseo también el cayado de la venganza. ¿Acaso no estoy cargado de razón para querer derrocar a Aglaia?

— Vuestras palabras jovencito, flaquean ante los hechos. Tenéis suerte de que Arsen sea un viejo leal, y que esté ahora de verdad deleitándose bajo las estrellas en lugar de ganar una sustanciosa recompensa por entregaros. Pero que él no lo haga, no significa que no lo haga cualquier otro en cualquier otro momento. Decidido como parecéis a no huir, antes o después acabaréis cazado, condenado y ejecutado. ¿Vuestra inocencia, su culpabilidad, qué importa eso en este juego que la reina y vos os traéis entre manos, unas ansiosas, las otras sucias de poder?

— Sí, tal vez Aglaia y yo estemos jugando por el poder, tal vez maestro, tengáis razón con que soy más culpable en todo esto de lo que he reconocido hasta ahora, pero no puedo pensar que ser inocente de lo que se me acusa dé lo mismo, y tampoco creo que vos lo penséis realmente. Sabéis que yo no maté a Sofronio, sabéis que yo no incendié la Magna Biblioteca que tanto he amado, y del mismo modo lo sabe Arsen, a quien entregué vuestro cuerpo malherido cuando comenzó el incendio. Y lo saben otros viejos maestros de la Escuela Norte que me reconocieron entonces. Es más, seguro que a estas alturas ya lo sabe todo el barrio del noreste... , y cuando llegue el momento, necesitaré a los desahuciados.

— Además de insensato — el anciano tosió e incorporó un poco la cabeza sobre el jergón —, sois un iluso. ¿Qué pensáis que podemos hacer cuatro vejestorios ridículos, como nos suele llamar casi todo el pueblo de Arcania? Si pensáis fundar vuestras esperanzas en nosotros, si creéis que la Escuela va a dar la cara por vos ante la reina, rectifico, y más que iluso, estáis loco.

—¿Ni siquiera vos?

—Si por un milagro del cayado de Danadanial, lograrais acabar con la reina Aglaia, entonces encontraríais apoyos... pero no el mío. El pequeño Dymi era mi futuro y mi esperanza, y su vida era mi responsabilidad, cuando elegisteis salvarme a mí en lugar de a él, me alargasteis la vida, pero me arrebatasteis el sentido.

—Lo siento de veras maestro, y le prometo que lucharé aunque tenga que hacerlo solo, para que vos, Arcania, y Karak entera, puedan tener un nuevo sentido, descargado de tiranía y corrupción.

No hubo más palabras en aquella obscuridad penetrada por los ojos de un anciano y de un joven, que una vez se amaron, y que en esos momentos no conseguían encontrarse bajo ninguna luz.

Al salir de la choza, Tabalt comprobó que la noche seguía serena y sin rastro del maestro Arsen. El joven se mesó su barba, más descuidada y larga que nunca, se subió de nuevo la capucha, y se fundió entre las sombras, seguía con la misma sed de venganza, pero no le faltaban deseos de arrojarse al cercano Foso abismal y desaparecer por siempre.

La luz penetraba por las vidrieras del Salón de Audiencias arrojando haces de colores por toda la estancia. La reina se encontraba de pie, cerca de una consola con una copa de plata, y una gran crátera de extracto. Pasaba su dedo índice por el borde superior de la copa, que se encontraba vacía. De hecho, el salón entero contenía docenas de cráteras de distintas añadas que la reina apenas había probado, desechándolas al instante. Aglaia estaba sobria, y muy enfadada por ello.

—¿Mi soberana, tampoco ese extracto es de su agrado? —preguntó la robusta y pelirroja Evadne que en ese momento entraba al salón con una cara entre angustiada y culpable y se atrevió a añadir balbuciendo un tanto —, creo que algún extractero debería pagar su desacato con la cárcel, y hasta con su cabeza, si fuera preciso.

Taros, que se encontraba sentado en una lujosa silla de época frente a una vidriera azul algo alejado de la reina, se levantó entonces como un muelle.

—Dejaos de sandeces, ministra. La reina lo que necesita es la cabeza de Tabalt, y los extractos le volverán a sentar de maravilla.

Evadne añadió el rubor a su cara. Tras unos segundos en los que encajó el golpe, fue a contestar a Taros, pero la reina le hizo un gesto prohibiéndoselo. Los tres quedaron frente a frente. Fue Aglaia quien habló:

—Evadne querida, vuestra incompetencia me tiene preocupada —le espetó la reina con rudeza provocando que la ministra no supiera qué contestar, ni qué hacer.

Aglaia continuó.

—Supongo que no tenéis buenas noticias para mí, es más, supongo que no tenéis noticias.

—Nada nuevo —balbuceó Evadne—. Aunque mis agentes me confirman que la información de Taros sobre la victoria de la tal Reika y la pacificación de Honoria, son ciertas.

—¡Vaya ministra, qué gran utilidad que sus informadores no me desdigan, podré dormir en paz esta noche! —dijo Taros cargado de sorna.

—¡Basta ya! —intervino Aglaia—. Una cosa es que hayáis recuperado vuestro puesto en el Consejo y que estéis al mando de los Custodios, y otra muy distinta, que os permitáis humillar a otros miembros del Consejo. ¡Aquí solo humillo yo! ¡Y lo que siento es que sin el cadáver del traidor, a quien se está humillando es a mí! ¿Dónde está, dónde se esconde, por qué nadie le encuentra?

—Majestad —se apresuró Evadne a responder—, creo que no ha abandonado Luz, y es muy posible que se esconda en el barrio nordeste, creo que algún amigo del difunto Diometres le puede estar co-bijando junto al sacerdocio y, estamos vigilando la zona.

—Crees, crees, crees. Querida —siguió con su enfado—, ya podíais haber creído desde hace años que el tal Thomar ese, era un maestro con la espada, y que enseñó a Tabalt a manejarla en secreto, en lugar de meterle tiernas y estúpidas historias sobre El Padre como suponíamos. Aunque tal información... era vuestra responsabilidad Taros. ¡Estoy rodeada de inútiles!

»A ver pirómano, ¿cómo va el asunto de la Biblioteca, las cenizas causarán problemas, o todo salió bien en este peliagudo asunto?

—Majestad, aunque los mercenarios no lograran acabar ni con Tabalt ni con el sacerdocio, al menos mi acción no fue inútil. Todos piensan que fue el joven exconsejero quien prendió fuego a la Magna Biblioteca, y quien asesinó al bibliotecario. Debo reconocer que el custodio y el espía reaccionaron rápido a sus fracasos, y a falta de los cuerpos de Tabalt y de su consejero para culpabilizarles del criminal y herético acto de la quema, la interpretación de haberles visto salir momentos antes del incendio, resultó convincente.

»Por otra parte, coincido con la ministra, creo que al menos Tabalt no ha abandonado Luz, aunque supongo que el sacerdocio estará intentando regresar a su isla, si no lo hizo ya. El joven en cambio, estoy convencido, barrunta vengarse, y debemos permanecer atentos, sin bajar la guardia.

—¡Venganza! ¿Acaso Taros pensáis que sus oscuros estudios le llevaron tan lejos como para querer atacarme en Palacio, o se trataría más bien de buscarme en un acto oficial, atacándome por la espalda y a traición? ¿Averiguasteis con qué libros se obsesionó tanto durante los últimos meses?

—Majestad, por suerte aquellos estudios le frenaron. En los últimos tiempos leyó libros sin sentido que quemé gustosamente. Si Tabalt hubiera seguido por la senda tradicional, con su sacrificio y su talento, pronto tal vez os habría superado. Con todo, admito que puede ser más poderoso que yo y, aunque Tabalt seguramente perdiera en un hipotético duelo con vos, puede hacernos mucho daño si efectivamente atacara por sorpresa y a la espalda. Por tanto, de momento no debe realizar actos fuera, y el Palacio debe estar protegido en todo momento.

—Está bien, que así sea. Supongo que Evadne y vos, haréis lo posible porque los Custodios que la ministra ha buscado y, que vos dirigís, me protejan. ¿No es así?

Evadne asintió sin saber bien qué contestar ante la evidencia, herida profundamente en su orgullo.

Taros también asintió con la cabeza, mucho menos herido en su orgullo. La reina volvió a dirigirse a sus dos consejeros presentes, sin ningún tipo de rubor por sus palabras.

—Quiero la cabeza de Tabalt, y por supuesto también la del negro si le atrapáis. Quiero que paguen el crimen más abyecto que se puede cometer en Arcania, peor incluso que el regicidio. Quiero que el pueblo pueda saciar su sed de venganza ante la iniquidad de quemar nuestra mayor fuente de conocimiento.

»Menos mal, eso sí, que la biblioteca real posee copias de la mayor parte de las obras y de los manuscritos perdidos y, que cuando impartamos justicia sobre esos dos indeseables, nuestros favoritos podrán consultar mi colección personal. Reconozco que la jugada, Taros, puede resultar muy ventajosa, acrecentando mi poder a través de la exclusividad del conocimiento.

La reina pareció tan satisfecha ante la perspectiva de los futuros ruegos y, de las inmensas posibilidades de poder y control que le ofrecía poseer exclusivamente obras de tan inmenso valor, que se decidió a beber de un solo trago la copa que tenía a mano. Tras el extracto pareció caer en la belleza del juego de luces que se combinaban en el salón. Sonrió, y miró a sus dos consejeros con una siniestra mueca.

En ese preciso momento, recogería horas más tarde la reina en su pormenorizado diario, fue cuando decidió finalmente que al acabar la caza de Tabalt, su Consejo pasaría de tener cinco miembros a tres, pues los vejestorios restantes no servían para mucho, y se les podía reducir perfectamente en su categoría. De momento, no comunicaría nada.

Evadne, ante el nuevo registro del rostro de la reina, devolvió la mirada a punto de derretirse, anhelando una palabra de ternura de Aglaia que bastaría para sanar a la ministra. Taros por su parte, permaneció impertérrito consciente de la volubilidad de la reina.

Aglaia superó su instante de dulzura y de buen humor, y su entrecejo volvió a fruncirse ligeramente.

—Podéis retiraros —dijo al fin—. Tenedme informada... y protegida.

Una sombra en la noche atravesó las calles del barrio sur hasta la casa palatina del ecónomo Damon. Una vez que la sombra llegó al pórtico vigilado por dos guardias somnolientos, se fundió hasta desaparecer por completo, ni siquiera un avezado maestro de la magia habría podido detectarla. Atravesó la vigilancia sin ninguna dificultad.

Damon se encontraba sentado en su despacho. Los papeles y los libros de cuentas inundaban los anaqueles y su escritorio, si bien el consejero de economía concentraba en ese momento su atención sobre una misiva. La sombra se materializó a su espalda. Damon notó entonces la presencia y no necesitó darse la vuelta para reconocer a su invitado, con calma y sin miedo, dejó la carta sobre la mesa.

— Vaya, me preguntaba si tendría el honor de recibir al criminal más odiado de toda la historia de Arcania, y de hacerlo, mi ansiedad se pregunta si viviré para contarlo, o al menos, para escribirlo, pues sería más prudente.

— De momento no os quitaré la vida por la espalda, ecónomo, así que daos la vuelta sin intentar ninguna estupidez, como la de agarrar ese afilado abrecartas.

Damon echó la silla para atrás y, se levantó con parsimonia. Llevaba una bata amarilla atada por la cintura.

— Espero que las intenciones tampoco sean matarme de frente. Al menos no con esta pinta.

— Vos siempre fuisteis el consejero inteligente, no queráis ahora haceros el gracioso, que para eso no he venido hasta vuestro palacio.

— Está bien, Tabalt, ¿y para qué entonces? — El ecónomo descartó la idea de intentar avisar a los guardias, pensó que probablemente eso supondría la muerte de estos, si no lo estaban ya.

— Dígame sencillamente, si vos también me creéis el asesino de un amigo, y el destructor de lo que más amaba.

— Joven, siempre me caísteis simpático a pesar de vuestra desmesurada ambición. Sin embargo, al margen de lo que yo crea o deje de

creer, mucho tendríais que hacer para que mi moneda no siguiera del lado de Aglaia, y que al menos se levantara de canto.

—¿Ser inocente no basta, sabio consejero? Además de inteligente, os consideraba justo.

—Decir que sois «inocente»... no, no me parece suficiente. Perdonadme si tras la respuesta ya no os parezco ni tan inteligente, ni tan justo, pero tampoco quiero formar parte de los estúpidos.

—Está bien, parece que estoy condenado yo solo, a abrir los ojos de esta maldita ciudad y, de este maldito reino. Si ese es mi camino, entonces allá del que se cruce.

—Veo joven —el ecónomo lanzó una mirada penetrante a Tabalt— que seguís hablando con la seguridad que siempre os caracterizó, como si una fuerza poderosa os animara hasta en momentos como este, donde todo se pone en vuestra contra. Me pregunto si esa reina de Honoria que tanto os preocupaba, se parecerá a vos.

—¿Qué insinuáis, anciano? —preguntó Tabalt sin poder evitar un deje de confusión en la voz.

—Nada más allá de que acertasteis en vuestro improbable pronóstico, y que esa Reika ha vuelto a su trono de Honoria, del modo más glorioso y firme posible, por lo que vuestras recomendaciones con respecto a las minas de anarcanita, se ve ahora que deberían haberse seguido.

»Pero en cualquier caso, el mundo se torna más interesante aún, cuando parece que otro jugador se presenta al tablero de Karak, allá por la corrupta y empobrecida Paria.

—¿Cómo? —Tabalt en esta ocasión ni siquiera trató de ocultar la sorpresa de esta última información, totalmente desconocida para él.

—Tan listo y poderoso, mi joven exconsejero, ¿y aún no sabéis que el corazón y las monedas vuelan siempre más rápido que el cayado y la espada?

»Paria se levanta, Paria se rebela. Dicen que si Capitolia no consigue parar al caudillo que alienta y dirige a los insurrectos, Karak pronto tendrá tres reinos, en lugar de dos y un pueblo pobre y sometido. Y sabéis, vuelvo a sentir curiosidad, vuelvo a preguntarme

si ese caudillo se parecerá en algo a esa reina de Honoria... si se parecerá en algo, al joven que tengo frente a mí.

—Apuntáis verdaderamente alto —dijo Tabalt tratando de no aparentar desconcierto—, pero en cualquier caso, si queréis satisfacer tanta pregunta, ayudadme y saciaré vuestras respuestas.

—Tabalt —contestó con aplomo Damon mirando al joven a los ojos—, os ayudaré no entorpeciendoos, no voy a ofreceros más, pero no es corta la mano que tiendo. Llegad al trono, y tal vez, aún queráis mi ayuda.

Durante unos segundos el joven mago valoró la oferta. Finalmente sonrió, y apartó sus cansados ojos de los penetrantes del anciano.

—Está bien, cuando sea rey de Arcania, tal vez cuente con vos, o tal vez le arranque la piel a tiras por tanta insolente curiosidad.

—Para una cosa o para otra, joven, primero tendréis que demostrar vuestra inocencia —dijo Damon con calma—, luego tendréis que derrocar a Aglaia y, finalmente, la prueba más difícil, habréis de demostrar si vais a ser un rey justo, u otro rey más.

Tabalt se tapó con la capucha sin añadir más que una ligera sonrisa. Se transformó en sombra, y al instante también la eliminó. Mientras atravesaba de nuevo la vigilancia adormilada de la casa palatina, reflexionó sobre la conversación que acababa de mantener. Se atascó una y otra vez en un punto: las monedas y el corazón, el cayado y la espada... «¡Por Danadanial! ¿Dónde está aquí el corazón?» —se vino a preguntar a sí mismo, en alto y sin darse cuenta. Pero nadie escuchó sus palabras, que se perdieron en la noche mecidas por un viento ligero, sin encontrar respuesta alguna.

A esa hora rayana del mediodía la plaza del mercado bullía de arcanos que buscaban plantas frescas para pócimas de todo tipo, maderas milenarias para forjas de cayados, libros mágicos en bellas ediciones... y chismorreos sobre la situación de Luz.

Taros, que vivía con vistas a la plaza en una humilde y semiescondida casita, decidió cerrar la ventana de su despacho y anular el

hechizo de filtrar y aumentar voces para escucharlas a distancia. Todo marchaba bien, los arcanos seguían mostrando un profundo odio hacia Tabalt, reverenciaban a la reina Aglaia, y nadie, salvo el nuevo triunvirato que se perfilaba en el horizonte, podía siquiera imaginar que detrás del incendio estuviera el flamante reelegido consejero Taros.

El consejero se observó en un espejo de pie ovalado, y satisfecho de su abundante pelo rubio, de su piel tersa, de su sonrisa, volvió a centrarse en su tarea, prescindiendo ya de escuchar rumores de dónde podría esconderse el criminal y su compinche.

Ante él, encima de un pequeño escritorio de madera negra vetada de blanco, se encontraba un libro desencuadernado cuyas tapas habían volado hacia una papelera de material ignífugo, donde ardían quedamente. En su lugar, Taros colocó pegando al lomo, unas tapas nuevas en cuyo título podía leerse: *Historia hidráulica de Luz*. El consejero pasó varias páginas en blanco cerciorándose de que todo quedaba correctamente, y llegó hasta el índice, que repasó con el dedo. Cabía apreciarse con facilidad que el contenido poco tenía que ver con el título de la obra. Con cuidado tomó el libro y lo guardó en un desvenejado anaquel junto a otros cinco volúmenes de tapa nueva y temática histórica.

En ese momento su secretario llamó a la puerta, traía una carta que hizo fruncir el ceño de Taros, este decidió sentarse para abrirla. Al reconocer la letra dio un respingo contra el respaldo de la silla. Al instante se recuperó y se llamó estúpido por haber perdido la compostura. Pero cuando fue a leerla se asombró de verdad. Las letras comenzaron a desprenderse del papel de la carta, y la tinta, se transformó en un polvillo ascendente que poco a poco cobró el tamaño y la forma de la figura del joven Tabalt.

La carta anduvo unos pasos hasta el centro del despacho y quedó mirando al pasmado consejero, que atravesó un par de veces con su cayado la figura irreal pero perfectamente lograda, que tenía ante sí. El esfuerzo de Taros por serenarse ante tan peculiar hechizo le costó en esta ocasión un esfuerzo mayor, pero lo logró, esperando el siguiente

movimiento de la extraña escena, que no le decepcionó y apenas le hizo esperar.

—Hola Taros, ¿sorprendido de mi carta?, espero que su contenido no lo haga tanto...

«Al menos sus ojos», pensó Taros sin atreverse a pronunciarlo en alto, «aunque cansados como siempre, no escudriñan los secretos de mi cuarto, y se pierden en mí. Dame algo más de tiempo, formidable Tabalt, y desentrañaré vuestros libros, vuestro método, y alcanzaré vuestro poder, y...». El consejero volvió a centrarse en la carta parlante.

—... Aglaia debe pagar su crimen, ambos sabemos que los recién nombrados custodios de la reina, y los espías de Evadne, fueron quienes quemaron la Biblioteca, asesinaron a Sofronio, intentaron acabar conmigo y con el sacerdocio, y mataron a sangre fría a un niño de siete años y a un anciano indefensos. Demasiados crímenes hasta para una reina... y motivos por los que pronto dejará de serlo.

»Tal vez os estéis preguntando por qué os advierto. Pues bien, la respuesta es muy sencilla, vos sois demasiado orgulloso, y habéis cometido demasiados errores como para pedir os unáis a mí en esta causa justa. Pero entre otras cosas os creo sensato y práctico y, cuando pronto veáis mi poder, mucho más allá del vuestro y de la propia Aglaia, tal vez en ese momento, vos, el apuesto valido reconciliado de la reina, el leal y querido consejero de Luz, se replantee su bando....

Taros escuchaba atento preguntándose hasta donde llegaba el juego del joven, y si de verdad desconocía su implicación en los crímenes que había mencionado.

—... Así que ahora también sois el jefe de los Custodios de Aglaia. Bueno, permitidme que os diga, y sí, es una amenaza, que malos tiempos corren para ostentar tal cargo. He aquí un consejo, de vuestro celo cumpliendo órdenes injustas dependerá vuestra vida.

»Aquí acaba mi imagen, la próxima vez que me veáis os enfrentaréis a mi carne, y para entonces, habréis tenido que decidir. Me pregunto, ¿seguiréis siendo en ese momento tan sibilino como para apostar por un cayado perdedor?

La imagen entonces se desplomó contra el suelo como si se tratara de un muñeco de fina porcelana que se rompe en mil pedazos. Taros contempló por unos segundos el puñado de loza y polvo que había quedado amontonado, luego observó la misiva, cuyo papel estaba en blanco, y finalmente se acercó hasta el anaquel desvencijado con la idea de encerrarse de nuevo en el estudio de esas seis obras tan intrincadas. El sudor recorría su cuerpo.

Thomar el Negro, natural de la costa este de Arcania, sacerdocio de fe y maestro espada desde que aprendiera tal arte en la Isla hacía muchas décadas, realizaba ejercicios de esgrima, descamisado y bañado en sudor cuando tras él se colocó sigiloso Tabalt.

—¡Uf! —exclamó Thomar dándose inmediatamente la vuelta sin dejar que el joven le sorprendiera—. Menos mal que en Luz todo lo fían a la magia, porque si no, hace tiempo que con vuestro escaso sigilo seríamos pasto de los gusanos, y hace tiempo que habrían encontrado este sótano bajo sus narices, en mi propia casa.

Tabalt mostró una sonrisa y sacó bajo su capa negra tres piedras de anarcanita pura que arrojó al suelo.

—Seguro que no opinan lo mismo los mercenarios a quienes les acabo de robar esto delante de sus narices. Además, no os veía tan cascarrabias desde hace años, cuando me entrenabais hasta la extenuación en este mismo sótano en el arte de la espada. Se ve que agarráis un acero, y olvidáis vuestra fe y vuestra templanza cambiando al Padre por Zarrk.

—¡Dejad de blasfemar jovencito, si no queréis que sea yo quien lleve vuestra cabeza ante la reina! Y sabed hijo mío, que en lugar de ser llamado «cascarrabias», aún espero vuestro agradecimiento. Recordáis cómo os lamentabais de perder el tiempo con un estúpido acero, pudiendo emplearlo en los libros. Menos mal que vuestro talento siempre estuvo por encima de vuestro sacrificio.

—De mi sacrificio con la espada, maestro de tanto —puntualizó Tabalt—. Pero sí, mi querido Thomar, también en eso llevabais razón. Espero llegar a sus décadas siendo la mitad de sabio que vos.

—Zalamero insoportable. Anda, decidme si ya sabemos quienes están de nuestra parte y, si ya habéis decidido cuándo y cómo vamos a actuar.

—Estamos solos —contestó con calma el joven agarrando una espada que se apoyaba contra la pared—, aunque falta por saber si del todo. En cuanto al modo, no os preocupéis, porque el sigilo no entra en el plan. Y por lo que respecta a cuándo... estáis vos que se empeña en acompañarme, estoy yo, ya tenemos la anarcanita y, ya hablé con quien tenía que hablar. En fin, que mañana es un buen ciclo para citarse con la Historia y poner a prueba mi destino.

El joven se quitó la pesada capa negra y quedó con una camisa blanca y unos pantalones de lana holgados, hizo un par de molinetes con la espada y, apuntó al sacerdocio.

—Pero hasta mañana, aún hay tiempo para que vos me deis una paliza, y para que yo pueda repasar un par de hechizos.

Sin una sola palabra más, el joven cruzó su acero con el de Thomas.

CAPÍTULO XXI

Este planeta que empezamos a llamar de un modo unificado y tras muchas disputas, Karak, resulta de lo más extraño y difícil para los cánones de nuestro Viejo Mundo, por lo que no me parece raro que los jóvenes, incluso los mejores de estos, comiencen a adaptarse renegando de nuestro pasado común en el planeta [nombre tachado e ilegible]. Y si algún valetudinario como yo no lo hace, no es por sabiduría, sino por pura obstinación. Al menos es mi caso, soy demasiado viejo para cambiar. Pero centrémonos a lo que vine.

¿Cuántos científicos al estilo del Viejo Mundo quedamos, y cuántos autodenominados arcanos comienza a haber? No creo necesario tener que añadir mucho más para entender que en poco tiempo, poco a nada quedará de lo que fue anterior al Viaje. Y una vez más, no me extraña. Porque si yo fuera joven, también me sentiría impulsado a poner mis capacidades al servicio de las nuevas posibilidades que ofrece este planeta. Y es que, cómo no sentirse fascinado por las poderosas interacciones que el lenguaje mágico, sin apenas resultado alguno durante mis largos años de investigación a, literalmente, años luz de aquí, comienza a ofrecer en Karak.

Reviso las fórmulas y me devano los sesos, y los principios de ese lenguaje siguen siendo los mismos; lo que allí no funcionaba, aquí sí. Me atrevería a decir que estamos hablando de un salto cualitativo provocado por un cambio de paradigma al estilo de lo teorizado por [nombre nuevamente ilegible a causa de las tachaduras]. Pero el cambio y el salto los veo posibles debido a las condiciones de posibilidad que ofrece el nuevo medio. Llámesele, como algunos

colegas jocosamente lo han bautizado, «la resurrección del éter», llámese, «corpúsculos facilitadores», o llámese como se quiera, el caso es que algo existe en Karak que nos lleva a un lenguaje mágico que empieza a ofrecer resultados cuando en mi mundo, al menos entre los investigadores serios, producía risa. Y ese algo, es lo que me propongo a descubrir antes de que mis cansados ojos se despidan de una larga vida.

Escrito en las primeras décadas de la colonización de Karak. Como todos los eruditos que vivieron en ambos planetas su nombre no se ha conservado, y al no incluirse entre los treinta y tres sabios del Viejo Mundo ni entre sus poetas, tampoco sus siglas.

Lucero y Vespertina se miraban frente a frente en un ciclo apacible.

Un niño con guedejas rubias jugaba en la orilla del Venal en el brazo suroeste, intentaba hacer la rana con pequeños guijarros cuando dos figuras de andar tranquilo pasaron a su vera. El crío no les prestó interés y, lanzó otra piedra saltarina que sufrió un ligero toque mágico sin que lo notara su impulsor, provocando que el canto plano cruzara de lado a lado y de salto a salto, todo el ancho del Venal, llegando, ante la mirada atónica del niño, a los pies del mercado que se recortaba en la otra lejana orilla. Cuando el niño se dio la vuelta para compartir su alegría y asombro, comprobó que los caminantes a los que no había prestado atención hacía un momento, se encontraban ya lejos, y nada podían haber visto, por lo que no le creerían.

La hazaña del crío provocó que Thomar, rejuvenecido en unos pantalones de cuero tostado, y en un elegante tabardo verde de serraje con hebillas en el pectoral, que le permitía mayor libertad de movimientos que sus acostumbradas túnicas plomizas, le dijera a Ta-balt, que bien le convendría no malgastar ni una gota de energía antes de llegar a Palacio.

—Nunca debéis evitar la posibilidad de hacer feliz a un niño —fue la respuesta del joven, que aún añadió—: Recordad que me lo enseñasteis vos.

El sacerdocio no pudo sino exasperarse provocando una sonrisa en su pupilo. Siguieron caminando y no tardaron en divisar a un arcano que bajaba del Palacio Real, al parecer de efectuar alguna petición. Marchaba con suma seriedad y no tardó un instante en reconocerles como era lógico. Al fin y al cabo, Thomar el Negro era prácticamente inconfundible si añadía a su piel esa vestimenta de guerrero. Y eso sin contar con que ambos marchaban con las cabezas descubiertas. El arcano frisaba las seis décadas, tembló pero mantuvo la compostura, el orgullo, y cuando estuvieron frente a frente, les dijo con aparente convicción:

—¡En el nombre de Arcania, yo os detengo por asesinato y por la quema de nuestra Magna Biblioteca, acompañadme sin oponer resistencia, y no tendré que usar mi poderosa magia!

Las décadas del arcano, sus espaldas anchas, y un cierto ladeo de túnica, dejaron claro que estaba dispuesto a usar su cayado si era necesario.

Tabalt eligió contestarle con una voz calmada, pero rotunda.

—Somos inocentes de los cargos que nos imputáis, y nos encaminamos a Palacio para demostrarlo, pero si pretendéis evitarlo o aprehendernos, entonces sí tendré que declararme culpable de vuestra muerte.

El joven no amenazó con usar ninguno de los dos cayados que portaba, uno de ellos, aquel que usara para defender su vida y a Diometres en el chamizo de este, iba sujeto al cinto, el otro, un báculo de roble, de talla sencilla y sin adornos salvo en el apoyo, donde presentaba una mano de dedos extendidos que casaba a la perfección con la mano de Tabalt. Tampoco Thomar hizo amago por desfundar su espada. Y sin embargo, las palabras fueron suficiente amenaza para que el arcano se apartara y les dejara pasar.

—Como pronto podréis comprobar —dijo el sacerdocio intentando reponer el orgullo herido del arcano—, vos habéis tomado una sabia decisión.

Cuando los proscritos se hubieron alejado un tanto, el sexagenario se pensó si atacarles por la espalda. Sin embargo no lo hizo y echó a correr en la otra dirección, al principio sin perder la compostura, pronto perdiéndola igualmente y sin importarle la mirada sorprendida de un niño de guedejas rubias que jugaba a hacer la rana en la orilla del río. Debía avisar de lo que se avecinaba y cruzar el cercano puente que conectaba con el mercado, era su mejor opción.

—Preferíais público cuanto antes —dijo Thomar ya con el hermoso palacio blanco visible y recortado al fondo—, pues no tardaremos en tenerlo.

El joven no contestó. Marchaba vestido con pantalón cómodo y una camisa larga, negra pero de mangas rojas, también el color del cuello, a lazo cruzado, sobre el que ceñía en broche una capa blanca, extrañamente reluciente. Tabalt decidió, al parecer ante la cercanía del Palacio, sacar su cayado espada del cinto y llevar un báculo en cada mano.

A pocos pasos del Palacio que se levantaba marmóreo, imponente, bello, Thomar sorprendió a Tabalt.

—Creo que vuestro plan es una locura... una locura que os saldrá bien. Pero sospecho que yo no podré disfrutar de vuestra victoria, ni de vuestro reinado.

—Os empeñasteis en venir, Thomar —dijo muy serio Tabalt—, ahora no quiero oíros hablar así, si lo hubierais hecho antes, habría hecho esto yo solo.

—No me malinterpretéis hijo mío, ni por asomo me arrepiento de estar a vuestro lado en esta hora, simplemente tengo la sensación de que hoy por fin me reuniré con el Padre. Y lo cierto es que me alegro, debo reconocer que desde hace tiempo me encuentro demasiado solo. Mi fe y mi espada ya no son suficientes para sobrevivir a Arcania, y siento como si hoy fuera mi último ciclo de trabajo. Ahora bien, pienso que he cumplido aceptablemente con mi tarea de instrueros en la Fe, y más allá de ella.

»Miraos con los cayados, con esos ropajes, con qué arrojo y seguridad vais a enfrentaros a vuestra poderosa rival... Si el Padre

no os escoge cuando llegue el momento, yo mismo me encargaré de reprenderle.

— Eso — dijo Tabalt esbozando una sonrisa —, es toda una blasfemia, padre, que os costará seguir a mi lado, tengáis las ganas que tengáis de desaparecer, con presentimiento o sin él. El plan, locura o no, saldrá adelante y ambos lo celebraremos en unas horas.

— Está bien — Thomar desenfundó su espada — ya veremos hijo mío quién tiene razón.

En el pórtico de columnatas que daba acceso a la entrada principal del majestuoso palacio, acababan de divisarles y la tranquila guardia se convirtió en un instante en frenética alerta.

Los nueve custodios que desde la quema de la Magna Biblioteca protegían día y noche a la reina, se posicionaron nerviosos frente a los recién llegados. Con los nueve cabía trazar una imaginaria línea recta bajo el pórtico del Palacio, si bien ninguno parecía querer dar el primer paso contra los desterrados, que tan a mano quedaban en ese momento. Los que sí se movieron con rapidez fueron dos mensajeros, uno hacia el interior del palacio, el otro, bastante despavorido y como en desacuerdo, dirección a dar una alerta general.

Tabalt pudo haber interceptado a este último con facilidad ya que no pasó demasiado lejos de él, pero decidió dejarle marchar. Lo que hizo en lugar de atacar al mensajero, fue observar cómo Thomar se adelantaba tranquilo unos pasos, y cómo el sacerdocio sobre las primeras baldosas de mármol que pavimentaban el suelo del palacio, rayó el jaspe con su espada de lado a lado, generando un ruido estridente.

— ¡Yo me quedo aquí! — dijo el sacerdocio de espaldas al joven y lo suficientemente alto como para que le oyeran los custodios de la reina, a quienes miraba amenazadoramente—. ¡Para luchar y para matar, prefiero los espacios abiertos, ya os encargareis vos de acabar con Aglaia!

La Guardia Custodia de la Reina diseñada por Evadne y dirigida por Taros, quien como la ministra no se encontraba presente,

la conformaban cuatro mercenarios, los más diestros que quedaban en Luz tras la muerte de seis de ellos a manos de Thomar y Tabalt en la noche que nos trae hasta aquí, y cinco arcanos, tres de ellas magas, poderosos y reputados en la capital y en el reino. El único rostro conocido para el joven Tabalt, fue el quincuagenario de pelo y perilla blanca que liderara la emboscada en la casa de Diometres y, quien interpretó el papel de supuesto testigo que viera salir al joven y al sacerdocio de la Biblioteca durante el incendio. Este fue el primero en actuar.

Quien había sido durante una década jefe de los espías de la reina, para ser reconvertido en custodio, dejó de pensar y lanzó un poderoso rayo contra el sacerdocio, que logró levantar justo a tiempo su espada e interceptó la magia ante el asombro general, y particular del canoso. Solo la anarcanita más pura podía lograr ese tipo de absorción de un hechizo cercano al tercer grado. Thomar sonrió y tras dominar los últimos coletazos temblorosos de su espada que terminaba de anular la poderosa energía, extrajo de sus ropajes tres piedras de anarcanita que los mercenarios reconocieron de inmediato. Estos dejaron de preguntarse qué podía haber ocurrido con ellas.

La espada, con su perfecta aleación de acero y mineral antimagia, y las piedras, de una pureza singular, suponían un precioso tesoro. Thomar dispuso la anarcanita de tal manera que conformó una especie de amplio círculo, ejerciendo el mármol rayado previamente de diámetro. Cuando dejó caer las tres piedras, se quedó dentro del trazado imaginario.

Mientras, Tabalt, a diferencia de los custodios, sorprendidos aún de la aparición y de todo lo que había sobrevenido después, no había perdido el tiempo y conjuró un hechizo mixto. El joven estaba lo suficientemente lejos como para no ser perturbado por la anarcanita del sacerdocio, y disfrutó del tiempo preciso para mezclar su nuevo método mágico, con un hechizo de segundo grado. Tabalt tuvo claro su objetivo y su función, y golpeó con su báculo de roble contra el suelo, concentrando inmediatamente la atención de todos. Al instante, un bulto esférico se formó a sus pies, saliendo debajo de

la tierra y alcanzando medio metro de altura. La extraña protuberancia, cubierta de la tierra con la que había nacido, se puso en marcha evitando en su trazado acercarse a la posición del sacerdocio, por lo que la esfera dio un ligero rodeo en su camino, pero con dirección indiscutible al pórtico.

Los cuatro mercenarios prepararon sus aceros con anarcanita, mientras las tres arcanas y los dos magos se concentraron en convocar una magia de escudo.

El custodio canoso, temiéndose el destino final de la extraña magia más que ninguno, reconcentró todas sus energías para elaborar una defensa eficaz. La protuberancia llegó hasta la zona embaldosada, y la reventó sin esfuerzo a su paso haciendo saltar el mármol por los aires. El sacerdocio contemplaba el espectáculo sabiéndose a salvo de la amenaza. El hechizo alcanzó la escalinata del palacio destrozándola también a su alrededor. Llegó finalmente a escasos pasos del canoso, y allí se detuvo, frente a un poderoso escudo energético preparado por el arcano. Tabalt golpeó nuevamente su báculo de roble contra el suelo y, al instante una explosión reventó con brutalidad la protección del custodio espía, cuyo cuerpo voló contra la columna más cercana, donde quedó muerto y hasta algo incrustado por la violencia del hechizo. Parte del friso que se levantaba en bajo relieve en aquella zona con motivos florales, también quedó arruinado.

Los mercenarios quedaron sobrecogidos, mientras que las tres magas y el arcano, estupefactos, se preguntaban cómo, una defensa tan enérgica de tercer grado, había sido derrotada con tal eficacia por un hechizo supuestamente del mismo nivel.

—La primera venganza se ha consumado —dijo Tabalt con una seguridad aplastante, cuando el zumbir de oídos y los restos de polvo y de mineral roto se esfumaron—. Ahora le toca a vuestra falaz reina.

Anduvo hasta Thomar y junto a él clavó, atravesando el mármol jaspeado con la punta como si fuera tierra, su cayado espada, brillante en todo su filo con un fulgor azulado intenso.

—Nos vemos cuando todo termine. No vayáis a olvidarlo.

Caminó unos pasos alejándose del sacerdocio, de la anarcanita, y en dirección al resto de custodios. Tabalt golpeó de nuevo dos veces con su báculo de roble, y desapareció.

—Elegidme a mí o a vuestra reina —gritó Thomar a los ocho custodios, mostrando una sonrisa maliciosa.

Las arcanas parecieron al fin reaccionar y ordenaron a los mercenarios que acabaran con el sacerdocio. Ellas se retiraron al interior del palacio. Por último, el mago custodio que quedaba dejó de contemplar los restos de su compañero muerto, para seguirlas a ellas.

Thomar respiraba tranquilo junto al arma clavada a su lado, y dentro del círculo imaginario que le facilitaban las piedras de anarcanita. Los mercenarios, al ver desaparecer a Tabalt de la escena, también lograron calmarse. La espada tomaba el relevo al cayado, y con ella eran verdaderos maestros.

—Espero que sepáis manejar la espada —empezó a decir el sacerdocio provocativamente—, mejor que los infelices de los que di buena cuenta hace algunos ciclos. Tenían mucha boca, mucha filigrana, pero al fin del acero, poco acierto y ningún arte. Me pregunto si vosotros con esas caras de pasmarotes, me vais a dar más trabajo, o si tampoco tengo nada de lo que preocuparme.

Uno de los mercenarios, el más bajo de los cuatro, adelantó un paso bajo la columnata e inmediatamente el resto le siguió. Se dispusieron en formación y acompasaron su avanzadilla hacia el sacerdocio con un ritmo preciso.

Thomar no perdió detalle de ninguno. El bajo sin duda el líder, y sin ninguna cicatriz a la vista, cosa sumamente extraña en un mercenario, así como su compañero de la derecha, lleno de pecas y con un semblante ceñudo, eran zurdos. Los que marchaban en los extremos eran diestros. De estos últimos uno era alto, fuerte, robusto. El otro rubio, plagado de cicatrices en los brazos que llevaba al descubierto, y en la cara, y presumiblemente en todo el cuerpo, pues su piel parecía rajada de principio a fin. Las armaduras de todos resultaban funcionales, sin adornos, pero resistentes, de cuero reforzado y ligeras.

El sacerdocio no identificó puntos fáciles a simple vista. Todos se movían con adecuación, según se acercaron a él se cubrieron de un modo propicio, y no mostraban miedo ni duda. Parecían tácticos, técnicos y disciplinados. Cuanto menos, a Thomar le iba a tocar sufrir, pues tampoco disponía del factor sorpresa como la última vez. Miró al cielo, se encomendó al Padre, y antes de que los mercenarios le cerraran como ellos querían, lanzó un molinete con el que marcó el espacio. Cruzó el acero inmediatamente y por un instante con el bajo. Este le repelió mostrando la velocidad de ambos. En apenas unos segundos, el sacerdocio negro ya había mordido las espadas de sus cuatro adversarios con su acero bastardo. No habría un instante de descanso.

Luz se incendiaba acá y allá con la noticia: Tabalt atacaba a la reina. El joven exconsejero había reaparecido junto al extraño sacerdocio para enfrentarse a Aglaia. El asesino y pirómano además parecía estar loco y de remate si era cierto lo que había contado el arcano con el que al parecer se habían cruzado: clamaba por su inocencia e iba a demostrarla. En el mercado, en los barrios, en las Escuelas, y hasta en el fondo del Foso, ya parecían saberlo. De cabo a cabo, de este a oeste, y de norte a sur, Luz parecía estar informada de que tenía una cita con la Historia como en centurias pasadas. Por supuesto, nadie quería perderselo.

Tabalt perdió su invisibilidad cuando una de las magas, pelirroja y de rasgos felinos, invocó un hechizo antidifuminado. El joven y los custodios se encontraron en la espaciosa Sala de Audiencias de vidrieras de colores. Las cráteras de extracto inundaban la estancia, sobre consolas o esparcidas por el suelo. La reina parecía seguir sin sed, pero no daba señales de encontrarse allí. El custodio arcano, con túnica púrpura y cabeza completamente calva, lanzó al fugitivo perseguidor una bola de fuego, al tiempo que una de las magas, joven, rubia y hermosa, usaba de la telekinesia por la espalda de Tabalt. La estrategia había sido bien urdida, con un fuego frontal que debía

distraer y concentrar la energía del joven, tal vez entonces pudieran estampar una consola, con dos cráteras incluidas, contra su nuca. La cuarta custodia, veterana, esbelta, y de pelo gris perla, acechó sigilosa para intentar darle el golpe de gracia.

Tabalt extendió los brazos y una esfera energética de protección se materializó cubriéndole por todos los frentes. Detuvo la potente bola de fuego, hizo astillas la consola, y provocó que el extracto anaranjado se derramara por los aires como un río de sangre sin dueño, desordenado y caótico.

Además, no solo no hubo un ataque definitivo de la cuarta maga, sino que Tabalt, mostrando ingentes cantidades de energía dentro de sí, aprovechó el rebufo del destrozo, y conectó con las astillas de madera y los trozos de loza de las cráteras que aún no habían tocado el suelo, para redirigirlos contra la veterana arcana como si fueran puñales. Esta pudo detener muchos gracias a unos reflejos que le permitieron esbozar una defensa rauda, pero estaba demasiado cerca. Las astillas y la loza rompieron parte de la defensa y rajaron su rostro; perdió una oreja, su mejilla derecha fue cortada como papel, y la mano con la que se cubrió fue atravesada por una gran astilla a la altura de la palma. La maga aulló de dolor, y trató de arrancarse la astilla despreocupándose de su oreja, mientras se alejaba del joven.

Tabalt se encontraba en el centro de la sala, la Custodia cerca de los cuatro extremos. La luz de las vidrieras era hermosa y sosegada en sus juegos de colores, los rostros en cambio eran terribles. Todos se dieron un pequeño descanso que necesitaban, pero el joven arcano precisaba de menos. La maga herida, con su pelo de perla veteado de rojo sangre, se palpaba las heridas del rostro cuando Tabalt golpeó dos veces con su báculo de roble contra el suelo.

Thomar el Negro pudo observar por el rabillo del ojo que los primeros arcanos curiosos llegaban a las inmediaciones de palacio, quedándose petrificados ante el espectáculo que las espadas ofrecían. No les prestó mayor atención.

El sacerdocio decidió cambiar sangre por sangre. Los primeros compases habían resultado muy agobiantes y duros. Ni un resquicio por donde entrar su acero y ni un segundo para permitirse error o descanso. Si la dinámica continuaba igual, terminaría agotado antes que sus rivales y cometiendo un error fatal. Debía concederle a Tabalt el tiempo que necesitaba, su ahijado tal vez lograra encargarse de la magia, pero no podría enfrentarse también a la espada.

Arriesgó un punto más y atacó bajando la guardia de su brazo izquierdo, que fue alcanzado por el mercenario más alto, más robusto, más fuerte, pero también el más lento, y el que peor defensa ofrecía. El cuero del tabardo no resistió completamente y la hoja del mercenario cortó la epidermis del bíceps izquierdo. A cambio, Thomar tuvo a su merced el muslo derecho del arcano por un instante. Fue suficiente para que punzara profundo, seco, rápido. Un entrar y salir efectivo que no rompió su guardia.

El grito de dolor del mercenario generó un segundo objetivo para Thomar, pues detuvo el combate. Mientras duró el cruce de miradas, el sacerdocio forzó su respiración para recuperarse lo máximo en el menor tiempo posible. No tardó el herido en hacer un gesto con la cabeza a sus compañeros, significaba que podían continuar, y que el sacerdocio también había sido alcanzado. Volvieron a la carga. El alto cojeaba visiblemente, Thomar había encontrado su resquicio.

Nuevos arcanos se sumaron a los pocos que ya habían llegado previamente y, quedaron paralizados del mismo modo, ante la insólita escena que se ofrecía a sus ojos. Cuatro mercenarios y un sacerdocio, bailaban con sus espadas a una velocidad de vértigo. ¡Qué extraña se había vuelto Luz en los últimos tiempos! Nadie intervino, en parte embobados por el espectáculo, en parte, porque al fin y al cabo, no se identificaban más con aquellos mercenarios expulsados de Honoria, que con el sacerdocio negro, por mucho que formaran parte de la Custodia de la reina desde hacía unos pocos ciclos, o tal vez por ello. Karsten, el anciano consejero real, llegaba en ese momento acompañado de un joven mago, sumamente delgado y de pelo negrísimo.

Las inmensas vidrieras coloreadas de los ventanales, tras el doble golpeteo del joven con su cayado, estallaron en mil pedazos. El ruido fue ensordecedor, y el tranquilo juego de luces se rompería, formándose durante unos instantes y por toda la Sala de Audiencias, imágenes extrañas e informes a base de rojos, azules, amarillos, verdes. Los custodios arcanos tras recuperar parte de la calma perdida por el estallido, seguían confusos y desconcertados, pues no sintieron previamente las líneas formativas de un hechizo de tal calibre y eso les resultó impensable, ya que cuanto más poderosa es la magia más rastro dejará al formarse. Además no podían olvidar otra preocupación y es que los vidrios rotos quedaron flotando, amenazantes, sobre ellos.

Tabalt pareció elegir víctima cuando los fragmentos de cristales encarnados, se cernieron sobre la arcana de pelo gris, herida previamente. De la amenaza pasaron al movimiento cuando el joven lanzó la bandada de cuchillas rojas contra la maga, al tiempo que el resto de custodios atacaron a Tabalt con magia elemental. Dos rayos y una masa de agua fueron contra el joven.

La maga consiguió, agotando casi toda su energía, detener esta vez todos los cristales que sobre ella arrojó Tabalt. Al tiempo, los hechizos de los custodios atravesaron a Tabalt. O mejor, a su imagen, pues este había aprovechado los instantes de confusión de rotura de los ventanales para proyectar una imagen mágica suya y esconderse. Dónde se preguntaron inmediatamente los custodios, y para qué. La veterana, sin su oreja, agotada por el esfuerzo, con sudor y temblores, cayó de repente en la cuenta:

— ¡La reina, Aglaia vuelve a estar en peligro!

Y los cuatro custodios iniciaron una nueva búsqueda abandonando la Sala de Audiencias. A ninguno se le ocurrió pensar que Tabalt se escondiera allí mismo, tras una columna, sin usar la magia. Descansaba tras haber conseguido entrar en la arcana herida, quien estando sin apenas energía, apenas había mostrado resistencia al conjuro del dominio de voluntad que le lanzara el joven.

Hasta el momento Aglaia no había ofrecido ninguna señal al rastreo de Tabalt, y tal vez los custodios le llevaran hasta ella. Deseó enfrentarse

a la reina en la Sala del Destino, por considerarlo el lugar indicado para tal acontecimiento. Sin embargo, no creyó que la batalla final se produjera allí y se forzó a regresar de sus divagaciones.

La Sala de Audiencias presentaba un aspecto caótico cuando Tabalt la abandonó; la mayoría de las cráteras de extracto destrozadas con el alcohol derramado, los ventanales rotos y sus cristales aún flotando en su mayoría por si el joven los volviera a necesitar, astillas, muebles por el suelo, columnas dañadas, mosaicos, paredes. En definitiva, una estancia medio en ruinas.

—Y esto no es nada —se marchó murmurando Tabalt al contemplar los destrozos.

El mercenario herido en la pierna, por fin empezó a perder fuelle de modo considerable. Thomar usaba de la mayor lentitud de este para arriesgar ataques partiendo del sacrificio de la defensa en ese flanco. Con ello lograba cierto equilibrio e impedía que se le abalanzaran definitivamente. De hecho, era preferible que tal como estaban las cosas, fueran cuatro rivales, uno herido, que no tres, todos en perfectas condiciones. Llegó otro interminable intercambio de espadazos que el sacerdocio logró detener, logrando algunos buenos contraataques que tampoco hicieron mella en los enemigos. Thomar empezaba a estar exhausto pero se forzaba a sonreír tratando de desesperar a sus rivales.

Llegó al fin una oportunidad para el sacerdocio. Un mal paso del esbirro alto y herido distrajo al mercenario que se encontraba a su derecha, el pecoso ceñudo, y el más fiero tras el bajo, pero también el más impulsivo. Lo que ocurrió es que la pierna del mercenario malherido, ya casi sin fuerzas, trastabilló, venciendo su cuerpo hacia el espacio del pecoso, que por un momento se pensó si atravesar a su compañero. Thomar no tuvo esa duda, y no necesitó de más. La indecisión del ceñudo le generó una falta de ritmo que supuso su fin. Thomar lanzó una estocada que rozó al herido, inclinado en la trayectoria y en el espacio de su compañero y alcanzó el cuello del pecoso, desprotegido en su guardia a causa de la indecisión. El sacerdocio segó

la yugular. La muerte no tuvo coletazos. El pecoso cayó al suelo y su cuello fue un surtidor que pronto cubrió las pecas del ceñudo combatiente.

No hubo respiro y de inmediato llegó otro muerto. El custodio bajo tras lo ocurrido no se lo pensó dos veces y atravesó de parte a parte al mercenario alto, cuya pierna ya era una clara aliada del sacerdocio. Si estaba claro por qué Thomar le prefería vivo, era también evidente por qué le eliminó su propio compañero, así que nadie dijo nada, pues no había nada que decir. El combate continuó sin demora alguna.

El brazo izquierdo del sacerdocio, por el que corría una película de sangre, estaba entumeciéndose y sin embargo, no lo tenía por el mayor de sus problemas. Más peligroso le resultaba lo que tenía por delante, agotado como estaba. La pareja de baile que le restaba era la peor posible. Sin duda el bajo era el espada más equilibrado de los cuatro custodios, y estaba mucho más fresco que él, mientras que el rubio, plagado de cicatrices, no había recibido ni un solo corte. Thomar pensó tras haberle probado de unas cien formas sin alcanzarle ni una sola vez, que lo más probable era que cada cicatriz fuera ocasionada por él mismo, tras haber matado a un rival. Costumbre practicada en algunas regiones de Honoria y, trasvasada a algunos mercenarios. Si la suposición del sacerdocio era cierta, el custodio rubio había matado muchísimas veces. La danza continuó sin escapar de los márgenes, al menos espaciales por rondar la anarcanita y el trazado del suelo, precisados por el sacerdocio.

Por lo que tocaba a los cada vez más nerviosos arcanos, quienes se arremolinaban ya en gran número a poco más de una decena de metros de la batalla, uno de ellos quiso acabar con la molesta imparcialidad. Se trataba del acompañante de Karsten, el joven y delgado mago, quien vino a lanzar un hechizo de fuego contra la espalda de Thomar el Negro. Momentos antes había exclamado con exasperación:

—¡Ya está bien de no hacer nada! ¡Mataré a fuego a quien quemó nuestro conocimiento!

No obstante, el hechizo no alcanzó su objetivo al descomponerse entre la acción de la anarcanita que se encontraba a los pies de los combatientes, y del cayado espada que clavara Tabalt, el cual absorbió otra parte de las llamas. Los arcanos entendieron entonces el brillo que el filo emitía: era un catalizador de energía mágica. También comprendieron la insistencia del sacerdocio para mantenerse dentro de los límites que previamente había fijado rayando el mármol y dejando caer las piedras, arriesgando incluso en ocasiones dar un mal paso, con tal de mantenerse dentro del amplio círculo anti magia.

Dos hechos se sucedieron al tiempo mientras las espadas bailaban sin descanso. El primero fue una sombra que se coló por entre las líneas de magos sin que ninguno la percibiera, y que despreció igualmente el combate que dejaba a su izquierda. Cuando la sombra llegó a la escalinata, apenas reparó en los daños o en el cuerpo destrozado del custodio a su cargo, sino que sonrió por haber utilizado con éxito los principios más rudimentarios del método Tabalt.

El otro hecho, fue la discusión que se originó entre los arcanos. Las preguntas y las respuestas podían ordenarse del siguiente modo: ¿Por qué seguir de brazos cruzados ante la escena que veían? Unos cuantos hechizos acabarían con la efectividad absorbente de la anarcanita y colapsarían el catalizador de Tabalt. ¿Acaso alguien dudaba de la culpabilidad del joven exconsejero y de su secuaz el sacerdocio?

Las dudas parecieron disiparse con el peso de la opinión del anciano Karsten resultando decisivo, y tres hechizos de segundo grado iban a ser ejecutados contra Thomar, cuando el consejero Damon, quien llevaba un tiempo observando pero sin decir nada, y quien no se había dado a conocer bajo la capucha que en ese momento dejaba caer, tomó la palabra: «¿Intervenir, estaban a la altura? ¿Por qué no dejar a Danadanial en su inmensa sabiduría, dilucidar qué motivos habían llevado al joven y al sacerdocio a tal cúmulo de extrañas acciones? Pues si nadie entendía por qué quemar la Magna Biblioteca, menos aún por qué afanarse en su inocencia ¿Iban a ser ellos, quienes estorbaran este claro juicio de Dios? La ordalía era evidente, si Tabalt y el sacerdocio vencían en aquella demencial batalla en la que tenían

todo en contra, solo podía significar que contaban con el beneplácito de Danadanial. Sencillamente, a los allí congregados les tocaba esperar».

Y aunque ni mucho menos todos quedaron convencidos, ni por un lado ni por otro, los arcanos se avinieron finalmente al argumento de imparcialidad del ecónomo. Esto supuso un ligero descanso en la conciencia de Diometres, quien junto al estrafulario Arsen, se encontraba ya entre los presentes, con fuertes deseos de intervenir a favor de su antiguo pupilo, a pesar del gran esfuerzo que hacía en negárselo a sí mismo.

— Nuestra soberana aguarda tras nosotros, en su Trono de Ébano — dijo Evadne llena de orgullo, al final de la Sala del Consejo, junto al sitio rojizo de caoba que presidía la estancia de techos altos, grandes lámparas, y dimensiones más reducidas que el Salón de Audiencias, a los custodios que, preocupados, acababan de llegar. Y aún añadió:

»Tabalt pretende, después de haber arruinado nuestra mayor fuente de conocimiento, destronar a nuestra majestad, acabar con más de veinte años de floreciente reinado. Pues bien, a nosotras nos corresponde poner fin a tan loco, pretencioso, y peligroso arcano, si es que realmente ese deleznable joven fue alguna vez ciudadano de Arcania.

»Si quiere enfrentarse a nuestra soberana... ¡Deberá entonces eliminarnos a todas! Nuestra legítima majestad me pide que os transmita la plena confianza que tiene en sus Custodias, y que....

Evadne calló al ver aparecer como un espectro, la figura ensombrecida de Tabalt bajo el marco de la gran puerta de plata que daba acceso a la Sala del Consejo. Una gota de sudor recorrió la mejilla de la consejera; había conseguido la parte fácil de la tarea encomendada por su amada reina, la de detener al joven mago antes de llegar al Salón del Trono. Ahora tocaba la parte dura de la petición, acabar con Tabalt, o al menos, desgastar su energía lo máximo posible aunque le costara a los Custodios y por supuesto a ella, la vida.

Tabalt permanecía bajo el marco con los ojos cerrados, mientras las cuatro arcanas y el mago calvo se distribuían de la mejor manera para un ataque y una defensa a larga distancia, al fondo de la sala de mármol rosado, custodiando el acceso al Salón del Trono. El joven tenía los ojos cerrados y desprendía un brillo especial por todo su cuerpo. Los custodios no dudaron de qué se trataba, era tal su cúmulo de energía, que se desprendía a flor de piel. Ninguno lo dijo en alto pero todos lo pensaban, ¿cómo era posible que aún tuviera tal cantidad de energía mágica, si ellos ya estaban cerca del límite de sus fuerzas? Supieron que tenían que vaciarse por dentro si querían tener una posibilidad de victoria.

Los ojos de Tabalt se abrieron, habían desaparecido sus ojos negros de mirada cansada, en su lugar, un blanco temible cubría sus cuencas oculares. Avanzó unos pasos.

La arcana pelirroja de rasgos felinos fue la primera en atacar. Su especialidad era el fuego y, conjuró un hechizo de tercer grado temible. No se trató de una ola de fuego, ni de un cañonazo o una lluvia de flechas, sino que la sala comenzó a arder súbitamente, desde la mitad de la misma para atrás. El mármol enrojeció en segundos, las lámparas de candelabros estallaron, los tapices y las alfombras se consumieron en nada. Tal vez la arcana pelirroja aún pensara en su reina, pero desde luego, no en salvar el palacio, se encontraba arrinconada contra el mago más poderoso al que jamás se había enfrentado, y si debía reventar su rincón para sobrevivir, lo haría. Por supuesto, ya nadie pensaba en la Ley que impedía conjurar terceros grados dentro de Luz.

Ante el poderoso fuego, el joven levitó en torno a un metro, e invocó nuevamente una esfera de protección, entrelazada de luz, agua y llamas. El sudor comenzó a correr por el rostro de Tabalt, habría querido felicitar a la arcana, pues el calor al que era sometido resultaba opresivo. La pelirroja dominaba las llamas haciéndolas crecer y buscar al joven.

El arcano calvo fue el segundo en atacar, su especialidad era la telekinesia, y se basó en ella para sus rápidos conjuros. El mago dirigía

su cayado a un objeto, e inmediatamente lo propulsaba contra Tabalt: le arrojó pesadas sillas y mesas de época; arrancó de cuajo dos lámparas que colgaban sobre ellos en la parte aún sin incendiar; no tuvo reparo en hacer volar el sitial de caoba contra su enemigo, lanzándolo a una velocidad tal, que fue hecho astillas de principio a fin; proyectó contra la esfera baldosas de mármol arrancadas y ardientes que afiladas como puntas de flecha, chocaron brutalmente contra la esférica defensa pasando a convertirse las antiguas partes del suelo en millones de diminutas teselas que no consiguieron llegar a su objetivo. Ni la incandescencia ni los implacables choques, pudieron con la esfera de protección, si bien les pareció notarla más débil y franqueable.

El arcano calvo estaba exhausto, pero sin doblegarse aún intentó arrancar de cuajo la gran puerta de plata, para aplastar con ella a su rival. Logró desencajarla, la consiguió elevar, pero apenas si llegó hasta donde el joven, quien decidió esquivarla. Rehuía por primera vez de un ataque frontal.

El custodio se quedó vacío e hincó la rodilla en el suelo, apenas lograba respirar. Lo mismo ocurrió con la pelirroja, que ya no pudo domeñar por más tiempo su propio fuego. Las llamas a partir de ese momento siguieron su propia inercia, descontroladas. Pronto el fuego traspasó la oquedad que había dejado la puerta de plata arrancada, mientras que esta chirriaba con un estridente sonido, tirada y consumiéndose por la mitad de la ya poco lujosa sala.

Evadne se encontró sin quererlo, gastando su energía en intentar controlar el fuego desbocado. Si no lo hubiera hecho las llamas habrían alcanzado rápidamente la mitad de la sala aún sin incendiar, y eligió mantenerla libre de llamas.

Quedaban la joven maga rubia y la veterana de pelo gris por participar en aquella escena terrorífica. La segunda parecía tener suficiente con sobrevivir a las heridas infringidas en el anterior asalto y, cada poco se tocaba en el lugar que durante tantos años había ocupado su oreja. La primera, dejó de concentrarse. Entonces levitó como ya lo hiciera Tabalt, y como también hiciera este, conjuró una esfera

de protección, esta clásica y sin entrecruzar elementos, pero igualmente poderosa. Contra pronóstico del joven, la talentosa arcana la usó no para protegerse, sino para embestir. Ambas esferas chocaron con gran virulencia de energía repeliéndose entre sí. El joven fue a parar contra la pared del fondo, ya tapizada por entero de llamas. El golpe le hizo perder el control de su esfera y esta se disolvió. En el suelo ardiente, y de rodillas, estuvo a punto de perder la conciencia.

La joven por su parte, envuelta aún en la esfera que se disolvería en breve, rebotó tras el impacto, descontrolada y hacia el lugar de donde había partido. Los cuatro custodios consiguieron esquivarla lanzándose al suelo, o dejándose caer definitivamente, pero Evadne, concentrada en evitar que les lamiera el fuego, no lo consiguió. Por la inercia del choque, la consejera y ministra fue impulsada para atrás por el halo de energía que aún desprendían los restos de la esfera. Había recibido el golpe frontalmente y, la energía le destrozó cara, manos y cuerpo. Evadne empezó a sangrar horriblemente, era como si una inmensa y dura lija le hubiera raspado la piel. A causa del dolor y las heridas, perdió la consciencia.

La custodia que acababa de aterrizar se despejó su melena rubia y enmarañada de la cara. Sintió cómo su energía se esfumaba, le dolía todo el cuerpo y compadeció a Evadne, pero aún así sonreía. La amenaza había sido eliminada, su misión estaba cumplida, y antes de desmayarse pensó: «El maldito se quema sin remedio, tal vez como nosotros en breve, pero también».

Su alegría permaneció porque al perder el sentido, no pudo ver surgir de entre las llamas a Tabalt. El fuego lo consumía ya prácticamente todo sin control alguno, pero no había acabado con el joven. Tabalt se quitó su capa blanca que ardía y la arrojó lejos de sí, su rostro estaba magullado y algo negro, pero su andar sobre las llamas era sereno, el fuego se apartaba a su paso. Aún conservaba energía, para al menos darles el golpe de gracia a todos ellos. El arcano calvo y la pelirroja, aún conscientes, se sintieron abatidos además de extenuados, no habían estado a la altura de la confianza de su reina.

El custodio, que tozudamente logró levantarse, fue derrumbado por un pequeño golpe mágico de Tabalt. Las llamas bailaban en derredor. La pelirroja jadeaba desde el suelo, nunca pensó que el fuego, con el que se había criado desde pequeña, fuera a ser su mordedura final. El techo se desplomó en la primera mitad de la sala, y no tardaría en hacerlo sobre todos ellos. Por su parte, la arcana de pelo perla, quien apenas había hecho nada más que respirar forzosamente desde que entrara en la Sala de Audiencias, se encontraba de rodillas, jadeante. Tabalt le había concedido un papel en esta historia, pero decidió en el último momento otorgarle otro. Le impuso sus manos e inmediatamente recobró parte de sus fuerzas, y se sintió libre de la atadura mental que hasta el momento no había logrado identificar.

—Salid de aquí, vosotros no sois culpables —dijo únicamente con sequedad el joven.

Tabalt extendió su mano izquierda y un agujero en la pared lateral se abrió tras una pequeña explosión.

—Daos prisa o no lo conseguiréis.

Tabalt pasó al lado de sus rivales caídos, quienes no fueron envueltos en las llamas porque estas comenzaron levemente a ser mitigadas por las nuevas fuerzas de la arcana gris perla. Cuando el joven entraba al Salón del Trono, la maga le preguntó:

—¿También la salvo a ella?

«Ella», era Evadne.

—Haced lo que dicte vuestra conciencia —dijo Tabalt, y aunque inmediatamente se arrepintió de lavarse las manos, no añadió nada más y atravesó la pequeña puerta que daba acceso al Trono de Ébano. Tabalt percibió al momento que una pequeña barrera mágica, impedía e impediría al fuego atravesar la puerta.

—Al menos —murmuró el joven—, la reina se ha protegido del fuego externo.

Mientras la custodia, temeraria a las llamas y al inminente derrumbe, arrastraba a sus compañeros hacia la salida abierta por el joven arcano, Taros, que llevaba un tiempo contemplando la escena

desde un segundo y ardiente plano que no le quemaba, se preguntó qué hacer, sin saber muy bien por qué se estaba haciendo tal pregunta.

Tras el breve descanso que supuso contemplar el derrumbe de parte del Palacio, llegó otra rápida combinación de amagues y ataques cruzados por parte de los dos mercenarios, que esta vez alcanzaron el brazo diestro de Thomar a la altura del músculo deltoide, y rajaron varias veces el cuero del tabardo a la altura del pecho, llegando a la piel.

El sacerdocio perdía fuerzas por momentos y se encontraba sin ideas. Sus rivales empezaron a paladear la victoria. Especialmente pareció hacerlo el mercenario jefe, pues mientras los ataques del cicatrizado se mantuvieron sobrios, serenos, rápidos, el bajo sacó a relucir una galería de florituras más efectistas que eficaces, que Thomar agradeció en un sufrido silencio.

Thomar apenas salvaba su defensa tratando de no recibir una estocada crítica. Además, tampoco lograba concentrarse al no dejar de hacerse preguntas que cada vez le acuciaban más: «¿Tabalt seguirá vivo?, ¿qué estará ocurriendo en Palacio?, ¿le he dado ya el tiempo necesario?, ¿cuánto me queda a mí?...» Pero con lo que no habría contado jamás fue con preguntarse: «¿El Padre, acaso me estará esperando, o es mi gran mentira?». Esa duda le hizo convulsionar de tal manera, que causó la mofa de sus oponentes, quienes le dieron unos segundos de respiro.

— ¡Mira cómo el corderito negro tiembla ante su muerte! — dijo el mercenario jefe a su compañero, quien contestó:

— ¡Como todos los isleños, es un cobarde!

No hubo más palabras. Las espadas volvieron a cortar el aire, los aceros chocaron entre sí, silbaron, rechinaron, hicieron saltar chispas, hicieron saltar sangre de la pierna del sacerdocio con un corte profundo en el abductor, aunque no emitió sonido ni queja alguna. Algunos arcanos se maravillaron por la estética del espadazo descendente del mercenario jefe, que había arqueado el cuerpo en una posición imposible

para ellos. Otros más puritanos, se asquearon ante la permisividad del vil espectáculo. La lucha continuó, las muñecas vibraban con los impactos, los brazos marcaban los músculos ante el esfuerzo, la hoja de Thomar llegó a rozar una cicatriz estando a punto de provocar otra en su curtido enemigo. El sacerdocio aún encontró energías para otro molinete más, para forzar con el bajo un entramado de espadas, para hacer girar su espada con la del rival, para desarbolarle y ganarle el quite lanzando lejos el arma de su oponente, al tiempo que apenas sentía cómo la espada del mercenario cicatrizado, ejercía de guillotina sobre su antebrazo derecho, su brazo de la espada. «Menos mal», pensó al momento con alivio, «que la fe me llena de nuevo, ahora que la vida me abandona». No cerró los ojos y miró con dureza a sus rivales, el mercenario rubio de las cicatrices se mostraba serio a pesar del triunfo, el bajo, nunca se lo había parecido tanto, mostraba ira por haber perdido el acero en el último quite. Era el jefe y un gesto le reservó el golpe de gracia. No marchó a por su espada, algo lejana tras su particular derrota, sino que puso sus ojos en el cayado espada que Tabalt clavara con suma facilidad sobre el mármol, estaba casi a su alcance, fue a desclavarlo.

El mercenario empuñó el arma híbrida de brillante filo, y el báculo espada recibió el empuñe extraño con fiereza. Una descarga fulminante de electricidad le atravesó de parte a parte. El arma se deshizo en cenizas. Un grito de dolor sacudió al mercenario al tiempo que la violencia de la descarga le hizo saltar hacia atrás. Tomó la dirección de su compañero, quien estuvo atento para lograr cubrirse cabeza y cuerpo con un movimiento poco ortodoxo y bastante ridículo, pero efectivo. La última huella sobre el mundo que dejó impresa el mercenario bajo fue su grito. Su cuerpo inerte despidió un hedor a chamuscado y su pelo castaño desapareció. La reina de Arcania tenía nuevo jefe al servicio de su Custodia. Este, se encontraba realmente furioso.

—Maldito bastardo y estúpido Goi —dijo al tiempo que se limpiaba un corte en la cara que le había producido una tachuela de la armadura de su antiguo compañero. Sin duda, la herida le dejaría cicatriz.

Thomar cayó de rodillas, doblado por el esfuerzo y las diversas heridas, aún quiso hablar con una media sonrisa.

—Después de todo, hijo, estuve cerca de sobrevivir.

No esperó más golpes de fortuna y sereno, miró a su rival. Este no quiso alargar el trámite, el cuidado de su cara quedaría para más tarde. De los cinco pasos que les separaban, dio dos, ni siquiera llegó a levantar su arma contra Thomar, no hubo que esperar al último segundo para que el sacerdocio se salvara.

Una luz con forma de siete tumbado atravesó al mercenario fulminándole al instante. Las piedras de anarcanita no detuvieron el potente conjuro, sino que saltaron lejos de la escena repelidas por la gran cantidad de energía que no pudieron absorber. El antiguo honorio cayó seco, como un tronco recién cortado. Todas sus cicatrices se ensombrecieron.

Lo que había ocurrido momentos antes, es que tras la explosión del cayado, Diometres se había hartado de tanta imparcialidad por parte de los arcanos reunidos, y se adelantó furioso al resto de los suyos.

—¡Basta ya de contemplaciones! ¡Acaso no lo vemos, nuestra diosa Danadanial no nos dice lo que debemos hacer, Ella nos lo grita!

Acto seguido, conjuraría su extraño hechizo de luz numérica que acabó con el mercenario que quedaba en pie. De inmediato se montó un inmenso revuelo por la inesperada acción del díscolo maestro de la Escuela Norte, proponiendo muchos juzgarlo allí mismo, pues ya le condenaban por atacar una fuerza defensora de la reina. Algunas voces sin embargo se opusieron a tal cosa, y su colega Arsen se mostró incluso dispuesto a llegar al cayado para defenderle. Fue Diometres quien levantó su báculo e impuso su voz grave, quiso defenderse.

—Lo único que ha hecho ese infeliz — Diometres señaló innecesariamente a Thomar el Negro — es limpiar Luz de la escoria de esos mercenarios. Y nada más, o al menos nada más si él es tan culpable como Tabalt de las acusaciones de asesinato y del incendio que sobre ellos se vierten. Y es que Tabalt se encontraba salvándose la vida de

unos bastardos mercenarios y de algún innoble arcano, cuando se produjo el incendio de nuestra amada Biblioteca. Por lo que él no pudo ser el pirómano, y puedo asegurar que este infeliz que aquí se desangra, no le acompañaba como se dijo aquella noche trágica. Y si mis palabras deben ser probadas y defendidas en juicio ante el consejo, ante la reina, y ante nuestra diosa Danadanial, así lo haré. Aunque tal vez —al fondo el Palacio seguía desmoronándose poco a poco— ya lo haga el propio Tabalt por mí.

Diometres se acercó a Thomar y este, aún de rodillas mientras tras ellos un millar de gritos trataban de imponerse unos sobre otros ante las nuevas revelaciones y sus posibles consecuencias, le habló:

—De entre todos los arcanos de quienes no esperaba ayuda, vos sois, de quien menos la esperaba.

Diometres miró el brazo amputado del sacerdocio, que aún aferraba la espada, y tan solo contestó momentos antes de que Thomar se desplomara contra el suelo:

—Lo siento, con ese brazo no puedo hacer nada.

La reina se levantó del Trono de Ébano sin prisa alguna, tomó el primoroso Cetro Real, apoyado contra la negra madera, y esbozó una bella sonrisa.

—¡Cuántos problemas nos habría ahorrado una cama y unas cuantas copas!

—Tal vez —contestó Tabalt—. Pero hay cosas para las que no valgo.

—Bah, eso son tonterías, incluso alguien como vos, habría podido aprender de una maestra como yo.

Aglaia desprendía un brillo similar al que el joven luciera en la sala anterior, este sin embargo lo había perdido, recuperando también el color natural de sus ojos.

La reina vestía sin provocación, con una túnica blanca, sobria, elegante, que quedaba ceñida a la cintura con un ancho cinturón negro, y donde la tela llegaba por debajo de las rodillas, dejando brazos y escote también cubiertos.

—Pero despreciaste el placer — Aglaia continuaba hablando mientras se movía por el salón sin dejar de mirar, sin dejar de sonreír, a Tabalt, quien la observaba con calma, respirando profundo —, y ahora deberé someterte al dolor.

—No os equivoquéis, reina — el joven pronunció la palabra como si la escupiera —, al dolor ya me habéis sometido... y por eso estoy aquí, para librarme de él...

»Porque un profundo dolor es lo que me causa saber que un niño y un amigo murieron por sus órdenes, las mismas que mandaron quemar nuestra sagrada Biblioteca, consumida bajo su capricho.

Aglaia, como si deshiciera una espiral trazada previamente, siguió acercándose, confiada, pero atenta a cualquier gesto del joven.

—Por capricho, no — respondió la reina con severidad.

Mientras, Taros, protegido al fondo del Salón por la invisibilidad, porque nadie le esperaba a esas alturas, y porque el hechizo no dejaba rastro alguno gracias al método de Tabalt que había comenzado a desentrañar, se aburría de aquella charla inútil. Pensó entonces en atacar al joven por la espalda acabando con todo aquello de una vez y, comenzó a concentrar energía con la letanía de un poderoso conjuro.

—Por capricho, no — repitió Aglaia tras unos segundos donde pareció pensarse lo que iba a decir a continuación —. Si ordené mataros, es porque nadie merece regir Arcania al margen nuestro, y puesto que yo reino, vos sobráis. Si ordené quemar la Biblioteca, fue por una feliz idea del estúpido y cobarde de Taros, cargaros a vos y a vuestro sacerdocio la responsabilidad de las llamas, era el colofón perfecto: mi poder crecería, me libraba de vosotros, y sería aún más adorada. Si ese niño que decís murió... ¡Pero basta de hablar, y que empiece la magia!

Aglaia señaló con su fino cetro a Tabalt, y una poderosa energía le arrastró por el aire con violencia y contra el fondo de la pared del salón. Cerca estuvo de chocar contra el invisible Taros, a punto de lanzar su hechizo que perdió cuando tuvo que arrojar al suelo para esquivar la embestida involuntaria del joven. Sin embargo, el brusco

movimiento y el rastro del hechizo que se deshacía, descubrió su presencia a los sentidos de Tabalt. Taros percibió que el joven le había descubierto y, Aglaia no entendió hacia donde miraba su adversario, ni por qué no se defendía, pues aunque ella se juzgaba en clara ventaja de energía y salud, no esperaba tampoco que el joven se dejara matar fácilmente, menos aún una vez que había llegado hasta ella.

El consejero reelegido se levantó del suelo, Tabalt seguía estrujado contra la pared a causa del hechizo de la reina, pero mirando a un no tan invisible Taros. Ambos obviaron a la reina.

— Así que sois tan culpable como ella — dijo Tabalt dirigiéndose supuestamente a la nada.

— ¿A quién habláis? — exigió saber la reina, e inmediatamente —. ¿Estáis aquí, mi querido y fiel Taros?

El consejero contestó conectando con las líneas mágicas del hechizo de la reina, que oprimían al joven contra la pared y, las elevó para hacerle colisionar contra el techo. El golpe hizo vibrar la lámpara de araña de cristal refinado que colgaba en el centro del Salón. Tras el impacto, el joven cayó al suelo desde varios metros de altura. Sangraba por la nariz, por una ceja, su pelo negro quedaba revuelto, y su aspecto en general comenzaba a ser preocupante.

— Me tenéis hartos los dos — dijo Taros haciéndose visible y mirando a una sorprendida reina —. Y no os necesito a ninguno.

En ese momento se volvió hacia la puerta que daba acceso a la Sala de Audiencias, y se marchó sin más ante el asombro de Aglaia. La reina pudo observar al detener sus azules ojos en aquella entrada, que la barrera mágica que impuso al Salón, impedía claramente que el fuego les alcanzara, pues un rojo pleno calcinaba la habitación contigua, y sin duda el resto de su Palacio Real. Y allí es donde ahora se perdía su consejero más útil, su reciente jefe de la Guardia Custodia, su antiguo y nuevo valido, su mejor amante.

— Nunca conseguiré entenderos — dijo la reina aún sorprendida de lo que acababa de ocurrir, y la rabia se apoderó de ella —. ¡Pero olvidaos de vuestros cargos, maldito idiota! Y nosotros — supuso que Taros no la había escuchado y decidió centrarse en el joven, a quien

miró con desprecio y suficiencia — ¿por dónde íbamos? Ah, sí, se habían acabado las palabras.

— Por mí perfecto — respondió Tabalt con cierta y extraña sonrisa —. Su majestad ya habló lo suficiente.

La reina repitió su hechizo de energía, pero esta vez encontró respuesta del joven, y los dos salieron repelidos hacia atrás, aunque Tabalt no tuvo demasiado que recorrer reencontrándose contra la pared en un doloroso suspiro. La reina en cambio sí que fue lanzada hacia atrás al menos unos seis metros, y se enfureció sobremanera al caer contra una pequeña mesa que le rasgó la tela blanca de su túnica. Irritada como pocas veces, decidió demostrar su poder y una lluvia de hechizos fueron lanzados contra Tabalt en un alarde de talento y poder.

Bolas de fuego incandescente, sacudidas de tierra que resquebrajaron las paredes y el techo, objetos de distinto tamaño que volaron para machacarle, y tres rayos, fueron ejecutados contra Tabalt, que esquivó lo que pudo, detuvo mágicamente lo que consideró prioritario, y fue golpeado aquí y allá hasta quedar molido. El joven sabía lo que tenía que hacer, pero necesitaba la oportunidad, a una reina segura de sí, y que estuviera más vacía de energía. Por lo tanto siguió manteniéndose a la defensiva. Recibió un latigazo de agua que casi le reventó el muslo, se zafó como pudo de la lámpara araña de cristal que a punto estuvo de rajarle de arriba abajo, y gastó de las pocas energías que le quedaban para conjurar una protección que le librara de morir aplastado bajo el techo que Aglaia le derrumbó encima.

El polvo y el humo impidieron apreciar los destrozos cuando Aglaia decidió darse un respiro. Estos, al disiparse un tanto, dejaron entrever que salvo el incólume Trono de Ébano, todo el resto del Salón, incluidas paredes, suelo y techo, quedaba destrozado. Mientras, el fuego de la sala contigua comenzaba a extinguirse, a falta de material que consumir, y ante la barrera mágica que no supo derribar.

Tabalt sufría cortes y magulladuras por todo su cuerpo, sangraba abundantemente y sus ropas estaban tan deshechas y rotas como él.

Estaba a cuatro patas, jadeando con dificultad, aferrado aún a su cayado de roble, lo único que le quedaba intacto. Aglaia por su parte lucía radiante una cara sofocada por el gran esfuerzo que había realizado. A la altura de la cadera una línea de sangre purpuraba su vestido blanco rasgado. Sonreía feliz, había llegado el momento de librarse de esa gran molestia que en los últimos tiempos había supuesto el joven, a quien le hubiera deparado gustosamente una vida placentera, pero que había decidido rebelársele, y hasta qué punto.

— Así es como debe permanecer mi pueblo — dijo triunfal —. A cuatro patas y de rodillas frente a mí. Y súbdito que no lo asuma, súbdito que morirá.

Aglaia extendió la pálida mano que no sujetaba el cetro, concentró y conjuró en la palma un rayo mágico, y apuntó a la cabeza de Tabalt. Justo en el momento de soltarlo, el joven rodó con su cayado donde aún acumulaba una cantidad importante de energía, y donde había concentrado el hechizo que esperaba lanzar a la reina desde que esta dijera lo necesario.

La reina no lamentó demasiado fallar su rayo, y despreció la molestia que empezó a sentir en el cuello. Empezaba a conjurar otro hechizo cuando notó que algo no marchaba bien, su garganta era oprimida y no logró deshacerse de la magia del joven, era como una férrea mano que le estrujó hasta dejarla sin aire. Era como si manipularan su garganta, buscando algo. Y así era, el hechizo era una tenaza que no pudo dominar y, que palpaba la laringe y las cuerdas vocales de Aglaia, recorriéndolas hacia atrás, haciéndole vomitar cada respiración previa, cada palabra. De repente la reina se escuchó decir ante su asombro: «Súbdito que morirá», pronunciado con un sonido gutural, casi ininteligible. Su mano soltó el Cetro y ambas se aferraron a su garganta, como intentando zafarse de otras manos invisibles. Sentía náuseas, había perdido totalmente el control de la situación, y estaba roja de asfixia, pero aún más, de odio hacia ese joven que con poco más de dos décadas vividas buscaba destronarla, y que por primera vez sintió que tenía posibilidades. ¿Qué quería Tabalt, qué buscaba con ese hechizo? En el fondo lo sabía, no se trataba de ahogarla, y no iba a dejar que lo lograra.

Cuando los arcanos llegaron al Salón del Trono, poco quedaba ya de las estancias principales del Palacio. A la cabeza de los ciudadanos de Luz marchaba el ecónomo Damon, y el viejo Karsten, y la custodio de pelo gris perla sin su oreja, y Diometres, y Arsen el estrafalario quien medio cargaba con Thomar como buenamente podía, y aquel arcano que dio la voz de alarma de lo que pretendían los proscritos, y otras docenas de arcanos les secundaban, inundando las ruinas y apagando rescoldos. Todos ellos quedaron paralizados ante la escena que contemplaron.

Tabalt quedaba sentado en el intacto Trono de Ébano, bajo un inexistente techo de una habitación en ruinas. La sangre reseca se le pegaba a su cuerpo y a la ropa, pero permanecía consciente a pesar de las heridas, con la mirada concentrada en la reina, quien de rodillas, con los ojos en blanco, y las manos aún sobre la garganta, parecía a la vez una hermosa y tétrica talla cadavérica. Antes de que ningún arcano dijera nada, antes de que nadie hiciera nada, fue la propia reina quien habló, con bastante claridad aunque como si quisiera no hacerlo. Logró tornar sus ojos al azul, que pudo dirigir al joven, cargándolos de un odio inútil, pues sus palabras continuaron:

—Si ordené mataros, es porque nadie merece regir Arcania al margen nuestro, y puesto que yo reino, vos sobráis. Si ordené quemar la Biblioteca, fue por una feliz idea del estúpido y cobarde de Taros...

Y volvió a repetirlo otra vez, y una tercera, y una cuarta, como llevaba haciéndolo desde que Tabalt hubiera encontrado el momento justo en el que las cuerdas vocales de la reina, pronunciaran las frases que le devolvían la inocencia perdida. Fue el ecónomo quien dijo al joven que ya era suficiente, que ya bastaba, que liberara a la reina. El joven lo hizo, su cayado de roble cayó al suelo, y él dejó caer su peso sobre el trono. La reina cayó también en ese momento, su espalda contra el suelo, sus manos se escurrieron de la garganta que por fin estaba libre. Vio a sus súbditos como jamás lo hubiera imaginado, todos de pie mientras ella permanecía en el suelo, vencida. Tomó algo de aire y pensó en ordenarles que detuvieran a Tabalt, que nada de lo que habían oído era verdad, pero comprendió que no serviría

de nada, los ojos de sus súbditos la sabían culpable. Se dejó llevar, no quiso un juicio y una condena, prefirió morir como reina, aunque fuese como una reina maldita. Lo último que escuchó fue el desprecio de sus súbditos, lo último que vio, a Tabalt quedar inconsciente en el Trono de Ébano.

EPÍLOGO

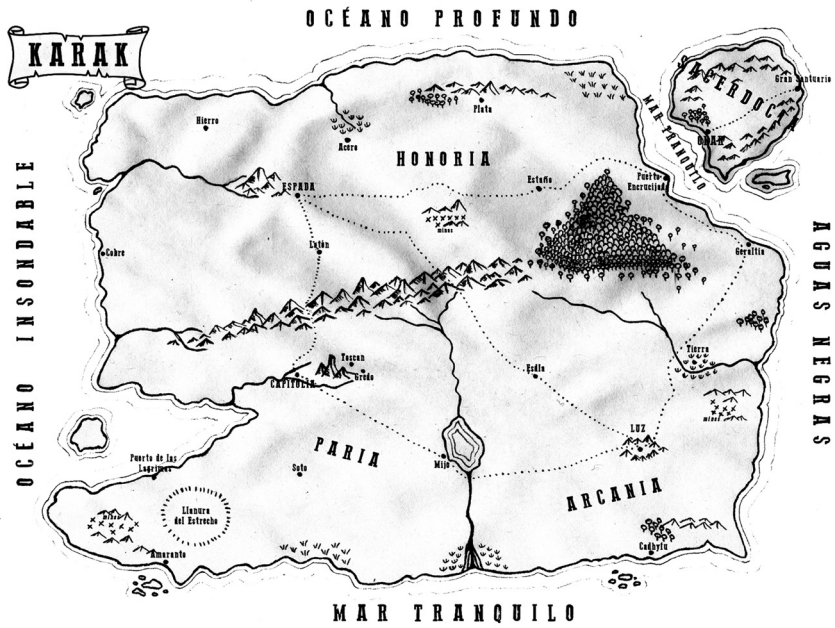
Así concluye *Hermanos y Reyes*, la primera parte del bautizado posteriormente *Ciclo Profético*. Lo cierto es que a pesar de mi parcialidad, me gusta imaginar a los tres hermanos dichosos al tiempo, y, tal vez sea en esta parte del *Ciclo*, el único momento de sus vidas en el que tal cosa se produce. Por ello, me parece bien dejar aquí a los hermanos y darles un descanso, como si así realmente lográramos congelar a Elmer escuchando cómo claman su nombre para postularlo como rey de la depauperada Paria, o cómo Reika al fin se gana el fervor de su pueblo en la misma arena del anfiteatro donde la primera vez se le negó, o cómo Tabalt, cae rendido pero libre de toda acusación, y victorioso, sobre un trono que no tardará en ser el suyo.

Sin embargo, la realidad terminará por imponerse, y puesto que ellos se encuentran aún muy lejos del final de sus caminos, yo no podré demorarme y tendré que relatarlo en *Reyes y Guerra*, la segunda parte del *Ciclo Profético*. Debe ser este el modo, en el que encuentre finalmente el reposo y la paz, que tanto ansía mi conciencia.

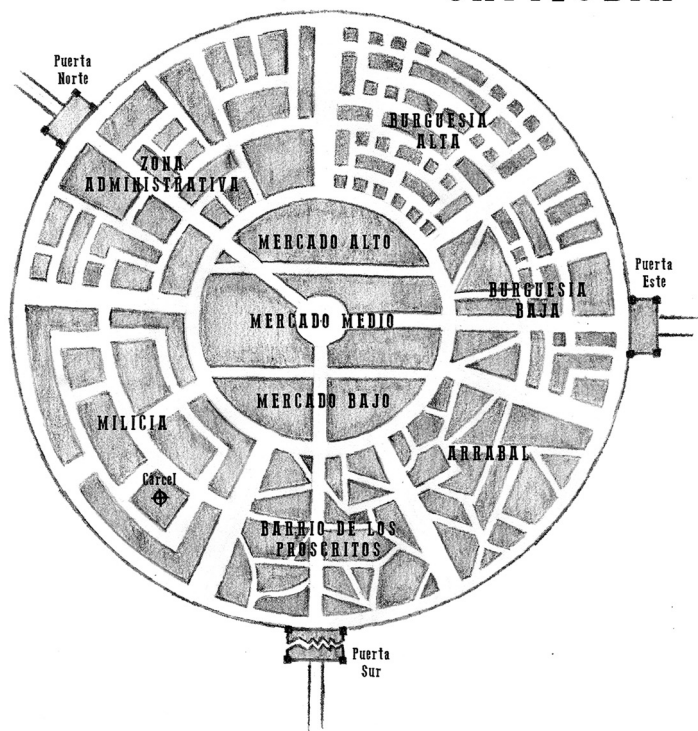
Tarea ardua por desgracia la que tengo por delante, ya que con la mirada en perspectiva, puedo escribir sin riesgo a equivocarme, que ya relaté la parte más feliz del *Ciclo*, no siendo esta demasiado, todo sea dicho. Así, los avatares que nos quedan por delante, queridos lectores de Karak, o id a saber de qué mundos, causarán aún

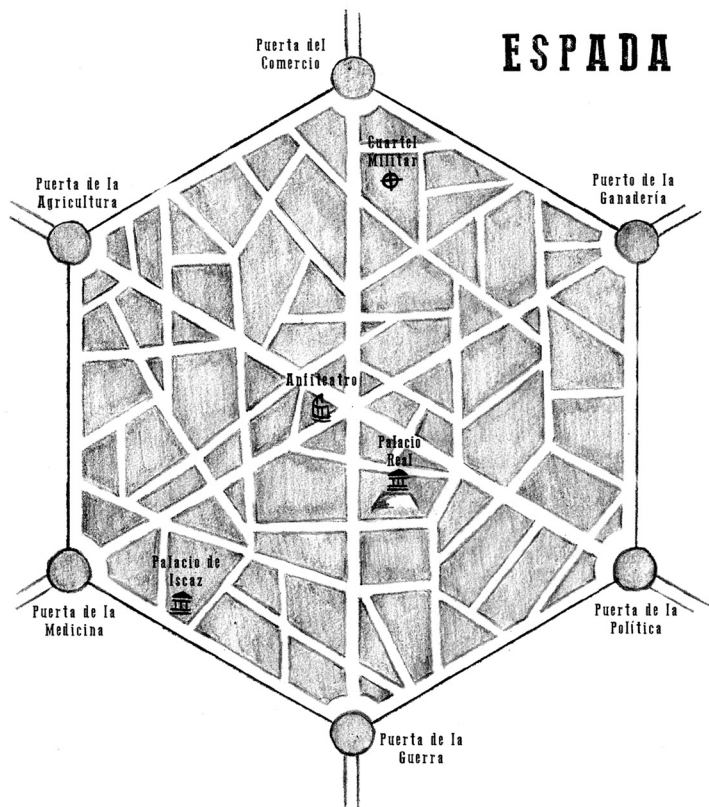
mayor desdicha. Pero me prometí ser justa con la Historia en la que yo también participé, aunque fuese de un modo tan secundario, y que me convirtió en quien soy ahora. Por ello, no me rendiré ante las flaquezas de espíritu que tratarán de abatirme, como la memoria o el amor.

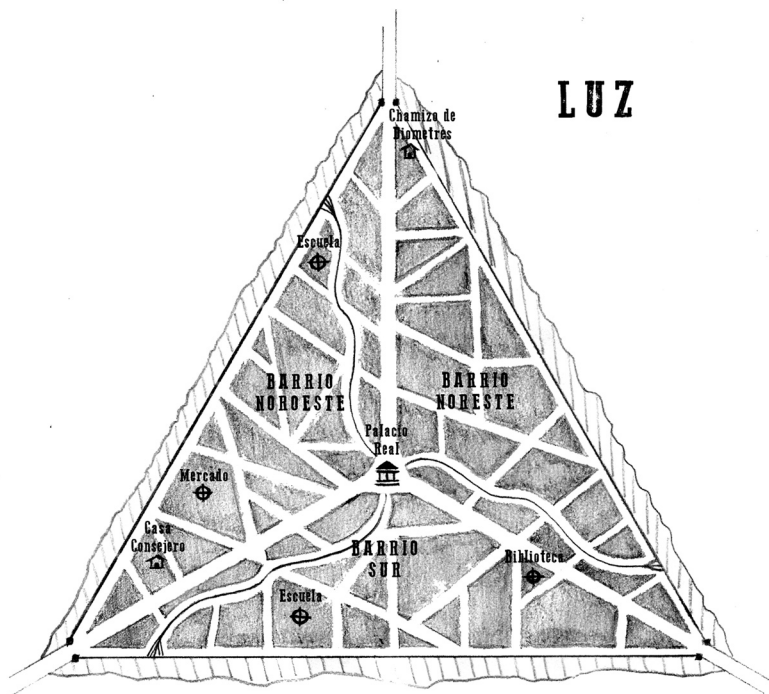
I. MAPAS



CAPITOLIA







LUZ

II. ÍNDICE DE NOMBRES

Adel: una de las cinco esclavas liberadas en el Mercado de Capitolia por Athan y Elmer. Acabará en Dima viviendo en la Montaña junto al anciano, Marina, y la hija de esta última, Damara.

Aglaia: reina de Arcania. Ejerce el poder absoluto en el Reino de la Magia desde que derrotara en la Sala del Destino al anterior monarca, Dorión El Severo, padre de Alysia. Su dominio de las artes mágicas es indiscutible pero elige perpetuarse en el poder a través de otros métodos. Bella y déspota a la vez, parece estar perdiendo el control sobre su afición al extracto, su bebida favorita compuesta a base de destilaciones de vino, sidra y miel.

Agrustin: el Gobernador de Onar, capital de Sacerdocia. Hermano de Nespét, Sumo Guardián de la Fe. Por tradición, ya que Agrustin es el primogénito, debería haber sido él y no su hermano quien ocupara el cargo superior de Sumo Guardián, pero algo que ya solo ellos saben ocurrió para que fuera Nespét el elegido. Con todo, muchos en Sacerdocia piensan que en última instancia es Agrustin quien toma las decisiones más importantes.

Alvar: líder de La Banda de los Cinco, hijo del burgomaestre de Toscan.

Alysia: madre de los Elegidos, madre de la Profecía. Tras aceptar el Sacrificio Profético de su hijo pequeño cae bajo los efectos de una aguda catalepsia. Vivirá, si a su estado se le puede llamar vida, olvidada por casi todos en Luz, capital de Arcania.

Anvar: burgomaestre de Toscan. Padre del malvado Alvar. Llegará a Dima reclamando ajusticiar a Elmer por haber acabado con su hijo, y se marchará de la Montaña tras pactar con aquel y el anciano, una acción contra los bandidos de Paria.

Ari: capitán de la Guardia de los Nueve, el ejército regular del Reino de Honoria. Su conducta y sus principios son intachables, y trata siempre de que sus acciones también lo sean, a pesar de las dificultades que se encuentra por tanta honorabilidad.

Aston: miembro de la Compañía de los Tarados. Hermano de Graddon y Perry, es el mayor de los tres.

Athan: anciano fundador de una Hermandad clandestina, también conocida como la Secta de los Impíos, o de los Infieles, por sus perseguidores, especialmente sacerdocios aunque no solo. Irá en contra de algunos principios supuestamente inviolables de Karak, como la predestinación, o la superioridad sustancial de honorios y arcanos frente a los parios. Tras décadas en la sombra manejando unos hilos casi invisibles, y tras vivir como esclavo los últimos años de su vida, encuentra a Elmer o es encontrado por este, y retoma sus planes.

Bera: madre de Ivar y segunda esposa del rey Gunnar. Su belleza fue legendaria, así como el rápido marchitarse de la misma, una vez que su hijo muriera prematuramente en condiciones lamentables, y que su esposo fuera derrotado en el Reto de la Corona por Hakon. Murió joven, triste, y sola.

Ben: se trata del perrero que comanda la jauría de Toscan con la que Anvar se presenta en Dima. Ben no está en la Milicia durante su enfrentamiento con la Banda de la Reina pero sí cuando marchan contra la Banda del Sapo.

Bersi: joven comandante de la Guardia de los Nueve. Se mantendrá leal a la reina Reika una vez que se desate la confrontación interna de Honoria tras su Desfile anual.

Damara: hija de Marina, hija de la Montaña, como la llamará Athan en un determinado momento. Su padre tal vez fue Alvar, tal vez el herrero Godo. En cualquier caso, la pequeña parece albergar en su interior un poder innato inquietante.

Damon: miembro del Consejo de los Cinco. El ecónomo del Reino de la Magia. Lleva los asuntos monetarios de Arcania con presteza, sensatez y honradez. Sabe más de lo que aparenta.

Diometres: fue el tutor de Tabalt a quien educó bajo el lema, «sin cálculo no hay nada». Su antiguo tutorado le tiene en gran estima y aprecio considerándole uno de los arcanos más importantes de su tiempo, en contraste con la opinión de la mayoría de los magos, que le tienen por un loco de las matemáticas sin apenas poder.

Dorion: padre de Alysia. Reinó sobre Arcania durante quince años con severidad pero también esplendor. Parecía destinado a un reinado largo y fructífero sobre todo en cuanto a la revitalización de la Magna Biblioteca, a la que dedicó buena parte de su tiempo, esfuerzo, y dinero del reino, sin embargo la sorprendente aparición de Aglaia lo cambió todo cuando le derrotó en la Sala del Destino. Su destierro fuera de Luz fue breve. Tras perder el Cetro Real murió en menos de dos años. Según cuentan de pura tristeza, unos dijeron que por estar lejos del poder y de su amada Biblioteca, otros, que por no quedarle ni el consuelo de su hija Alysia, petrificada en una silla.

Drastan: miembro de la Hermandad fundada por Athan. Reclutado por este en la ciudad honoria de Cobre cuando apenas contaba con veinte años, estuvo infiltrado como sacerdocio en Onar, pero al poco fue el encargado de sacar a Elmer de Sacerdocia y educarle como si fuera su hijo hasta los siete años. Cumplió con su cometido de un modo distinto a como Athan lo planeara.

Dymi: el último pupilo de Diometres el Matemático. No ha cumplido los ocho años pero su talento es apreciable.

Elmer: uno de los tres hermanos de la Profecía. Aunque él no era consciente de nada, escapó a su destino y eso lo complica todo sobremedida. Por si fuera poco, decide complicar las cosas aún más convirtiéndose en el caudillo de una milicia que se enfrentará a las distintas bandas de criminales que asolan Paria con su terror e impunidad.

El Sapo: honorio proscrito, líder de la banda que lleva su nombre y, que domina la zona norte de Paria a la altura de Paso Dulce y del Valle del Paso, y por tanto, la ruta principal entre Paria y Honoria. Se ha constituido en todo un caudillo de la Región que atormenta a los parios y domina con mano de hierro a todo aquel que pretenda delinquir en los caminos, a los que obliga a pagarle también tributo. Además, participó en el asalto que le costó la vida a Drastan y el ojo a Elmer.

Esmera: hermana pequeña de Ramir, el miembro más joven de la banda liderada por Alvar. Una de las responsables de que el burgo-maestre se decidiera a marchar sobre Dima.

Evadne: ministra de Guerra de Arcania. Miembro del Consejo de los Cinco. Está profundamente enamorada de su reina.

Gardar: general de la Guardia de los Nueve. Veterano y leal hasta la médula a su capitán Ari.

Godó: joven herrero de Toscan, enamorado de Marina. En el pasado reciente formó parte de la banda liderada por Alvar, y el pasado le hará pagar por tal error.

Gradon: miembro de la Compañía de los Tarados. Hermano de Aston y Perry, será el mediano.

Grimm: uno de los cinco comandantes de la Guardia de los Nueve. Su fama de disoluto y mujeriego le precede. Su lealtad y pasión hacia Reika le secundarán.

Gunnar: rey de Honoria durante una década. Perdió su reinado y por tanto su vida en el Reto por la Corona que le enfrentó a Hakon. Cuentan que la pérdida de su único hijo Ivar fue decisiva para que le abandonaran las ganas de vivir, si bien es cierto que en el combate contra su sucesor se mostró fiero y digno.

Hakon: es el rey de Honoria desde que ganara su Derecho al vencer a Gunnar el Prudente. Deberá enfrentarse a Reika, su amada, cuando nadie salvo ella, espera que se lleve a cabo el Reto por la corona. Hakon es querido por su pueblo como pocos reyes honorios han sido queridos.

Heriho: sacerdocio y consejero de Reika. Estará a cargo de la reina desde el inicio y con ella al Reino de la Guerra al cumplir esta la edad de siete años. Su fe en el Padre y en la Profecía es ciega, su fe en su pupila, también.

Helg: comandante de la Guardia de los Nueve. Hermano del coronel Kolli, tomará un partido completamente distinto a este.

Iscar: tercera esposa del rey Hakon, será la única que le dé descendencia. Aunque ni su belleza ni el hijo en común será suficiente para retener al monarca en sus brazos. Buscará venganza por ello.

Ivar: padre de los Elegidos, padre de la Profecía. Tras aceptar el Sacrificio de su hijo pequeño y ver que su amada Alysia cae bajo los efectos de una aguda catalepsia, entra en una profunda pena que le lleva a la autodestrucción. Acabará muriendo borracho tras una pelea en una taberna.

Jack: honorio proscrito miembro de la Banda del Sapo. Su altura, su fuerza, y su fidelidad, le convierten en el segundo de la banda.

Karsten: nonagenario Consejero de los Cinco en Arcania. Ocupa el puesto desde hace décadas pero hace ya mucho que dejó de preocuparse por los intereses del Reino para ocuparse de sus propios intereses. Aglaia es consciente de ello y saca partido.

Kohdran: uno de los cinco comandantes de la Guardia de los Nueve. Su fuerza precede a su inteligencia. Tomará partido por los conspiradores.

Kolli: coronel de la Guardia de los Nueve. Amante de Reika antes y después de Hakon, jugará un doble juego que no tardará en descubrir, convirtiéndose en pieza clave de los conspiradores.

La Reina: líder de la banda que lleva su nombre. Asentada al noreste de Gredo, asalta a sus anchas la importante ruta comercial que parte de la Gran Encrucijada y que conecta los reinos de Karak con la región de Paria.

Liv: una de las cinco esclavas liberadas en el Mercado de Capitolia por Athan y Elmer. Antes de ser convertida en esclava fue una orgullosa honoria renuente a aceptar un papel de madre y esposa. Tras llegar a Dima, se unirá a Elmer en la Milicia.

Marina: muchacha oriunda de la villa pariente de Toscan que intentando marchar con su amado a Capitolia, en busca de la oportunidad de ser feliz, se topará con una realidad en forma de dolor, en forma de una adorada hija, y en forma de una vida que no podía haber imaginado.

Max: el Manco, miembro de la Compañía de los Tarados capitaneada por Elmer, herido por este en su primer encuentro en Dima. Se convertirá en la mano derecha de Elmer.

Nespet: Sumo Guardián de la Fe y máximo dirigente de Sacerdocia. Llevará a cabo el Sacrificio Profético y convencerá a los padres de los Elegidos. Mantiene una relación tensa con su hermano mayor Agrustin, el Regente de Onar y el segundo de Sacerdocia.

Nuño: miembro de LaBanda de los Cinco, hermano de Ruy.

Oddi: ministro de la Guerra de Honoria. Apodado El Eterno por ostentar el cargo durante décadas, a diferencia del resto de honorios, siente respeto e interés por la tradición arcana, sus costumbres, y su poder.

Olafur: uno de los cinco comandantes de la Guardia de los Nueve. Para muchos el sucesor del capitán Ari, también para este, sin embargo el amor por Iscar le condenará a otra suerte.

Pan: pario toscano, se convertirá como el resto de los que ascienden a Dima con el burgomaestre Anvar, en miembro de la Compañía de los Tarados.

Perry: miembro de la Compañía de los Tarados, hermano de Aston y Gradon, será el pequeño de los tres. Perry posee una gran altura y una gran fuerza.

Picio: miembro de la Banda de la Reina. Formó parte del asalto que le costó la vida a Drastan y a Elmer su ojo.

Ramir: miembro de La Banda de los Cinco, poco más que un crío, correrá la misma suerte que el resto de sus compinches.

Reika: la Elegida. Se convierte en legítima reina de Honoria tras vencer en el Reto por la Corona al rey Hakon, comenzando entonces sus

verdaderos problemas. Es hermana de Elmer, a quien cree muerto, y de Tabalt, el otro Elegido y a quien deberá enfrentarse por regir Karak de acuerdo con la Profecía del Padre.

Rodo: miembro de la Compañía de los Tarados. Apodado El Bocas por tener una desmesuradamente grande y por su hablar irreflexivo.

Ruy: miembro de La Banda de los Cinco liderada por Alvar. Hermano de Nuño.

Sofronio: bibliotecario de la Magna Biblioteca de Arcania.

Solvi: maestro de armas de Reika, cuidará y educará a la reina en el arte de la espada desde que con siete años la Elegida llega a Honoria. Solvi sabe del destino y de la marca de la muchacha. La querrá como a la hija que nunca tuvo.

Suer: miembro de La Banda de los Cinco, amigo de Godo, sin la traición a esa amistad, todo habría sido distinto.

Tabalt: el Elegido junto a su hermana Reika al decir de la Profecía. Como ella, desconoce que Elmer siga vivo. Muy a su pesar es miembro del Consejo de los Cinco de Arcania. Mientras trata de evitar que Aglaia confirme sus sospechas de que pretende el Cetro Real, intenta perfeccionar su método mágico.

Taros: durante tres lustros consejero de Aglaia, amante de esta durante buena parte de ese tiempo, y todavía su mejor y más leal informador. Sospecha de Tabalt más incluso que la propia reina, y desde luego no es estima lo que siente por el talentoso joven.

Thomar: consejero sacerdocio de Tabalt casi desde que el Elegido comienza a respirar. Apodado el Negro por suma obvedad, educa a su pupilo en la Fe por la Profecía, aunque le da libertades para escoger

su formación una vez que llegan a Arcania. Thomar se guardará más de una carta afilada bajo la manga de su túnica.

Thorvald: prometedor escudero de Hakon. Envuelto en un intento de asesinato contra la reina Reika el día del Desfile de Honoria.

Vestein: teniente de la Guardia de los Nueve. Principal conspirador contra Reika. Astuto e inteligente, no quiere una guerra contra Arcania, principal motivo por el se enfrenta a su reina.

Vige: miembro de la Compañía de los Tarados, es el cocinero. El Cebolla es su apodo y le viene por su afición de añadir esta planta horrente a todos sus guisos.

Villburg: escudero de Reika. Joven, apuesto y libertino.

Visamaus: el Trovador. A veces inspirado, la mayoría no. Miembro de la Compañía de los Tarados.

Wint: el Risas, apodado así con ironía por su carácter lúgubre y solitario. Miembro de la Compañía de los Tarados, destacará por su rápido aprendizaje en el rastreo.

III. DIOSES

El Padre: dios supremo de Karak, adorado en Sacerdocia y, por la mayoría de los parios. Hacedor del mundo, se cuenta en El Libro de la Ley, única obra teológica del planeta y, custodiada bajo el mayor de los secretos por el Sumo Guardián de la Fe, que harto de las guerras de sus creaturas inferiores, y de las disputas de sus dos hijos divinos, decidió abandonar Karak dejándola en manos de estos últimos, Zarrk y Danadanial. Sin embargo prometió regresar, como se recoge en la profecía de El Libro, a través de un Elegido Mortal quien siendo rey, derrotaría a uno de sus hermanos, monarca del otro reino, mientras que un tercero, habría sido sacrificado a Su voluntad divina, nada más nacer.

También es conocido como El Único, está prohibida su figuración en cuadros o dibujos, y son habituales las expresiones lingüísticas de «¡Por el Padre!», o, «¡Por el Único!».

Zarrk: hijo divino del Padre, tras abandonar Este temporalmente Karak, Zarrk heredó según El Libro de la Ley y, según el Código del Honor (obra sagrada de los honores) la tarea de proteger Honoria, el Reino de la guerra y la espada, así como de dominar a los parios, creaturas inferiores substancialmente a honores y arcanos.

Es conocido también por lo anterior como el Dios de la Guerra. Se le puede representar gráficamente aunque apenas si se hace, especialmente en lo que respecta a su rostro. Y es habitual la expresión lingüística «¡La espada de Zarrk te dé paz!», entre otras muchas de un significado similar.

Danadanial: hija divina del Padre, tras abandonar Este temporalmente Karak, Danadanial heredó según El Libro de la Ley y, según La Claridad de la Sombra (obra sagrada de los arcanos) la tarea de proteger Arcania, el Reino de la Magia y el conocimiento, así como de dominar a los parios, creaturas inferiores substancialmente a arcanos y honorios.

Es conocida también por lo anterior como la Diosa de la Magia. Su representación gráfica es la de una anciana benévola, de pelo largo y cano, que se apoya en un cayado de la madera más humilde. En Arcania es habitual escuchar la expresión «¡Por el cayado de Danadanial!», o simplemente «¡Por Danadanial!».

IV. OTROS ASPECTOS DE KARAK Y SUS REGIONES

Dima: montaña situada al noroeste de Capitolia, ciudad principal de Paria. Su cima se estima en algo más de 4000 metros, siendo con diferencia la elevación más alta de la región, pero no la de mayor altura de Karak. Parece guardar en sus grutas misterios aún por desvelar sobre el origen y desarrollo de cuanto acontece en el planeta, o así lo han pensado diversos arcanos a lo largo de las centurias. Es la morada de la Secta de los Impíos, o de lo que queda de ella, y se convierte en el hogar para el errante Elmer y la paria Marina.

La Guardia Real de los Nueve: se trata del órgano militar que rodea al rey honorio, sirviéndole leal y tradicionalmente, desde hace más de mil años, aunque a lo largo de su dilatada trayectoria no siempre se hayan seguido de un modo adecuado sus distintos votos. En el momento de comenzar este relato la Guardia está compuesta por el capitán Ari; el general Gardar; el coronel Kolli, el teniente Vestein; y los comandantes Olafur, Kohdran, Grimm, Helg y Bersi (ver fragmento del capítulo X).

El Consejo de los Cinco: se trata del órgano de gobierno del Reino de Arcania, constituido en el momento de iniciarse este relato. Estará compuesto por la reina Aglaia, su fundadora y quien con mano déspota dirige sus designios; Evadne, la ministra de Guerra;

Damon, el septuagenario ecónomo; Karsten, el vetusto consejero generalista; y Tabalt, el miembro más bisoño y sin un claro papel asignado, más allá de estar controlado por parte de la reina. Cabe decir sin embargo, que fórmulas similares se vienen sucediendo en Arcania como formas de gobierno, a veces con algún consejero menos, en otras con alguno más, y casi siempre con la resonante voz del monarca muy por encima de la de sus subordinados.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
---------------	---

SACERDOCIA:

Capítulo I	11
Capítulo VIII	113
Capítulo XV	227

PARIA:

Capítulo II	17
Capítulo III	35
Capítulo IX	119
Capítulo X	137
Capítulo XVI	231
Capítulo XVII	251

HONORIA:

Capítulo IV	55
Capítulo V	63
Capítulo XI	151
Capítulo XII	171
Capítulo XVIII	285
Capítulo XIX	307

ARCANIA:

Capítulo VI	81
Capítulo VII	95
Capítulo XIII	193
Capítulo XIV	209
Capítulo XX	319
Capítulo XXI	339

EPÍLOGO

APÉNDICES

	369
	371

Este libro forma parte del
proyecto literario de
carlosaymi.com



